









HISTORIAS.

+ 598593

C.



HIST

DON EUGENIO

EXAMINADO EN LA CIUDAD

HISTORIAS

TOMO PRIMERO

IMPRESA EN

LA CIUDAD DE

MEXICO

HISTORIAS,

POR

DON EUGENIO GARCÍA RUIZ,

EX-MINISTRO DE LA GOBERNACION.

TOMO PRIMERO.

MADRID: 1876.

IMPRESA DE EL PUEBLO ESPAÑOL,
CORREDERA BAJA, 43 PRINCIPAL.

PRÓLOGO.

Voy á escribir la historia del país mas agitado de Europa durante el siglo XIX, tomando las cosas un poco antes del comienzo de la revolucion francesa, que coincide con el principio del reinado de Cárlos IV. Guerras civiles encarnizadas, luchas tremendas con extranjerros, revoluciones, pronunciamientos, conjuraciones repetidas contra la mas feroz de las tiranías, instituciones que desaparecen para luego reaparecer con la fugacidad de los meteoros, clases que se estacionan menospreciando el movimiento general del mundo, y otras que vienen á la vida pública con poco provecho de ellas y de la sociedad de que forman parte, teniendo todo lugar ante un pueblo meridional, hiperbólico, imitador de mucho malo, que lee poco, que piensa menos, atrasado, que se deja llevar mas de la imaginacion brillante y seductora que del cálculo frio y de la razon serena, tal es el cuadro que me propongo trazar con el presente trabajo. Abarca este un período de tiempo el mas fecundo en acontecimientos de todos nuestros anales, y tanto que yo creo firmisimamente que en la narracion de lo sucedido durante unos 87 años se puede aprender mas que en toda la historia de España desde los tiempos fabulosos hasta la muerte de Cárlos III.

Procuraré ser breve, porque sobre que así, siguiendo la máxima de Ciceron, debe escribirse la historia (*in historia illustri nihil est brevitare dulcilius*), yo soy de los

que opinan que á manera que el mundo envejece, se ha de escribir con mas precision para que sea leído lo escrito, y por desgracia sucede lo contrario, que cuanto mas hay que leer mas y mas se escribe para que se lea menos. Estoy seguro que de aquí á mil años la casi totalidad de las historias y libros de otras varias clases de nuestro tiempo han de servir solamente para adornar algunas bibliotecas y nadie las ha de conocer mas que por el titulo. En esto los antiguos nos dieron magníficos ejemplos que no acertamos á imitar ó no queremos seguir. Herodoto escribe en dos cortos volumenes la historia del mundo durante unos 700 años. Tucídides escribe la guerra del Peloponeso, que duró 29 años, en otro pequeño volumen. Tito Livio escribe en pocos volumenes tambien la historia de Roma, que se hizo señora de casi todo el mundo, y comprende desde la fundacion de la ciudad hasta la muerte de Druso segun todos los criticos, porque sabido es que, por desgracia, se perdió mas de la mitad de su trabajo. ¿Y qué diré de Tácito, este historiador insigne, que describe en un no abultado volumen lo que pasó en esa Roma y en todo el imperio durante un periodo que abarca desde Augusto hasta Neron en los *Anales*, y desde Galba hasta Vitelio en las *Historias*, el espacio de un siglo? Esto tratándose de Roma, que era la dominadora de casi todo el orbe conocido. Pues ahora, especialmente en esa Francia, que por todas partes ha llevado su ampulosidad, su petulancia, su lijereza y su mal gusto, se escriben inmensos volumenes sobre una revolucion cualquiera, sobre una campaña no muy importante, sobre la vida de un personaje político ó de un guerrero de escaso ó dudoso mérito, en los cuales se confunde la imaginacion, se fatiga el alma, se extravía el juicio y se pierde la memoria en medio de un laberinto de sucesos de escaso valor y de nimia trascendencia. No parece sino que han resucitado, aunque para otras materias, aquellos comentadores eternos de las Partidas y otros Códigos, aquellos difusos y empalagosos glosadores de las Decretales y aquellos teólogos de todos los países que escribieron enormes infólios, que ya nadie lee, para interpretar á su gusto una ley, poniendo mas oscuro su sentido, para deslindar las pretensiones del

papado en pugna con las atribuciones de los reyes ó para delirar sobre lo que hacian los ángeles en el cielo á la presencia y órdenes del Supremo Hacedor. Los antiguos como Polibio, César, Salustio, Quinto Cúrcio, Tácito, Suetonio y otros, parece que escribian para miles de siglos, mientras que los modernos parece que escriben para solos mil dias: pero creyendo que les ha de leer siempre todo el mundo.

Claro es que hay que escribir hoy la historia de los pueblos, sus movimientos, el estado de su hacienda, su constitucion y mudanzas, sus adelantos en ciencias, artes, agricultura, comercio é industria, sus costumbres, etc., porque ya pasó el tiempo de escribir solamente la de los reyes y sus cortesanos; pero bien puede hacerse todo con precision, con elegancia clara y brevedad suma, de modo que no cause fatiga al ánimo, se pueda grabar en la memoria y no impida que se lean y aprendan otras historias y otros libros.

Yo narraré, haciéndolo con la precision que me sea dable, sin perjudicar el interés ni la verdad de la historia, muchas cosas, entre ellas algunas que he presenciado, otras en que he tenido poca parte y otras en las que fuí de los principales actores. Lo haré con imparcialidad y sereno juicio, sentando de paso que no soy de los que creen que el historiador de cosas contemporáneas no es tan digno de crédito como el que describe épocas de él mas ó menos lejanas: yo opino, por el contrario, que el narrador de sucesos contemporáneos, siendo juicioso, desapasionado, de corazón sano y recto y de espíritu imparcial y analítico, es mas digno de crédito, por lo menos tanto, como el que escribe de sucesos que están de él á larga distancia, porque el trascurso del tiempo hace olvidar muchas cosas y contribuye á que se desfiguren otras quitándolas su natural y verdadero colorido, que de seguro las puede dar el que fué testigo de ellas, si es hombre sensato y amigo de la justicia. Tucídides escribe la guerra del Peloponeso, en que fué general, y sin embargo pasa con razon por uno de los mejores historiadores de la antigüedad. Tácito sienta al comienzo de sus *Anales*, «que las cosas de Tiberio, Calígula, Cláudio y Neron fueron referidas falsamente, con miedo mientras ellos vivian, y

con ódio despues de muertos, por cuyo motivo, añade, me ha parecido escribir algo de Augusto y de su fin y luego del principado de Tiberio y de los demás sin pasion ni artificio, pues que tan de lejos me tocan.» Pero despues de sentar esto, no tuvo presente al escribir la *Vida de Agrícola*, su suegro, que tácitamente se negaba la imparcialidad, que nadie le niega en su calidad de historiador diciendo de Domiciano, al que conoció y trató, como á Vespasiano y Tito, lo siguiente: «Neron apartaba los ojos de las maldades; aunque las mandaba ejecutar, no las veia; pero la miseria que padecemos en tiempo de Domiciano fué el ver y ser vistos cuando se registraban nuestros suspiros y cuando para notar á tantos rostros demudados bastaban aquel cruel semblante y aquella color con que se cubria contra la vergüenza.»

Mas cré lito á nuestro juicio merece Tácito describiéndonos la tiranía de Domiciano, á quien conoció, que la de Tiberio, que tuvo que narrar en su mayor parte por las historias que llegaron á su poder y por las relaciones de los ancianos que tuvieron la desgracia de conocer al mónstruo de Caprea ó de oir á sus deudos y amigos la vida infame de este.

El historiador de cosas contemporáneas, si es justo, lleva grandes ventajas al que escribe sobre épocas anteriores, porque si bien puede este juzgarlas sin pasion tiene que hacerlo muchas veces en medio de una lamentable oscuridad, que es casi siempre compañera del error.

No concluiré este prólogo sin apuntar una verdad dolorosa. Los españoles constituimos el pueblo mas desgraciado de Europa; estamos mas atrasados que casi todos los que componen esta parte del mundo; carecemos además de costumbres públicas que tienen otros países, y sin embargo de esto queremos ir á la cabeza de ellos en politica; queremos marchar muy por delante de Italia, Portugal, Bélgica, Alemania, Inglaterra y hasta de la misma América del Norte. Respecto de Francia no hay que hablar, porque há poco, aunque imitándola servilmente en el fondo, quisimos de un salto dejarla atrás miles de leguas, cuando ella nos las lleva adelantadas en industria, comercio, artes é ilustracion. ¿Y

por qué este verdadero fenómeno? Porque en política no queremos ser ante todo españoles, sino franceses y franceses desatentados y locos, empezando por mal decir la revolucion del año 89 y siguientes, y por no estudiar ni leer siquiera la nuestra. ¡Qué vergüenza! En Francia hay al menos dos millones de hombres que conocen su revolucion porque la han estudiado en cientos de sus historiadores: pues bien; estamos seguros (nos causa rubor el decirlo) que en España no hay diez mil personas que conozcan nuestra revolucion de 1808 á la fecha ni las causas que la produjeron. ¡Cuánta falta de patriotismo arguye esto y cuánta carencia de ilustracion! ¿Qué nos ha de suceder sino lo que nos está sucediendo de no saber fundar nada sólido ni estable, agitándonos misérrimamente durante tres cuartas partes de siglo entre revoluciones por lo general estériles y reacciones infecundas, unas y otras despiadadas y sangrientas?

HISTORIAS.

LIBRO PRIMERO.

Sumario. (DESDE 1788 Á 1800).

La España antes de la irrupcion.—La España desde la irrupcion hasta Cárlos IV.—Revolucion francesa. Si fué útil ó perjudicial á la civilizacion.—Cárlos IV. Cómo recibió la España.—María Luisa y Godoy.—Godoy queriendo salvar la vida de Luis XVI.—Guerra con la República francesa.—Hazañas de Ricardos: se esterilizan con su muerte.—Paz de Basilea.—Batalla naval del cabo de San Vicente.—Ministerio de Jovellanos.—Continúa la guerra marítima.—Pérdida de la Trinidad y de Menorca.—Escuadra de Brest.—Contribucion extraordinaria.—Peste en Cádiz y gran parte de Andalucía.—Tercero y último repartimiento de la Polonia.—Campañas de Bonaparte en Italia.—Expedicion de Egipto. Golpe del 18 brumario.—Los rusos en Italia y Suiza.—Batalla de Zurich.—El Directorio metido á fabricante de repúblicas.—Liga de los neutrales.—Poder de la Francia al espirar el siglo XVIII.—Muerte de Washington.—Estado de la España al finalizar el siglo XVIII.

España antes de la irrupcion. Es un hecho histórico indudable que antes de aparecer el cristianismo, la España no formó cuerpo de nacion, ni tampoco mucho tiempo despues: á haberle formado, ni hubieran conquistado una gran parte de ella los cartagineses, ni la hubiesen sometido en casi su totalidad los romanos. Dividida en una porcion de pueblos, no se sabe de qué manera gobernados, se trataban á menudo unos á otros como enemigos; de seguro que nunca se consideraron hermanos como hijos de una misma pátria. Asi es que Annibal pudo sujetar la parte sudeste de la península, ayudado por los habitantes de varias comarcas de ella, como los romanos sometieron al yugo casi toda la Iberia, auxiliados por gran número de sus moradores.

La España desde la irrupcion hasta Cárlos IV. La irrupcion de los bárbaros que, pedazando el imperio romano, fundó tantas nacionalidades en Europa, creó la española bajo el cetro electivo de los godos, hecho trizas junto á las márgenes del Guadalete en el año de 714 de la era cristiana. Siete siglos de sangrientos combates, que por cierto impidieron que el feudalismo tomase aquí las enormes y atroces proporciones que alcanzó en el resto de Europa, fueron necesarios para fundar de nuevo la nacionalidad española, aunque excluida de ella la mayor parte de la antigua Lusitania, reuniéndose al cabo de ellos las dos coronas de Aragon y Castilla, y realizándose la conquista del reino de Granada, último resto del poderío musulman, en tiempo de Fernando V é Isabel I, esta reina beata, digna de loa por algunas gloriosas aún cuando no muy útiles empresas, pero más digna de vituperio, porque ella fué la iniciadora y principal causa de la decadencia, postracion y envilecimiento de España, introduciendo el inicuo y funestísimo tribunal de la Inquisicion, y espulsando del país á medio millon de judíos, gente vividora que con su industria y comercio fomentaba en gran manera la pública riqueza. Dos siglos mortales oprimió á la España la casa de Austria, entronizada por el casamiento de Juana, hija de los reyes católicos, con el archiduque Felipe, y esos dos siglos de aventuras insensatas, de autos de fé impios, de expulsiones de moriscos, más fatales que la de los israelitas, y de costosas, sangrientas y estériles conquistas, acabaron con la muerte del imbécil Cárlos II, que dejó la nacion despoblada, empobrecida, presa de la más crasa ignorancia, sin hacienda, sin ejército, sin marina, cubierta de conventos, henchida de curas y frailes, y expuesta por último á un infame repartimiento, que evitó en su mayor parte la ambicion de Luis XIV, conquistando para su nieto Felipe V el sόlio que ilustró Alonso el Sábido, y tiempo andando habia de honrar, aunque bajo el régimen absoluto, Cárlos III, quien en sus cortos alcances tuvo el buen instinto de dejarse guiar por los hombres más preclaros de su tiempo, y rarísima vez tomó determinacion alguna importante para el país sin anuencia del Consejo de Castilla,

cuerpo que durante su reinado hizo ménos sensible, á causa de la independenciam en que él le colocó, la falta de representación nacional.

Revolucion francesa. Si fué útil ó perjudicial á la causa de la libertad. A Cárlos III sucedió su hijo Cárlos IV en Diciembre de 1788, cuando ya en la vecina Francia aparecian síntomas de la tormenta revolucionaria, que habia de asustar muy luego á la Europa, inundándola de sangre. Cometiendo esa por muchos tan ensalzada como mal comprendida revolucion una série de locuras, escándalos y crímenes, que iguales no los presencié jamás el mundo, tenia que contener inevitablemente el curso sereno y firme de la civilizacion, que en todos los pueblos, poniéndose en algunos sus monarcas á la cabeza, como en Prusia, Austria y Toscana, se desarrollaba con lentitud y aplomo, únicas condiciones de hacerse estable, porque lo que se crea entre el barullo, la precipitacion, los gritos y la demencia, por bueno que ello sea, jamás alcanza, no digamos larga duracion, pero ni siquiera el honor de vivir algunos años. El frio observador no puede ménos de ver que la revolucion francesa, que pudo ser santa en sus principios por las causas que la produjeron, aterrando muy luego al orbe con sus atrocidades, hizo retroceder la causa del progreso humano y sirvió de pretexto durante 80 ó más años á los enemigos de las reformas para que cometieran en todas partes más crímenes que ella, en la idea de impedir lo que llamaban su reproduccion, como si hubiese pueblo alguno en la moderna Europa que compararse pudiera al francés en ligereza y sanguinarios instintos. Otro mal no menor causó la revolucion francesa, consistente en que en cuantos pueblos se ha presentado un movimiento revolucionario, (aparte el que entre nosotros nació con la guerra de la independenciam) ha nacido al instante un partido de infelices demagogos, aspirantes á personajes de la noche á la mañana, quienes soñando además en imitar, sin fundamento alguno para ello, los horrores y atrocidades de dicha revolucion, han esterilizado los esfuerzos generosos de los amantes de las reformas y del bien procomunal, que solo debe buscarse en los principios eternos de la justicia.

Estas apreciaciones nuestras sobre la revolucion francesa parecerán á algunos paradógicas y aventuradas, pero cuanto más meditamos, más exactas las creemos. A no ser por la revolucion francesa, la España (y lo propio decimos de otros países) hubiera alcanzado muy luego sin dolorosas convulsiones un sistema de gobierno liberal y justo: quien dude de esto niega *á priori* la fuerza irresistible del progreso humano en medio del órden y de la paz; niega la facultad poderosamente creadora de la imprenta; niega la virtud de la sensata y fecunda revolucion norte-americana, y desconoce, por no haberlos estudiado, los generosos esfuerzos empleados en sus obras para regenerarla por Feijóo, Gándara, el padre Isla y otros hombres ilustres del siglo XVIII, de quienes muy luego hablaremos.

Viene en apoyo de estas nuestras opiniones la reunion de las Córtes españolas que en los primeros meses de su reinado tuvo Cárlos IV en Madrid, las cuales fueron convocadas no solo para jurar al príncipe de Astúrias y destruir la ley Sálica, introducida por Felipe V, dejando vigente la de Partida sobre la sucesion de las hembras á la corona de Castilla, *sinó también*, decia el decreto de convocatoria (Mayo de 1789) *para tratar, entender, practicar, otorgar y concluir por Córtes otros negocios, si se propusiesen y pareciere conveniente resolver, acordar y convenir para los efectos referidos*. Aquí, como se vé, se empezaba á abrir el largo paréntesis, cerrado con motivo de la batalla de Villalar; pero el desbordamiento de la revolucion francesa asustó á los tímidos, impuso á los animosos y á todos los llevó por el camino de la expectativa, en medio de la cual pudo surgir Godoy impúnemente para precipitar á la España en un abismo de males.

Cárlos IV. Cómo recibió la España. Cárlos IV recibió de su padre una herencia envidiable, que pudo haber sido magnificéntisima sin el funesto pacto de familia; la nacion con sus dilatadísimas colonias en paz; la hacienda, apesar de su mal sistema, en regular estado; la marina restaurada; el ejército en buen pié; la poblacion en aumento; la cultura haciendo progresos, y el amor á las artes, á las empresas útiles y á toda clase de reformas, extendiéndose por las

principales poblaciones á impulso de las sociedades económicas, llamadas tambien patrióticas. En los dos ó tres primeros años del reinado de Carlos IV, continuó España por las vías de la regeneracion en que la habian colocado el buen instinto de Carlos III y los nobles esfuerzos que el monarca secundó con fé y entusiasmo, de unos cuantos estadistas, hombres en general verdaderamente ilustres, entre los cuales se distinguieron el murciano Moñino, conde de Floridablanca, espíritu recto y perspicaz, quien, siendo el más ardiente partidario y ejecutor de las reformas durante treinta años, se convirtió, asustado por los horrores de la revolucion francesa, en sistemático y tenaz enemigo de ellas; el navarro Muzquiz, hacendista inteligente, laborioso y probo; el aragonés conde de Aranda, guerrero y político ilustrado, que era todo un carácter; el asturiano Campomanes, honra de nuestra magistratura; don Francisco Saavedra, hombre ilustrado y luego excelente ministro; el francés españolizado Cabarrús, alma libre y emprendedora para el bien, sobre todo en materias económicas, padre de aquella hermosa Cabarrús que tanto contribuyó al 9 de termidor por tener encantado con sus gracias, aquí y allá prodigadas, al miserable convencional Tallien; el peruano Olavide, fundador de las colonias de Sierra-Morena, que tuvo que refugiarse en Francia despues de sufrir de la Inquisicion, ya en decadencia, lo que se llamaba entónces *un autillo de fé* á causa de sus ideas reformistas, y por último el asturiano Jovellanos, que con el tiempo superó acaso á todos en servicios y de seguro en ilustracion.

María Luisa y Pero bien pronto habia de verse contra-
Godoy. riado el espíritu regenerador del tiempo de Carlos III. Su hijo Carlos IV, de corazon debilísimo y serviles inclinaciones, nacido más que para mandar, para ser mandado, que gastaba increíbles familiaridades con sus lacayos y palafreneros, se entretenia de continuo en el ejercicio de la caza y en la fabricacion de instrumentos de hierro, en que igualaba á un maestro consumado, abandonó por completo las riendas del gobierno á su prima y esposa María Luisa, quien entregó su corazon y con él la

suerte de España al jóven estremeño D. Manuel Godoy de los guardias de corps, que llegó así á ser un mónstruo de fortuna, merced á sus insinuantes maneras y genti figura, únicas cualidades que encantaron á la impúdica reina hasta el extremo de obligar á los médicos de cámara á que hiciesen entender á Cárlos, más imbécil y desgraciado en esto que el esposo de Mesalina, que el uso de matrimonio era mortal para su salud, en la vil idea de entregarse ella más libremente á su liviano amante. Así se vió que antes de espirar el siglo XVIII, dueño absoluto de todo el afortunado favorito, y tan lleno de soberbia, que trataba á su coronada amante con la más grande altivez, mezclada de menosprecios, que casi nunca sufren las mujeres, pero que aquí, ignorándose la causa de semejante fenómeno moral, soportaba María Luisa sin tomar venganza, la España habia vuelto á un período triste de retroceso y vergüenza, elocuentemente significado ante todo en las inícuas y funestas persecuciones de que fueron sucesivamente objeto Floridablanca, exonerado del puesto de primer ministro en Febrero de 1792, conducido preso á la ciudadela de Pamplona, y encausado por los feísimos y supuestos delitos de malversacion de fondos y distraccion de cantidades destinadas á las obras del canal de Aragon, cosas todas á que no fué ajeno el conde de Aranda, su sucesor en el cargo de primer ministro; el preclaro Campomanes, arrinconado y reducido á la impotencia para hacer el bien de la pátria; el mismo conde de Aranda, sacrificado á los ocho meses de serlo Floridablanca só pretesto de sus muchos años, pero en realidad por sus simpatias con los revolucionarios franceses más templados y sensatos, su decidida oposicion á provocar conflictos con la Francia y su menosprecio, públicamente y en diferentes ocasiones manifestado, hácia el favorito, quien con asombro universal fué nombrado su sucesor cuando acababa de cumplir los 25 años, y por último Jovellanos, exonerado de su ministerio de Gracia y Justicia, á donde Godoy mismo le habia elevado siete meses antes, como para pagar con esto momentáneo tributo á la opinion de los hombres probos é ilustrados, pronunciada en favor del noble asturiano por

sus servicios, su integridad y sus escritos, en especial el *Informe sobre la ley agraria*, trabajo utilísimo que ha contribuido en grandísima manera al desarrollo de los intereses morales, científicos y materiales de la moderna España. La persecucion de esos hombres ilustres, no significaba otra cosa que el guante que arrojaba el favorito á la faz de la nacion, por él perturbada y conducida con insensatez sin igual á empresas quijotescas y temerarias, que los que escalan el poder por el vicio, la intriga ó los crímenes, ni han hecho ni harán nada en pró de los pueblos á ellos sometidos (1).

Godoy quiere salvar la vida de Luis XVI. Dueño Godoy por lo que se deja dicho de los destinos de España á la temprana edad de 25 años, pues que habia nacido en 1767, concibió en 1792 un plan, cuya primera parte, por más que se la hubiera dictado la adulacion hácia el rey y María Luisa, era laudable, así como la segunda no podia ser más descabellada y funesta. Quería el valido salvar por los medios diplomáticos y tambien por la corrupcion, comprando á unos cuantos convencionales (que recibieron grandes sumas puestas á merced de nuestro agente diplomático en Paris, don José Ocariz, para perderlas sin resultado), la vida de Luis XVI, preso y sometido al juicio de la terrible Convencion nacional (2), y dado el más que probable caso de que aquellos no produjeran efecto, declarar la guerra á Francia, nunca más fuerte que en medio de su espantosa revolucion, que acababa de anonadar á los formidables ejércitos prusianos y austriacos, cuando la España no debia pensar en otra cosa que en mantenerse en paz con todo el mundo, y continuar por las vías de su regeneracion. El pensamiento de salvar á Luis XVI, no podia ser más humanitario y digno de loa, y en ello le ayudó el conde de Aran-

(1) Aunque Godoy en sus *Memorias* (estén ó no escritas por él), dice que la persecucion de Floridablanca no fué obra suya, es indudable que á él fué principalmente debida, y prueba bien concluyente de esto es que se nombró para instruir la causa contra aquel español ilustre al conde de la Cañada, íntimo amigo del favorito.

(2) Para que nada fuese original en Francia más que las locuras, la Convencion copió su nombre de la Convencion reunida en Filadelfia en Mayo de 1787 para arreglar el pacto federal.

da mientras fué ministro; pero el medio de salvarle á costa de las vidas de millares de españoles y de la ruina de la nacion, no podia ser más insensato ni más inicuo: el pueblo español no era en esto para el favorito mas que un rebaño de esclavos, que debia sacrificarse al lejano parentesco con el destronado rey de Francia de su amante coronada y del esposo de esta.

Guerra con la República francesa. Hazañas de Ricardos.

Guillotinado Luis XVI en París el 21 de Enero de 1793, habiéndose menospreciado con insolente y cruel petulancia las gestiones practicadas para salvar á aquel monarca desgraciado ante los Robespierre, Saint-Just, Danton y las dos docenas más de miserables demagogos, que no tendrán otro lugar en la historia imparcial que el señalado á los asesinos célebres, creyó llegado el caso el jóven Godoy, que ya se habia hecho dar el título de duque de la Alcudia, como se hizo nombrar; ¡oh vergüenza! capitán general de los ejércitos el 28 de Mayo de 1793 á la edad de 26 años, de entrar en guerra con Francia, á la cual se la hacia á la sazón la Inglaterra, dueña de la importante plaza de Tolon, que la entregaron los realistas del mediodia allí refugiados, huyendo de los horrores de los procónsules, ó mejor verdugos del *comité de salvacion pública*. Aun cuando la declaracion oficial de guerra partió de la Convencion, es lo cierto que el gobierno español estaba ya en lucha abierta con la Francia por una série de actos que justificaban la actitud de aquella terrible asamblea. El general gaditano Ricardos, inteligente, bravo y experimentado militar invadió el Rosellon con un cuerpo de ejército, al propio tiempo que el general Caro pasó el Vidasoa con otro ménos numeroso, y nuestra principal escuadra á las órdenes de los almirantes Gravina y Lángara llevó á Tolon 8.000 hombres de desembarco, quienes, apesar de sus heróicos esfuerzos, tuvieron que reembarcarse en Diciembre del 93, abandonando la plaza á las tropas convencionales, no sin entregar antes á las llamas ingleses y españoles su magnífico arsenal con 22 navíos, 8 fragatas y otros buques menores. En el sitio de Tolon se distinguió, por su inteligencia en dirigir la artillería, el jóven Napoleón Bonaparte, entónces comandante de dicha arma y

muy partidario de ambos Robespierre, como que con el menor, comisario de la Convencion en el sitio de aquella plaza, trabó íntima amistad, hasta el extremo de asegurar la hermana de dichos Robespierre, que tambien se halló en el asedio, «que el jóven Bonaparte queria castigar despues del 9 de termidor á los Tallien y demás que derribaron á los terroristas.» El general Ricardos hizo verdaderamente una campaña gloriosa, aunque con fuerzas siempre inferiores á las del enemigo, tomando la importante plaza de Bellegarde, y ganando en Setiembre de 1793 la batalla de Truilles contra el general Dagobert, que perdió en ella más de 6.000 hombres, siendo menor de 1.500 la de los españoles. Reforzado despues el ejército de Ricardos con unos 8.000 hombres, siguió con brillantísimo éxito la campaña, apoderándose de los principales puntos del Rosellon, y solamente le faltó tomar á Perpiñan, su capital, empresa que hubiera realizado en el mismo año de 93 á haber reforzado su ejército como él reclamó en vano á Madrid. Ricardos dejó el mando para venir á la córte á conferenciar con el gobierno, y en el siguiente año del 94 falleció de enfermedad este general ilustre, verdadera esperanza de la pátria y gloria de España, porque fué el solo caudillo europeo que llevó la zozobra y el miedo á los terroristas de la Convencion, á la cual, si no fallece, de seguro se hubiera impuesto, segun todos los cálculos, por su talento, pericia militar y recientes hazañas.

Piérdense las conquistas de Ricardos. La muerte de Ricardos, que llenó de alegría á los demagogos de París, dió lugar á que se perdieran nuestras conquistas al otro lado del Pirineo. Su sucesor el conde de la Union se vió derrotado en varios encuentros por el general Dugomier, que fué quien tomó á Tolon, para perder al fin en territorio francés la última batalla llamada de Colliure, que nos costó más de 10.000 hombres, y nos obligó á traspasar la frontera. La Union, perseguido por Dugomier, dispuso hacerle frente, ocupando con sus desalentadas tropas una línea extensísima entre San Lorenzo del Muga y Rosas: allí tuvo lugar una larga y sangrienta batalla, en que perecieron los dos generales en jefe Dugomier y la Union, pero perdiendo nos-

otros, de los 50.000 hombres de que constaba el ejército, 12.000 muertos y heridos, 10.000 prisioneros y más de 30 piezas de artillería: esta espantosa catástrofe dió lugar á que perdiéramos la importantísima plaza de Figueras, una de las más fuertes de Europa, cuyo cobarde gobernador la entregó no más saber el éxito de la batalla, sin disparar un tiro, eso que contaba con 10.000 hombres de guarnicion, 200 cañones y víveres para seis meses.

A estos inmensos desastres se unieron los no menores que experimentaron el general Caro y el virey de Navarra, cuyos desmoralizados cuerpos de ejército fueron deshechos, con pérdida de 160 cañones, por dos divisiones francesas al mando de Muller y Moncey. Con esto, marchando los franceses de victoria en victoria, se apoderaron de toda Guipúzcoa, inclusa la fuerte plaza de San Sebastian, de una gran parte de Vizcaya y de toda la Navarra, menos Pamplona, y Moncey avanzó hasta Miranda de Ebro llenando de terror á Castilla y mas á la corrompida corte de Madrid, que ya solo pensó en la paz, aprovechando la favorable ocasion de que Robespierre y sus principales cómplices habian espiado en el patibulo sus atroces crímenes, y la Francia, harta de sangre, parecia como que deseaba entrar de nuevo en el número de los pueblos civilizados.

Paz de Basilea. Godoy obtuvo la paz que deseaba, celebrándose el tratado de Basilea (Bale) en Suiza el 22 de Julio de 1795, que firmaron Francisco Barteley, plenipotenciario por Francia, y por España Domingo Iriarte, quien acababa de ser embajador nuestro en Polonia para presenciar silencioso el tercero y último repartimiento de esta potencia. En virtud del tratado de Basilea, la Francia nos devolvió sus conquistas en Cataluña y país vasconavarro á cambio de la cesion que se la hizo de la parte española de la isla de Santo Domingo. El favorito obtuvo con pretesto de este tratado el pomposo é innmercido título de Príncipe de la Paz, como si hubiera sido un triunfador contra los franceses; pero la nacion española, despues de ver asoladas cinco de sus más importantes provincias, perdió casi por completo con la guerra dos ejér-

bitos, cuyo número no bajaba de 100.000 hombres, la parte más grande, rica, y entónces muy estimada de la Española de Colon, al pié de 400 cañones, dos navíos y no poca gente de mar y tierra en Tolon, y enormísimas cantidades en dinero, que dejaron totalmente exhausto nuestro tesoro, y obligaron al gobierno en el mes de Agosto, á la raíz del tratado de Basilea, á abrir un empréstito de 240 millones de reales, reintegrables en el espacio de 13 años, empréstito que, gravitando sobre el tesoro, atacó profundamente el crédito público, y contribuyó en gran manera á aumentar la deuda que hoy tiene arruinada á España. El tratado de Basilea y los grandes honores y beneficios que por él obtuvo el favorito, ablandaron el corazón de éste, y en su virtud hizo cesar por decreto real la persecucion de Floridablanca, devolviéndole sus honores, aunque desterrandole á Murcia, y lo propio hizo con el conde de Aranda, al que, por oponerse como decano del Consejo de Castilla á la continuacion de la guerra, habia desterrado tambien en Marzo del 94, primero á Jaen y despues á Granada, envuelto en una causa criminal, que ahora mandó sobreseer, aunque relegando al noble anciano á Epila, en donde falleció por el mes de Enero del 98, cercano ya á los 80 años.

Tratado de San Ildefonso. ¡Triste suerte la de los países sometidos al régimen absoluto! Para encontrar en la historia un Enrique IV ó un Carlos III, tropezamos en cambio á millares con los Luis XV y los Carlos IV. Por malo, por detestable y corrompido que sea un sistema político, en el cual tiene el pueblo la participacion que le corresponde, no puede ser tan funesto como aquel en donde no hay más voluntad que la de un monarca, juguete casi de continuo, ó de un favorito insolente, ó de una camarilla intrigante y corrompida. Donde el pueblo no interviene en la cosa pública, en la cosa que exclusivamente le pertenece, allí está entronizada la tiranía: rarísima vez prevalecen las ideas de justicia y del bien público donde no hay más que una voluntad y está irresponsable, y rarísima vez tambien se oscurecen esas ideas en donde la discusion, los pareceres encontrados, y sobre todo la publicidad,

contribuyen de consuno al mejor acierto, y hacen que hasta los malos opten por lo que conduce al bien procomunal.

En 1793 y 94 nuestras tropas y escuadras fraternizan con las tropas y escuadras inglesas, y á los dos años, el mismo inesperto mancebo, que tan insensatamente se decidió por la guerra contra Francia, hace que esas escuadras y esas tropas se destrocen unas á otras en nueva y formidable guerra, que no sin motivo nos declaró la Gran Bretaña al saber la celebracion del tratado de alianza ofensiva y defensiva con el Directorio francés, sucesor de la Convencion, en el real sitio de San Ildefonso á 18 de Agosto de 1796, tratado nunca bastantemente maldecido, que firmaron el mismo Godoy como plenipotenciario español, y Perignon como plenipotenciario francés. Para mayor escarnio de la nacion, Godoy consultó con el Consejo este funesto tratado, pero lo hizo por mera fórmula y sabiendo que con el ejemplo del conde de Aranda no se habia de oponer tal cuerpo, sometido á la servidumbre, á sus exigencias y caprichos; y tan cierto es que lo hizo por mera fórmula, que antes de pedir tal consulta, habia dado sus instrucciones para que se asentasen las bases del tratado en París al firmante de la paz de Basilea Domingo Iriarte.

Tres grandes catástrofes concluyeron con el poderío adquirido recientemente por España, merced ante todo al impulso regenerador de la época de Carlos III, y de esas tres grandes catástrofes la historia hace responsable al odioso valido. La guerra hecha á la Francia con motivo del suplicio de Luis XVI, concluyó con nuestro ejército; el tratado de San Ildefonso, atándonos al carro de la Francia, y uniendo nuestra política á la política de aventuras y conquistas del Directorio, produjo en unos ocho años la ruina total de nuestra marina y nuestro comercio, socavando además los cimientos de nuestro poder colonial, y la entrega de nuestras principales fortalezas á Napoleon Bonaparte, que le facilitó la imbécil ambicion del favorito, tenia que hacer, como hizo, más sangrienta, costosa y duradera la guerra de la Independencia.

Batalla naval del Cabo de San Vicente. Bien pronto el tratado de San Ildefonso empezó á producir amargos frutos. En Febrero de 1797, una escuadra inglesa, mandada por los almirantes Jervis y Parker, acometi6 á la vista del Cabo de San Vicente la escuadra española, que mandaba el almirante C6rdova, reputado por un excelente marino: disponia 6ste de 27 navios de alto bordo, 10 fragatas, 3 corbetas y varios buques menores. Era bastante inferior en n6mero la escuadra contraria, mas no por esto se acobardaron los almirantes ingleses: á beneficio de una maniobra, que en medio de la batalla hizo el inteligente Parker, logr6 separar de la linea á seis de los mejores y m6s grandes navios espa6oles, y acometi6ndolos ent6nces casi imp6nemente con superiores fuerzas, logr6 apresar 4, el *San Jos6*, el *San Isidro*, el *Salvador* y el *San Nicol6s*, perdi6ndose tambien el *Trinidad*, el m6s grande que en aquella 6poca surecaba los mares, y Jervis y Parker se retiraron con su presa, al ver que C6rdova hizo rumbo con el resto de su maltratada escuadra á C6diz, en donde le esperaba un juicio, en que fu6 degradado, perdiendo su empleo, con prohibicion de vivir en la c6rte y capitales de los departamentos mar6timos, duro pero saludable castigo, cuya aplicacion ha hecho falta mil veces en Espa6a durante todas sus guerras del presente siglo.

Retirada de Godoy. Ministerio de Jovellanos. La anterior derrota de nuestra escuadra soliviant6 los 6nimos de los que se ocupaban de la cosa p6blica contra el torpe favorito, quien, por un resto de pudor sin duda, consintió en retirarse del Ministerio en Marzo de 1798, reserv6ndose el mismo 6 mayor poderío que si fuera secretario del despacho. Poco tiempo antes, en 6ltimos de 1797 fu6 cuando hizo que Carlos IV nombrase ministro de Gracia y Justicia á Jovellanos, á reserva de exonerarle á la primera ocasion, como lo hizo en Agosto de 1798.

Continúa la guerra marítima. Pérdida de las islas de la Trinidad y Menorca. Las calamidades p6blicas, producto del desastroso tratado de San Ildefonso, continuaron en los tres 6ltimos a6os del siglo XVIII. Despues de nuestra derrota del Cabo de San Vicente, los ingleses se creyeron capaces de

acometerlo todo. Bloquearon y bombardearon á Cádiz, arruinando nuestro comercio con las colonias, que se hacia solamente, merced á un irritante privilegio, por aquel puerto, y con el resto de Europa. Una escuadra respetable al mando del célebre Nelson, acometió á Santa Cruz de Tenerife, capital de las islas Canarias, de donde fué rechazado con pérdida de un brazo. Otra escuadra inglesa se dirigió á Caracas, donde los isleños no encontraron mejor fortuna que en Tenerife, saliendo aún peor librados en otra expedición que hicieron sobre Puerto-Rico, cuyo comandante el brigadier D. Ramon de Castro destrozó 10.000 hombres que desembarcaron en la isla, retirándose la escuadra británica con pérdida de la artillería desembarcada y otros efectos de guerra. Pero la suerte les fué propicia á los ingleses, conquistando la rica é importante isla de la Trinidad, [sita junto á la embocadura del Orinoco, en la parte Nordeste de la América meridional, con pérdida de una respetable escuadra nuestra, que, por no verla en poder del británico, quemó el almirante Ruiz de Apodaca, y la más importante de Menorca, ésta en medio de una débil resistencia, por cuanto en aquel año (1798) no habia ya verdaderamente marina con que defenderla, y los restos de la que sucumbió en la batalla del *Cabo de San Vicente* no osaban salir de la bahía de Cádiz.

Escuadra de Brest. Contribucion extraordinaria. Peste en Andalucía. Aun tenia que pasar la España por mayores humillaciones y desventuras. Los restos de la escuadra que peleó junto al Cabo de San Vicente, un poco aumentados y mejorados durante el trascurso de dos años, salieron en 1799, bajo el mando del almirante Mazarredo, en direccion á Brest, de donde no habian de regresar jamás á España, como adelante veremos, y en donde tuvieron que verse condenados á forzosa inaccion, porque una numerosísima escuadra inglesa, recorriendo las aguas de aquel puerto, que tenia bloqueado, impidió que saliesen á alta mar, así los navíos españoles como los franceses en él anclados.

Para soportar los gastos de la guerra, se impuso al país una contribucion extraordinaria de 300 millones, que promovi6 mil quejas por su desigual repartimiento, y no

se realizó del todo, porque la nacion no podia pagarla. Como para hacer más triste la situacion, ya casi desesperada del país, los ingleses se presentaron con otra poderosa escuadra delante del Ferrol, en la idea de destruir su hermoso arsenal, haciendo un desembarco de 15.000 hombres, que talaron la tierra; pero el general Donadio les batió y obligó á reembarcarse con grandes pérdidas, compeliendo tambien con esto á la escuadra á que abandonase la costa gallega.

Tambien otra formidable escuadra inglesa, fuerte de 25 navíos, 23 fragatas, 4 corbetas, 2 bergantines y otras 100 embarcaciones menores más, con 26.000 hombres de desembarco, se presentó delante de Cádiz en los primeros dias de Octubre de 1800, cuando una fiebre maligna y contagiosa estaba haciendo estragos en la ciudad. El siglo XVIII, que tan mal comenzó para España con la larga y sangrienta guerra de sucesion, se despedía así de una manera mucho más terrible, merced á la liviandad de una reina estúpida, á la cual diríase que secundaba la Providencia, enojada de ver el servilismo y abyeccion del pueblo, que parecia estar comprendido en el apotegma de Ciceron sobre las naciones orientales: *gentes at servitutem natas*. Mandaba en Cádiz el general Tomás Morla, que habia hecho la guerra del Rosellon, hombre de aspecto fiero y energía aparente, á quien más adelante veremos abandonar la causa de la pátria: el almirante inglés Keith intimó la rendicion á la ciudad, á la que pretendía sacar una gran suma de dinero, siendo además su ánimo incendiar el arsenal de la Carraca. Morla contestó con entereza á las intimaciones del inglés, diciéndole que se cubriría de ignominia ante el mundo civilizado y ante la historia, si atacaba á una ciudad en que la epidemia estaba haciendo horriblos estragos, cuando los deberes de humanidad y el derecho de gentes le ordenaban que la socorriese en su inmenso infortunio. El almirante inglés, ya fuese porque le hiciera mella la noble contestacion de Morla, ó ya porque le impusiese respeto la actitud de la poblacion que, apesar de l contagio, se ofreció á sacrificarse en defensa de la plaza

retiró su escuadra de las aguas de Cádiz. Dióse á la fiebre, que rápidamente se extendió por todo el antiguo reino de Sevilla, el nombre de *tifus icteroides* por su semejanza con la fiebre amarilla, y por esto se creyó también que habia sido importada de América: en un principio pocos de los acometidos lograban salvarse, porque se desconocía el mal, y por consiguiente era preciso inventar remedios para curarle. Presentábase la fiebre segun las memorias facultativas de aquel tiempo, de tres maneras: 1.^a con fuertes dolores en la cabeza, sienes, piernas, muslos y cintura, y con inmensas fatigas en el estómago; 2.^a con los mismos dolores y fatigas, vómito bilioso y negro y delirio y congojas en el corazon, y 3.^a casi con todos los síntomas de la 1.^a y 2.^a, pero además con un frio grande, la lengua muy seca y aparatos inflamatorios, siendo casi siempre mortal en el último caso las sangrias. A beneficio de la desinfeccion, por medio del ácido sulfúrico, nitro, azufre y otras materias salutíferas de los barrios y edificios infectos se logró aminorar el mal, el que no desapareció desgraciadamente sin causar más 100.000 víctimas, la mayor parte de Sevilla, Cádiz y pueblos de sus alrededores. Una cosa se observó en Cádiz: la inmensa sobreescitacion que allí causó la amenaza del almirante inglés, distrayendo los ánimos de los horrores del contagio, contribuyó á aminorar éste, segun las observaciones de los médicos.

Este año fué también fatal por otras calamidades. Otra peste, no tan mortífera como la de Andalucía, asoló gran parte de Castilla la Vieja, y el inmenso pantano de Lorca, obra útil y costosísima del reinado anterior, hecha para regar dilatados y fértiles campos, reventó con estrépito, causando muertes de personas y animales, y asolando parte de la ciudad y caseríos y sembrados, con pérdida de más de 30 millones de reales.

Tercero y último reparto de la Polonia. Echemos ya una mirada retrospectiva aún cuando lijera sobre la Europa. La Francia, despues de sus locuras y atrocidades, habia entrado, muerta la Convencion, en un período de juicio relativo. En Octubre de 1795 concluyó

aquella terrible asamblea, que rechazó la invasion extranjera, única cosa porque puede ser ensalzada, sustituyéndola el gobierno directorial, poseido del más fuerte espíritu de conquista y ganoso de implantar en todas partes su república centralizadora, sin calcular que en todas partes tambien tenia que prenderla, digámoslo así, con alfileres, porque las instituciones políticas no se imponen á los pueblos, sino que es preciso que ellos estén preparados para recibirlas, apreciarlas y consolidarlas. Los horrores de la Convencion y la guerra sostenida contra ella por la Inglaterra y la España, dejaron libres á los soberanos del Norte para que realizasen el 3.º y último repartimiento de la Polonia en 1794: se aprovecharon de él Federico Guillermo, sucesor del gran Federico de Prusia, el emperador Francisco II y la emperatriz Catalina. Ha sido calificado el repartimiento de la Polonia por casi todos los historiadores de atentado abominable y despojo inícuo, y no seremos nosotros los que combatamos esa casi unánime calificación. Pero si nos permitiremos observar que la muerte que tuvo la Polonia fué la consecuencia lógica y natural de su estado de permanente anarquía, como fué legitima y natural la desaparicion de la Grecia cual pueblo libre é independiente, primero ante la falange macedónica y despues ante las legiones de Roma. La Grecia sucumbe, más que por la fuerza de las armas de Filipo y la táctica romana de Mummio y otros capitanes latinos, por la anarquía de sus ciudades y la injusticia de sus hombres, que es ley eterna en la historia que los crímenes se purgan y las anarquías se pagan en término más ó ménos lejano. Focion bebe la cicuta, como la habia bebido Sócrates, pero estas muertes inmerecidas, producto en definitiva de la demagogia, que es la tiranía en su forma mas brutal y repugnante, coadyuvaban inmensamente á la desaparicion de la Grecia de entre el número de las naciones. La Polonia no aplicaba la cicuta en medio de sus casi permanentes convulsiones, pero estas, haciéndola débil é infeliz y convirtiéndola además en piedra de escándalo para los países limítrofes, tenian inevitablemente que realizar la profecia de su

buen rey Juan Casimiro, quien dijo á los representantes de la nacion, reunidos en 1661, al ver las encontradas exigencias de la turbulenta nobleza, la farsa de las elecciones y el abuso del veto: «*si no os apresurais á poner remedio á las calamidades que al país acarrearán vuestras supuestas elecciones libres, y no renunciáis á vuestros personales privilegios, ESTE NOBLE REINO SERÁ PRESA DE LOS MOSCOVITAS, DEL BRANDEBURGUÉS (el prusiano) Y DEL AUSTRIA.*» Tenia la Polonia al espirar un rey indigno, que habia sido uno de los infinitos amantes de la Czarina, Poniatoski, y un héroe esclarecido, Tadeo Kosciusko; pero ni el rey mató la nacionalidad polaca, ni mucho ménos pudo el héroe salvarla, porque de nada sirven los héroes para un pueblo que está podrido. Amenazado el polaco del último repartimiento, hizo un esfuerzo supremo por salvarse; pero derrotado el ilustre Kosciusko en Octubre de 1794 y hecho prisionero de los rusos, que le condujeron á San Petersburgo, pereció con su derrota la nacionalidad polaca para siempre, que los pueblos pueden vivir y viven siglos bajo el despotismo, pero no bajo la anarquía. Bien conoció esta triste verdad el héroe polonés al caer de su caballo y exclamar con el alma desgarrada de dolor: *finis Poloniae.*

Campañas de Bonaparte en Italia. El principal deseo del Directorio, que desde su instalacion no pensó más que en conquistas, era hacerse dueño de la fraccionada y como tal débil Italia, humillando antes al Austria y con esta á toda la Alemania. Al efecto dió el mando de un ejército, fuerte de 30.000 hombres, bien disciplinado aunque desnudo y hambriento, al general Bonaparte, que no habia cumplido aún los 27 años, y en el primer momento fué objeto de burla ante los soldados por su constitucion endeble, baja estatura y rostro pálido y casi desbarbado: habiase distinguido el jóven general salvando á la Convencion en sus últimos dias para que legalmente se retirara de la escena, dejando su lugar al Directorio. Invadió Bonaparte la Italia, atravesando los Alpes de Niza, y con celeridad, inteligencia y suerte asombrosas batió á los sardos y austriacos en diferentes encuentros, eso que no

contaba más que con una tercera parte de fuerzas que sus enemigos; entró en Milan, ganó la batalla de Castiglione, se enseñoreó de la Lombardia, de las Legaciones papales y de Modena, para obtener en seguida la gran victoria de Arcole, de cuyas resultas se vieron obligados los austriacos á celebrar los preliminares de Leoben, que concluyeron con la paz de Campo Formio, sucumbiendo á impulsos de tan portentosos y rápidos hechos de armas la aristocrática república de Venecia, que fué agregada al Austria, digno fin de un gobierno que erigió la tiranía en sistema casi permanente, como sucumbió tambien la turbulenta de Génova para ser convertida en la *república liguriana*. En esa misma época y como consecuencia de los triunfos de Bonaparte y sus lugartenientes se formaron otras dos repúblicas, vaciadas en el molde de la francesa, la cisalpina, que comprendía la Lombardia, Modena, las Legaciones y otros países del Norte de Italia, y la romana que, á causa de insultos y atropellos atroces, cometidos por el bando clerical en Roma contra los franceses con menosprecio del derecho de gentes, proclamó el general Berthier en Febrero de 1798, cojiendo prisionero al Papa Pio VI, quien fué conducido á Valencia del Ródano, donde falleció. Es de advertir, que la república romana fué consagrada en San Pedro de Roma por 14 cardenales, que muchos clérigos, si son generalmente refractarios á todo progreso humano, son tambien por lo comun complacientes con los vencedores, áun cuando estos vayan contra sus intereses mundanales. Entónces fué cuando al salir de Roma Berthier y dejar por sucesor á Masenna se hizo éste odioso por sus robos infames y de todas clases en la Ciudad Eterna hasta el extremo de ser escarnecido cruel y públicamente por sus mismos soldados.

Expedicion de Egipto. Golpe del 18 brumario (9 de Noviembre de 1799). Concluido el tratado de Campo Formio el Directorio echó á volar la especie de que iba á invadir la Inglaterra con poderosísimo ejército; pero cuando todo el mundo creia en un próximo desembarco en la Gran Bretaña se realiza al mando del jóven Bonaparte la atrevida expedicion á Egipto, en la idea de aniquilar á los isleños, secando

las fuentes de su comercio, que estaban, como están hoy, en el extremo Oriente, en la India, Persia y todos los países á ellas occidentales hasta el mar Rojo y el Mediterráneo. La escuadra francesa, compuesta de 15 navios de línea, 14 fragatas y 400 barcos de transporte, salió de Tolon y otros puertos del Mediterráneo en Mayo de 1798 conduciendo 30.000 veteranos de desembarco, entusiasmados hasta lo infinito con su casi imberbe, pero heróico general. Llega éste á Malta, y con la rapidez del rayo se apodera de la isla, concluyendo así con su célebre órden; deja allí de guarnicion unos 4.000 hombres, y con los 26.000 restantes vá á desembarcar cerca de Alejandría, toma esta ciudad por asalto, avanza por medio de abrasados arenales animando á sus soldados, que sufren con valor increíble las angustias del fenómeno conocido bajo el nombre de *espejeo*, que consiste en hacer ver que hay agua en el arenal á cierto término, y al querer tocarla se vé que es una ilusion horrible, hasta que tropieza con el ejército egipcio, y á la vista de las torres del Cairo y no léjos de las Pirámides gana la batalla de este nombre, destrozando 20.000 genízaros y spahis, 10.000 mamelucos y una numerosa caballería y apoderándose de 400 cañones. Entra en el Cairo y dando lijero descanso á sus tropas invade la Siria, gana á los turcos la batalla del monte Tabor, y cuando se disponia á ir sobre Constantinopla, ó á renovar las hazañas de Alejandro, internándose en el continente de Asia, recibe la noticia de la batalla naval de Abukir, en la que Nelson destrozó completamente la escuadra francesa á las órdenes del almirante Brueys, quien murió como un bravo sobre el navío *Oriente*, que al fin se voló por causa de un horroroso incendio. Al saber este desastre Bonaparte, vuelve á Egipto, destroza un poderoso ejército turco cerca de Abukir y dejando á Kleber de gobernador del país de los Faraones, en una escuadrilla de 4 buques menores vuela á Francia, desembarca en el puertecito de Frejus el 9 de Octubre de 1799 y llega á Paris á los 6 días despues, siendo recibido en medio de un entusiasmo indescriptible. Una vez en Paris, ayudado ante todo por su hermano Luciano

presidente del Consejo de los 500 y animado por las tropas, que le idolatraban por sus victorias, lleva á cabo el golpe de estado de 18 de brumario (9 de Noviembre de 1799), disolviendo con los granaderos al mando de Murat aquel cuerpo legislativo, algunos de cuyos miembros escaparon miserablemente, despues de chillar como mujerzuelas, por las ventanas no atreviéndose á hacerlo por las puertas del edificio. La suerte estaba echada: no solo se habia pasado el Rubicon, sino que se habia ganado la partida, concluyendo con las instituciones. El soldado de fortuna hizo publicar una Constitucion, llamada del año 8, á reserva de publicar más adelante otras varias segun se fuera imponiendo al pueblo voluble, que le adoraba por sus estrepitosos triunfos. En esa Constitucion del año 8 de la república francesa se entregó el poder ejecutivo á tres cónsules provisionales: el 1.º, mejor dicho el único, Bonaparte; el 2.º Sieyes, y el 3.º Roger Ducós, que luego dejaron sus puestos á tres cónsules definitivos, á saber: Bonaparte que como 1.º lo era todo, y Cambaceres y Lebrun, que como 2.º y 3.º eran nada. La Francia tenia ya un amo que la habian proporcionado los Robespierre, Danton, Saint-Just y demás demagogos que aterraron á Europa con sus atroces crímenes é hicieron odiosa por mucho tiempo la causa de la libertad, inseparable de la justicia.

Los rusos en Italia y Suiza. Batalla de Zurich. En 1796 murió Catalina II en medio de sus grandes preparativos contra la Francia. Su sucesor Pablo I, queriendo seguir una política contraria á la de su madre, que le habia tratado con cruel desvío, mandó suspender aquellos preparativos, pero cambiando súbitamente de modo de pensar, cosa nada extraña en él, porque tenia ratos de demencia, se unió á la coalicion só pretexto de que las ideas de la revolucion francesa habian invadido sus estados, aunque en realidad lo hizo por sujestiones de la Inglaterra. El feroz é inteligente Suvarof, llamado el *invencible* por sus triunfos en Turquía y Polonia, recibió la orden de entrar en Alemania al frente de un ejército de 40.000 hombres. Unenlese 50.000 austriacos, y al frente de los 90.000 soldados

y una inmensa artillería se dirige á los confines de la Suiza por el Tirol; desciende á la Italia septentrional y allí obtiene junto á Novi una gran victoria contra el general francés Joubert, que pereció en la acción (1798); pero al año siguiente, viendo comprometido el cuerpo de Korchakof en las encumbradas montañas de la Suiza, vuela á socorrerle para perder, despues de pasar mil trabajos, la gran batalla de Zurich, en que Masenna, mientras Bonaparte se hallaba en Oriente, se cubrió de gloria salvando la Francia con ruina de casi todo el formidable ejército austro-ruso, cuya catástrofe hizo derramar lágrimas al feroz guerrero moscovita, demandando aunque en vano á sus soldados que le enterraran vivo ó le matasen. Pablo I ordenó el regreso á Rusia de los restos de su ejército rompiendo con la coalicion.

El Directorio metido á fabricante de repúblicas. La Suiza, antes pacífica y dichosa, ahora entregada por agitadores franceses al furor de las facciones, y teatro de mil luchas civiles y extranjerías, había sido desmembrada en favor de la Francia, que tomó para sí Ginebra y otros países, convirtiendo el resto del territorio suizo en *república helvética*, modelada en la directorial de Francia, como si la federación, formada en el trascurso de siglos de una manera lógica, natural y provechosa, no fuera la 1.^a condición de existencia y ventura para la patria de Guillermo Tell, al revés que en otros países que, unidos también de siglos, tiene que ser absurda y por ende imposible la federación, sólo pena de que, al intentarla, caigan en la más espantosa anarquía, y como si pudieran mudarse impunemente las instituciones de un pueblo, arraigadas y sostenidas por las costumbres de él, solo porque así se le antojase á cualquier gobierno ó cualquier guerrero, por grandes que fuesen su poderío y fuerza de voluntad. Y no solo había procedido el gobierno francés con falta completa de sabiduría y desconocimiento total de las nociones más sencillas de la ciencia de gobernar en la absurda constitucion de la Suiza, sino que había también llenado, digámoslo así, la Europa de repúblicas, llamadas á desaparecer al primer viento contrario, crean-

do las siguientes con sus directorios ejecutivos y demás instituciones francesas: *la romana*, *la liguriana*, (Géno-^{va}), *la cisalpina* (Lombardía, Modena, etc.), la batava (Holanda) y la *partenopea* (Nápoles), de donde huyó el rey, hermano de Carlos IV, en 1799, despues de haber entregado la capital á la inmunda y estúpida plebe llamada de los *lazzaroni*, en la cual hicieron los franceses horrenda carnicería, por sus excesos merecida, al tomar por asalto la plaza al mando del general Championet.

Liga de los neu- La Inglaterra, á la cual estaba unida la
trales. suerte de Portugal, que la habia facilitado su pequeña escuadra, poco ménos que si fuera una colonia suya, continuaba su política guerrera contra la Francia, inspirada por Pitt, que tenia una aversion invencible hácia este país. Ya en tiempo de Catalina II, (Febrero de 1795) habia hecho un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la emperatriz, el cual por la muerte de esta no se llevó á cabo, pero que despues puso en ejecucion su hijo Pablo, segun acabamos de ver. Separado éste de la coalicion despues de la batalla de Zurich, la Prusia, la Dinamarca y la Suecia formaron lo que se llamó la liga de los neutrales, cosa que no agradó á la Inglaterra, que profesaba la máxima latina *de que el que no está conmigo, contra mí está*, (*qui non est mecum, contra me est*). Ya veremos más adelante cuán caro costó á Dinamarca el no querer salir de la neutralidad armada en que se encontraba al espirar el siglo XVIII.

Poder de la En el último año de éste (1800), mien-
Francia á fi- tras que la Inglaterra y el Austria se veian
nes del siglo XVIII. cargadisimas de deudas, con sus tesoros exhaustos y su comercio y su industria en ruínas, llegó la Francia al apojee de su poderio y gloria, debido principalmente al génio militar del jóven Bonaparte. Dueño éste como primer cónsul de los destinos de su nacion, y decidido á dar un nuevo golpe al emperador de Austria para obligarle á pedir la paz, abandona en los primeros días de Julio á París, vuela á Suiza, atraviesa los Alpes por el San Gottardo, venciendo inmensas dificultades y corriendo enormes peligros, y llegando á la Lom-

bardía gana la gran batalla de Marengo, en que el general austriaco Melas fué hecho trizas, pues que de su ejército de 40.000 hombres perdió 8.000 entre muertos y heridos y más de 12.000 prisioneros. El Austria se vió obligada por esta derrota á pedir un armisticio, preludio de la paz de Luneville, que la fué concedido, y en su virtud Bonaparte regresó á la capital de Francia árbítro ya ó poco ménos, por reputarsele invencible, de los destinos de una gran parte de Europa. Un poco antes de este tiempo, muerto Pio VI en Valencia del Ródano, se reunió el conclave compuesto de muy pocos cardenales en Venecia y eligió Papa á un miembro del Sacro Colegio, Chiaramonte, quien tomó el nombre de Pio VII, al que veremos prosternarse á las plantas del soldado de fortuna para ungirle y consagrarle emperador de los franceses, como tambien le veremos alentar y hasta bendecir las más bárbaras tiranías.

Muerte de Washington. El 14 de Diciembre del año anterior de 1799 murió en sus posesiones de Monte Vernon (Virginia) adonde voluntariamente se habia retirado, Jorge Washington, principal fundador de la gran república americana, apellidado el *padre de la pátria*, y uno de los héroes más preclaros que ha producido el universo. Comparando á Washington con Napoleon, éste aparece á los ojos del historiador y del filósofo como un despreciable pigmeo, mientras que aquel llena los mundos con su gloria inmarcesible y sus virtudes esclarecidas. Washington consagró toda su vida á la verdadera gloria y al bien de la humanidad: Napoleon no fué durante la suya más que tras de la vanagloria y la ambicion personal. Por esto murieron el 1.º resplandeciente de virtudes y el 2.º cubierto de crímenes y de oprobio.

Estado de la España al finalizar el siglo XVIII. Veamos como estaba la España al finalizar el siglo XVIII, uncida por Godoy al carro de la Francia. Ya dejamos consignado que en últimos del siglo XVIII, despues de la muerte de Carlos III, habia entrado nuestra pátria en un periodo de decadencia tal que da vergüenza el recordarle. Su poblacion, que en el espacio de unos 90 años, desde la muerte

de Carlos II (1700) á la de Carlos III (1788) habia crecido en más de 3 millones de habitantes, volvió á disminuir hasta contar á principios del siglo presente con poco más de 9 millones de almas de los 10 que arrojó el censo del tiempo del último monarca. Su ejército habia sido derrotado en el Rosellon, Cataluña y país vasco-navarro. Su marina, tan respetable al morir Carlos III, puede decirse que habia desaparecido; pues si bien es cierto que en Trafalgar, 5 años despues, perdimos nuestros últimos buques, estos eran los restos de una marina: llevó esta el golpe mortal en la batalla del Cabo de San Vicente, en la isla de la Trinidad y en Brest, á donde fueron las mejores de nuestras embarcaciones para nunca más volver. El comercio con América y Europa estaba anulado. El crédito muerto y por esto los vales reales se hallaban en una depreciacion espantosa, merced á los enormes gastos de tantas guerras, al empréstito de los 240 millones y á la contribucion extraordinaria de los 300. La multiplicidad y grandeza de los tributos ordinarios, así directos como indirectos, eran horribles, y de tal manera se recaudaban unos y otros que ocasionaban la ruina de la agricultura, la industria y el comercio. Era tan pobre la agricultura entónces en nuestro país que, segun Cabarrús y otros escritores dados á estudios estadísticos, habia un déficit por los años de 1795 y 96 en la produccion del trigo para el consumo de España, que pasaba de un millon de fanegas. Respecto de otras producciones pesaba sobre el pobre labrador la absurda y funestísima tasa, como sucedia á los productores de seda en tierra de Talavera, que eran compelidos á conducir sus capullos á un precio fijo á la fábrica que poseia el gobierno en esta ciudad. La llamada real hacienda tenia un enjambre de empleados, que se absorbian la sustancia del pueblo trabajador, no bajando su número de 36.000. La administracion militar era tan fatal que, segun dicho Cabarrús en sus cartas á Jovellanos y al mismo Godoy, un soldado percibia solamente 1.000 reales al año, y costaba al erario 4.000. Las ciudades gozaban de irritantes privilegios sobre los pobres labradores de los pueblos que á ellas iban con el producto

de su trabajo, y á su vez esas mismas ciudades eran presa de la rapacidad de sus regidores perpétuos, que habian heredado ó comprado sus cargos y les hacian por lo tanto valer como si fueran una finca. Apenas existian caminos, y el canal de Castilla, comenzado en los tiempos de Carlos III, no habia llegado aún á Palencia, mitad de su trayecto. En medio de tantas desdichas y miserias, como para insultar más al pueblo envilecido, el gasto de la casa real pasaba de 100 *millones* de reales, y algunos ministros tenian mucho mayor sueldo que el presidente de la república norte-americana (1). No se daba impulso á nada que condujera al bien material, moral é intelectual del país, ni se abria ninguna fuente de riqueza pública. En cambio crecieron y se multiplicaron las dilapidaciones y escándalos del odioso favorito, quien cubierto de títulos y honores, cintas y grandezas y hartado de cuanto pudiera halagar la más insaciable vanidad mundanal, llegó á ser uno de los mayores potentados de Europa (2). La poblacion habia decrecido y tenia trazas de decrecer más, pero en la escasa de nueve millones con que contaba la España, descollaban 70.000 eclesiásticos del estado secular y 50.000 frailes con un ejército de monjas, que alcanzaba la cifra de 25.000. La administracion de justicia, que fué bastante respetada en tiempo de Fer-

(1) Godoy gozaba un sueldo de más de 40.000 duros, los 24.000 como ministro de Estado con la presidencia del Consejo; el ministro de Marina tenia 20.000 duros, y los consejeros de Estado gozaban de una asignacion de más de 6.500.

(2) En 1796 firmó Godoy el tratado de San Ildefonso, cuando apenas contaba 29 años, encabezándole con los honores, títulos y condecoraciones siguientes: «D. Manuel Godoy, etc., príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del Soto de Roma y del estado de Albalá, grande de España de 1.^a clase, regidor perpétuo de Madrid, Santiago, Cádiz, Málaga y Ecija, Veinticuatro de Sevilla, Caballero del Toison de oro, gran cruz de la de Carlos III, comendador de Valencia de Ventoso, Rivera y Acebuchal en la de Santiago, gran cruz de la Orden del Cristo y de la religion de San Juan, consejero de estado, primer secretario de estado y del despacho, secretario de la reina, superintendente general de correos y caminos, protector de la academia de nobles artes de San Fernando y de los gabinetes de historia natural, jardin botánico, laboratorio químico y observatorio astronómico, gentil hombre de cámara con ejercicio, capitán general de los reales ejércitos, inspector y sargento mayor del real cuerpo de Guardias de Corps, etc.»

nando VI y más en el de Carlos III, sufrió profundos ataques, merced generalmente al impúdico favorito, porque el rey disponia de los bienes de un *vasallo* para dárselos en todo ó en parte á otro, siendo así ilusorio el derecho de propiedad, cuyo amparo debe estar siempre y exclusivamente encomendado á los encargados de administrar justicia, ejerciendo además el rey la tiránica y abominable facultad, con la cual quedaban anulados los tribunales como en la Turquía de los siglos XVI y XVII, de someter á su informe particular la decision solemne y legal de un tribunal cualquiera, así como de nombrar jueces especiales para instruir causas, hijas de la envidia y demás bajas pasiones, como sucedió en las de Floridablanca y Aranda, y (lo que más importa), se prendia, desterraba y encarcelaba á los ciudadanos sin formacion de causa, sin que lo mandase un juez ó tribunal, y solo porque así placia al rey ó á sus cortesanos. Para mayor oprobio pesaba todavía sobre el país el inicuo tribunal de la Inquisicion, que si bien ya no quemaba los cuerpos, corrompia aún las almas. Cierto que ese tribunal infame, muy quebrantado por los regalistas del tiempo de Carlos III, verdaderos amantes del progreso en su época, no habia alcanzado más poder, antes habia perdido algo, por las gestiones de Jovellanos y Urquijo y aún del mismo Godoy y por el influjo natural de las ideas durante Carlos IV, pues sabido es que en tiempo de Carlos III sufrió Olavide el *autillo de fe*. ¡Ah! todavía en el siglo XVIII se inmolaron víctimas humanas en el altar del fanatismo religioso: en Granada habia sido quemado vivo el soldado Bernardino Nicolás por la lijereza ó locura de no querer descubrirse y arrodillarse al pasar el viático por una calle. La Inquisicion seguia aún en España al finalizar el siglo constituyendo la principal rémora de la civilizacion, que retrocedia al mismo tiempo que retrogradaba el país en poblacion y riqueza. Escasísimos fueron los talentos que descollaron en todos los géneros durante la época de que vamos hablando. Ramon de la Cruz, el célebre autor de tantos sainetes, que pueden ser modelos para buenos dramas y excelentes comedias, murió

poco ménos que pidiendo limosna en 1795, en cuya época Moratin daba ya claros indicios de que llegaría á ser el regenerador del teatro español, publicando la *Comedia nueva*, en prosa, verdadera sátira contra los malos autores dramáticos, y la *Mogigata*, en verso, imitacion de Moliere, la que, por atacar las preocupaciones y fanatismo de aquel tiempo, por poco no naufraga entre las censuras inquisitoriales y demás eclesiásticas. Puede asegurarse en honor de Moratin que éste apareció para que brillase en el teatro la verdadera belleza, que une el arte con la moral y la justicia, porque en literatura una cosa es la belleza artística sola, y otra la belleza artística, moral y por ende civilizadora, que deben ir siempre juntas, como acontece en la mayor parte de las obras de Terencio. Así se observa que en épocas de decadencia y oprobio para los pueblos, suele presentarse la 1.^a belleza, oscureciéndose por completo ó poco ménos la 2.^a; Calderon, que floreció en los peores y más vergonzosos tiempos de España, durante los reinados de Felipe III, IV y Carlos II, pues que nació en 1600 y murió en 1680 y fué uno de los más profundos dramaturgos del orbe, divinizaba á los reyes hasta en el acto de dar una infamante bofetada á un cumplido caballero, al que se la hacia sufrir con calma estóica cuando, caso de inventar el tipo, tan baja y cobardamente ultrajado, debia haber puesto en la mano de éste el puñal vengador de Queréa, que los reyes ni habian nacido de raza de inmortales, ni la religion cristiana les autorizaba para ser verdugos y tiranos, además de que no estaba tan lejos de él el tiempo en que nuestros procuradores á Córtes habian dicho al abuelo del primer rey, que él conoció y aduló (á Carlos V en las Córtes de Valladolid de 1518), «*que debia velar mientras durmiesen sus súbditos, porque EN VERDAD ÉL ERA MERCENARIO DE SUS VASALLOS.*» Ningun filósofo ni historiador de nota ilustró el reinado de Carlos IV durante el siglo XVIII. El magistrado Melendez Valdés, amigo de Jovellanos y perseguido por su paisano Godoy, á causa de murmurar de él despues de haberle torpemente adulado en sus composiciones, fué el único que se dió á conocer como poeta en aquella época en que,

para formar doloroso contraste, se desarrolló en extremo la afición al toréo de muerte (que en verdad quiso proscribir por un decreto más adelante el mismo Godoy) y á otras fiestas nada edificantes ni provechosas para la cultura y las artes. Publicáronse en aquel tiempo, además de *La Gaceta*, algunos periódicos literarios y políticos, el principal de estos *El Mercurio*, á los cuales solo se permitia escribir lo que al gobierno pudiera convenirle, esto aparte de que la casi universalidad del pueblo no leia, porque más que de ilustrarse, gustaba de holgar, de franquicias, de procesiones, cofradías y otros espectáculos religiosos y bailes alegres y lascivos, cosas todas que daban una abundante cosecha de guitarristas, copleros, camorristas, mendigos, ladronzuelos y séres degradados y destituidos de pudor. Tan es así que en los últimos tres años del siglo, se tomaron en Madrid, asiento de la córte y punto el más ilustrado sin duda del reino, sérias providencias para que los dueños de casas ó sus administradores hicieran poner puertas inmediatamente en ellas, y que tuviesen luz desde el anochecer hasta las 12, *para evitar los insultos y torpezas que se cometian en los portales*, y se estatuyeron penas atroces y por lo tanto ineficaces contra los que *sonrojaban, silbaban ó insultaban*, y áun atropellaban y escarnecian DURANTE LA SEMANA SANTA á las señoras que salian á la calle con basquiñas ó vestidos morados ó de otros colores que no fuera el negro; como tambien se decretaron despues contra las señoras que en cualquier tiempo usasen basquiña que no fuese negra y ésta habia de ser sin fleco de color y sin oro ni plata. ¡Ridículas medidas que solo servian para patentizar la abyeccion del pueblo y el despotismo del gobierno!

En este tristísimo estado de pobreza y servilismo se encontraba al espirar el siglo XVIII la infeliz España, sometida á María Luisa de Borbon y á su amante favorito Godoy, á quien, sin dejar de adorarle como adoran las que llevan vida de meretrices, habia permitido que se casase con una hija del infante D. Luis, hermano de Carlos III, porque ella á su vez, apesar de no ser jóven ni hermosa, entre mil caprichos amorosos, no todos satisfechos, como la su-

cedió con Palafox, habia tenido relaciones, fugaces por supuesto, con el marino Malaspina y el ministro Urquijo, ámbos de arrogante figura, con un caballero canario que la disgustó casi repentinamente por su frialdad, con otro guardia de corps llamado Mallo, y con quien, en fin, la sujeria su creciente lubricidad, segun de público se decia en aquel tiempo y cuentan las historias manuscritas del vergonzoso reinado de su marido, el cual solia decir muy sério, *que no comprendia cómo habia hombres que se dejaran dominar por sus mujeres.*

HISTORIAS.

LIBRO II.

(DESDE 1801 HASTA LA BATALLA DE TRAFALGAR EN 1805).

Sumario.

Mal gobierno de España.—Inmenso poder del favorito.—El embajador Azara.—El reino de Etruria. Cesion de la Luisiana y de la escuadra de Brest.—Convenio contra Portugal. Guerra de las naranjas.—Alborotos en Valencia.—Prision y destierro de Joyellanos.—Bombardeo de Copenhague. Asesinato cruel de Pablo I de Rusia.—Paz de Amiens.—Bonaparte pretende casarse con una hija de Cárlos IV.—Se enciende de nuevo la guerra.—Vergonzoso tratado dicho de neutralidad.—Nueva guerra con la Gran Bretaña.—Rasgo caballeresco de nuestros marinos.—Bonaparte coronado.—El capellan del emperador.—Tratado de París.—Batalla naval del Cabo de Finesterre.—Batallas de Ulma y Austerlitz.—Batalla naval de Trafalgar.—Estado de la España á la raíz del desastre de Trafalgar.

Mal gobierno de España. Inmensas torpezas, que pueden ser calificadas de enormes crímenes políticos, habian conducido á la España en los últimos años del siglo XVIII á un estado poco ménos lamentable que el que tenia al espirar el XVII. Con el XIX empezó para ella un prolongado martirio que, sangrándola y debilitándola con guerras extranjeras y convenciones vergonzosas, hechas todas en beneficio exclusivo de la Francia, la condujo al borde de perder su independencia, que al fin se salvó, merced en primer término á su posicion topográfica en Europa, en segundo al esfuerzo de sus hijos y en tercero á la ayuda de la Gran Bretaña, lo cual confesamos aqui de buen grado, que el historiador imparcial no ha de faltar por ciego amor pátrio á la verdad en sus narraciones.

Inmenso poder
del favorito.

Consignamos aquí ingénuamente que casi nos falta valor para narrar los hechos ocurridos, merced á la vil degradacion en que el pueblo español se hallaba sumido en esta época. Seguia Godoy, aunque separado del ministerio, siendo el dueño absoluto de la suerte de España, y por más que en sus *Memorias* haya intentado demostrar que, resfriadas un tanto sus relaciones con los reyes, no tomó parte en ciertos negocios de estado, es la verdad que no se adoptó determinacion alguna importante que no fuera hija de sus consejos é influencia. Y era esta de tal naturaleza, que nadie acudia para el logro de sus deseos á los reyes ni al príncipe de Asturias, que ya era mozo á estas fechas, como que contaba 16 años: todos, pues, perdido por completo el pudor, acudian al favorito para obtener empleos y gracias, escalar los ministerios, lograr mandos de ejércitos, provincias y colonias, embajadas y cuanto, en fin, dependia del supremo imperante, que era todo en un régimen absoluto. El mismo Bonaparte, que en materia de satisfacer sus ambiciones no reparaba en medios, se dirigió al príncipe de la Paz, enviándole para tenerle propicio á sus planes unas magníficas armas, que encantaron á Carlos IV, por lo cual el primer cónsul envió al monarca español otras mejores que las del favorito, recibiendo Bonaparte en cambio de ellas y de ciertas promesas sobre aumento de territorio en Italia para el duque de Parma, 16 de los mejores caballos que Carlos tenia en sus caballerizas, los cuales le fueron enviados á Paris con toda pompa y ostentacion.

Acababa de caer el ministro Urquijo que fué reemplazado por Ceballos, pariente de Godoy, y como el ministro Caballero, hombre malo y repugnante, partidario el más furibundo de la política ultramontana y de la Inquisicion, que á la muerte de Pio VI habia recibido rudos golpes de Urquijo, destruyese la obra de éste con anuencia del príncipe de la Paz, el mismo pontífice Pio VII, sin recelo al paso que daba ante un hombre que significaba la deshonra del tálamo real y ninguna representacion legal tenia en el gobierno español, le escribió una afectuo-

sísima carta, en la cual le llamaba *columna de la fé*.

Azara, agente que fué de preces de Roma, en donde proporcionó no pocos disgustos al noble y entendido Moñino (Floridablanca), cuando se halló de embajador ante Ganganelli sobre la expulsión de los jesuitas; Azara, espíritu volteriano con pretensiones de filósofo, partidario constante del sarcasmo, que no es otra cosa que la envidia más ó ménos finamente manifestada, amigo de Bonaparte y Talleyrand; Azara, decimos, fué nombrado ahora embajador en París, cargo que ya habia desempeñado antes, por exigirlo así el príncipe de la Paz, en la idea de dar gusto á Bonaparte, que le indicó el nombramiento. Seguía, pues, Godoy tan omnipotente á principios de este siglo como lo habia sido en los últimos 8 años del anterior. Bien se demostró esto en los funestos tratados que uno tras otro se fueron celebrando para mayor ruina y oprobio de la España, á la cual habia escogido Bonaparte por su víctima infeliz, contando con la ayuda del favorito, del inicuo y corrompido Talleyrand y del sarcástico Azara, al que ardientemente deseaba ver á su lado en París, porque conocia muy bien el torpe servilismo con que, siendo embajador en 1798 ante el Directorio, habia dirigido á este en su arenga de introducción las siguientes lamentabilísimas frases: *El rey, mi amo, es vuestro primer aliado, el amigo más leal y aun el más útil de la república francesa... La nación que gobierna es vuestra amiga sin rivalidad cerca de un siglo hace, y las mudanzas acaecidas en vuestro gobierno, EN VEZ DE DEBILITAR DICHA UNION, (y en esto habian ocurrido las guerras de Tolon, Rosellon y Cataluña y país vasco-navarro) no pueden servir sino á consolidarla cada dia más, PORQUE DE ELLA DEPENDE NUESTRO INTERÉS Y NUESTRA EXISTENCIA COMUN.* Con un representante que así habia menospreciado la antigua y noble altivez castellana y de tal modo habia rebajado la dignidad de su patria, claro es que queria entenderse Bonaparte, y Godoy, dándole gusto, hizo que se volviese á nombrar á Azara embajador en París en los primeros dias del siglo.

El reino de Etruria. Cesión

El primer asunto en que intervino Azara al llegar á París en Abril de 1801 fué el del

de la Luisiana y de la escuadra de Brest. aumento de territorio en Italia para el duque de Parma, hermano y consuegro de María Luisa, puesto que una hija de ésta se habia casado con el primogénito de aquel. Queriendo Bonaparte tener convertida á la España en una colonia de Francia, habia halagado el amor propio de Carlos IV y de su esposa, con el plan de dar un aumento de territorio en Italia, cosa que nada costaba á la Francia, para dicho duque reinante de Parma, á cambio de que diera la España, ajena á semejante asunto, la gran colonia de la Luisiana, que valia inmensamente más que Parma y que Toscana y que otros territorios italianos, y además la escuadra española ó parte de ella, surta en el puerto de Brest, desde que allí la llevó el almirante Mazarredo: el gobierno español habia accedido á semejante vergonzosísimo cambio, como si nuestra escuadra y nuestras colonias no fuesen de la nacion, y sí de la familia en ella reinante. Se estipuló al fin que, desposeyendo al duque de Toscana, el de Parma ó su primogénito seria nombrado rey de Etruria (nombre antiguo de Toscana) con un millon y 200.000 habitantes de súbditos, y la España, que no solo no ganaba, sino que nada tenia que ver en el asunto, cedió la Luisiana, hermosísimo y extenso territorio, mucho mayor que la península ibérica, fertilizado por el Mississipí, el mayor y más importante rio del globo, que desemboca en el golfo de Méjico, frente á la isla de Cuba, y 6 navíos de 70 cañones bien equipados de los de la escuadra de Brest, dando además subrepticamente y como infamante soborno unos cuantos millones, que al fin se repartieron entre Luciano Bonaparte, embajador en Madrid, algun agente francés que propuso el soborno, Talleyrand y el mismo primer cónsul, que éste, nacido para César por el estado de su país, no tenia nada de los Régulos y Fabricios. El mismo Urquijo, que intervino en los preliminares de este bochorroso asunto y poco le faltó á su caída para verse por él encausado, escribió á un amigo suyo las siguientes palabras: *Confieso de buena fé que aunque sé mucho de corrupcion de este mundo, no deja de sorprenderme la excesiva que veo, pero como es menester jugar con las cartas que*

haya, etc. ¡Oh vergüenza! ¡Así daban los pedazos de la pobre España como muebles de su propiedad María Luisa, Godoy y algunos otros viles españoles por unas cuantas fanegas de tierra, con destino á aumentar el estado de un príncipe extranjero, hermano de aquella mujer libidinosa! La pluma se cae de la mano al escribir estos hechos oprobiosos, que solamente tienen lugar en los pueblos embrutecidos y degenerados. Al almirante Mazarredo, que al propio tiempo que jefe de la escuadra de Brest era embajador en Paris, se le separó de ámbos cargos, y entónces fué cuando le reemplazó Azara, quien como instrumento dócil de Bonaparte intervino en el atroz convenio, celebrado en Marzo de 1801, empezando por recibir y obsequiar en la capital de Francia, á donde el primer cónsul quiso que fueran al que habia de ser rey de Etruria y su esposa, que en vez del duque de Parma, se convino al fin en que lo fuera su primogénito casado como vá dicho con la hija de María Luisa. Habíase estipulado una cláusula respecto del regalo de la Luisiana, que consistia en que la Francia no pudiese venderla, y caso de intentar hacerlo, volveria á la España; pero Bonaparte, comprometido á enagenarla con el entónces agente diplomático Monroe, el famoso autor despues de aquella frase *la América es para los americanos*, lo hizo muy luego á estos por veinte millones de duros (400 millones de reales), sin que Azara interpusiese su veto contra una venta tan humillante y vergonzosa para la nacion española que él representaba.

Convenio contra Portugal. Guerra de las naranjas. Ya antes, en Enero de 1801, llevando á la España de vergüenza en vergüenza, se habia celebrado otro convenio entre el embajador Luciano Bonaparte y el ministro Ceballos, declarando la guerra á Portugal, porque así convenia al primer cónsul para separar á la antigua Lusitania de la alianza inglesa. A tal extremo de abyeccion habiamos llegado, que, por dar gusto á la Francia, nos metiamos en una guerra impía, por hacerla contra un pueblo débil de órden de un pueblo fuerte, enloquecido por sus triunfos, que tiempo andando habia de pagar bien caros: existia ade-

más la circunstancia bochornosa para la corte de España de atropellar ésta á otra corte íntimamente ligada con ella, como que el príncipe regente de Portugal estaba casado con una hija de Carlos IV. Godoy, que apesar de todo vió en esta guerra un medio de medrar más y más, accedió gustoso á las exigencias de Bonaparte. Este mandó un cuerpo de ejército de 15.000 hombres, bajo las órdenes de su cuñado Leclerc, el que atravesando la frontera se fué á situar en Ciudad-Rodrigo, mientras que tres ejércitos españoles, que en junto componian unos 50.000 hombres, se situaron uno sobre el Miño, fuerte de 15.000 hombres, otro de 10.000 sobre el Guadiana, en lo que es hoy provincia de Huelva y otro de 25.000 sobre Badajoz, amenazando entrar á un mismo tiempo en Portugal.

Godoy fué nombrado *generalísimo* de los tres cuerpos españoles y del francés, y en Mayo de 1801 se situó en Badajoz, desde donde entró con el cuerpo principal en territorio lusitano, y teniendo un ligero encuentro en Arronches con los portugueses, que se retiraron sin oponer casi resistencia, tomó las plazas de Olivenza, Campomayor, Oguella y otras. Escribió al rey el favorito contándole sus proezas, y como le enviase unas naranjas, rogándole las diera á Maria Luisa, que decia haber cojido sus soldados en los jardines del foso de la plaza fuerte de Yelves ó Elvas, el vulgo madrileño llamó por burla á esta campaña *la guerra de las naranjas*. Portugal, abandonado de la Inglaterra, pidió la paz, que al momento le fué otorgada, aunque perdiendo Olivenza, que desde entónces forma parte de España. Bonaparte desaprobó al principio el tratado de paz hecho por Godoy, fingiéndose enojado; pero muy luego y con la interesada mira de saquear el tesoro portugués, facultó á su hermano Luciano para que por sí solo firmase otro tratado, en el que el pobre Portugal, merced al proceder brutal del gobierno español, que así le acometió y consintió que le acometiese la Francia, fué horriblemente sacrificado, imponiéndole, además de otras onerosísimas condiciones, la de entregar á Francia 25 millones de francos y los diamantes de la princesa del Brasil, que eran los más valiosos de Europa, y estos

ó su valor, con más diez y seis millones de francos de los 25 entraron en la *caja particular* del primer cónsul, nuevo Verres que así saqueaba en provecho propio pueblos cobardemente acometidos por él y por miserables gobiernos á su política vendidos, aunque haciéndolo por medio de sus procónsules, siendo además un hecho que Leclerc y Luciano sacaron su escote, que entre ladrones, sean estos de pueblos ó de particulares, no es cosa puesta en razon que los que roban lo hagan para otros y ellos se queden sin nada. En el mismo mes en que triunfaba Godoy, no como los antiguos capitanes del Latio entrando en Roma, sino yendo su misma amante María Luisa acompañada de su esposo á Badajoz á felicitar á su favorito, perdimos en la ensenada de Algeciras dos grandes navíos, echando á pique los ingleses el *San Carlos* y apresando el *San Antonio*, despues de haber maltratado antes el *San Carlos* al *San Hermenegildo*, al que en la oscuridad de la noche tomó por un buque enemigo. Nos sucedió esta desgracia por ir nuestros navíos á defender á la escuadra francesa, atacada por los ingleses.

Alborotos en Valencia. Un poco despues de estos sucesos tuvieron lugar los alborotos de Valencia, que con facilidad sosegó Godoy accediendo á la pretension de los alborotadores, que no querian que se levantasen en aquel antiguo reino cuerpos de milicias provinciales por el estilo de los de Castilla, por ser contrario al resto que de sus antiguos fueros habia dejado en pié Felipe V á los valencianos.

Prision y destierro de Jovellanos. Es ya tiempo de decir aquí que el ilustrado Jovellanos, bajo el pretesto de una delacion que le culpaba del enorme crimen de poseer y pro-pagar el ridiculo libro de J. J. Rousseau, titulado el *Contrato social*, fué preso en altas horas de una noche triste de 1801, cuando ya Godoy, despues de la campaña de Portugal habia vuelto al ministerio, conducido desde Gijon, su pueblo natal, como un facineroso nada ménos que á la isla de Mallorca y encerrado en la cartuja de Valdemosa cerca de Palma y despues en el castillo de

Bellver, de donde no salió hasta la proclamacion de Fernando.

Bombardeo de Copenhague. Asesinato cruel de Pablo I de Rusia. Ya en esta época habian ocurrido dos grandes acontecimientos que influyeron inmensamente en la situacion de paz en que luego, aunque por poco tiempo, logró entrar Europa. La Inglaterra que, como dejamos dicho, en medio de sus luchas con la Francia, consideraba poco ménos que enemigo suyo al que no estuviese á su lado, concibió el proyecto brutal de destruir por un golpe atrevido las escuadras de los neutrales, que eran las tres potencias del norte, Rusia, Dinamarca y Suecia. Al efecto y cuando aún no habia concluido el deshielo del Báltico, dió el mando de una poderosa escuadra á sus dos almirantes favoritos, Parker y Nelson, vencedores respectivamente en el cabo de San Vicente y en Abukir. Presentóse dicha escuadra en el mar del Norte en los últimos dias de Marzo de 1801, y venciendo mil dificultades y peligros que la oponian los hielos y los frios, todavía muy sensibles en aquellas latitudes, forzó el angosto estrecho del Sund y se fué á anclar á la vista de Copenhague, que con una corta guarnicion y algunos buques menores y viejos, pero con 800 bocas de fuego de cañon se preparó á la defensa, tomando parte el pueblo y unos 800 estudiantes en la esperanza de que seria socorrida la plaza por las escuadras rusa y sueca, que no pudieron abandonar por los hielos los puertos donde se hallaban ancladas. El vencedor de Abukir, avanzando con poco más de la mitad de la escuadra y no del todo acorde con Parker, empezó el bombardeo de la capital de Dinamarca el 1.º de Abril, que continuó con más fuerza el 2, en cuyo dia, destruida casi por completo la dinamarquesa y maltratada horriblemente la ciudad con muerte de la flor de sus defensores, el príncipe real dinamarqués celebró con Nelson, quien tuvo la audacia de presentarse en medio de las humeantes y ensangrentadas ruinas, un armisticio, que en verdad necesitaban ámbas partes. No quiso el príncipe real comunicar á Nelson la noticia que acababa de recibir del reciente y espantoso asesinato de Pa-

blo I. Nelson y Parker hicieron rumbo á Inglaterra despues de haber castigado bárbaramente la actitud de Dinamarca, que con perfecto derecho no queria salir de la neutralidad armada, en que como Rusia y Suecia se habia colocado. El bombardeo de Copenhague es uno de los atentados más infames que manchan la historia de la Gran Bretaña.

Tuvo lugar el asesinato de Pablo I en la noche del 22 de Marzo de 1801 como producto de una conjuracion fraguada por sus principales cortesanos, á cuya cabeza estaban el conde de Pahlen, gobernador de San Petersburgo, los dos hermanos Zubof, Benigsen y otros. Los conjurados no tenian ánimo de matar al emperador, queriendo solamente obligarle á que renunciase la corona en favor de su hijo Alejandro. En el primer momento en que Pablo se apercebíó del complot por el grito que dió al caer mortalmente herido un centinela de palacio, salta del lecho y se esconde desnudo y espada en mano en una habitacion inmediata á su dormitorio, pero avanzando los conjurados, se decide á darlos cara, los increpa y hasta los insulta de una manera terrible: Platon Zubof suelta la palabra *abdication*, y Pablo se arroja sobre él para herirle con su espada: el hermano de Zubof contiene á Pablo, inutilizándole con su acero el brazo derecho, y en el acto todos los conjurados se lanzan sobre el desgraciado monarca, le derriban, le escupen, le llenan de denuestos, le dán multitud de estocadas y con barbárie exclusiva de salvajes sacian su furor, hiriendo y destrozando las partes pudendas del moribundo hasta que uno de ellos, más compasivo que los demás, le echa una faja al cuello y le ahoga. El autócrata pronunció estas últimas palabras: *¡Constantino! ¡Constantino!* Muchos historiadores franceses han procurado culpar de la muerte de Pablo I á los ingleses sin tener pruebas para tan terrible acusacion; pero la historia imparcial no puede culpar del tremendo fin del autócrata ruso más que á su carácter violento y adementado y al sistema político de su imperio. En donde los principios de libertad y justicia se hallan oscurecidos, los asesinatos de los príncipes, como en la Roma de los Césa-

TOMO I 4

res, son acontecimientos, digámoslo así naturales, en los que los mismos pueblos no intervienen ni para ejecutarlos, ni para vengarlos. Alejandro subió al siguiente día al trono ensangrentado de su padre en medio de la indiferencia del pueblo de San Petersburgo, eso que vió que el primero que felicitó al nuevo monarca fué el principal asesino de su padre, el conde de Pahlen.

Paz de Amiens. El 1.º de Octubre siguiente, habiendo sido reemplazado Pitt por Adington, ardiente partidario de la paz, celebráronse entre los gobiernos francés é inglés los preliminares de Lóndres, que concluyeron por el tratado de Amiens (27 de Marzo de 1802), en que Bonaparte tuvo especial empeño de que interviniera Azara, sin duda para que presenciase la deshonra de España, porque en dicho tratado, que devolvía momentáneamente la paz á Europa, se estipuló que nosotros perdiéramos en beneficio de Inglaterra la rica isla de la Trinidad, devolviéndonos solo Menorca; que Nápoles y el estado romano fuesen evacuados por los franceses; que la república batava, sacrificada tambien como la España, perdiese la grande isla de Ceylan (la antigua Trapobana), y que Turquía, que no tuvo embajador en el congreso, quedára en la integridad de su territorio como estaba antes de la guerra. Firmaron este tratado Azara como plenipotenciario por España, José Bonaparte por Francia, Cornwallis por Inglaterra y Schimelpenick por la Holanda. De este modo fué sacrificada la España en Amiens, aquella ciudad de la Picardía, teatro del heróico arrojó de Hernan Perez Portocarrero, capitan de Felipe II; y para que la burla que se nos hizo fuera más sangrienta, logró el insolente y desvanecido Bonaparte que ese mismo Azara (que debió dejar mil veces antes su embajada), le facilitase con orden del gobierno español 5 de nuestros mejores navíos y un bergantín, tristes restos de la escuadra de Brest, para que á las órdenes del almirante Gravina fueran en la expedición que al mando de Leclerc se dirigió á la reconquista de la isla de Santo Domingo, asunto exclusivamente francés. Tanta bajeza y falta de patriotismo parecen aún hoy día increíbles á no verlas consignadas para vergüen-

za y desdoro de España en irrefragables documentos. Había tenido Bonaparte la idea, cuando Bonaparte pretende casarse con una hija de Cárlos IV. se trató de la creacion del reino de Etruria, de enlazarse, divorciándose de Josefina, que no le daba sucesion, con una hija de Cárlos IV, y así se lo hizo indicar á la córte de Madrid; pero Cárlos y María Luisa, lo propio que Godoy, rechazaron unánimes semejante pensamiento como una abominacion, y se apresuraron á casar á la infanta, lo mismo que al príncipe Fernando, á éste con una princesa y á aquella con un príncipe de Nápoles, que eran primos hermanos. Concertados los enlaces, vinieron de Nápoles á Barcelona la princesa y príncipe napolitanos, y los reyes de España con su primogénito y su hija fueron tambien á aquella ciudad, en donde se celebraron las bodas (primeros días de Octubre de 1802) en medio de regocijos y fastuosas fiestas públicas. Prodigáronse con tal motivo á los cortesanos miles y miles de mercedes y gracias, que contrastaban con la miseria del pueblo. Vinieron tambien á las bodas los jóvenes reyes de Etruria, que, como dejamos dicho, lo eran el hijo del duque de Parma y la hija de Cárlos IV. Por entónces fué cuando el pueblo madrileño, que estaba enterado más que ninguno otro de España de las liviandades del real palacio y de toda la familia borbónica, inclusa la reina de Etruria, cantaba á espaldas de los agentes de la autoridad, sin duda para distraerse algo de su abyeccion la siguiente coplilla:

*A la reina de Etruria
Dios nos la guarde,
Que tan GUAPA es la hija
Como la madre.*

De allí á poco celebradas las bodas falleció el duque de Parma, y aunque María Luisa pretendió que se agregase su país natal al reino de Etruria, no accedió á ello Bonaparte, verdadero dueño de Italia.

Se enciende de nueva guerra. Vergenzoso tratado dicho de neutralidad.

La paz de Amiens no fué por desgracia de larga duracion. La petulancia cada dia más insoportable de Bonaparte, que se hizo nombrar cónsul perpétuo, aumentó en el

parlamento inglés el partido de la guerra, y ésta fué declarada entre Francia y la Gran Bretaña en 1803, cuando ya soñaba el guerrero afortunado con atravesar el canal de la Mancha y señorearse de Inglaterra como si ésta fuera otra Italia dividida. Aquí empiezan nuevas vergüenzas para la infeliz España. Acostumbrado Bonaparte á tratar á nuestro país como á colonia francesa, más que por nada por el imbécil servilismo de Godoy y por las criminales complacencias de Azara, quien en esta ocasion y para ser más criminal trató de probarle que la España no podía ser otra cosa que neutral, á fin de recuperar sus perdidas fuerzas, hizo pasar dos notas insolentes por medio de nuestro embajador al gobierno español, en las que, despues de amenazar con sus iras á nuestro país, pedia que se separase de sus puestos á beneméritos servidores del estado y se les castigase por supuestas faltas contra la Francia; que, ya que no con un cuerpo de ejército, se le auxiliase con una escuadra y un gran subsidio anual para con él soportar los gastos de la guerra que iba á sostener contra la Gran Bretaña; que el subsidio seria de 6 millones de reales al mes y 24 millones por los cuatro meses que decia trascurridos desde el rompimiento de la paz, y por último, que se celebrase un tratado de comercio favorable á Francia y en perjuicio de su rival y más por supuesto de la España. Tan irritante y malvado como todo esto era el lenguaje de Bonaparte, eso que el historiador francés del consulado y del imperio asienta con petulancia ridícula, que al cónsul perpétuo le importaba bien poco ó nada en esta época la alianza de España. ¡Pero qué manera de tratar á un pueblo! ¿Qué significa esa conducta brutal de Bonaparte para con la España? Para nosotros, loco de orgullo con sus triunfos, era Bonaparte el gran baratero de la Europa, y como todos los barateros se mostraba mil veces más procaz y exigente con el débil que con el fuerte. Pero el baratero europeo, desmintiendo en esto al historiador francés, era capaz de las mayores indignidades á título de satisfacer sus apetitos desordenados. Viendo que hasta el mismo Godoy se oponia á sus pretensiones inicuas, escribió una carta á Carlos IV, que

mandó por medio del secretario de embajada Herman con encargo de que el embajador suyo la pusiese en manos del mismo rey, en la cual, convirtiéndose en vil delator de vergonzosas liviandades, le decia, *que era preciso que retirase su confianza al favorito, alejándole del gobierno, á cuyo fin le denunciaba las DESHONRAS de su corona, ó que de lo contrario haria entrar un ejército francés en España.* Accion fea y abominable, que coloca al guerrero de fortuna, no al lado de los Pirros y Escipiones, de los Epaminondas y Fábios Máximos, sino al de Oliveroto de Fermo y César Borgia (1). Intimidado Godoy con las amenazas de Bonaparte, dió instrucciones á Azara á fin de que celebrase un nuevo tratado á gusto del cónsul, aunque procurando que en él fueran perjudicados lo ménos posible los intereses de España. Azara celebró en París en Octubre de 1803 el vergonzosísimo convenio llamado de neutralidad, verdadero padron de ignominia para España y para el que lo firmó, en virtud del cual fué estipulado: 1.º que serian inmediatamente destituidos (sin someterlos á juicio) de sus empleos los gobernadores de Cádiz, Algeciras y Málaga, *culpables en el ejercicio de sus funciones contra el gobierno francés;* 2.º que la España daria á Francia un subsidio mensual de 6 millones de reales desde la renovacion de hostilidades hasta la conclusion de ellas con Inglaterra; 3.º que la España quedaria obligada, caso de nueva guerra entre Francia y Portugal á obligar á su vez á esta potencia á que diese al gobierno francés un millon de reales por mes, y 4.º que quedaba comprometida la España á hacer dentro de un año otro convenio secreto con la república *para facilitar y alentar el comercio de ámbas naciones.* Sin duda por escarnio hácia España se llamó á este tratado de NEUTRALIDAD, porque siendo de subsidio á Francia, á la que nada debiamos más que nuestra pobreza y nuestra deshonra, era al

(1) Semejante infame carta fué al fin entregada al pobre Carlos IV en audiencia pública, más prevenido por Godoy y Maria Luisa dijo al embajador francés, *que la admitia, pero que no la leeria,* como en efecto sucedió, de conformidad con el plan que le trazaron su esposa y el favorito, quienes salieron así del terrible trance en que les colocó el increíble cinismo de Bonaparte.

fin de verdadero tributo á este país, esto es, de humillante vasallaje por el estilo del que en los últimos tiempos de la monarquía árabe de Granada pagaba ésta á los reyes castellanos. Este fué el último documento que firmó Azara, porque muy luego fué relevado de su cargo, permaneciendo en París, donde falleció, (1804), cargado de años y de desaciertos, no sin que Bonaparte fuese á estrechar por última vez en su lecho mortuorio la mano de este diplomático español, de cuya presencia, al decir de algunos historiadores franceses, salió el déspota conmovido, como quien iba á perder luego, más que un amigo, un agente dócil á sus caprichos y miras interesadas.

Nueva guerra con la Gran Bretaña. Rasgo caballeresco de nuestros marinos. Con razon creyó la Inglaterra que el tratado de subsidio no podia considerarse como de neutralidad para la España, y así es que áun cuando el acto pareció contrario al derecho de gentes, una escuadra inglesa, obedeciendo las órdenes de Pitt, que habia vuelto al ministerio, acometió frente al Cabo de Santa María á 4 fragatas españolas, que venian de Lima y Buenos-Aires conduciendo 80 millones de reales: los buques españoles se defendieron con heroismo, pero volada una de las fragatas (*la Mercedes*) con los 300 hombres que la tripulaban, tuvieron que rendirse las tres restantes, casi descargadas del tesoro que conducian, porque los marinos españoles, conociendo la codicia de los ingleses y queriendo satisfacerla dignamente, les hicieron fuego cargando sus cañones con plata en vez de metralla, rasgo magnífico de caballerosidad castellana, que hubiera resonado con aplauso en el mundo entero á ser otro el gobierno en cuyo nombre se ejecutaba. El apresamiento de las fragatas dió motivo á una declaracion de guerra á la Gran Bretaña, hecha en dos documentos, uno firmado por Carlos IV y otro por Godoy: el firmado por éste iba dirigido á la nacion y al ejército. Ambos documentos eran ¡ay! los fatídicos preludios de la gran catástrofe de Trafalgar, que pronto iba á realizarse.

Bonaparte coronado. El capellan del emperador. En Mayo de 1804 se habia hecho proclamar Bonaparte emperador de los franceses bajo el nombre de Napoleon I, sin que hu-

hiera más protestas contra la usurpacion del poder soberano hecha por el audaz soldado, que la formulada por el convencional Carnot ante el tribunado, y el 2 de Diciembre del mismo año le coronó en Ntra. Sra. de París el Pontífice Pio VII, quien por exigencias imperiosas del que había de ser ungido, á las cuales no tuvo valor para resistir, hizo el viaje de Roma á París, no sin merecer el despreciativo epíteto de *capellan del emperador*, que los hombres sérios de todos los países le aplicaron con sobrada razon. El capellan, que tiempo andando y vistas sus ingraticudes y farsanterías, había de calificar de *gran comediante* á Bonaparte, ungió la impura frente de éste y bendijo su espada y cetro, pero al querer bendecir la corona, Napoleon la cojió con desenvoltura y la colocó sobre su cabeza como diciendo, *no la debo al Papa, sino á mí*, prorumpiendo en esto miles de aduladoras voces, que resonaron con estrépito en las bóvedas del templo: *¡viva el emperador!* La obra de Robespierre y sus cómplices estaba concluida: la demagogia había dado todos sus frutos.

Tratado de París. 1805.

La declaracion de guerra hecha por España á Inglaterra acabó naturalmente con el tratado de neutralidad y en su consecuencia se celebró otro en París en Enero de 1805 entre nuestro embajador, que á la sazón lo era el almirante Gravina, y el ministro de marina de Bonaparte, Decrès, comprometiéndose ámbas naciones á no hacer paces con la Gran Bretaña no siendo juntas, y para sostener la lucha se obligaba España á tener listos, en estado de salir á la mar y con destino á las operaciones que designase el usurpador francés 7 navíos de línea y 4 fragatas en el Ferrol, con más 2.000 hombres de infantería y 200 artilleros con 10 piezas de campaña; 12 navíos en Cádiz con 2.000 hombres de infantería, 100 artilleros y 10 piezas de campaña, y otros 5 navíos de línea en Cartagena, esto sin perjuicio de aumentar los armamentos, si así lo exigiesen las eventualidades de la guerra.

Batalla naval del Cabo de Finisterre.

Napoleon pensó sériamente por este tiempo en un proyecto de desembarco en Inglaterra, y mientras que aglomeraba los inmensos medios

que creia necesarios para realizarle en Boloña sobre el Canal de la Mancha, dió orden, en la idea de desorientar á los ingleses, de que la escuadra franco-española, mandada por Villeneuve y Gravina, hiciese rumbo al mar de las Antillas, pero procurando dar luego la vuelta á Europa, y él partió para Milan, donde se hizo coronar rey de Italia, habiendo agregado antes al imperio Génova y Niza. Estos actos ambiciosos de Bonaparte, que anunciaban sus sueños de dominacion poco ménos que universal, produjeron la 3.^a coalicion, en que entraron, juntándose á Inglaterra, Austria, Rusia, Nápoles y Suecia, cuyo rey Gustavo Adolfo IV habia jurado ódio eterno al para él usurpador del derecho divino y para la historia usurpador de la soberanía de un pueblo rendido y desangrado por las locuras demagógicas. Sabedor Bonaparte de esta 3.^a coalicion vuela á Francia y se presenta en el campamento de Boloña, decidido, decia, á dar inmediatamente el golpe de gracia á la Gran Bretaña, *resolviendo en la misma Londres* todas las cuestiones en que se hallaba interesado el mundo; pero Villeneuve y Gravina no vienen á Brest, como él les tenia ordenado, porque tropezando con una escuadra inglesa bajo las órdenes del almirante Calder á la altura de Finesterre, se trabó en los primeros dias de Julio un rudo combate, en el cual, apesar de ser mucho más numerosa la escuadra aliada, fué ésta bastante maltratada, cojiendo los ingleses dos navios españoles, merced todo á la ineptitud, irresolucion y carencia absoluta de dotes de mando de Villeneuve, quien presa de infame cobardía, dió orden de suspender la lucha, en la que los españoles se portaron con toda bravura. Villeneuve, que no supo triunfar, desobedeciendo las órdenes de su gobierno para que á todo trance llevase á Brest la escuadra aliada, la dió orden de hacer rumbo á Cádiz, dejando así defraudadas las esperanzas de Bonaparte, quien lleno de furor al saber todo lo ocurrido, se desató en improperios contra su almirante, calificándole de traidor, cobarde é *incapaz de mandar una fragata*. Apesar de todo no le quitó el mando de la escuadra. Lo extraño, lo verdaderamente anómalo y antipatriótico fué que el gobierno español con-

sintiese que nuestra escuadra, mandada por el inteligente Gravina, continuara bajo las órdenes superiores de un almirante tan irresoluto é inepto como Villeneuve.

Batallas de Ul- Frustrado por todo esto el plan de des-
ma y Austerlitz. embarco en Inglaterra, Napoleon concibe instantáneamente el pensamiento de destruir la coalicion en los campos de Alemania, á donde ya habia medio millon de soldados en su contra, á saber: 250.000 austriacos, 200.000 rusos y 50.000 entre ingleses, napolitanos y suecos. Antes que todos estos se reuniesen y sin que de ello se apercibiera la Europa, levanta Bonaparte el campo de Boloña y como por encanto reúne hácia la parte de Strasburgo, á donde se trasladó él rápidamente, el conocido bajo el nombre de *grande ejército*, fuerte de 200.000 infantes, al pie de 40.000 caballos y 340 piezas de artillería. Dividió este ejército en 7 cuerpos mandados, aunque todos á sus órdenes, por Murat, Lannes, Ney, Bernardotte, Marmont, Soult y Davoust: atraviesa el Rin, y cuando más descuidados estaban los austriacos, esperando que se les uniesen los aliados, les bate cerca de Ulma, sitia y toma esta importantísima plaza, haciendo prisionero al general Mack, quien al entregar su espada dice al vencedor: *Aquí teneis al desgraciado Mack*. El resultado de la campaña de Ulma fué maravilloso: de los 100.000 hombres de que constaba elejército austriaco, solamente escaparon unos 20.000, quedando prisioneros más de 60.000 con 200 piezas de artillería y 90 banderas. No desistió por esto la coalicion, antes uniéndose á ella la Prusia, á instigacion de la Rusia, creyó vencer todavía á Napoleon; pero desplegando éste entónces todo su talento militar, avanza con su ejército victorioso y entusiasmado, entra en Viena arrollándolo todo y gana al fin el 2 de Diciembre de 1805 la famosa batalla de Austerlitz, llamada de los tres emperadores, porque asistieron personalmente á ella el ruso, el austriaco y el francés, quien desde este momento fué ya dueño de los destinos de casi toda la Europa, dictando la paz de Presburgo y creando la *Confederacion del Rin* en ódio á la Prusia y al Austria: ésta perdió entónces todo cuanto poseía en Italia.

Batalla naval de Trafalgar: 21 de Octubre de 1805. En medio de estos estrepitosos triunfos, que tanto halagaban el desmedido orgullo francés y tanto poderío daban á Napoleon, recibia la España, mártir eterna desde que cayó en poder de Godoy, el último golpe en su hácia 15 años brillante marina, cuyos restos iban á desaparecer junto á Trafalgar el 21 de Octubre de 1805. El héroe de Abukir é injusto bombardador de Copenhague recorria el estrecho de Gibraltar al frente de una escuadra de 30 navíos y 10 fragatas en acecho de la franco-española, que sabia no era inferior á la suya, pero que sin embargo esperaba vencerla por su táctica, arrojo y grandes conocimientos, que contrastaban con las cualidades negativas de Villeneuve, acobardado aún por la derrota del Cabo de Finesterre. La escuadra aliada, que se componia de 33 navíos, los 15 españoles, 5 fragatas y 2 bricks, salió sin embargo de Cádiz el 20 de Octubre en busca de la inglesa, á la que dió vista el 21 junto al Cabo de Trafalgar. Mandaba la vanguardia el almirante español Alava y la retaguardia el francés Dumanoir, ocupando Villeneuve el centro. A Gravina le fué encomendada la reserva, compuesta de 12 navíos dispuestos á acudir á donde les hicieran necesarios los lances del combate. Villeneuve, en quien la presencia del enemigo habia operado una completa trasformacion, ordenó sereno é intrépido aunque contra el dictámen de todos los marinos inteligentes así franceses como españoles, que la reserva se convirtiese en vanguardia y se pusiera la primera en línea de batalla: este cambio de operaciones proporcionó á Nelson la ventaja de amenazar impúnemente la retaguardia y centro de los aliados, produciendo la confusion consiguiente en toda la escuadra aliada: Nelson regia en persona la primera columna que atacó, habiendo antes entusiasmado á los suyos, con aquella órden célebre, que corrió como un rayo por todos los buques: *la Inglaterra espera que en este dia cada uno hará su deber*. Montado sobre el *Victory* acometió al *Santísima Trinidad*, pero el general Cisneros que mandaba este navío, hizo retirar con sus cañones al del almirante inglés, quien haciendo entrar en fuego al *Temeraire* en union

del suyo, avanzó y atacó con bravura á los buques del centro de los aliados. *El Trinidad*, *el Bucentaure* y *el Redoubtable* se batian heroicamente, cuando una bala, que partió de ellos, fué á herir á Nelson en el hombro, atravesándole despues el pecho y fijándose en la espina dorsal: la herida era de muerte. El combate continuó con más encarnizamiento en todas partes, siendo falso por lo tanto, como asientan algunos historiadores nacionales, que abandonasen á los españoles los buques franceses con Villeneuve á la cabeza: es lo cierto que el que tan mal se portó en Finesterra, se batió hasta lo último en Trafalgar con la serenidad que se baten los bravos. *El Trinidad* y *el Bucentaure* continuaron luchando con heroismo, pero al fin tuvieron que sucumbir ante la pericia inglesa. Por otro lado el *Royal Sovereign*, que montaba el almirante Collingwood, sostuvo una lucha tan terrible con el *Santa Ana*, que los dos navíos quedaron destrozados, cayendo Alava gravemente herido y teniendo que pasarse á otro Collingwood para continuar el combate. *El Principe de Asturias*, guiado por Gravina, se bate durante largo tiempo contra 3 navíos ingleses, hasta que aquel bravo cae gravemente herido de un casco de metralla, como cae su segundo Escaño, pero no cae la insignia del almirante, que sirve de guía despues de acabada la tremenda lucha, no por falta de valor, sino por el destrozamiento de los buques, lo mermado de las tripulaciones y hasta la escasez de proyectiles que arrojar al enemigo, poco menos maltratado que los aliados, para que, dando la señal de retirada, la sigan en direccion de Cádiz los restos escapados de la gran catástrofe. *El Bahama*, que mandaba el almirante Alcalá Galiano, quien murió sobre él como un héroe, quedó en poder del enemigo, como quedó tambien el *San Juan Nepomuceno*, hermoso navío, que habia salido del astillero de Guarñizo, junto á Santander, despues de perder á su comandante el brigadier *Churrua*, que murió con no ménos heroismo que Alcalá Galiano. Otro de los marinos españoles que honraron á la patria en la batalla de Trafalgar fué el comandante del *Neptuno*, brigadier Valdés, que salió gravemente herido

y vió perderse su buque estrellado contra la cesta, cerca del Puerto de Santa María. Los buques franceses se batieron con bizzarria, perdiendo sus mejores jefes, entre ellos el contralmirante Magon: á Villeneuve, quien según testigos presenciales fué en el combate un modelo de valor, le entró tan hondo pesar por sus dos derrotas que, al regresar á Francia, se suicidó en Rennes. Nelson espiró en su navío el *Victory* en medio de la tremenda lucha, entre el estampido del cañon y los ayes de miles de heridos y moribundos, aunque ya seguro, poco ménos que Epaminondas en Mantinea, de la victoria: al espirar dijo al capitan Hardy: *Soy hombre muerto; la vida se me acaba... he cumplido con mi deber... ¡Bendito sea Dios!* Dichas estas palabras exhaló su último aliento. Gravina, más desgraciado que él, vivió hasta los primeros dias de Enero siguiente, padeciendo horribles dolores por no querer que le hicieran la amputacion, que los médicos creían salvadora. Así acabaron estos dos almirantes, el uno gloria de la Gran Bretaña y el otro de la España, aunque habia nacido en Sicilia y vino casi de niño á españolizarse con el rey Cárlos III. La escuadra inglesa quedó muy maltratada y perdió muchisima gente: la española quedó deshecha, teniendo una pérdida de 1022 muertos, 1385 heridos y algunos cientos de prisioneros. Este fué el resultado del combate de Trafalgar. ¡Ni áun tuvimos la gloria de sucumbir como españoles! ¡Perecimos bajo las órdenes de un almirante extranjero sin dotes para el mando! ¡Y todavía un escritor francés, el ampuloso Thiers, lijero é injusto como la inmensa mayoría de sus compatriotas, ha tenido la torpe audacia de insultar á los valientes y entendidos por dejar en buen lugar á los ineptos y atolondrados! Empeño vano y petulancia á la vez ridícula y despreciable.

Estado de España á la raíz del desastre de Trafalgar.

El pueblo español no salió despues del desastre de Trafalgar de su vergonzosa apatía. Era la España de entónces un esqueleto de nacion, al que por desgracia tenia que dar carne y vida el fanatismo religioso para asombrar al mundo con su bravura. La hacienda se hallaba en el es-

tado más misérrimo y todas las fuentes de la riqueza nacional estaban agotadas. La miseria consiguiente á esta situación produjo el hambre, y ésta las enfermedades y la peste, sobre todo en varias comarcas de Castilla, como en tierra de Palencia y otros puntos en donde murieron de inanición y de fiebres miles de personas y se despoblaron muchas aldeas y villas de alguna importancia, quedando reducida la población de otras á una 4.^a y 5.^a parte. Los criminales en cuadrilla se multiplicaron, especialmente en Castilla, y áun cuando el rigor de los castigos era excesivo, pudiendo asegurarse que en los años de 1804 y 1805 no dejó de funcionar la horca ninguna semana en Valladolid, asiento de una de las dos chancillerías del reino, no por esto disminuyó el bandolerismo, que ante todo producía la miseria, en términos que desde entónces data el adagio, cuando á uno le roban de cualquier modo, de *ni en Torozos*, monte sito en los confines de Valladolid y Palencia, que servía de guarida á los bandidos que infestaban y tenían aterrorizada la tierra. Mientras tanto se publicaba la *Novísima Recopilación* (2 de Junio de 1805), detestable código legislativo que, para que lo fuese más, mutiló subrepticamente y con ofensa del poder soberano y de los fueros de la nación el malvado ministro de la justicia Caballero (1): dicho código ofrecía, sin embargo, la natural ventaja sobre el de la *Nueva Recopilación* de Felipe II, de encontrarse en él las soberanas disposiciones de los monarcas de España de los siglos XVII y XVIII. Y mientras tanto también el valido Godoy, nuevo Lúculo sin el talento y proezas del antiguo, vivía rodeado de fausto y majestad, y harto de dinero, honores y placeres en palacio de príncipe, con vajilla y trenes de rey y con fincas en todo el territorio de la monarquía, capaces de inspirar envidia á los más opulentos y caprichosos emperadores. En medio de este lujo asombroso, que hacía mirar á Godoy como cosa de

(1) Las leyes que Caballero hizo desaparecer indecentemente en odio á los escatimados derechos de la nación fueron la 1.^a y la 2.^a, título 7.^o, libro 6.^o de la *Nueva Recopilación*, segun las cuales tenía que intervenir aquella en todos los negocios graves.

liviana importancia al pueblo español, que se le toleraba en su vergonzosa servidumbre, se dirigió á Bonaparte con una felicitacion, fecha 4 de Octubre de 1805, vísperas del desastre de Trafalgar, colmándole de indecentes adulaciones hasta el extremo de decirle, *que las hazañas de Alejandro, César y Carlomagno se habian convertido ante las suyas en sucesos históricos comunes; y que ya no le quedaba otra cosa que desear que el aniquilamiento del poder inglés.* La historia no debia consignar tamañas bajezas, pero como las ha registrado solemnemente en sus páginas, las reproducimos nosotros aunque con asco y horror.

HISTORIAS.

LIBRO III.

(DESDE 1805 Á 1808).

Sumario.

La mayoría y la minoría de España.—Repartimiento que hace Bonaparte de casi toda la Europa.—José Bonaparte rey de Nápoles.—Campana de Prusia. Paz de Tilsit.—Aplicacion del vapor á la navegacion.—Intentona contra Venezuela.—Heroismo de Buenos Aires.—Nuevo bombardeo de Copenhague por los ingleses.—Proclama de Godoy. Aspira á un trono.—Tratado de Fontainebleau.—Retrato de Fernando Borbon.—Planes de Napoleon respecto de España.—Conjuracion del Escorial.—Invasion de Portugal.—Cobarde y páfida conducta de Bonaparte para apoderarse de nuestras plazas fronterizas.—Quiere Godoy trasladar la familia real á Andalucia.—Sucesos de Aranjuez.—Abdicacion de Cárlos IV.—Estado de la España al abdicar Cárlos IV.

La mayoría y la minoría de España. Ansiosos estamos ya de acabar con el reinado de Cárlos IV, que bien mirado no es más que la vergonzosa historia de una córte cobarde y corrompida, para entrar en la de la nacion española, fanática en su inmensísima mayoría, pero reformadora y patriótica en el resto, que valia mucho más que esa mayoría, á manera que vale más un pedazo de oro puro que grandes masas de hierro.

Repartimiento que hace Bonaparte de casi toda la Europa. Mientras la derrota de Trafalgar reducía á España á tristísima impotencia, que tenia que costarla muy cara no solamente en Europa, sino tambien en América, la victoria de Austerlitz embriagaba de orgullo á Bonaparte hasta el extremo de considerarse el dueño de la Europa continental para repartirla como buena presa de sus triunfos entre

su familia y sus generales favoritos. En ódio al Austria y á la Prusia, segun dejamos consignado, creó la Confederacion del Rin, que tomó bajo su proteccion para que fuese un satélite de la Francia, obligando á Francisco II á renunciar el título de emperador de Alemania y tomar el de emperador de Austria, que llevó desde el mes de Agosto de 1806: dió en dicha Confederacion, compuesta de 16 estados, en plena soberanía el gran ducado de Cleves y de Berg á su cuñado Murat; convirtió la república batava en reino de Holanda, que regaló á su hermano Luis, casado con su hijastra y segun algunos manceba (que en materias de moralidad de todas clases no era escrupuloso el flamante emperador) Hortensia de Beauharnais; á su hermana Paulina de Borghese, casada con un italiano, la dió el ducado de Guastalla en Italia, como había dado antes á su otra hermana Elisa el de Luca; á su hijastro Eugenio de Beauharnais le hizo virey de Italia, agregando Venecia á su vireinato; á Berthier le dió el principado de Neufchatel, que pertenecía á la Prusia, en Suiza; á Talleyrand el de Benevento, que era del Papa, y á Bernardotte el de Pontecorvo: por último y reservándose allá en sus interesados cálculos disponer más adelante como mejor le pareciese del famoso reino de Etruria, destinó á su hermano José al reino de Nápoles con ánimo de darle también la isla de Sicilia, á cambio de indemnizar al heredero de la casa que iba á destronar... ¡nos causa rubor el estamparlo! con las islas Baleares, con esta hermosa parte de España, la sumisa y hasta servil aliada de la Francia desde la paz de Basilea, la misma España que acababa de perder por el adementado guerrero los restos preciosos de su marina. En tal desprecio nos tenia *el gran comediante*, que decretaba la desmembracion de la España sin dignarse siquiera contar con ella para mutilarla bajo las apariencias del bien y pacificacion de la Europa.

José Bonaparte Cansado ya de la guerra el emperador
rey de Nápoles. de Rusia accedió al principio á las miras
del trastornador de Europa, y poco faltó para que, muerto
á la sazón Pitt (Enero de 1806) no procediera del mismo

modo la Inglaterra, que acababa de poner sus destinos en manos de Fox; pero éste murió tambien en el mismo año que Pitt, cuyo suceso y el decidido y natural empeño en no consentir que el destronado rey de Nápoles perdiese la isla de Sicilia, que desde el principio de la revolucion francesa habia sido una especie de factoria de los ingleses, hicieron que éstos siguieran en su lucha con la Francia, secundándoles al fin el emperador Alejandro, quien, mejor aconsejado y un tanto repuesto del susto de Austerlitz, no quiso ratificar el tratado concluido entre un embajador suyo y otro francés. No desistió por esto Bonaparte de sus proyectos, y así es que en Febrero de 1806 invadió Masenna de su órden el reino de Nápoles al frente de 40.000 hombres y colocó en el trono á José Bonaparte, refugiándose el rey Borbon con todos sus tesoros en Sicilia al amparo de la escuadra de la Gran Bretaña, y librándonos así nosotros de la vergüenza de robarnos las Baleares.

Campaña de Prusia. Paz de Tilsit. Ya por este tiempo la Prusia, herida en lo más vivo de su patriotismo con motivo de la Confederacion del Rin, que la reducía á potencia muy secundaria, y acordándose de que era la nacion de Federico el Grande y de que su aún respetable ejército estaba mandado por discípulos de aquel excelente capitán, dió rienda suelta á su indignacion, y gobierno, ejército, clero y pueblo, sin distincion de clases ni sexos, empezaron á demandar á voz en grito la guerra contra el ambicioso Bonaparte; pero esta explosion del sentimiento nacional fué tan inoportuna como tardía, porque tuvo lugar cuando la Prusia era menospreciada, á causa de su conducta vacilante y hasta egoísta durantè los últimos años, por el Austria, no bien vista por la Rusia y aborrecida por la Inglaterra.

Apercibido Napoleon de la actitud de la Prusia, cuyo pueblo provocaba la guerra para que luego la hicieran solamente sus soldados, decreta la movilizacion de 400.000 hombres y dá órden para que *el grande ejército*, vencedor en Austerlitz, se lance con rapidez sobre el territorio prusiano, colocándose él despues á su frente.

Su numerosa caballería, mandada por Murat, derrota en el primer encuentro á la caballería prusiana, y el 14 de Octubre gana las dos grandes batallas de Jena y Awerstaed, la primera mandada por él en persona y la segunda por Davout, y en las cuales el ejército de Federico el Grande fué completamente deshecho. Bonaparte entró en Berlin el 28 de Octubre de 1806, sin que el pueblo, que provocó la guerra, saliera de su abyeccion miserable, y desde allí, más embriagado de orgullo que nunca y sin calcular las inmensas consecuencias del injusto y funesto paso que iba á dar, decreta en ódio á la Inglaterra *el bloqueo continental* en la idea de cerrar á los isleños, pero sin fijarse en que así iba á arruinar el comercio de todos los pueblos, los puertos de Europa. Avanza en seguida hácia la Polonia sin plan preconcebido sobre la suerte de este pobre país, pero con ánimo resuelto de humillar á la Rusia: llega á las orillas del Vístula, haciendo que Davout ocupe á Posen, capital de la Polonia prusiana, y Murat á Varsovia, y provocando así al autócrata á salir de la actitud indecisa en que estaba colocado y á que vuelva á su amistad con la Prusia moribunda. Los rusos admiten el reto y presentan batalla á Bonaparte en Eylau sobre un campo plano y cubierto de nieve, pues era el 8 de Febrero de 1807: la artillería rusa diezaba el cuerpo del mariscal Augereau, pasando algunas balas por encima de la cabeza de Bonaparte, que dirigia la accion desde el cementerio de aquel lugar célebre, cuando dá orden á Murat para que se lance sobre los cañones con su inmensa caballería, diciéndole: *¿consentirás que se nos trague esa gente?* y Murat al frente de 80 escuadrones se lanza á galope sobre los rusos, arrolla su caballería y cuanto se opone á su paso, completando la victoria la guardia imperial bajo las órdenes del mismo Napoleon, que, si no dijo como Pirro al ganar la batalla de Asculo, *con otra victoria como esta soy perdido*, exclamó al ver el campo cubierto de cadáveres de ámbos ejércitos: *este espectáculo es el más á propósito para inspirar á los principes amor á la paz y horror á la guerra*. En otro esas palabras hubieran parecido hermosas; en él no eran sino

un horrible sarcasmo contra la humanidad. No desmayaron los rusos por su derrota, antes presentaron nueva batalla al francés en los campos de Friedland, no léjos de Kœnisberg el 14 de Junio siguiente, pero fueron tambien derrotados por Bonaparte, cuyos tenientes Murat y Davout tomaban al mismo tiempo esta plaza, última fortaleza prusiana, de donde escapó el rey Federico Guillermo, refugiándose en Tilsit al lado del emperador Alejandro. Quedaba así abatida la Rusia, y la Prusia á completa merced del vencedor. Este impuso la ley á los dos monarcas, celebrándose entre la Francia y la Rusia el tratado de Tilsit, en donde se juntaron Alejandro, Federico Guillermo y Bonaparte. Por dicho tratado perdió la Prusia sus provincias de la izquierda del Elba, erijidas en union del ducado de Hesse en estado soberano bajo el nombre de reino de Westfalia para Gerónimo Bonaparte; perdió tambien su parte de la Polonia, que en union del territorio de Varsovia, cedido asimismo por el emperador de Rusia, se dieron al rey de Sajonia con el título de *gran duque de Varsovia*, y Rusia y Prusia quedaron además obligadas á reconocer como reyes de Holanda y Nápoles á Luis y José Bonaparte. Cubierto de laureles, y cada dia más desvanecido regresó Napoleon el 22 de Julio de 1807 á Paris, en donde fué recibido con frenético entusiasmo.

Aplicacion del vapor á la navegacion. En este año de 1807 realizó el génio de un hombre hasta entónces oscuro una conquista pacífica, que valia inmensamente más que todas las estrepitosas de Bonaparte. El norte americano Fulton ensayó con excelente resultado la aplicacion del vapor á la navegacion en la bahia de Nueva-York, haciendo marchar un barco por encima de las aguas sin remos y sin velas delante de millares de espectadores atónitos con el utilísimo descubrimiento, que ha operado una benéfica revolucion; primero en la marina y luego en la industria y comercio de todo el universo.

Intentona contra Venezuela. Heroismo de Buenos Aires. Es ya tiempo de decir algo sobre dos acontecimientos que tuvieron lugar en la América meridional; el uno de muy escasa

importancia, pero el otro de gloria inmarcesible para la España, tan anulada y envilecida en Europa. Consistió el 1.º en una infructuosa tentativa que con acuerdo del gobierno inglés hizo sobre la costa de Caracas, en la idea de sublevar el país, uno de esos bohemios que se hacen lugar en todas las situaciones demagógicas, como éste se la había hecho entre los revolucionarios franceses del 92 y 93, para ir á parar despues á ser agente de la Inglaterra contra el país que le vió nacer: llamábase el autor de esta tentativa Miranda, que había visto la luz primera en Caracas: dos veces desembarcó en la costa de la que hoy es república de Venezuela, y las dos veces fué rechazado con notable pérdida de los escasos aventureros que le seguían, y que pagaron caro su delito, aunque con el dolor de ver, que el que á él les lanzara, escapó á disfrutar el dinero facilitado por el gobierno inglés para su infame accion. El 2.º acontecimiento fué la ocupacion y pronto abandono despues por los ingleses, de la ciudad de Buenos-Aires, capital del vireinato de su nombre, que comprendia todos los paises situados á derecha é izquierda del gran rio de la Plata, de la cordillera de los Andes al Atlántico, incluso el Paraguay y Montevideo, suceso que hizo muchísimo eco en Europa, y que cubrió de gloria á aquella ciudad americana y á su salvador D. Santiago Liniers, francés de nacimiento y de familia francesa, como lo dice su apellido, pero oficial de marina desde niño al servicio de España. Aniquiladas nuestras fuerzas navales en Trafalgar, se creyeron los ingleses capaces de arrebatarnos las mejores colonias ó sublevarlas contra la madre pátria. En Junio de 1806 se presentó una escuadrilla inglesa á la vista de Buenos-Aires, cuyo virey no supo defender la ciudad, que cayó sin resistencia en poder del almirante Beresford, retirándose aquel á Córdoba, capital del Tucuman. El bravo Liniers, que era á la sazón capitán de navío y comandante de las reducidas fuerzas sùtiles de Montevideo, se presentó al virey y le ofreció arrojar de la capital á los ingleses con solos 700 hombres y unos pocos buques menores: contaba con el patriotismo de los habitantes de Buenos-

Aires. Liniers, cumpliendo su promesa entró en la capital con su pequeña pero valerosa tropa, y derramando el espanto y la muerte por todos los cuerpos ingleses, obligó á Beresford á refugiarse en la ciudadela. Intima arrogante la rendicion al inglés, cuando ya toda la ciudad se habia movido, armado cada cual como le fué posible, y las turbas gritaban frenéticas é imponentes ¡al asalto! ¡al asalto! Intimidado Beresford con aquella explosión unánime del pueblo de Buenos-Aires, enarboló bandera de paz, y en señal de querer ésta, arrojó su espada desde lo alto de la ciudadela á los pies de las turbas. Liniers le concedió una capitulacion honrosa para él y sus 1.200 soldados, que abandonaron la ciudad el 2 de Agosto de 1806, aunque dejando al vencedor un inmenso botín valorado en 60 millones de reales. El pueblo inglés vió con el rubor en el rostro esta capitulacion, y al momento mandó contra la heróica ciudad una formidable escuadra con 15.000 hombres de desembarco á las órdenes del almirante Murray. En Febrero de 1807 ocupó esta fuerza á Montevideo, y en seguida puso sitio á Buenos-Aires, en donde mandaba Liniers, cuya inteligencia y bravura tenia á la poblacion en masa, incluso los negros, en el mayor entusiasmo para rechazar la injusta agresion. Fiando Liniers la defensa de la poblacion á los ciudadanos, salió con 8.000 hombres en busca de los ingleses; pero aunque tuvo un encuentro con ellos, no fué éste feliz, y sus tropas volvieron á la ciudad, habiéndose él estraviado en medio de la noche, que era tempestuosa, si bien al siguiente dia logró presentarse en aquella con su caballo. Los ingleses acometieron la poblacion, pero se encontraron con una resistencia tenacísima de parte de los soldados españoles y del pueblo: el 5 de Julio lograron apoderarse de la plaza de toros y de otro edificio, pero á costa de sangre, pues que tuvieron la enorme pérdida de 2.500 hombres entre muertos y heridos. Allí deberian haber aprendido los pueblos de Europa á batirse contra el extranjero en defensa de la pátria: desde las bocas calles, casas, tejados, y ventanas se hacia por todos los habitantes, sin excepcion de clases y condiciones y hasta de sexos

un fuego continuo y mortífero, que diezmaba los ingleses que querían avanzar, llevando el terror á los que sobrevivían; y el español que no tenía arma de fuego, arrojaba sobre el enemigo bombas de mano, piedras, ladrillos, losas y cuanto se le presentaba á la vista para matar ó herir. Al aspecto de una resistencia tan universal como heroica, el general inglés se convenció de que no le era posible tomar una ciudad así defendida y pidió capitulación á Liniers, quien la concedió, obligándose los ingleses á evacuar el territorio de Buenos-Aires dentro del término de 12 días, y la plaza de Montevideo á los dos meses. El gobierno español concedió á la ciudad de Buenos-Aires el título de *Muy noble y leal*, y á su heroico defensor Liniers le hizo mariscal de campo, encomendándole el mando de todo el vireinato. El ánimo fatigado y entristecido con esa serie no interrumpida de catástrofes y deshonras, de que era víctima la patria, descansa y se recrea un rato contemplando el acontecimiento de Buenos-Aires, que venia á decir en aquella época: *¡aun vive España!*

Nuevo bombardeo de Copenhague. Los ingleses cometieron en el mismo año de 1807 otro atentado contra la pobre Dinamarca, fiel á su sistema de neutralidad. Una formidable escuadra se presentó el 2 de Setiembre en las aguas de Copenhague y empezó un feroz bombardeo que duró 3 días, al cabo de los cuales, maltratada [horriblemente la ciudad con más de 300 de sus edificios convertidos en ruinas, y por evitar las atrocidades de un asalto, se vió en la dura necesidad de capitular, entregando á los ingleses toda la escuadra nacional, compuesta de 25 navios y 16 fragatas, la fortaleza de Frederichshaven y los artilleros. Si el bombardeo de 1801 fué injustificado y bárbaro, este de 1807 puso el colmo á la infamia del gobierno inglés.

Proclama de Godoy. Aspira á un trono. Tratado de Fontainebleau. Antes que Bonaparte marchase á coronarse de laureles en el Norte de Europa, la España, juguete vil siempre de un vil favorito, se encontró sorprendida un dia con una proclama estúpida, cuyo origen no se supo entonces ni en mucho tiempo, como hoy se sabe de una manera in-

dudable. Godoy sin motivo ostensible, sin conocimiento del Consejo ni de las principales autoridades de la capital de la monarquía, publicó una proclama, fechada en el Escorial el 5 de Octubre de 1806, en la cual *hablaba de guerra, sin decir contra quién se había de hacer: invocaba al Dios de las victorias, que bendeciría una paz feliz y duradera; pedía al reino de Andalucía caballos de guerra ligeros, á Estremadura hombres diestros en el manejo del caballo, y á los tutores y padres del pueblo (sin duda los clérigos) que despertasen en los vasallos los anhelos de gloria y lo que debían á la Religión.* Semejante documento dejó atónito á todo el mundo, porque nadie tenía la obligacion de saber contra quién iba dirigido, que el favorito había tenido cuidado de no decir. Es claro que la proclama, aunque no se atrevia á nombrarle, era contra Bonaparte. ¿Y por qué esta actitud de Godoy respecto de Napoleon, su verdadero amo, como él lo era á la vez de Carlos IV y María Luisa? ¿Creyó, como algunos han supuesto, que en marcha ya para Berlin el guerrero francés, sería sepultado en las selvas del Norte, ó se ahogaría en las ondas del Elba ó del Vístula? Godoy ha procurado oscurecer la verdad en este punto, asegurando que su cambio de política obedecía á que Bonaparte había destronado al Borbon de Nápoles, hermano de Carlos IV; pero aun cuando en sus Memorias llama con aparente indignacion *hombre falaz* al historiador Toreno, porque no vé en sus planes más que la ambicion personal desmedida hasta llegar á la soberanía, es lo cierto que Toreno tiene razon en sus juicios, confirmados hoy de una manera evidentísima por la correspondencia entre Godoy y su agente en París, D. Eugenio Izquierdo, que obra en los Archivos del Ministerio de Estado, y que lo de declararse repentinamente enemigo del dueño de la Francia, no obedecía al sentimiento de ver destronado al rey de Nápoles, sino al del temor de que no se realizaran sus sueños de dominacion sobre todo ó parte de Portugal bajo el título de rey, cosa pedida primero tímida y luego descaradamente á Napoleon, y prometida por éste, pero en la cual se había manifestado muy tibio durante sus

preparativos para invadir la Prusia. Tan cierto es esto, que, segun dicha correspondencia, tenia estipulado el favorito con Napoleon, algunos meses antes de publicar la proclama del 5 de Octubre, que se le concediesen en plena soberanía ciertas provincias de Portugal, y entónces, no sólo estaba destronado el Rey de Nápoles, sino que estaba tambien decretado el destronamiento del rey de Etruria, para indemnizarle con otra parte de Portugal, destinada, cual lo habia sido la Polonia, á últimos del siglo anterior, á un brutal y aquí nunca merecido repartimiento. De la relacionada correspondencia entre Godoy é Izquierdo, resulta que aquél, por más que con impudencia suma lo niega en sus Memorias, pidió á Bonaparte en principios del año de 1806, cuando el déspota repartía tronos á troche y moche, *que le colocase á él en una situacion independiente*, que le concediese en plena soberanía una soñada *ínsula*, que le diera, en fin, un trono, mejor que nada, de rey, y sino de príncipe ó duque, siempre soberano. Llevó á mayor extremo su maldad, cubriendo con ella de oprobio al mismo Cárlos IV, porque, segun resulta de la carta que su agente servil Izquierdo le dirigió desde París con fecha 15 de Marzo de 1806 y de la contestacion que á ella dió en 1.º de Abril siguiente, DESPUES DE HABERLA MEDITADO Y CONSULTADO CON EL REY Y MARÍA LUISA, propuso á Napoleon, *so pretexto de alejar el despotismo inglés de Portugal*, dividir este país en dos Estados, el del Norte para el infante Francisco, que ya hemos dicho pasaba por hijo suyo, y el del Sud para él, y caso que esto no agradase al magnífico emperador, hacer cuatro divisiones del Portugal, añadiéndole para ello, ¡oh mengua! PARTE DEL REINO DE GALICIA, una que seria para dicho infante Francisco, otra para Cárlos, hijo segundo del rey, otra para el príncipe regente portugués, y la cuarta para AQUEL QUE POR LA BENEVOLENCIA DE S. M. I. Y R. Y POR LA DE S. M. CATÓLICA SERIA ELEVADO Á ESTE RANGO, es decir, para él. Y para congraciarse más y más con Bonaparte, á fin de que le realizase sus criminales sueños, le dió la enorme suma de 24 millones de francos, pertenecientes á la caja de consolidacion de

Madrid, por convenio que firmó Izquierdo el 6 de Mayo de 1806. Se habia, pues, colocado Godoy con su proclama de Octubre siguiente en pugna con Bonaparte, porque creyó que ya no le hacia soberano y tambien que acaso fracasara en el Norte, cosas ambas que le movieron á mandar á Lóndres á entenderse con el gobierno británico al jóven D. Agustin Argüelles, oficial entonces del Ministerio de Estado; pero cuando las victorias de Jena y demás que condujeron á Napoleon á Tilsit para dar la ley á Rusia y Prusia, hicieron ver al valido cuán erróneos habian sido sus cálculos acerca de la suerte en el Norte del déspota francés, entónces se volvió á éste procurando hacerle ver que la proclama no la habia dado en contra suya, sino en la de los ingleses, y mandándole un embajador extraordinario para felicitarle por sus nuevos triunfos, con instrucciones de que se obedeceria y cumpliria el decreto sobre el bloqueo continental y se reconoceria como rey de Nápoles á José Bonaparte. Aparentó conformarse Napoleon con las disculpas de Godoy y continuó en su política pérfida encaminada al destronamiento de todos los Borbones, haciendo pasar antes á la España por las más atroces vergüenzas: una de éstas fué la de que á los dos ó tres meses precisamente de la famosa proclama de Octubre, facilitase la España como facilitó á Bonaparte, un cuerpo de 15.000 hombres, 10.000 que salieron del territorio español y 5.000 que lo hicieron desde la Etruria, donde se hallaban de guarnicion, para las orillas del Elba, al mando del marqués de la Romana, ya conocido en la guerra contra la Convencion. Izquierdo, quien como se deja sentado era el agente diplomático, aunque sin carácter oficial, que en París tenia Godoy para realizar sus sueños de dominacion y que además era digno criado de tal amo, al que siempre llamaba en su servil lenguaje *mi venerado protector*, despues de mil conferencias con Talleyrand y el ayudante del dueño de la Francia, general Duroc, firmó con éste en Fontainebleau á 27 de Octubre de 1807 un tratado cuyas principales estipulaciones fueron: *que el reino de Portugal se partiese en tres pedazos: el primero, compuesto de la provincia de Entre*

*Duero y Miño, para el rey de Etruria, agregando este país al reino de Italia, con el título DE REY DE LA LUSITANIA SEPTENTRIONAL; el segundo, compuesto del Alentejo y de los Algarbes, para el príncipe de la Paz con el título DE PRÍNCIPE DE LOS ALGARBES PARA ÉL Y SUS DESCENDIENTES, y el tercero, compuesto de las provincias de Tras los Montes, Extremadura portuguesa y Beira, que quedaria para disponer de él según las circunstancias y conforme conviniese á las dos partes contratantes. Se estipuló también en este tratado para halagar al pobre Carlos IV, como si no fuera más honroso el título de rey (de regere) que el de emperador (de imperator), que Bonaparte le reconoceria como emperador de España y de las dos Américas, y que las dos partes contratantes se entenderian más adelante para repartirse, por la ley del más fuerte, las islas y colonias de Portugal. Esta convencion, que no podia ser más infame, llenaba á un tiempo la medida de la avaricia estúpida del favorito y la ignominia de la España en tolerarle. Veia, pues, Godoy el día muy cercano en que una corona ornase su frente alcanzando el título de *Majestad*, ya que en aquel año de 1807 le habia dado Carlos IV el de *Alteza serenísima*, nombrándole, sin ser marino, nada ménos que *Almirante de España é Indias*. ¡Gran almirante al que habia sido la causa de perder nuestra marina en San Vicente y Trafalgar! ¡Qué sarcasmo!*

Retrato de Fernando Borbon.
Su conducta.

La gran privanza de Godoy, si bien es cierto que le proporcionaba inmenso número de partidarios, le producía naturalmente multitud de enemigos, al frente de los cuales se colocó el príncipe de Asturias, cuya esposa, hija de la famosa Carolina, reina de Nápoles, enemiga jurada de Napoleon, aumentó con sus consejos el ódio que en su corazón tenia Fernando contra el que profanaba el tálamo de su padre. Era el príncipe de Asturias de feo rostro, con la nariz gruesa, la boca hundida y la barba saliente, que si no aparecia repugnante, consistia en sus grandes ojos negros y bastante vivos; su natural era perverso, como lo demostró durante toda su vida: preciso es confesar que el influjo todo-

poderoso y para él depresivo de Godoy ante los reyes, los desvíos y desprecios de éstos y cuanto observaba en la licenciosa vida de su madre, contribuyeron bastante á hacer á Fernando disimulado, sombrío, suspicaz, rebelde y pronto á la tiranía: en esto cabe gran parte de responsabilidad á María Luisa; que la historia nos enseña que difícilmente se dan Nerones como no haya Agripinas que los creen. Al ódio del príncipe respondió Godoy con un ódio si cabe mayor, abriéndose entre ambos un abismo, que no cegó la temprana muerte de la esposa del primero, ocurrida en 1806, antes la enemistad adquirió mayores proporciones, porque ya en esta época es cosa puesta fuera de toda duda que el favorito pensó en alejar del trono á Fernando, segun de ello nos dá fiel testimonio la correspondencia de Godoy con su fiel y sumiso servidor Izquierdo. Excepcion hecha del infante D. Francisco, estaban al lado del príncipe todos los miembros de la real familia, incluso el infante Antonio Pascual, cuya simpleza tocaba ya en los límites de la imbecilidad, sin que por esto dejara de ser un malvado de primer órden, y al frente del partido que entonces se formó bajo el título de fernandino, se hallaba el canónigo de Zaragoza Escoiquiz, ayo que por indicacion del mismo Godoy habia sido de Fernando, aunque tambien por indicacion del favorito fué separado del cargo, nombrándole dignidad de la catedral de Toledo. Escoiquiz, intrigante, ambicioso é hipócrita, aun cuando dejó de ser preceptor del príncipe, se habia hecho de tal manera dueño de su corazon, que le llevaba por donde queria en sus planes contra Godoy. Antes de la famosa proclama de éste, el partido fernandino estuvo siempre á la devocion de la Gran Bretaña; cuando el valido se inclinó, aunque por poco tiempo y por la causa referida á la córte de Lóndres, los fernandinos buscaron la alianza de Napoleon, y por último, cuando muerta la princesa de Astúrias vió Fernando que Bonaparte era el árbitro de la Europa, se convenció de que á él habia de acudir en competencia con el amante de su madre, para que aquel déspota eligiese entre uno y otro. Entabló Fernando á este fin por medio de Escoiquiz rela-

ciones con el embajador francés, que lo era á la sazón Beauharnais, hermano del primer marido de Josefina, y despues de algunas misteriosas conferencias entre el prebendado de Toledo y dicho embajador, dió el príncipe de Asturias el incalificable paso á espaldas de Carlos IV, y poniéndose así en rebelion abierta contra la autoridad de éste como padre y como rey, de escribir á Beauharnais y á Napoleon dos cartas, insigne monumento de abyeccion y de imbecilidad la última, puesto que en ella, despues de decir al déspota francés *que era el héroe mayor que cuantos le habian precedido*, y de ultrajar, aunque haciéndolo en templados términos, á los autores de sus dias, concluia por pedirle una esposa de su familia, sin señalar la que queria por tal, sino dejándolo á la eleccion de Bonaparte, quien pudo, en vista de esta absoluta libertad para escoger, regalarle una mujer ó inmoral, ó contrahecha, ú horriblemente fea, que á todo se allanaba anticipadamente Fernando á título de derribar á Godoy. ¡Y ese era el príncipe en cuyo nombre se habia de alzar luego la nacion española para derramar torrentes de sangre en lucha gigantesca! Pero aún le veremos mil veces más abyecto y más indigno de los esfuerzos del pueblo español.

Planes de Napoleón respecto de España.

Al recibir Bonaparte la carta de Fernando, vió con placer las profundas divisiones que trabajaban á la familia instalada en el alcázar de Madrid, y sin romper con una ni con otra parcialidad, procuró que ambas le sirviesen para realizar sus fines, encaminados ya resueltamente á destronar á los Borbones y colocar en el sόlio á un hermano suyo. Halagando todavía al estúpido Godoy, á quien la ambicion de una corona tenia cegado el entendimiento hasta el extremo de no ver lo que le decia su fiel Izquierdo sobre los planes de Bonaparte, que corrian de boca en boca en París, eso que en una carta, contestacion á otra suya, que lleva el número 15 en la citada correspondencia, le decia estas textuales palabras: *todos los amigos de Luciano suponen que dentro de un año será rey de España*; halagando todavía al favorito, decimos, accedió al plan de éste (que de Godoy fué) de invadir el Portugal, para despojar de él á la casa de

Braganza, y como complemento al tratado de Fontainebleau expidió Napoleon un decreto, al pié del cual aparecen, despues de la del emperador, las firmas de Duroc y de Izquierdo, en virtud del cual deberian entrar inmediatamente, para llevar á cabo aquel tratado, 28.000 soldados franceses atravesando la España en direccion á Lisboa, al propio tiempo que 10.000 españoles ocuparian la provincia de Entre, Duero y Miño, formándose otro cuerpo de reserva en Bayona de 40.000 veteranos franceses para ir tambien á Portugal, caso que los ingleses se opusiesen al abominable plan.

Conjuracion del Escorial. Precisamente un dia despues del tratado de Fontainebleau ocurría en España un suceso que asombró al pueblo y llevó por toda Europa el descrédito de la familia real, indigna por todos los estilos de hallarse al frente de una nacion que, por envilecida que estuviese, no lo estaba tanto como su córte. El 28 de Octubre, hallándose toda la real familia en el Escorial, recibió Cárlos IV un anónimo concebido en los siguientes términos: *El príncipe Fernando prepara un movimiento en palacio: la corona de V. M. peligra: la reina corre riesgo de morir envenenada: urge impedir tales intentos sin dejar perder los instantes: el vasallo fiel que da este aviso no se encuentra en posicion ni en circunstancias para poder cumplir de otra manera sus deberes.* Godoy se hallaba enfermo en Madrid: ¿era obra suya el anónimo? De seguro lo seria, si no de algun amigo suyo. El pobre Cárlos IV, lleno de zozobra á la vista de semejante papel y alentado por su esposa, entra en el cuarto de su hijo, á quien turba en extremo su presencia, le recoje los papeles que encuentra sobre la mesa y le dá orden de no salir de allí y de no recibir á nadie. Consistian los papeles; primero, en una representacion de Fernando á su padre, escrita por Escoiquiz, que era una tremenda acusacion contra el favorito, al que culpaba de aspirar al trono y acabar con toda la real familia, y en la cual pintaba con negros, y no del todo falsos colores, la vida suntuosa y relajada de Godoy, bastante parecida á la que nos pinta Tácito de Tiberio en Caprea: añadia Fernando, que Godoy *habia pros-*

tituido con su poder y sobornos LA FLOR de las mujeres de España desde las más altas á las más bajas, convirtiendo su palacio y su ministerio EN VERDADERAS FÉRIAS PÚBLICAS Y ABIERTAS Á LA PROSTITUCION, ESTUPROS Y ADULTERIOS á cambio de empleos, pensiones y dignidades, á donde acudian para obtenerlas los maridos, los padres y los hermanos, y que además vivia públicamente y como si fuera su esposa, de la que tenia varios hijos, con una Josefa Tudó (á la que nosotros conocimos ya muy anciana en 1856), menospreciando y deshonorando á su verdadera mujer, la hija del infante D. Luis; segundo, en una especie de exposicion á su madre María Luisa para que echase de su lado al valido, revelandola los crímenes y monstruosidades de éste; tercero, en la clave que para la correspondencia secreta seguia Fernando con Escoiquiz, y cuarto, en una nota comprensiva del plan que tenia entre manos el príncipe con sus partidarios para salir de la esclavitud en que se encontraba y en la cual no queria seguir, porque no tenia vocacion de mártir, y segun el cual, si triunfaba la conspiracion, debia caer la tempestad sobre Godoy y María Luisa, conocidos aquí bajo los nombres godos de Gisberto y Goswinda, pero dejando á salvo en todo caso á Carlos IV, á quien se daba el nombre de Leovigildo. Como se vé, si algo pudiera faltar á Fernando para ser comparado á Neron matando á su madre Agripina, aquí le igualó decretando el asesinato de la suya: habia la diferencia de que Neron era emperador y Agripina su súbdita, mientras que María Luisa era reina y su hijo súbdito rebelado.

Si la política y la razon de Estado aconsejaban echar tierra á este asunto, ó por el contrario hacer un terrible y ejemplar castigo, no se adoptó ni uno ni otro medio. Se arrestó con estrépito á Fernando, sometiéndole á un interrogatorio ante su padre, con asistencia de varios ministros y del presidente del Consejo, Arias Mon; y para que el escándalo se hiciese universal por Europa y América, el rey dirigió un manifiesto á la nacion deshonorando á su hijo, puesto que la decia el motivo del arresto de éste, y una carta á Bonaparte en que culpaba á Fernando.

de haber intentado destronarle y asesinar á su madre, añadiendo con increíble ligereza que, habiendo por ello perdido todo derecho para sucederle, seria el heredero de la corona otro de sus hijos. Pero dados estos pasos, la España y Napoleon, la Europa y la América, que les vieron con asombro, se encontraron con que Fernando fué perdonado á los ocho dias justos de su arresto, interviniendo en el asunto Godoy, al que se bajó el príncipe, quien escribió á sus padres, segun lo convenido con el favorito, las dos cartas siguientes: Al rey.—*Señor, Papá mio: He delinquido: he faltado á V. M. como rey y como padre, pero me arrepiento y ofrezco á V. M. la obediencia más humilde. Nada debia hacer sin noticia de V. M., pero fui sorprendido. HE DELATADO Á LOS CULPABLES, y pido á V. M. me perdone POR HABERLE MENTIDO la otra noche, permitiendo besar los piés á su desconocido hijo, FERNANDO.*—A la reina.—*Señora. Mamá mia: Estoy muy arrepentido del GRANDÍSIMO DELITO que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad la pido á V. M. se digne interceder con papá que permita ir á besar sus piés á su reconocido hijo FERNANDO.*—No se sabe, en verdad, á quien deshonraban más estas cartas, si al hijo ó á los padres; pero el príncipe que así se expresaba á la edad de veinte y tres años, era indigno de mandar, no digamos á una nacion grande, pero ni á una ranchería de salvajes. En cuanto á la córte que ofrecia al mundo el espectáculo del proceso del Escorial, para terminarle tan insólitamente á los ocho dias de incoado, estaba juzgada: si lo primero la cubria de ignominia, lo segundo la llenaba de ridiculo, que es el peor de los descréditos. En cuanto á los cómplices de Fernando, cobarde y villanamente delatados por este miserable que luego iba á ceñir á su frente una corona, diremos tan solo que el Consejo los absolvió, faltando á todas las leyes, aunque á nuestro juicio hizo bien, al ver sobreseida la causa para el primer criminal. Sin embargo, Carlos IV desterró gubernativamente á varios, entre ellos á Escoiquiz, al duque del Infantado, al de San Carlos, al marqués de Ayerbe y al conde de Orgaz.

Invasión de Portugal.

Interin las tropas francesas atravesaban la España, al mando de Junot, para ir á Portugal, segun lo estipulado en Fontainebleau, Napoleón, que habia ido á Italia é instaládose en Milán, intimó, sin dignarse dar explicaciones de ningun género, á la ya viuda reina de Etruria, que con su hijo menor evacuara inmediatamente el territorio italiano y pasase á la Península á tomar posesion del reino, no creado aún, de la Lusitania septentrional; y aquella princesa, sin lograr nada del pérfido déspota, al que vió en la capital de la Lombardia, tuvo que venir á Madrid, perdiendo, á los cuatro ó cinco años de erigido, su codiciado reino de Etruria, como perdimos nosotros el dinero que por él dimos para satisfacer la inmoral voracidad de la familia bonapartista, la Luisiana y la escuadra de Brest. Junot entró en Portugal por la parte de Alcántara, en union de las tropas españolas que mandaba el general Carrafa, el 19 de Noviembre de 1807, miéntras que el general Solano, marqués del Socorro, invadia tambien el Alentejo ocupando la plaza de Yelves, y el general Taranco, entrando desde Galicia en la provincia de Entre Duero y Miño, se instalaba en Oporto. Al llegar Junot á Abrantes, á 140 kilómetros de Lisboa, la familia real de Portugal determinó dejar el reino sin resistencia á los invasores, y se embarcó para el Brasil. Junot ocupó la capital el 29 de Noviembre, y empezó á tratar al Portugal como á país conquistado, imponiéndole seguidamente dos millones de cruzados (unos 20 millones de reales), apoderándose además de grandes cantidades de géneros ingleses que ya eran propiedad portuguesa y saqueando los palacios reales. El pueblo de Lisboa, que á pesar de todo esto creyó que se respetaría su independendencia, vióse burlado cruelmente en su esperanza, porque el dia 13 de Diciembre hizo Junot que flotase en la torre de San Juan la bandera tricolor y que fuera saludada por todos los fuertes de la ciudad. Los portugueses devoraron en silencio este ultraje atesorando en su pecho ódios infinitos, que habian de estallar al propio tiempo que estallasen los de sus hermanos los españoles. Pero aún no habia apurado el pueblo

Iusitano todo el cáliz de la amargura: el 1.º de Febrero de 1808, desplegando Junot un aparato militar extraordinario por toda Lisboa, se presentó en el palacio que ocupaban los regentes nombrados por el príncipe de Portugal al abandonar el reino y les leyó un decreto de Bonaparte, por el cual disponia el odioso déspota que la casa de Braganza dejaba de reinar en Portugal, quedando este país bajo su proteccion para gobernarle en *su totalidad* en nombre suyo el general en jefe. En el acto disolvió Junot el Consejo de regentes y promulgó otro decreto de Bonaparte, fechado en Milan, imponiendo al infeliz Portugal 40 millones de cruzados, enormísima suma que no pudo pagar en su mayor parte, y confiscando brutalmente los bienes del patrimonio real y de los hidalgos que habian partido con la córte para el Brasil. Napoleon era dueño de Portugal, y así Godoy, como la reina de Etruria, se quedaron sin las coronas de los Algarbes y de la Lusitania septentrional.

Cobarde y perversa conducta de Bonaparte para apoderarse de nuestras plazas fronterizas.

Al propio tiempo que tenia lugar este acto alevoso y brutal, Napoleon, cada dia más cinico para faltar á sus compromisos de Fontainebleau y manifestando mayor desprecio hácia el crédulo é imbécil favorito, dió orden de que entrasen más tropas en España sin previo aviso al gobierno de Madrid, y el general Dupont, penetrando por Irún, llegó á Valladolid en principios de Enero de 1808, al frente de 24.000 infantes y 3.500 caballos, siguiéndole de allí á poco el mariscal Mincey con otro cuerpo de ejército igual al anterior, y por último, Murat, nombrado general en jefe de todas las tropas invasoras. Aquí empieza ya la série de perfidias, maldades y bajezas de que sólo era capaz Bonaparte en el siglo XIX para poder, despues de realizadas, herir á mansalva á un pueblo, por él cobarde, vil é infamemente engañado, y por un estúpido favorito con insigne torpeza vendido. Será Napoleon todo lo grande que le quieran hacer los franceses y aún los nacionales que, poseyendo una imaginacion acalorada, se fijan en ciertas hazañas guerreras y no en los principios eternos de la moral y de la justicia; pero para nosotros no es ni

puede ser más que un miserable, inferior á los salteadores de caminos, en la conducta que observó con la España durante esta época. Además de hacer entrar, contra los tratados, los dos cuerpos de ejército de Dupont y Moncey y la poca fuerza que acompañó á Murat, dió orden para que entrasen otras tropas por Roncesvalles, camino de Pamplona, y por la Junquera, camino de Barcelona. Mandaba las primeras tropas, que eran escasas, un general, cuyo nombre, aunque nos inspire repugnancia el estamparle, era D'Armagnac, quien inopinadamente llegó á Pamplona, en donde, como á aliado, se le dió alojamiento: pidió muy luego al virey de Navarra que le dejase alojar dos regimientos en la ciudadela, inventando la farsa de que estaban en disidencia con otros cuerpos de su division; pero el virey contestó que no podia acceder á su pretension sin orden del gobierno. Hallábase alojado el general francés en una casa frente á la ciudadela, y en ésta entraban y salian con frecuencia y sin inspirar sospechas, los soldados franceses. En la mañana del 16 de Febrero hizo aquel villano general que fuesen más soldados que los de ordinario á la fortaleza con armas ocultas debajo de sus capotes, miéntras que él tenia escondidos en su casa muchos granaderos selectos y preparados para llevar á cabo el acto de infame y cobarde alevosía que para su oprobio y el de su amo ideara. Descuidados nuestros centinelas, los soldados franceses que habian entrado en la ciudadela, y se entretenian para mayor disimulo en hacer y tirarse bolitas de nieve, sacan á una señal convenida las armas, y cogiendo otras del cuerpo de guardia, unos desarman á los centinelas, mientras que otros se apoderan del puente leyadizo para que no se levante, y á los gritos que dan al comienzo de su vil accion, salen precipitadamente los granaderos escondidos en el alojamiento del general y se apoderan así de la ciudadela, una de las primeras de Europa. El otro general que, al suceder esto, acababa de llegar á Barcelona, era Duhesme. El capitán general de Cataluña, conde de Ezpeleta, que no tenia aviso alguno del gobierno, requirió á Duhesme antes de llegar á Gerona para que contuviese su marcha; pero

el francés le contestó con arrogancia que le haría responsable de lo que pudiese ocurrir por aquel requerimiento entre España y Francia. Ezpeleta celebró un consejo de generales, y en él se acordó no poner impedimento á la marcha de Duhesme, quien así pudo llegar sin novedad á Barcelona el 13 de Febrero: instalado en la ciudad, pidió Duhesme que se permitiese á sus tropas alternar en las guardias de los principales puntos con los soldados españoles, lo que torpemente le fué concedido: esto le dió ocasión, obrando ya con evidente mala fé, á tener en el cuerpo de guardia de la ciudadela una compañía entera de granaderos franceses al lado de solos 20 soldados españoles: quejóse Ezpeleta de esta desigualdad, pero el francés hizo como si nada se le hubiese dicho. No le bastaba esto á Duhesme: tenia que hacerse dueño de la ciudadela y de Monjuich, y al efecto acudió á medios tan reprobados y cobardes como los de su colega de Pamplona: fingiendo que iba á marchar á Cádiz, reunió todas sus tropas á la vista de la ciudadela, so pretexto de revistarlas, y cuando más descuidados estaban los soldados españoles, se lanzan primero dos batallones franceses y luego cuatro más sobre la ciudadela, ocupan los puestos de guardia, y de este modo se hace aquel general dueño de la fortaleza. Faltábale Monjuich, que ya no podia tomar por otra infame alevosía, y ménos siendo su gobernador el brigadier Alvarez de Castro, que luego alcanzó tanta gloria en Gerona. Duhesme intimidó entónces á Ezpeleta hasta el extremo de arrancarle una órden para que Alvarez le dejase ocupar Monjuich con tropas francesas, y aunque este bravo militar se resistió á la primera vez que se le ordenó una entrega tan vergonzosa, repetida la órden, ya no le permitieron desobedecer ni su pundonor ni sus deberes de soldado. Por último, el castillo de San Fernando de Figueras y la plaza de San Sebastian cayeron en poder de los franceses por esta misma época de la manera cobarde é insidiosa que habian caído las fortalezas de Pamplona y Barcelona, fingiendo en Figueras que tenian necesidad de dar descanso á 200 conscriptos ó quintos, que así pudieron entrar en el castillo para arrojar de él á sus pocos

guardadores, é inventando en San Sebastian la superchería de trasladar allí los hospitales de Bayona para los cuerpos que habian entrado en España, y aunque el gobernador de Guipúzcoa, despreciando la mentira grosera, se resistió á entregar el castillo de la Mota, al fin tuvo que ceder por órden expresa de Godoy.

Como se vé, ocupando los franceses de la manera referida nuestras plazas fuertes de Pamplona, Barcelona, Figueras y San Sebastian, es decir, la llave de España, se vió realizada la fábula del caballo de Troya, sólo que en esta ciudad entraron los griegos por ingenioso engaño, y aquí por felonía infame y cobarde de Bonaparte y por insigne torpeza de un ambicioso y aborrecible favorito. Al arder muy luego esta nueva Troya, no perecerá como la infeliz ciudad de Priamo, sino que, entrando aunque trabajosamente en las vías de su regeneracion, empezará por lanzar de su suelo á quien nunca volverá, muriendo muchos años despues en extraña tierra, al corruptor y corrompido favorito, y concluirá por herir en el corazon al pérfido Bonaparte para que vaya á exhalar el último aliento en una roca abrasada y solitaria del África occidental, situada en el otro hemisferio, sufriendo, á imitacion de aquel Prometeo de otra fábula, el martirio prolongado de seis años, espantoso y cruel, por ser presa á un mismo tiempo de los remordimientos de su conciencia, de los rigores de un clima ardiente, de la soledad, del orgullo terriblemente abatido, de la ausencia de toda la familia y de la molesta presencia de un carcelero duro, aun cuando bien merecido.

Quiere Godoy trasladar la familia real á Andalucía. Sucesos de Aranjuez. Abdicacion de Carlos IV.

En esto Godoy, caída ya la venda de sus ojos y perdidas por completo sus esperanzas de ceñir á sus sienes la ansiada corona algárbica, determinó que la familia real se trasladase á Andalucía, en la idea de seguir la conducta de la casa de Braganza, por él más que por Napoleon lanzada á las Américas, abandonando al pérfido francés la Península; pero cuando se disponia á ejecutar este plan, surgieron los acontecimientos de Aranjuez, en donde se hallaba la córte. Públicamente manifestaban el

pueblo y la guarnicion de Aranjuez su disgusto por el proyectado viaje á Andalucía, al cual se oponia tambien Fernando, quien como un nécio confiaba en que las tropas francesas habian entrado en España para derribar al valido y favorecerle á él. A todo esto, el terrible Murat se dirigia sobre Madrid por Aranda y Somosierra, al frente de poderosísimo ejército. En la noche del 17 de Marzo numerosos grupos de paisanos y militares disfrazados, dirigidos por gente palaciega, tambien disfrazada y enemiga de Godoy, á cuyo frente se hallaba el bullicioso conde del Montijo, vestido de aldeano y con el nombre del *tio Pedro*, empezaron á alborotarse, prorumpiendo en denuestos é imprecaciones contra el favorito, cuyo palacio fué al fin invadido por las turbas, que destrozaron todos sus muebles y luego quemaron en una grande hoguera en medio de la calle, logrando él esconderse y salvar así su vida. Al siguiente dia 18, intimada lo Cárlos IV, exoneró, aunque con sentimiento, á Godoy de sus títulos de *generalísimo* y *almirante*, concediéndole su retiro para donde le acomodase ir. Godoy, que se habia escondido en los desvanes de su palacio dentro de un rollo de esteras, en donde permaneció treinta y seis horas mortales sin beber ni tomar alimento alguno, prefirió entregarse á una muerte segura, pero pronta, antes que continuar en el horrible martirio que estaba sufriendo, y bajando de su escondite se presentó en un salon del palacio, viéndose rodeado al instante de guardias valonas, que impidieron que el populacho, que allí acudió en tumulto no más divulgarse su aparicion, le asesinara cruelmente: al conducirlo para su seguridad al cuartel de Guardias de Corps, fué objeto en el camino de mil insultos, recibiendo además varios golpes de ese populacho feroz, sin que lo pudieran impedir los soldados que le llevaban todo cubierto de sangre y de inmundicias. A instancias de Cárlos IV, fué Fernando al cuartel de Guardias para impedir que la plebe soliviantada le matase, como á grandes gritos demandaba. Puesto Godoy á la presencia del principe, le dijo éste secamente: *Te perdono la vida.*—*Pues qué, ¿sois ya rey?* preguntó Godoy.—*No*, contestó con significativa

naturalidad Fernando; *pero lo seré pronto*. No había tenido en cuenta el que luego iba á ser llamado Fernando VII, que Napoleon le despreciaba más que á su padre, á Godoy y á toda la córte de España. Pero el que acababa de decir *pronto seré rey*, continuó su plan: hizo que numerosos grupos de la plebe, azuzados por palaciegos y otros parciales suyos, promovieran nuevos alborotos pidiendo la muerte de Godoy, al propio tiempo que victoreaban á Fernando. El pobre Carlos IV, falto del apoyo que le habia servido de guia para perderle y perder á España durante casi veinte años, acababa de tomar una determinacion suprema. Reuniendo en las primeras horas de la noche del 19 de Marzo á todos los ministros y á su hijo primogénito, les anunció su determinacion de abdicar en éste la corona, y al efecto les leyó el decreto que tenia escrito, y decia así: «Como los achaques de que adolezco no me permitan soportar por más tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso para reparar mi salud gozar en un clima más templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, despues de la más séria deliberacion, abdicar mi corona en mi heredero y muy caro hijo el príncipe de Asturias. Por lo tanto, es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y señor natural de mis reinos y dominios. Y para que este mi real decreto, de mi libre y espontánea abdicacion, tenga su exacto cumplimiento, lo comunicareis al Consejo y demás á quien corresponda. Dado en Aranjuez á 19 de Marzo de 1808.—Yo el rey.—A D. Pedro Ceballos.»

Fernando creyó ver con esto satisfechos sus deseos: se juzgaba rey de España; pero no sabia que el verdadero dueño de la Península era por entónces Napoleon Bonaparte.

Estado de la España al abdicar Carlos IV.

Quando Carlos IV descendió del trono español, era sin duda la España la nacion más desdichada de Europa: su deuda habia alcanzado enormísimas proporciones, como que desde 1795, en que se hizo la paz de Basilea, hasta 1808, los gastos fueron aumentando de una manera extraordinaria. Las guerras,

así marítimas como terrestres, en que lanzó al país la torpe política de Godoy, no solo consumían lo poco que daban de sí nuestra casi muerta agricultura y nuestro decadente comercio, con más los ingresos de América, sino el resultado de onerosos empréstitos hechos por casas francesas y holandesas, que dieron naturalmente su dinero á crecido interés. Ascendía la deuda nacional al abdicar Carlos IV á la enorme suma de SIETE MIL DOSCIENTOS MILLONES DE REALES, cuyo rédito anual se importaba DOSCIENTOS OCHO. Pero como no bastaban los impuestos ordinarios ni los empréstitos con casas extranjeras, se inventaron nuevos tributos sobre loterías extraordinarias, que fomentaban más el vicio del juego y la holganza; sobre adquisiciones que hiciesen las manos muertas, cuando debían haber sido anuladas éstas, segun la senda trazada años hacia por Jovellanos y otros hombres ilustrados, y sobre los bienes que se vinculasen, cuando debió exigirse, desvinculando, á los que se aprovecharan de la desvinculacion: se decretó tambien, con el mismo objeto, la venta de varios edificios de propios, y prévia autorizacion del Papa, la de una pequeña parte de los bienes inmuebles del clero, hospitales, cofradías, memorias y patronatos laicales, adoptándose además otras medidas que, dadas la enormidad de la deuda, la predisposicion del clero á resistir las reformas y la situacion angustiosa del Tesoro público, significaban lo que una gota de agua en la boca de un hidrópico.

El estado de las ciencias en los primeros años del siglo era lamentabilísimo, por más que, llevados de un exagerado amor pátrio y fijándose en nimios detalles, hayan intentado probar lo contrario escritores de nuestros días, y entre ellos Lafuente, atribuyendo á Godoy glorias que no ganó. ¿Por ventura querian esos escritores, para poder condenar en este punto á Godoy, que hubiera combatido directamente la marcha de la civilizacion, esa civilizacion que fermentaba, digámoslo así, en los espíritus de la minoria de la nacion desde los tiempos de Fernando VI y Carlos III, y dejaba ver sus rayos de

luz en obras como *El teatro crítico*, de Feijóo; la del abate Gándara, *El bien y el mal de España*, en donde decia el año de 1750 «que era preciso para la regeneracion de la España reformar todas nuestras instituciones, volviendo lo de arriba abajo y vice-versa;» el *Fray Gerundio*, del Padre Isla; la de Jovellanos sobre la ley agraria, y las Memorias luminosas sobre muchísimos ramos del saber humano de varias sociedades económicas ó patrióticas? Pues hasta cierto punto, ya hizo eso el favorito por medio del ministro de Justicia, Caballero, partidario de la Inquisicion con todas sus consecuencias; pero indirectamente no pudo hacer más contra la causa del progreso intelectual, empobreciendo y envileciendo la España, dentro con sus escandalosas liviandades, dilapidaciones y despilfarros, y fuera con su torpe política, poniendo la pátria en clase de esclava vil á las plantas primero del Directorio y despues del Consulado y del Imperio, por intermediarios complacientes, como los Azaras y los Izquierdos. Si cundian la civilizacion y el amor al progreso entre muy escasas personas, ciertamente no era por, sino á pesar de Caballero y de la Inquisicion.

La época no fué fecunda, á la verdad, en ingenios: brillaron en ella, entre los poetas, Nicasio Alvarez Cienfuegos y Quintana; entre los jurisperitos amigos de las reformas, Marina; entre los amantes de las ciencias naturales y exactas el marino Ciscar y el botánico Cabanilles, y entre los pintores Goya y Maella, éste de orden secundario. En esta época se tradujeron al español algunas obras importantes, entre ellas, el *Derecho Canónico*, de Cavalario, escritor napolitano no muy afecto á la curia romana; la *Ciencia de la Legislacion*, del tambien napolitano Cayetano Filangieri, y el *Derecho de gentes*, de Watell. Tambien es preciso convenir en que la ciencia política tomó en ese tiempo algun desarrollo. ¿Cómo no habia de tomarle, ya por el contacto continuo de nuestros generales, soldados y agentes diplomáticos con franceses é italianos, ya por los preciosos trabajos de Marina desentrañando todas las disposiciones de nuestra complicadísima legislacion general y municipal, favorables á la

reforma completa de la sociedad en el sentido de la dignidad y libertad humanas?

No era Godoy, preciso es confesarlo, enemigo de las luces como el ministro Caballero, al cual (y este es un cargo contra el favorito) no separó de su lado porque no quiso, aun cuando asiente lo contrario en sus Memorias, pues que él era omnipotente ante los reyes hasta contra el príncipe heredero; pero se observa que algunas cosas buenas que hizo, más bien las realizó por vanidad, como las del Colegio de la Paz, al que dió su nombre, la reforma del teatro y las mejoras en San Carlos y Jardín Botánico, que por amor á las ciencias y á las artes: colocaba á Quintana con motivo del reglamento de teatros, pero los cómicos continuaban en su vida de abyeccion y miseria, circunstancia que probablemente hizo retirar de la escena á la eminente actriz Rita Luna en 1806. La persecucion contra Jovellanos por leer el *Contrato social*, define completamente al valido. Méenos era éste (y lo consignamos con gusto) partidario de la Inquisicion, porque dió pruebas bien claras de lo contrario. Tampoco se oponia, antes ayudaba, á algunas empresas beneficiosas á la civilizacion. Trabajó por el establecimiento de escuelas al estilo suizo y por mejorar la condicion de los maestros de escuela, aunque, á la verdad, la iniciativa de esta y otras reformas partian generalmente de las sociedades patrióticas del tiempo de Carlos III. Una cosa buena intentó, segun ya apuntamos á la conclusion del libro I, y fué la de suprimir las corridas de toros de muerte, que no pudo lograr porque el pueblo se burló del decreto, hallándose cada dia más entusiasmado con tan bárbaro espectáculo, eso que habia visto morir en la Plaza de Madrid el año de 1801 á su diestro favorito, José Delgado, alias Pepe-Hillo. La venta de la sétima parte de los bienes del clero (que éste impidió que se realizase en su casi totalidad), de hospitales, cofradías y otras manos muertas, cosa que creó á Godoy muchos enemigos en la gente de iglesia y fanática, no alienta al historiador para que tribute alabanzas al valido, porque no la decretó por ser partidario de la desamortizacion, sino por verse obligado á tomar la

medida á causa de lo apremiante de las necesidades que él habia traído sobre el país con su desatentada política y su administracion despilfarradora. Era amigo y enemigo alternativamente de los hombres que valian algo, convirtiéndose en lo último así que conocia que le podian hacer sombra ó no servian para seguir con humildad degradante su política; y una bien triste prueba de esto fueron Jovellanos, Cabarrús, Saavedra y Urquijo. Para concluir, diremos que Godoy no era un hombre perverso y ménos un tirano: ni ¿cómo podia serlo, si no lo era Carlos IV, de corazon honrado y hasta bondadoso, cual su padre, aunque no del tacto y prudencia de éste para gobernar? Los Seyanos solamente se dan con los Tiberios; para los Carlos IV, están reservados los Godoy. Pero la historia tiene que decir con plena conciencia, que Godoy fué el hombre más funesto que ha producido la España desde D. Opas acá. La historia de su dominacion se encierra en las siguientes tristísimas palabras: recibió la España en progreso lento, pero seguro, robusta, poderosa, capaz de haberse impuesto para el bien, por su desahogada situacion, por la exigüidad de su deuda pública, por sus recursos de América, su ejército y su gran marina á los revolucionarios franceses, y se la entregó semi-cadáver á Napoleon para que éste la saqueara desangrándola, y diese lugar á que, desangrada y podre, la recibiera despues el infame Fernando VII, quien, superior en barbarie y sanguinarios instintos á la *Santa Alianza*, la sometió á la más grande y feroz tiranía real y teocrática.

HISTORIAS.

LIBRO IV.

(DESDE MARZO Á MAYO DE 1808.)

Sumario.

Fernando rey.—La persecucion de Godoy se vuelve contra Fernando.—Estrepitoso triunfo de éste.—Protesta de Cárlos IV.—Vergonzosas cartas de su mujer y de su hija.—Espada de Francisco I.—Viaje de Fernando á Bayona.—Supercherías de Murat, Savary y Bonaparte.—Se le intima á Fernando que renuncie la corona.—Cárlos IV y María Luisa en Bayona.—Renuncias de Bayona.—Intérnase en Francia á los Borbones.

Fernando rey. En el acto mismo de abdicar Cárlos IV, su hijo Fernando fué reconocido como rey, saludándole en clase de tal los ministros y cortesanos reunidos en el palacio de Aranjuez, á cuyos balcones tuvo que asomarse, ya entrada la noche, para que le victoreara entusiasmada hasta el frenesí la nécia multitud, que no comprendia ni podia comprender que, si bien terminaba para ella una servidumbre vergonzosa, era para caer bajo las garras de un tirano tan sanguinario como ingrato. El mismo entusiasmo que produjo en Aranjuez la exaltacion de Fernando, se manifestó en Madrid y en toda España á manera que llegó la que se creia buena nueva, celebrándose ésta con fiestas y regocijos y en varios puntos con demostraciones sensibles, aun cuando no sangrientas, contra el favorito y sus parciales. El odio inmenso y legitimo contra Godoy divinizó más y más á Fernando: los pueblos sometidos á la servidumbre suelen parecerse al enfermo que no tiene cura, y él cree hallarla cambiando de posicion en el lecho.

Fernando empezó su reinado como empezó Neron y como comunmente han empezado todos los tiranos: confirmó en sus puestos á los ministros de Cárlos IV, incluso el miserable Caballero, á quien al fin, por exigencias de la gente cortesana, que le odiaba por su conducta en el proceso del Escorial, tuvo que destituir, aunque dándole asiento en el Consejo, sin duda por lo que contribuyó á la caída de Godoy, al que todo se lo debía: al caer Caballero del ministerio de Gracia y Justicia, fueron tambien reemplazados el ministro de Hacienda Soler por el antiguo virey de Méjico D. Miguel José de Azanza, á quien pronto veremos convertido en instrumento de Napoleon, y el de Guerra, Olaguer y Feliu, por el general Ofarril, recién venido de Toscana y de las mismas condiciones que Azanza. El nuevo rey hizo que se levantase inmediatamente el destierro al ex-ministro Urquijo y á Cabarrús, quienes muy luego se afrancesaron, así como al ilustre Jovellanos, que habia de ofrecer á éstos y á la historia un ejemplo insigne de amor á la pátria, despreciando los halagos y promesas del invasor: como era natural se llamó al momento á todos los cómplices de Fernando en la conjuracion del Escorial para conferirlos importantísimos puestos y colmarlos de honores y distinciones: se expidieron varios decretos notables, uno suprimiendo la superintendencia general de policia, otro derogando el que creó el almirantazgo para Godoy, otro halagando al pueblo con proyectos de muchos canales y caminos, y otro mandando suspender la venta de la sétima parte de los bienes eclesiásticos, concedida á Godoy por bula de Pio VII, con cuya medida, altamente retrógrada, se procuró halagar al clero, quien nada en verdad habia perdido con la referida bula, porque en todas partes se opuso á su cumplimiento con vituperables subterfugios y estudiadas dilaciones.

No se olvidó Fernando de perseguir de muerte á Godoy, y al efecto, y sonriendo ya con la idea de ver en un patíbulo al amante de su madre, mandó que se le formase el correspondiente proceso, por decreto de 21 de Marzo, que es un padron de ignominia para el rey y su ministe-

rio, porque se violaron con él todas las leyes y todos los principios fundamentales de la justicia, confiscando desde luego al favorito todos sus bienes, derechos y acciones, tremenda pena que aún están sufriendo á estas fechas sus herederos, cuando solamente procedia el embargo para que en sentencia justa se devolvieran á la nacion las inmensas propiedades que de ella le habia hecho donacion Carlos IV, y se le hiciera responsable de los robos que hubiera podido realizar durante su ministerio, en especial con la Caja de Consolidacion y Tesorería general, puestas, segun dice Jovellanos, á cargo de un satélite y un mayordomo suyos, por lo cual le califica aquel repúblico en sus *Memorias de insigne ladron*. Más que régia era la fortuna en palacios, propiedades, alhajas y mobiliario que tenia Godoy al abdicar Carlos IV; pero por lo mismo que era tan grande y escandalosa, procedia ménos el secuestro, porque hubiera sido facilísimo demostrar el vicioso origen de la mayor parte de ella, que el resto claro es que le habia adquirido Godoy á título oneroso. De cualquier modo, la confiscacion fué una pena atroz impuesta sin juicio, es decir, un acto de tiranía, y considerándola así muchos años despues, ya muerto Godoy, las Córtes Constituyentes de 1854 á 1856 trataron de enmendar el inicuo decreto de Fernando, nombrándose una comision de su seno, de la que formó parte el autor de esta obra, diputado entónces por Palencia, que propuso con fecha 28 de Junio de 1856, el *alzamiento del secuestro de los bienes adquiridos á título oneroso por D. Manuel Godoy y que poseia en 19 de Marzo de 1808*, medida reparadora que no se llevó á cabo porque á los pocos dias de propuesta disolvió á cañonazos aquellas Córtes el general D. Leopoldo O'Donnell. En la causa del príncipe de la Paz fueron envueltos varios de sus parciales, entre ellos el ministro de Hacienda Soler, así como lo fué tambien su hermano D. Diego Godoy con inicua confiscacion de parte de sus bienes.

La persecucion de Godoy se vuelve contra Fernando.

La persecucion contra Godoy, trasladada de Aranjuez entre guardias, como reo de Estado á Villaviciosa de Odon, fué el

origen y fundamento de una série de sucesos tan vergonzosos como trascendentales, que proporcionaron al jóven rey largos é infinitos sinsabores, á sus padres la ocasion de manifestarse en toda su ruindad, á la nacion la de mostrarse tal cual era en su insensato delirio por su jóven monarca, y á Bonaparte la de parecer el legítimo y natural sucesor de un trono, del cual no podia ser más que un brutal usurpador. ¡Tan cierto es que una pequeña causa suele producir múltiples y extraordinarios acontecimientos! Cuando todo el mundo se convenció de que corría peligro la vida de Godoy, entónces nació en María Luisa, dueña absoluta de su marido, la idea de que éste se volviera atrás del acto de su abdicacion voluntaria. Si Fernando, apoyándose en lo espinoso de las circunstancias y tambien en la razon de Estado, no persigue á Godoy, por más criminal que éste fuese, es indudable que Carlos IV se hubiera ido de España tranquilamente ó instalado en cualquier punto de ella ó de Portugal, y no hubiesen ocurrido las oprobiosas escenas de Bayona, con sus hediondos antecedentes y sus consecuencias de todos géneros. Cierto que decidido Napoleon á usurpar el trono español, no hubiera variado de propósito por la conducta de Fernando; pero tambien es evidente que las cosas hubiesen tomado otro rumbo del que tomaron, y Dios sabe las inmensas dificultades que se hubieran opuesto á Bonaparte, además de las que se le opusieron para realizar sus planes ambiciosos.

En el mismo dia 23 de Marzo, en que Godoy era trasladado al castillo de Villaviciosa de Odon, verificó su entrada en Madrid Joaquin Murat, al frente del cuerpo del mariscal Moncey y rodeado de un lucidísimo Estado Mayor, instalándose en el palacio del Buen Retiro. El de Berg, que desde Búrgos habia tomado el camino de Aranda y Somosierra, aceleró su marcha hácia la córte con ánimo de enterarse minuciosamente de los sucesos de Aranjuez y anticiparse además á la entrada del nuevo monarca. La petulante audacia de trasladarse Murat de su alojamiento del Retiro á la casa-palacio de Godoy, en las intermediaciones del real palacio, sin permiso de ninguna au-

toridad, y los álarde de semi-conquistador que hizo con sus soldados recorriendo las principales calles y plazas de Madrid, produjeron general disgusto, que no se tradujo en hechos porque la *Gaceta* se encargó de recomendar á los *fieles vasallos* del nuevo y adorado monarca que obsequiasen á las tropas francesas y las miraran como de un *fiel aliado y buen amigo*, enalteciendo al propio tiempo al gran duque de Berg, á quien Fernando habia ofrecido sus *cumplimientos y respetos*, enviándole al efecto al teniente general duque del Parque.

Estrepitoso triunfo de Fernando. La entrada del nuevo rey en Madrid tuvo lugar el 24 de Marzo en medio de un gentío inmenso, que en su casi totalidad pasó en vela la noche anterior, y de un entusiasmo indescriptible. Toreno y otros testigos presenciales de la entrada aseguran que es imposible que monarca ni héroe alguno haya recibido en el mundo una ovacion igual á la que recibió el adorado Fernando: hombres, mujeres y niños lloraban de alegría al ver al objeto de su cariño, y tan difícil le fué á éste atravesar las calles de Madrid por el entusiasmo de la gente que queria contemplarle y gozarse con su vista, que tardó más de seis horas en ir desde las puertas de Atocha á palacio: desahogos de los pueblos serviles que, no teniendo conciencia ni de sus deberes ni de su dignidad y derechos, se complacen en adorar ídolos de barro.

Protesta de Carlos IV. Cartas de su mujer y de su hija. Mientras que Fernando VII era objeto de esta ovacion popular, y mientras que reconocido y cumplimentado por todos los embajadores residentes en Madrid, excepcion hecha del francés, se creia néciamente asegurado en su trono y hasta protegido por las tropas napoleónicas, sus padres, que ante todo querian salvar á Godoy, entablaron aquella lamentabilísima correspondencia con Murat, que tanto facilitó los planes de Bonaparte, y que éste, cometiendo un abuso verdaderamente indigno, hizo publicar en el *Monitor del Imperio*. Empezó Maria Luisa tomando por intermediaria á su hija, la reina de Etruria, que habia conocido á Murat en Italia, por dirigir á éste una carta pidiéndole su poderosa proteccion y la de su cuñado Bo-

naparte para que salvarsen al pobre *príncipe de la Paz* de las garras de Fernando, al que calificaba de hijo ingrato y perverso, añadiendo que su marido habia abdicado á la fuerza y tenia ya formulada la correspondiente protesta contra la abdicacion: en otras cartas, al mismo Murat dirigidas, no sólo se convirtió María Luisa en defensora de Godoy hasta el extremo de desconocer su propio decoro como reina y como señora, sino que se constituyó en acusadora terrible de su hijo, llamándole *jefe de la conjuracion* que habia destronado á su padre, con riesgo de la vida de éste, de la suya y de la del príncipe de la Paz, á cuyo lado deseaba acabar tranquilamente sus dias: decia de su hijo que tenia mal corazon, y en verdad que nadie mejor que ella podia conocerle; que era de carácter cruel, sin amor hácia sus padres, y por último, que estaba rodeado de consejeros sanguinarios y de gente perversa. Carlos IV autorizaba estas vergonzosas cartas ó con su firma en ellas ó con otras cartas parecidas, poniendo el sello á este oprobioso asunto con escribir una al mismo Napoleon acompañada de la protesta contra el acto, hasta no más voluntario, de su abdicacion. Carta y protesta decian así: «Señor, mi hermano: V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas, y no verá con indiferencia á un rey que, forzado á renunciar la corona, acude á ponerse en los brazos de un gran monarca, aliado suyo, subordinándose TOTALMENTE á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos. Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escoger LA VIDA Ó LA MUERTE, pues esta última hubiera sido seguida de la de la reina. YO FUI FORZADO á renunciar; pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y génio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mio, he tomado la resolucion de conformarme con TODO lo que este mismo grande hombre quiera disponer de nosotros, y de mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz. Dirijo á V. M. I. y R. una

protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me entrego y enteramente confio en el corazon y amistad de V. M., con lo cual ruego á Dios que os conserve en su santa y digna guarda. De V. M. I. y R. su más afecto hermano y amigo.—CÁRLOS.—Aranjuez 23 de Marzo de 1808.

PROTESTA. *Protesto y declaro que mi decreto de 19 de Marzo, en el que he abdicado la corona en favor de mi hijo, es un acto á que me he visto obligado para evitar mayores infortunios y la efusion de sangre de mis amados vasallos, y por consiguiente debe ser considerado como nulo.*
—CÁRLOS.»

Espada de Francisco I.

No necesitaban más Murat y Napoleon para considerar vacante un trono, del que habia descendido un estúpido viejo y al cual para ellos no habia subido un nécio y perverso jóven, á quien solamente miraban como príncipe de Asturias. Murat, el objeto de toda clase de atenciones y miramientos por parte de Fernando, entre otras razones por la de que creia llamarle luego pariente, enlazándose con la princesa que se dignara regalarle Napoleon; Murat, que en lo que ménos pensaba era en reconocerle como rey, quiso deshonorarle ante sus súbditos y ante la historia: significó á los ministros de Fernando su ardiente deseo de obtener, para mandar á su cuñado, la espada de Francisco I, prisionero en Pavia, aquel glorioso trofeo del bravo Juan de Urbieta y de Diego de Avila, á quien le entregó el rey caballero caido de su caballo, y Fernando y todos sus ministros y cortesanos se apresuraron á dar gusto, aun á trueque de vulnerar el honor nacional y arrojar por el suelo las glorias de España, al hijo del posadero de la Bastida: con un ceremonial ostentoso aquella histórica espada fué extraida de la Armería Real y llevada en una elegante carroza al alojamiento de Murat, á quien hizo entrega de ella, para ser enviada á Francia, el caballero mayor de palacio.

Después de esto inventó Murat la supercheria de que su cuñado, el magnífico emperador francés, se hallaba en marcha para Madrid en la idea de saludar al nuevo

rey, y tan imbéciles fueron Fernando y todos sus consejeros y comensales, que no solo creyeron la inverosímil noticia, sino que la dieron al público por medio de edictos, asegurando que Napoleon estaria en Madrid dentro *de dos y medio ó tres dias*, y por último, apareció en la *Gaceta* una órden haciendo saber que la imperial majestad napoleónica se acercaba á Bayona, y comisionando á tres grandes de España, á saber, los duques de Medinaceli, de Frias y de Fernan-Nuñez, para que fueran á cumplimentarla, y felicitarla, y acompañarla y obsequiarla en caso que se dignase entrar en España. Y al propio tiempo que urdia esta trama Murat, significaba á los consejeros de Fernando que convendria mucho poner en libertad á Godoy, cosa que él deseaba, ya por dar gusto á los reyes padres, ya por haber sido amigo del príncipe de la Paz, y ya por ver en éste desde luego un personaje importantísimo para realizar el plan que traia á Bonaparte á la sazón camino de Bayona.

Viaje de Fernando á Bayona. Supercherías de Murat, Savary y Napoleon.

Sabiendo bien á ciencia cierta que su cuñado no habia de pasar de esta ciudad, Murat echo á volar la especie de que convendria mucho al nuevo monarca que saliera á esperar al emperador, áun cuando no fuera más que hasta Búrgos; y en apoyo de este plan, y para realizarlo lo más pronto posible, vino á Madrid de órden de Bonaparte el general Savary, duque de Robigo, al cual comisionó con tal objeto en el momento que llegaron á su noticia los acontecimientos de Aranjuez. Savary, que más que buen general era un diplomático insinuante, de muy finos modales y en extremo hábil, segun el lenguaje político, aunque segun el de la moral y de la decencia, debiera decirse hipócrita y falso, cumplió maravillosamente su cometido, llevando al ánimo de Fernando y al de sus consejeros íntimos, empezando por Escoiquiz, el convencimiento de lo mucho que le convenia para reinar tranquilamente en España y casarse con una sobrina de Napoleon, salir á esperar á éste á Búrgos y luego venir en su compañía á Madrid, de la propia manera que habia salido el infante D. Carlos por consejos de Murat. Fernan-

do cayó en el lazo: se anunció en la *Gaceta* su salida, con objeto de recibir y cumplimentar á Napoleon, *que tenia determinado* (decia el periódico oficial) *pasar á España con ideas de la mayor satisfaccion de S. M. y de conocida utilidad y ventaja para sus amados vasallos*, y se nombró una junta de gobierno del reino para mientras durase el viaje, compuesta de los cinco ministros de Estado, Hacienda, Guerra, Marina y Gracia y Justicia, bajo la presidencia del infante Antonio Pascual, hermano de Carlos IV. El 10 de Abril salió Fernando de Madrid, acompañado de Savary, del ministro Ceballos, de Escoiquiz y de muchos cortesanos y servidores, y pronto llegó á Búrgos, en donde ni siquiera se tenían noticias de Napoleon: Savary convenció fácilmente á Fernando de lo útil que le sería esperar á su amo en Vitoria, y allá llegó la córte el 14, encontrándose con la noticia de que el emperador francés habia salido de Burdeos con direccion á Bayona. En Vitoria se acordó que Savary partiese para Bayona con una humildísima carta de Fernando para Bonaparte, el cual le contestó el 16 de Abril con la siguiente, que un escritor califica de miscelánea ingeniosa de indulgencia, altanería y razon, y que en verdad es un monumento insigne de petulancia francesa, expresada por un conquistador que, en vez de usar un lenguaje altanero y brutal, se vale del pedagógico con mezcla de fina ironía y solapada insolencia. Decia Bonaparte á Fernando, tratándole solamente de Alteza, con lo cual le negaba su condicion de rey, *«que le iba á hablar con lealtad y franqueza: que habia tenido noticia de los sucesos de Aranjuez; pero que no se constitula juez de lo sucedido ni de la conducta del príncipe de la Paz; que esto no obstante, era peligroso para los reyes acostumbrar á los pueblos á derramar sangre, HACIÉNDOSE JUSTICIA POR SÍ MISMOS*, por lo cual no sería conforme al interés de España que se persiguiese á Godoy, casado con una princesa de la real familia y que tanto tiempo habia gobernado el reino; que no se podia formar causa al príncipe de la Paz sin formársela tambien al rey Carlos y á María Luisa; que él (Fernando) no tenia otros derechos á la corona de España

QUE LOS QUE SU MADRE LE HABIA TRASMITIDO, y que si la causa contra Godoy *manchaba el honor de su madre, estaban destruidos sus derechos*; que Godoy debia ser desterrado de España, y que en Francia tenia un seguro asilo; que no estaba enterado de lo ocurrido respecto de la abdicacion de Cárlos, y que si ésta habia sido espontánea y no producto del motin de Aranjuez, le reconoceria como rey de España, PARA LO CUAL deseaba conferenciar con S. A. R.; que así como vió con sentimiento el suceso del Escorial, recibió placer con su terminacion, á la cual contribuyó; que considerase *que él no estaba exento de faltas*, como lo demostraba la carta que le habia dirigido cuando le pidió la sobrina en matrimonio, el cual juzgaba conforme á los intereses de SUS PUEBLOS,» y concluia Napoleon con una queja sobre haber circulado en Madrid cierta carta del capitan general de Cataluña exasperando los ánimos, y con una amenaza á los españoles si se cometia cualquier asesinato en un soldado francés.

Ni áun esta carta, capaz de concluir con todas las ilusiones del hombre más cándido, bastó para hacer caer la venda de los ojos á Fernando y los suyos: sobre todo Escoiquiz insistió en su plan de conferenciar con Napoleon, fiado en convencerle por medio de su elocuencia, que él creia buenamente igual, si no superior, á la de Ciceron, para que, casando á una sobrina suya con Fernando, le reconociese como rey de España, *aunque para ello se le cediesen las provincias más allá del Ebro* á cambio de otras en Portugal, ó se le facilitase una via militar para el paso por España de los soldados franceses á la antigua Lusitania. Tan imbécil y mal español como todo esto era el canónigo, dueño casi absoluto del ánimo de su discípulo Fernando. En vano fué que se propusieran á éste diferentes planes para burlar el de Napoleon de llevarle á Bayona, saliendo disfrazado de Vitoria de dia ó de noche, ó burlando la vigilancia de Savary y de las numerosas tropas francesas que allí habia, para ir á Bilbao ú otro puerto del Cantábrico y por mar á donde conviniese á los intereses del país: á todo se opuso el canónigo, y rey y comitiva salieron de Vitoria el 19 de Abril;

el 20 pasaron el Vidasoa, y á las diez de su mañana llegaron á Bayona, sin que en tierra francesa se presentase ni un triste agente de la autoridad á recibir al desdichado monarca: en cambio, no más arribar á Bayona, oyó de los labios de los tres grandes de España, enviados tiempo atrás á felicitar á Bonaparte y á acompañarle en su soñada visita á Madrid, que éste habia dicho resueltamente *que los Borbones no reinarian ya más en España.*

Se intima á Fernando que renuncie la corona. No tardó mucho tiempo Fernando en cerciorarse de esta determinacion de Bonaparte, porque en la misma noche del 20,

despues de haber comido con el emperador francés y retirándose á su alojamiento, fué Savary, el *hábil* diplomático que habia jurado mil veces á Fernando, para hacerle ir á Bayona, que su amo le reconoceria como rey de España á la primera conferencia, á decirle, de orden de Napoleon, «que era preciso que renunciase á la corona de España á cambio del reino de Etruria, que le cederia, dándole al propio tiempo por esposa una sobrina suya.» Idéntica intimacion, y á la misma hora, hizo en persona Bonaparte á Escoiquiz, al que mandó quedar al efecto á su lado despues de la comida, segun dicho canónigo nos lo ha dejado escrito en un folleto ó Memoria titulada *Idea sencilla*, en donde el autor se retrata gráficamente, gozándose con insólita necedad en las familiaridades que en el instante mismo de conocerle gastó con él Bonaparte, llamando á su elocuencia *ciceroniana*, tratándole de *forjador de cuentos y de constructor de castillos en el aire* y tirándole, por último, de las orejas, como si fuera un muchacho. En verdad que no pudo darse más digno maestro que un Escoiquiz para un discípulo como Fernando.

Cárlos IV, María Luisa y Godoy en Bayona. Hecha á éste la antedicha intimacion, así como á los principales de su comitiva, ya no quiso Napoleon que se hablase del asunto hasta que llegaran á Bayona los reyes padres y el príncipe de la Paz, á quiénes estaba esperando, pues que con anterioridad tenia dadas al de Berg las órdenes oportunas para que fuesen los primeros y le enviase al último, sacándole á la fuerza de su prision si á ello dieran lugar las

autoridades españolas. No hubo necesidad de tanto, porque á la brutal intimacion de Murat de sacar el preso á la fuerza si no se le daban voluntariamente, ¡como si España no fuese una nacion independiente! para mandarle á Francia, se le entregaron, con acuerdo del ministro Ceballos, estando ya en el camino de Bayona, y en cuanto á Carlos IV y María Luisa, claro es que deseaban con verdadera ánsia presentarse ante Napoleon y tomarle por vengador suyo, y si queria, hasta por verdugo de su hijo. Godoy, entregado á Murat en la noche del 20 de Abril, ¡coincidencia singular! probablemente á la misma hora en que Bonaparte hizo saber á Fernando que no seria rey de España, partió escoltado por tropas francesas en direccion de Bayona, á donde llegó el 26, habiendo recibido de Murat, al que vió al pasar rápidamente por Madrid, una carta de Carlos IV, que merece ser leida como un extraño monumento de más extraño cariño entre el marido y el amante de una mujer, quien en la precitada correspondencia con el duque de Berg, habia estampado estas textuales palabras: *«si no se salva el principe de la Paz y no se nos concede su compañía, moriremos el rey mi marido y yo.»* La carta de Carlos IV decia así: *«Incomparable amigo Manuel: ¡Cuánto hemos padecido estos dias viéndote sacrificado por estos impíos, por ser nuestro único amigo! No hemos cesado de importunar al gran duque y al emperador, que son los que nos han sacado á ti y á nosotros. Mañana emprenderemos nuestro viaje al encuentro del emperador, y allí acabaremos todo cuanto mejor podamos para ti y que nos deje vivir juntos hasta la muerte, pues nosotros siempre seremos, siempre, tus invariables amigos, y nos sacrificaremos por ti como tú te has sacrificado por nosotros.—CARLOS.»* Los reyes padres llegaron el 30 de Abril á Bayona, en donde, lo mismo que al pisar el suelo francés, fueron recibidos con los honores tributados á las testas coronadas, habiendo salido á esperarlos el mismo Napoleon, que les abrazó y convidó á comer para el siguiente dia, 1.º de Mayo. Recibieron al momento Carlos IV y María Luisa á Godoy, al que abrazaron ambos tiernísimamente, mientras que á Fernando le despidieron dicién-

do que no le verian á no ser en público. Cuenta Savary en sus *Memorias* que en el convite que dió Napoleon el 1.º de Mayo á los reyes padres, no viendo Cárlos al sentarse á la mesa á su querido Godoy, exclamó involuntariamente:—¿Y Manuel? ¿Dónde está Manuel? oido lo cual por Bonaparte, ordenó al instante que fuesen por el príncipe de la Paz. Acabada la comida, hizo llamar tambien Napoleon á Fernando para que delante de él y de Godoy, su padre, con quien al efecto estaba ya de acuerdo, le intimase, como lo hizo en tono descompuesto y amenazador, *que le devolviese la corona que le habia arrebatado en Aranjuez*: al querer replicar Fernando, así su padre como su madre se enfurecieron de tal suerte, que prorumpieron en mil improperios contra su hijo, llegando la cosa hasta el extremo de arrojarse Cárlos sobre Fernando para maltratarle de obra, y pidiendo su madre, convertida en una arpía, á Napoleon que hiciese subir á un patíbulo á su hijo. ¡Vergüenza da el consignar estos hechos horribles y repugnantes, no ya á la moral, á la política y al decoro, sino á la misma naturaleza! Retiróse Fernando oprimido el corazon con la anterior bochornosa escena, y al otro dia, habiendo consultado con sus consejeros, mandó á su padre la renuncia de la corona, pero con las siguientes condiciones, hábilmente concebidas: «Primera, que su padre volveria á Madrid, á donde él le acompañaria; segunda, que se reunirian las Córtes, ó por lo ménos todos los tribunales superiores y *diputados del reino*; tercera, que ante esta Asamblea se formalizaria la renuncia, con exposicion de motivos; cuarta, que Cárlos no llevaria consigo las personas que se habian concitado el ódio de la nacion, y quinta, que en el caso que su padre no quisiera reinar, gobernaria él en su nombre y como lugarteniente suyo.» Consignemos aquí que el PRIMERO que pidió la reunion de Córtes en España fué Fernando VII, tiempo andando el mayor enemigo de ellas. Claro es que Cárlos IV, agente servil de Napoleon, no aceptó las condiciones puestas por Fernando, y así se lo dijo á éste en carta que le dirigió el 2 de Mayo, y en la cual, entre otras cosas, se leia: «Los consejos pérfidos de los

hombres que os rodean han conducido á la España á una situacion crítica. Vuestra conducta conmigo, vuestras cartas interceptadas, han puesto una barrera de bronce entre vos y el trono de España, y no es de nuestro interés ni de la pátria el que pretendais reinar. Guardaos de encender un fuego que causaria inevitablemente vuestra ruina y la desgracia de España. Yo soy rey por el derecho de mis padres: mi abdicacion es el resultado de la fuerza y de la violencia: no tengo, pues, nada que recibir de vos.»—Sin embargo del contenido seco y terminante de esta carta, Fernando replicó á su padre en otra, fecha 4 de Mayo, insistiendo en el contenido de su primera y haciéndole las siguientes importantísimas consideraciones, que no las hiciera mejores el monarca más constitucional: *«Ruego á V. M. que se penetre de nuestra situacion actual, y que se trata de excluir para siempre del trono de España á nuestra dinastia, sustituyendo en su lugar la imperial de Francia; que esto no podemos hacerlo sin el consentimiento de todos los individuos que tienen derecho á la corona, NI TAMPOCO SIN EL MISMO EXPRESO CONSENTIMIENTO DE LA NACION ESPAÑOLA REUNIDA EN CÓRTEZ Y EN LUGAR SEGURO; que además de esto, hallándonos en un país extranjero, no habria quien se persuadiese que obráramos con libertad: esta sola circunstancia anularia cuanto hiciéramos y podria producir fatales consecuencias.»*

Renuncia Fernando la corona en su padre y éste en Napoleón.

No continuó más esta correspondencia entre padre é hijo, porque el 5 de Mayo llegó á Bayona la noticia, enviada por Murat, de los tremendos sucesos de Madrid del día 2, y en el acto, lleno de cólera, se dirigió Bonaparte á participársela á Carlos IV, exclamando en seguida: *¡No más treguas! ¡Haced llamar á vuestro hijo!* Habia llegado el caso de que cesaran las contemplaciones y todo género de discusion. Acudiendo Fernando al llamamiento de su padre, éste, sin tener en cuenta que estaba delante de Napoleon, le saludó con una lluvia de insultos, culpándole del levantamiento del 2 de Mayo en Madrid y del motin de Aranjuez, concluyendo por intimarle con impe-

rio que en el acto renunciase en él la corona, ó de lo contrario Fernando y todos los de su casa serian considerados como conspiradores contra la vida de su soberano. Fernando se acobardó como un miserable, no atreviéndose á replicar á su padre, y al siguiente dia 6 de Mayo envió á Carlos IV la renuncia de la corona de España, concebida en las siguientes palabras, dictadas, segun todas las probabilidades, por el mismo Bonaparte: «*Mi venerado padre y señor: Para dar á V. M. una prueba de mi amor, de mi obediencia y sumision, y para acceder á los deseos que V. M. me ha manifestado reiteradas veces, renuncio mi corona en favor de V. M., deseando que V. M. pueda gozarla por muchos años. Recomiendo á V. M. las personas que me han servido desde el 19 de Marzo: confio en las seguridades que V. M. me ha dado sobre este particular. Dios guarde á V. M. felices y dilatados años.— Señor.—A L. R. P. de V. M.—Su más humilde hijo.— FERNANDO.—Bayona 6 de Mayo de 1808.*» Varios historiadores han publicado otra renuncia concebida en términos algo distintos de los de esta, pero iguales en el fondo: la verdadera renuncia es la que hemos estampado, puesto que es la que Fernando mandó tambien copiada á la Junta el dia 6: la otra la publicó el ministro Ceballos con ánimo sin duda de quedar él, en su calidad de ministro de Fernando, en mejor lugar.

Como consecuencia de la anterior renuncia, Fernando, que habia expedido dos decretos con fecha 5 de Mayo, uno dirigido á la Junta y otro al Consejo, declarando que no tenia libertad, y que si le internaban en Francia, autorizaba á la primera para que ejerciese en su nombre la soberanía, incluso el declarar las hostilidades, y ordenaba al segundo que CONVOCARA LAS CÓRTEES DEL REINO EN EL PARAJE QUE LE PARECIERA MÁS EXPEDITO Y SEGURO PARA ATENDER Á LA DEFENSA DE SU MONARQUÍA, expidió el mismo dia 6 otro decreto para la Junta encargándola que, puesto que habia devuelto la corona de España á su padre, se sometiese en todo y por todo á las órdenes de éste: copiaba á dicha Junta la renuncia entregada á su padre en aquel dia, y concluia recomendando á todos los miem-

bros de ella que se unieran de todo corazón á su amado padre *y al emperador de los franceses.*

Antes de pasar adelante en este asunto bochornoso de la renuncia, debemos consignar un hecho aun á trueque de que, más que vergüenza, nos produzca asco invencible el hacerlo. Miétras Napoleón y Carlos IV trabajaban por obtener de Fernando la renuncia de la corona que, como dejamos sentado, no verificó éste hasta el 6, Carlos IV, mísero instrumento de Bonaparte, se consideró antes como rey de España, y en calidad de tal, ¡oh mengua y vil proceder! expidió un decreto el 4 de Mayo, no sabiéndose aún en Bayona los sucesos del 2 en Madrid, nombrando *lugarteniente* suyo á Murat. Hé aquí el decreto, hasta no más infame, que llegó á Madrid el 7: «*Habiendo juzgado conveniente dar una misma direccion á todas las fuerzas de nuestro reino para mantener la seguridad de sus propiedades y la tranquilidad pública contra los enemigos así del interior como del exterior, hemos tenido á bien NOMBRAR LUGARTENIENTE GENERAL DEL REINO á nuestro primo el gran duque de Berg, que al mismo tiempo manda las tropas de nuestro aliado el emperador de los franceses. Mandamos al Consejo de Castilla, á los capitanes generales y gobernadores de nuestras provincias que obedezcan sus órdenes, y en calidad de tal presidirá la Junta de gobierno.* Dado en Bayona en el palacio imperial llamado del gobierno á 4 de Mayo de 1808.—YO EL REY.» —¡Qué rey, Dios eterno, haciendo tal nombramiento! ¡qué padre! ¡qué hijo! ¡y qué pueblo, que toleraba á uno y á otro, y pronto iba á derramar su sangre por el último: más infame y vil que el primero!

Segun lo de antemano convenido entre Napoleón y Carlos IV, éste renunció en aquél en la tarde del mismo dia 6 de Mayo, la corona que acababa de cederle su hijo, con la condicion funesta de conservar en España, para que continuase en su fanatismo, la religion católica con exclusion de otra alguna. Esta renuncia de Carlos IV la autorizó con su firma Godoy, segun los deseos de su *incomparable* amigo, firmándola á nombre de Bonaparte, el general Duroc, gran mariscal de palacio. En el conve-

nio ó tratado de cesion se estipuló que el palacio de Compiègne, con sus sotos y bosques, quedaba á disposicion de Cárlos mientras viviese; que se le darian á éste treinta millones de reales al año y dos á María Luisa á la muerte de su marido, y por último, se le cedia en pleno dominio y propiedad el sitio de Chambord con sus sotos, bosques y haciendas.

El dia 10 del mismo mes de Mayo se celebró otro convenio entre Napoleon y Fernando como príncipe de Asturias, cediendo los derechos de tal á Bonaparte como su padre le habia cedido la corona: firmaron este convenio por Napoleon el precitado Duroc y por Fernando el nunca bien ponderado Escoiquiz, que llegó hasta el extremo de contentarse con que su discípulo fuese agraciado con el reino de Etruria, aunque en el convenio ya se contentó con ménos, porque á cambio del principado de Asturias, se reconoció á Fernando el titulo de Alteza Real, con los honores de príncipe, se le cedió en toda propiedad el sitio de Navarre con sus palacios, bosques y dependencias, y una renta anual de un millon de francos sobre el Tesoro francés: un artículo de este convenio comprendia á los infantes Cárlos y Francisco, hermanos de Fernando, y al imbécil de perversa indole, como le llamaba María Luisa, Antonio Pascual, que ya en aquella fecha habia llegado á Bayona, habiendo salido de Madrid despues de los sucesos del 2 de Mayo: por dicho artículo se concedia tambien á estos miembros de la familia borbónica, que no tuvieron una sola palabra de patriotismo en contra de los planes del déspota francés, porque el uno (Cárlos) pasaba su vida en prácticas devotas, y el otro (Antonio Pascual) comiendo y haciendo el mal que podia, el titulo de príncipes con el tratamiento de Alteza Real y una renta de 400.000 francos á cada uno.

Intérnase en Francia á los Borbones. Deshonrados así por el gran comediante francés estos Borbones, de quienes el historiador tiene que ocuparse á la fuerza, aunque con dolor y repugnancia, en el mismo dia 10, en que se firmó el convenio entre Duroc y Escoiquiz, fueron internados todos, marchando juntos Cárlos IV, María Luisa, Fran-

cisco, la reina de Etruria con sus hijos y Godoy en direccion á Compiègne, y Fernando con su hermano Carlos y su tío Antonio Pascual en la de Valencey. Cuando se aproximó el momento de que Fernando pudiese volver á apellidarse el *sétimo*, intentó demostrar á los presentes y á la posteridad que había sido violentado para hacer las renunciaciones de Bayona: antes que sucumbir á tanta bajeza debió perder mil vidas, y en verdad que la suya nunca hubiera corrido peligro; pero de seguro que nadie le violentó para que desde Burdeos dirigiese una proclama á los españoles, fecha 12 de Mayo, firmada también por su hermano Carlos y su tío Antonio, en la cual, conformes sin duda con los honores, rentas y propiedades que se había dignado concederles Bonaparte, no solamente absolvían á sus antiguos *vasallos* de la obligación de obedecerles y acatarles como príncipes de España, sino que les exhortaban á que reconociesen y acatasen las renunciaciones hechas en favor del emperador francés, *porque todo esfuerzo en contrario de parte de la nacion seria inútil y funesto*, concluyendo tal documento con las siguientes frases: «*exhortándoles (á todos los españoles), como lo hacen, á que miren por los intereses comunes de la patria, manteniéndose tranquilos, esperando su felicidad de las sabias disposiciones del emperador Napoleon, y que prontos á conformarse con ellas, crean que darán á su príncipe y ambos infantes el testimonio mayor de su lealtad, así como S. S. A. A. se la dan de su paternal cariño, cediendo todos sus derechos y olvidando sus propios intereses para hacerla dichosa, que es el único objeto de sus deseos.*»

«Con muy negra tinta, dice el historiador Toreno, puede trazarse el tenebroso cuadro de las vistas de Bayona entre Napoleon y la familia real de España.» En efecto: en ese tenebroso cuadro, en que Napoleon aparece mandando á puntapiés á media docena de Borbones degradados y cobardes y á sus dos consejeros estúpidos, Carlos IV no es más que un rey indigno y un padre desnaturalizado como juguete vil de su compañera adúltera; María Luisa una Mesalina jubilada, ya fea y decrepita, atenta sólo á dar su alma entera á Godoy y su ódio im-

placable á su hijo Fernando; Antonio Pascual un mentecato de perversas inclinaciones sin mas dios que su vientre; el Carlos un fanático destinado con el tiempo por el génio del mal á inundar de sangre la España, y Fernando un miserable, más envilecido que un lacayo servil. ¡Qué gavilla de perdidos coronados y aspirantes á coronas! Pero también ¡qué pueblo el español! La historia no nos ofrece otro igual ni aún en las épocas de las más tristes decadencias de las naciones. El pueblo español aparece al historiador más repugnante aún en este punto que la familia objeto de su adoracion, como que siempre es más despreciable el que adora al ídolo grosero, que el ídolo mismo por grosero que sea. Hemos dicho en otra parte, y esta es la verdad, que habia entónces en España una minoría ilustrada y amiga de reformas, que valia inmensamente más que el pueblo todo. ¿Pero qué hacia esa minoría á la vista del proceder cobarde é ignominioso de toda la familia real? ¿Qué hacia cuando más adelante felicitaba el infame Fernando á José Bonaparte como rey de España y á Napoleón *por sus triunfos contra los españoles*? ¡Oh! Vergüenza dá decirlo: seguir al pueblo embrutecido, no atreviéndose nunca á contrariarle. No hay más que leer las Memorias de Jovellanos, y al contemplar que en ellas llama mil veces á Fernando el *querido*, el *idolatrado*, el *noble*, etc., etc., el alma se llena de amargura y el corazón desfallece de dolor. Por ménos, por muchísimo ménos que lo hecho en Bayona por toda la real familia de España, cortaron los ingleses la cabeza á Carlos I y los franceses á Luis XVI. Pero ahora venimos en conocimiento de que el pueblo español del año de 1808 y siguientes, en su amor inconcebible á Fernando y su familia, era aún el pueblo de la Inquisicion, el pueblo así educado para la ciega adoracion de ídolos groseros por los Calderones y casi todos los grandes dramaturgos del siglo XVII. No en vano habia sido la inquisicion dueña de este pueblo durante tres siglos mortales, ni viles escritores le habian hecho ver impunemente en el rey un ser divinizado, *imagen de Dios en la tierra*.

HISTORIAS.

LIBRO V.

(DESDE MAYO HASTA AGOSTO DE 1808.)

Sumario.

Errónea creencia de Bonaparte.—El 2 de Mayo.—Murat presidente de la Junta de Madrid.—Levantamiento de España contra el extranjero.—De Astúrias.—Santander.—Galicia.—Castilla la Vieja.—Sevilla.—Granada.—Estremadura.—Cartagena y Murcia.—Valencia: horrores del canónigo Calvo: su suplicio.—Aragon.—Cataluña.—Pais vasco-navarro.—Islas Baleares.—Islas Canarias.—Portugal.—Heroismo de los españoles, superior al de los griegos contra el gran rey.—Llegada de José Bonaparte á Bayona.—Decreto nombrando rey de España á José.—Congreso de Bayona.—Constitución.—Ministerio de José.—Lo que fueron los afrancesados.—Felicitaciones de Fernando y su familia y servidumbre.—Entrada de José en España.—Llega á Madrid.—Carácter de José.—Escapada de José al Ebro.—Empieza la lucha.—Saqueo é incendio de Torquemada.—Ataque de Cabezon.—Ocupacion de Santander.—Se acercan los franceses á Zaragoza.—Accion del Bruch.—Acometida á Valencia.—Horrores de Cuenca.—Item en Córdoba y Jaen.—Batalla de Rioseco.—Murat rey de Nápoles.—Batalla de Bailen.—Primer sitio de Zaragoza.—Acometida á Gerona.—Portugal.

Errónea creencia de Bonaparte. Al abdicar Cárlos IV la corona de España en Napoleon de la manera misérrima que hemos visto, creyó éste poder trasladarla con facilidad suma á las sienes de un hermano suyo para convertirle en una especie de prefecto del imperio francés. ¡Oh! ¡qué equivocado estaba el gran trastornador de la Europa! El génio de España se oponia á sus apetitos de dominacion diciéndole: «ahora tendrás que habértelas »con un pueblo entero, esclavo aún de sus principes, pero »amigo de su independenciam: no tendrás Austerlitz, ni »Jena, ni Friendland, que tendrás en frente de ti, para »desbaratar tus ambiciosos proyectos y eclipsar tu estre-

»lla, guerrilleros intrépidos y bravos que dejan la azada
»y el arado para empuñar el fusil y la espada vengado-
»ra; curas y frailes fanáticos que arrinconan el hábito ta-
»llar, cogen el trabuco y el puñal y prometen el cielo,
»animando á la pelea, al que de los suyos dé muerte á un
»francés, que despues de todo la merece, por aleve inva-
»sor; un ejército improvisado sin disciplina, sin arma-
»mento y sin administracion militar, al que, lejos de
»abatir las derrotas, le sirven de leccion triste, pero pro-
»vechosa para volver á batallar, y una nacion brava á
»cuyo frente se halla un general titulado el general *No*
»*importa*, que es invencible porque se llama así en el acto
»de ser vencido para reponerse y continuar la lucha, se-
»diento de venganza y con brio más que suficiente para
»destronar tus legiones, hacerlas prisioneras y dar vivo y
»eterno testimonio á la Europa de que ellas no son inven-
»cibles ni tú invulnerable, á fin de que todos los pueblos
»salgan de su letargo y te acorralen, y humillen tu orgu-
»llo, y te venzan definitivamente, y echando por tierra
»tus usurpaciones y tus obras todas, con las que te con-
»vertiste en tirano, pudiendo haber sido un gran ciuda-
»dano, te condenen á fatigosa muerte despues de un pro-
»longado martirio.»

Dos de Mayo de 1808. Hallándose en Bayona en la situacion que dejamos descrita los principales miembros de la real familia, no habia otro gobierno ni otra voluntad en Madrid que el capricho del insolente Murat, apoyado en un ejército de 25 á 30.000 soldados franceses, que ocupaban militarmente la córte y las inmediatas poblaciones del Escorial, Aranjuez y Toledo, provocando con su actitud amenazadora las iras de los madrileños, prontas á estallar á la primera coyuntura que se presentase, eso que no habia en la córte más tropas españolas que unos 3.000 hombres, no bien armados ni disciplinados, segun confesion del ministro de la guerra Ofarril. Corria de boca en boca la noticia de que, conducido Fernando, el idolatrado, por negros engaños á Bayona, hallábase allí cautivo y era víctima de la más inicua violencia para que renunciase la corona, que su padre le ha-

bia cedido cuando el alboroto de Aranjuez; comentábanse los dichos y los proceder de los soldados franceses ofensivos al noble orgullo nacional; propalábase por do quiera que «Murat, quien continuamente hacia estudiado alarde de la fuerza bruta de que disponia, aspiraba sin rebozo al trono español,» lo cual era positivo, porque en esta época de napoleonismo invasor y afortunado, todos los soldados de nota del déspota francés se creian con derecho á tronos, como sucedió con Junot primero y luego con Soult aspirando al de Portugal, á la manera que casi todos los demagogos de la Convencion y luego los hombres del Directorio se creyeron autorizados y capaces de imponer su República centralizadora y directorial á todos los pueblos de Europa; y todo esto, produciendo terrible efervescencia en el pueblo de la córte, le hacia tascar el freno que le tenia puesto el gran duque de Berg, al que por burla llamaba *el gran duque de la berga*, y le impulsaba á lanzarse á tremenda y desigual pelea que, como medio de realizar mejor su dorado sueño, deseaba con ánsia brutal el cuñado de Bonaparte.

La Junta de gobierno contribuia tambien con su conducta indecisa, y por consiguiente funesta inaccion, efecto en verdad de las órdenes contradictorias que se recibian del príncipe desde Bayona, y más de la presion inevitable que sobre ella ejercia Murat, á las alarmas ó irritacion del pueblo, que al final, más que por nada, habia de lanzarse á una lucha inmensamente desigual para él, por su inconcebible idolatría hácia la familia que tan indigna era de reinar en España. Es indudable que la lucha se entabló en ódio al extranjero, que con engaños y perfidias habia entrado en España; pero querriamos en nuestra calidad de historiadores que hubiera estallado con otro motivo ostensible que el que la dió comienzo triste áun cuando glorioso. El dia 1.º de Mayo, Murat, que ya habia obtenido de la Junta cuantas concesiones la solicitára, la requirió con una carta de Carlos IV, inspirada por Napoleon, para que mandase á Bayona á sus hijos el infante D. Francisco y la reina viuda de Etruria: la Junta no pudo ménos de acceder á la de-

manda de Murat y señaló el día siguiente 2 para la salida de dichos hijos de Carlos IV; pero presintiendo tristes acontecimientos, adoptó dos medidas, una asociando á sí á varias notabilidades del Consejo, foro y milicia, y otra nombrando una nueva Junta que la sustituyese á ella *en el caso de quedar inhabilitada por la violencia para ejercer sus funciones.*

Al día siguiente 2 de Mayo la gran plaza de Palacio apareció desde muy temprano cuajada de gente, llevada allí, más que por nada, por la curiosidad de ver partir á los infantes: presentóse á cosa de las nueve la reina de Etruria con sus hijos, y la multitud la vió partir con indiferencia como contraria á su adorado Fernando; pero cuando se difundió la voz de que iban á bajar de palacio al jóven Francisco para conducirle á la fuerza, porque él se resistía llorando á dejar su morada, muchos hombres, mujeres y niños prorumpieron en llanto y gemidos como si les fueran á arrebatár el objeto más querido, sintiéndose al fin una voz penetrante y lastimera de mujer que gritó: *¡Que nos le lleven á Francia!* Ocurrió que al oírse esta frase alarmante se presentó en la plaza vestido de uniforme un ayudante de Murat llamado Lagrange, sobre el cual instantáneamente se arrojaron varios hombres y mujeres, que sin duda le hubieran despedazado á no protegerle un oficial de guardias valonas y luego una patrulla francesa que intimidó á los más audaces. Sabedor de esto Murat á los pocos minutos, por la proximidad de su alojamiento, envió al sitio del alboroto un batallón con cuatro piezas de artillería: á la vista de la multitud los soldados dispararon sin prévia intimación, aunque indudablemente al aire porque no causaron muerte alguna, y las gentes se dispersaron ardiendo en ira y gritando *¡venganza!* por todos los ángulos de Madrid, ejerciéndola contra algunos franceses que encontraron aislados por las calles y trataron de oponer alguna resistencia. De este modo empezó la jornada del 2 de Mayo, que fué la señal para que todo el país se pusiera en armas contra el aleve invasor. Como la multitud no viera al pronto un soldado de Murat por las principales calles que ella ocupaba mal armada y

en gran desorden, creyó haber intimidado á los franceses, pero la ausencia de éstos consistía en que el gran duque de Berg, retirándose á la colina inmediata á la puerta de San Vicente, mandó reconcentrar todas sus tropas en puntos estratégicos para lanzarlas ya cerca del medio dia por el centro de la poblacion y especialmente por las anchas calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo: multitud de bocas de artillería barrieron estas arterias principales de Madrid, y luego la caballería de la guardia imperial despejó las calles y plazas inmediatas, ayudándola los mamelucos y los lanceros polacos, quienes como más bárbaros que los franceses se portaron con crueldad inaudita, fusilando y pasando á cuchillo á algunos hombres indefensos y hasta á ancianos incapaces de ofender: oponia el pueblo en varias calles alguna resistencia, en ciertos sitios hasta heroica, pero al momento era vencida ó por el cañon, ó la fusilería, ó sable del invasor: solamente se encontró el francés con una resistencia tenaz en el parque de artillería sito en un extremo del barrio de Maravillas: encaminándose porcion de pueblo á dicho parque con objeto de tomar en él algunos cañones y llevarlos contra los franceses al centro de la poblacion, se pronunciaron por el movimiento el comandante del arma D. Pedro Velarde y el capitán D. Luis Daoiz, y sacando tres piezas se dispusieron á resistir briosamente al enemigo, sostenidos por el paisanaje y un piquete de infantería á las órdenes del oficial Ruiz: fué porfiadísima la lucha en este sitio; multitud de soldados franceses mordieron el polvo delante del parque, pereciendo tambien en su defensa algunos soldados y paisanos españoles: viendo tan tenaz é inesperada resistencia, púsose al frente de una respetable columna el general francés Lefranc y atacó con furia y por dos lados el parque, defendido con más brio á manera que tenia delante de sí más enemigos; pero en medio del rudo combate una bala hirió gravemente al oficial Ruiz, otra atravesó el muslo á Daoiz y una tercera privó de la vida á Velarde, al ver lo cual los pocos combatientes que ya quedaban pidieron capitulacion; mas cuando creian que se les concederia en obsequio siquiera al valor heroico

con que habian defendido la causa de su patria, se arrojaron los franceses á la bayoneta y mataron despiadadamente á cuantos encontraron y entre ellos al por su herida indefenso Daoiz, héroe de esta jornada, lo mismo que su compañero Velarde y mártires ambos de la libertad é independencia de la patria, que tiene y tendrá para ellos un merecido culto. Las tropas españolas de guarnicion en Madrid estuvieron en sus cuarteles, no porque no ansiasen como buenas pelear contra el francés, sino porque se lo impidió el capitan general Negrete obedeciendo las órdenes de la Junta y sobre todo del ministro de la Guerra Ofarril, que como militar comprendia que no podian entrar en lucha contra las aguerridas y disciplinadas huestes de Murat. La Junta, que nada hizo durante la lucha, la cual duró más de tres horas (de once de la mañana hasta las dos de la tarde) acordó al fin que Azanza y Ofarril fuesen á ver á Murat: montaron á caballo los dos ministros y encontraron al generalísimo francés lleno de cólera contra los españoles, pero despues de una breve conferencia, obtuvieron de él que mandase cesar el fuego y nombrara un general francés que asociado á ellos recorriese las calles de la poblacion en la seguridad que daban de que así seria restablecido al momento el órden, como en efecto sucedió, haciendo los dos citados ministros, el general Harispe y varios miembros del Consejo, que los paisanos se retiraran despues de ofrecerles todos, incluso el general francés, olvido de lo pasado y de aconsejarles la reconciliacion con las tropas de Bonaparte. Pero estaba reservado á Murat el faltar vil y cobardemente á la palabra dada en su nombre por el general Harispe, tolerándolo tambien éste con igual vileza, puesto que á poco más de las tres de la tarde de aquel tremendo dia y cuando ya no se hallaba en las calles un solo individuo armado, empezaron los franceses á coger á todo transeunte que consideraban sospechoso, y sin prueba de ninguna especie ni formacion de causa, fusilaron despiadadamente á unos cuantos de los apresados junto al templo de la Soledad en la misma Puerta de Sol, no sirviendo de nada á los desgraciados sus lamentos y pro-

testas de no haber tomado parte alguna en la lucha. Continuaron por todas partes estas escenas de verdadero salvajismo, pues los soldados franceses, obedeciendo las órdenes de Murat, prendian á todo español que hallaban en la calle y, ya con pretexto de haberles encontrado una mala navaja, ya unas tijeras de su oficio ó ya un triste cortaplumas, allí los arcabuceaban inhumanamente. Otros soldados franceses no tan crueles como los que asesinaban á los pacíficos transeuntes, mandaban á los que creían sospechosos á la casa de Correos y á los cuarteles, de donde nuevos verdugos los sacaban al instante apareados ó en pelotones para sacrificarlos en un lugar inmediato. Madrid se convirtió con esto en un verdadero cementerio: el terror tenia helados todos los corazones. Las autoridades españolas que confiaban en la oferta hecha á nombre de Murat de olvidar lo pasado, no acertaban á creer lo que veían, y no sabían ó no podían poner remedio: uno de los consejeros que recorrió las calles con el general Harispe, trató de salvar muchos infelices que se hallaban presos en la casa de Correos, á cargo del general Sesti, italiano de nacion al servicio de España y al frente de tropas españolas; pero aquel consejero, que fué el probo Arias Mon, se encontró con que el miserable italiano, en vez de custodiar y salvar á los presos, les habia entregado por infame cobardía á los franceses. Allí, en dicha casa [de Correos, hizo Murat que se instalase una comision militar, compuesta de oficiales franceses, semejante á los famosos tribunales del pueblo que idearon los demagogos de París, sus antiguos amigos, en las principales jornadas del 92 y 93, y sin oír á los presos, sin preguntar por sus nombres y sin pruebas de ninguna especie, dicha comision hizo asesinar á muchos infelices, llevándolos generalmente por pelotones y recibiendo así la muerte por la espalda cuando más descuidados marchaban delante de sus verdugos. La mayor parte de estos horrendos asesinatos se cometieron en las primeras horas de la noche, interrumpiendo el silencio de ella los fusilazos, que dejaban sin vida á españoles inocentes, entre ellos sacerdotes y jóvenes imberbes y el

fuego de los cañones, disparados para aterrar más y más á todo el vecindario, y el sitio escogido por los verdugos fué el en que hoy se eleva el monumento del Dos de Mayo sobre terreno amasado con tanta sangre generosa para que sirva de oprobio al tirano Murat y á su amo y cuñado Bonaparte y de perenne recuerdo hasta las más remotas edades para que todo el que sienta latir dentro de su pecho un corazon español y libre ódie la dominacion extranjera. No satisfecho Murat con la sangre que en su furor y cobarde alevosía derrámara el 2, aún hizo verter más el dia 3 por la mañana, fusilando á unos cuantos desgraciados presos el dia anterior. Estos fueron los últimos asesinatos cometidos por Murat, á quien la justicia providencial reservaba en Nápoles un patíbulo, al que subió sin forma alguna de proceso, de la misma manera que él ejecutó á tantos y tantos españoles: hay la diferencia de que él fué supliciado por usurpador de una corona que, despues de caida de sus sienes, quiso cojer á viva fuerza, mientras que los españoles suplicidados por él murieron cobardemente asesinados sin otro delito que el de ser tales españoles. El tirano, llevando al mayor extremo su crueldad, habia dictado en la tremenda noche del 2 en medio de los fusilazos que privaban de la vida á tantos inocentes, la siguiente alocucion á sus soldados, que apareció en las esquinas de Madrid cuando ya estaban realizadas todas las maldades escritas en ella: «Soldados: La poblacion de Madrid se ha sublevado y ha llegado hasta el asesinato: sé que los buenos españoles han gemido de estos dosórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean más que el crimen y el pillaje; pero la sangre francesa ha sido derramada y clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente: Primero, el general Grouchy convocará esta noche la comision militar; segundo, todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano serán arcabuceados; tercero, la Junta de estado vá á hacer desarmar á los vecinos de Madrid todos los habitantes y estantes quienes despues de la ejecucion de esta órden se hallaren armados ó conservaren armas sin una permision especial

serán arcabuceados; cuarto, todo lugar en donde sea asesinado un francés será quemado; quinto, toda reunion de más de ocho personas será considerada como sediciosa y deshecha por la fusilería; sexto, los amos quedarán responsables de sus criados, los jefes de talleres, obradores y demás de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos, y los superiores de los conventos de sus religiosos; sétimo, los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos ó manuscritos provocando á la sedicion serán considerados como agentes de la Inglaterra y arcabuceados. Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de Mayo de 1808.— Por mandado de S. A. I. y R., el jefe de Estado Mayor General, BELLYARD.»

Murat presidente de la junta de Madrid. El mismo día 3, ofreciendo la córte el aspecto de un verdadero cementerio, salió para Bayona el infante D. Francisco, y no queriendo Murat que quedase ya en España ningun miembro de la real familia con derecho á la corona, hizo que el 4 saliese para Francia el famosísimo presidente de la Junta Antonio Pascual, quien legó entónces á la historia un monumento propio de su imbecilidad en la siguiente epístola dirigida al vocal de la misma Junta y ministro de Marina Gil y Lemus: «*Al Sr. Gil. A la Junta para su gobierno la pongo en su noticia como ME HE marchado á Bayona de orden del rey, Y DIGO Á DICHA JUNTA que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ELLA. Dios nos la dé buena. Adios, señores, hasta el valle de Josafat.— ANTONIO PASCUAL.*» Tan sólo risa y lástima debería inspirar este Borbon, si no inspirara repugnancia por sus malos procederes y constante crueldad contra los liberales á luego que regresó á España con su sobrino Fernando en 1814. En camino ya para Bayona el Antonio Pascual, significó Murat á la Junta que queria él presidirla, y aunque varios miembros de ella, en especial Gil y Lemus, se opusieron á la exigencia del generalísimo francés, éste cortó todas las dificultades presentándose con brutal audacia en el local de la Junta la misma noche del 4 y ocupando la silla presidencial. La Junta sufrió esta horrible afrenta sin protestar y disolverse, y áun

cuando contra esto murmuraban algunos de sus miembros, al fin todos se aquietaron al recibir el 7 el decreto de Carlos IV, fechado el 4 en Bayona, del que ya dejamos hecha mencion, nombrando á *su primo* Murat lugarteniente del reino y en calidad de tal presidente de la Junta, que no supo funcionando colocarse á la altura de las circunstancias, ni tuvo valor ni patriotismo siquiera para dejar su puesto al ver vendida la pátria por Carlos IV y su hijo y verse ella misma presidida por el tirano del 2 de Mayo. No hay que extrañar esta cobarde conducta de la Junta: formaban parte de ella Azanza y Ofarril, quienes probablemente pensarian ya en la gran traicion que iban á hacer á su pátria pasándose al bando napoleónico.

Levantamiento
de España con-
tra el extran-
jero.

El pueblo español pensó y obró de otra manera bien distinta: las atrocidades del 2 de Mayo, llevadas en toda su tristísima certeza y con todos sus tremendos pormenores á las provincias, ya por los correos, ya por viajeros y vecinos de Madrid que las presenciaron teniendo la suerte de salir ile-sos de ellas, llenaron al propio tiempo que de horror, de noble indignacion á todo el país, desde Santander á Cadiz, desde Valencia á Badajoz, y desde el extremo Oriente en Cataluña hasta el extremo Occidente en Galicia. A los pocos dias de la carnicería muratista, no bullia otro pensamiento en la cabeza de todos los españoles altos y bajos, pobres y ricos, jóvenes y viejos, curas y frailes, monjas y beatas, doncellas y ancianas, que el de la venganza, ni otra aspiracion que la de expulsar del suelo pátrio al pérfido extranjero, declarándole guerra á muerte hasta triunfar ó perecer en la demanda. Napoleon habia arrojado el guante á una nacion, por desgracia esclava de sus reyes: ella le recogia animosa, é impulsada en su inmensa mayoría por el fanatismo religioso, una gran parte por su ciega idolatria á Fernando, otra por el recuerdo de sus glorias y la más pequeña, pero que más valía, por el deseo de regenerarse y ser libre, segun lo habia sido en siglos anteriores á la inquisicion, se decidió á medir sus fuerzas con el que habia sometido la Europa

y hecho de casi toda ella el patrimonio suyo y de su aborrecida familia. La empresa era de gigantes: los españoles la acometieron, no obstante, con ánimo levantado acordándose que descendían de aquellos iberos que todo eran *vehementia cordis*, según la expresión de Plinio, y de los que dieron á la historia las inmortales páginas de Sagunto y de Numancia, que pronto se habían de ver reproducidas en Gerona y Zaragoza.

De Astúrias. La primera provincia que dió el grito contra el extranjero fué la de Astúrias: conservando este país todavía una sombra de su antigua libertad, reuníase en Oviedo, su capital, de tres en tres años la Junta llamada del Principado, compuesta de los diputados que mandaban los concejos ó ayuntamientos para deliberar sobre los asuntos económicos. Precisamente estaba reunida la Junta cuando ocurrieron los acontecimientos del 2 de Mayo, y por consiguiente pudo enterarse de que las autoridades militares y la Audiencia, hechuras de Godoy, habían recibido instrucciones para publicar la bárbara orden del día de Murat á sus soldados, que para lo mismo se mandó también á todas las capitales de provincias: semejante medida, las relaciones que de las atrocidades de los franceses en Madrid hacían los viajeros exaltaron los ánimos de todos los buenos y muy especialmente de los miembros más importantes de la Junta, á cuya cabeza se hallaba el marqués de Santa Cruz del Marcenado, viejo por los años, pero jóven por su corazón animoso. Al salir la Audiencia y las autoridades militares á recorrer las calles de Oviedo con objeto de publicar la sangui-naria orden, mucha gente del pueblo, de acuerdo con varios individuos de la Junta, empezó á gritar: ¡viva Fernando! ¡muera Murat!, logrando por su actitud imponente que la orden no se publicase. Con esto y animados más y más por el lenguaje noble y entero del de Marcenado, quien decía *que en cualquiera parte que se levantara un hombre contra Napoleon, él tomaría un fusil y se pondría á su lado á pesar de sus 60 años*, los patriotas ovetenses cobraron extraordinario aliento y se dispusieron á arrostrar todas las consecuencias de una declara-

ción de guerra á Bonaparte en la seguridad de que la España entera habia de ayudarles en su empresa. La Audiencia, cobarde y ruin, dió parte á Madrid de lo que ocurría, y Murat y la Junta del reino tomaron sus disposiciones para apagar la chispa que pronto iba á producir el más formidable incendio. El duque de Berg dispuso que fuesen tropas de Santander y de Valladolid, y la Junta acordó enviar dos comisionados con órdenes severas para que se castigase á los que llamaba alborotadores, siendo elegidos los magistrados conde del Pinar y Melendez Valdés, aquel poeta amigo antiguo de Jovellanos, cuyas atenciones olvidó lo propio que las iras de Godoy contra él por los halagos que le prodigára el francés, para convertirse en un traidor á su pátria. Pero mientras que en Madrid se acordaban tales medidas, la efervescencia popular crecía por momentos en toda la provincia de Astúrias, que arrojaba multitud de gente sobre la capital, hasta que el 24 de Mayo por la noche estalló en séria é imponente revolucion, llevada á cabo al toque de las campanas de las iglesias de la ciudad y aldeas inmediatas, por el pueblo de Oviedo y miles de paisanos, avisados con anticipacion al efecto: los pronunciados se apoderaron en un momento de 100.000 fusiles que existian en la casa de Armas de la ciudad é hicieron reunir la Junta, á la que se agregaron varios vocales de los concejos, confiriéndola el poder soberano. La Junta nombró presidente al citado marqués, y en el acto declaró la guerra á Napoleon, y para apoyar esta heroica y suprema medida, que fué aclamada por todo el Principado y las tropas en él existentes, ordenó poner sobre las armas un cuerpo de 18.000 hombres y exigir las contribuciones necesarias para sostenerle, sin contar con los cuantiosos donativos que de todas partes se hicieron para defender la causa de la pátria. Los dos magistrados Pinar y Melendez Valdés, que habian llegado unos dias antes á Oviedo y eran por causa de su odioso cometido el blanco de las iras populares, fueron arrestados para su seguridad, y no queriendo la Junta, contra el parecer de su presidente el del Marcenado, que se manchase la revolucion

con ningun exceso, dió órden de ponerlos fuera de los límites de la provincia, lo mismo que á tres jefes militares que no se habian asociado al alzamiento; pero al realizar la traslacion en medio del dia y delante de una multitud de curiosos, gritó una mujer: *¡que se marchan los traidores!* y en el instante gran tropel de hombres, mujeres y chiquillos, que por momentos fué creciendo, se apoderó de los cinco, y conduciéndoles fuera de la ciudad, les ató á cinco árboles para fusilarlos: por fortuna para Melendez y sus compañeros le ocurrió á un canónigo tomar precipitadamente en sus manos el Sacramento, y hablando á la multitud el lenguaje de la piedad en nombre de la religion logró desarmarla, y salvando á aquellos de una muerte cierta hizo que partiesen camino de Castilla.

Lo que más importancia dió al alzamiento de Asturias fué el acuerdo que se le ocurrió tomar á la Junta en su condicion de soberana de enviar á Inglaterra en demanda de auxilio dos diputados, que lo fueron el historiador Toreno y D. Angel de la Vega, los cuales hallaron en el gobierno y pueblo inglés, bien agenos de que un rincon de España como Asturias se atreviese á desafiar al dominador afortunado de la Europa, la más entusiasta acogida, prometiéndoles su ayuda eficaz y poderosa: con tan grande alegría vió el gobierno inglés el levantamiento de Asturias, precursor del de toda España, que el ministro de Negocios extranjeros lord Canning, pasó á los dos diputados asturianos el 12 de Junio, á los cinco dias de su llegada á Lóndres, el oficio siguiente: *«El rey me manda asegurar á VV. SS. que S. M. vé con el más vivo interés la determinacion leal y valerosa del Principado de Asturias para sostener contra la atroz usurpacion de la Francia una contienda en favor de la restauracion é independéncia de la monarquía española. Asimismo S. M. está dispuesto á conceder todo género de asistencia á un esfuerzo tan magnánimo y digno de alabanza. El rey me manda declarar á VV. SS. que está S. M. pronto á extender su apoyo á todas las demás partes de la monarquía española que se muestren animadas del mismo espíritu*

que los habitantes de Astúrias.» No fueron vanas palabras las ofertas del gobierno inglés, porque á los pocos días envió á Astúrias gran cantidad de víveres, armas, municiones y vestuario.

De Santander. El 26 de Mayo, sabiendo que estaba alzado Oviedo por la independendencia nacional, se pronunció Santander, asociándose al movimiento el provincial de Laredo, que la guarnecía, y el cual impidió que el pueblo cometiese algunos desmanes, á ello provocado por el cónsul de Francia y varios súbditos de este país que miraban con insultante lástima, considerándola como una locura, la sola idea de oponerse á su invencible Napoleón. Nombróse una Junta, que designó como su presidente al obispo de la diócesis, que lo era un señor Menéndez de Luarda, hombre anciano, fanático y de no asentado juicio: accedió aunque con repugnancia el prelado á ser presidente, y llevado de su original locura, se hizo llamar en medio de la aquiescencia de sus colegas, que le respetaban por su vida austera y por lo mucho que el pueblo le veneraba, nada ménos que *regente de Cantabria á nombre de Fernando VII y con el tratamiento de S. A.* La Junta levantó en pocos dias un cuerpo de 10.000 hombres, inclusa la poca tropa que habia en la provincia, y temiendo y con razon que los franceses vendrian á sofocar la revolucion, dispuso que se situasen 3.000 en el puerto del Escudo camino de Búrgos y 5.000 con artillería en Reinosa, camino de Palencia, creyendo que estos soldados bisoños serian suficientes para contener al aguerrido invasor tras de aquellas escarpadísimas montañas.

De Galicia. Al alzamiento de Astúrias y de Santander siguió el de todo el antiguo reino de Galicia, que tambien, imitando á aquella provincia, mandó sus diputados á Lóndres. Mandaba en Galicia el general D. Antonio Filangieri, hermano del célebre escritor napolitano Cayetano y, como éste, de nobilísimos sentimientos, por los cuales era apreciado de soldados y paisanos: los rigidos deberes de la milicia le hicieron tomar á la vista de la efervescencia popular ciertas medidas de precaucion,

entre ellas la de hacer salir de la Coruña para el Ferrol al regimiento de Navarra, que de público se sabia estaba en connivencia con el pueblo para insurreccionarse; pero el ejemplo de la inmediata Astúrias, que mandó sus comisionados para que Galicia la secundase, la tentativa que hizo Leon en el mismo sentido, la conducta insolente y provocativa de los franceses establecidos en la Coruña, las voces esparcidas á intento entre los mozos sujetos á la quinta de que los querian trasladar maniatados á Francia para servir á Napoleon, y por último, la imprudencia de no enarbolar la bandera nacional, segun secular costumbre, en los baluartes y castillos el dia de San Fernando, 30 de Mayo, hicieron que estallase el ódio contra los franceses en imponente revolucion, capitaneada por Sinforiano Lopez, de oficio sillerero, dotado de cierta elocuencia y de nobles y levantados sentimientos, que encaminó á impedir todo desman. Dueño el Sinforiano de la ciudad con aquiescencia de las tropas, hizo que en la misma tarde del 30 se nombrase una Junta soberana bajo la presidencia del capitán general Filangieri, la cual dejó pronto su lugar á otra elegida por las siete provincias en que se hallaba dividido el antiguo reino. El pueblo se contentó con repartirse para sostener la causa nacional 40.000 fusiles que encontro en el parque de armas y con hacer que volviese á la Coruña el fiel regimiento de Navarra. Toda Galicia siguió el ejemplo de su capital, excepcion hecha de dos poderosos eclesiásticos, criaturas de Godoy, que miraron de reojo y aún con abierta aversion la causa nacional: fueron estos el opulento arzobispo de Santiago D. Rafael Múzquiz, tipo del cortesano inmoral, corruptor y bajo, y D. Pedro Acuña, ex-ministro de Gracia y Justicia, que sin duda por una cruel ironía de la suerte llevaba el mismo apellido que el heróico comunero obispo de Zamora asesinado en Simancas de orden de Carlos V, por haber defendido contra el extranjero el honor y la libertad de Castilla. La Junta de Galicia se dedicó con afan y éxito á armar al pueblo y engrosar con mozos las filas de los regimientos que allí habia, y al poco tiempo, como que la tierra se halla sumamente po-

blada, pudo contar con un ejército de más de 40.000 hombres.

Por desgracia hubo que lamentar con motivo de la revolucion gallega dos asesinatos, uno en Orense llevado á cabo por un resentimiento personal, pero alegando el asesino que el muerto era partidario de los franceses, y otro hasta no más atróz y funesto por servir de pernicioso ejemplo para faltar á la disciplina militar, sin la cual podrán existir bandas de cobardes merodeadores, pero no cuerpos de ejército que llenen su noble mision: el capitan general Filangieri, que habia salido á los límites de su provincia por falsas alarmas de que una division francesa avanzaba hácia ella desde Castilla, fué cobarde y alevosamente asesinado el día 24 de Junio en las calles de Villafranca del Bierzo por unos soldados del regimiento de Navarra resentidos de cuando le trasladó de la Coruña al Ferrol: un sargento, explotando la condicion de extranjero de Filangieri para hacer ver á sus camaradas que era infiel á la causa española, fué el motor del horrendo crimen. Sucedió á Filangieri en el cargo de capitan general D. Joaquin Blake, militar inteligente, modesto y de acrisolado patriotismo. Tambien Galicia, imitando á Astúrias, mandó sus diputados á Lóndres en demanda de auxilios, y no sólo fué atendida como su vecina provincia, sino que el gobierno inglés, al ver la importancia inmensa del levantamiento del Noroeste de España, mandó en calidad de agente diplomático á la Coruña á sir Carlos Stuart.

De Castilla la Vieja. Levantadas en armas las provincias de Santander, Astúrias y Galicia, era consiguiente que las de Castilla la Vieja, teatro cerca de tres siglos hacia de la heróica lucha de los comuneros, provocada por la insolencia y rapacidad extranjeras, abrazasen con entusiasmo la causa nacional. Logroño fué la primera en dar el grito contra Napoleon, pero al momento salieron de Vitoria tropas francesas á sofocarle al mando del general Verdier, quien por oponérsele una insignificante resistencia al entrar en la poblacion, fusiló á algunos infelices paisanos, acto inhumano y cobarde para el

que no le autorizaban las leyes de la guerra, tratándose de hombres casi inermes que se levantaban á defender la independencia de su pátria, y por el cual facultó él á todos los españoles para que no tuvieran piedad del soldado francés, en quien ya no podian ver más que un asesino los compatriotas del asesinado. Si en todas las guerras debe brillar el que las dirige por sus sentimientos humanitarios, el invasor tiene que ser clemente hasta el mayor extremo por obligacion y por propio interés. Alzóse tambien Segovia confia la en su escuela de Artillería, pero el patriotismo de los segovianos sufrió la misma suerte que el de los riojanos, teniendo que refugiarse en las provincias inmediatas, despues de un lijero tiroteo con las tropas francesas enviadas por Murat, cuantos paisanos y militares se habian comprometido. Más afortunado Leon, se pronunció sin obstáculo contra el extranjero, ayudándole al efecto 800 hombres armados que mandó la Junta de Astúrias, y el 1.º de Junio nombró la suya, confiriendo la presidencia al general Castañon, quien luego dejó el puesto al respetable bailío D. Antonio Valdés, ministro que habia sido de Marina, el cual, en vez de ir á Bayona para lo que fué designado por la Junta de Madrid, tomó desde Búrgos el camino de Leon por Palencia, á fin de ayudar al triunfo de la causa nacional. Valladolid, cuyos moradores no cedian á nadie en patriótico entusiasmo, tascaba el freno que le tenia puesto el capitan general D. Gregorio de la Cuesta, hombre ya entrado en años, de condicion dura y carácter vengativo y caprichoso, en quien alguna vez el amor propio podia más que el de la pátria: oponiase al levantamiento contra Napoleon, no porque fuera afrancesado, sino porque como veterano veia inmensas dificultades en la empresa, cuando para salvar la pátria hay que aventurarlo todo empezando por la vida; pero alborotándose el pueblo el 30 de Mayo, se dirigió resuelto y amenazador hácia la capitania general pidiendo á gritos la guerra contra el invasor. Cuesta se asomó á un balcon y trató de probar á la muchedumbre que su intento era insensato, pero amenazado con llevarle á un patibulo, erigido precipita-

damente en un sitio inmediato, ordenó en el acto que se reuniese bajo su presidencia una Junta de los principales de la ciudad, lo cual sirvió de señal para que se pronunciasen en seguida Palencia, Zamora, Salamanca, Ciudad-Rodrigo y Avila. Diferentes excesos mancharon el levantamiento de las provincias castellanas: en Palencia fué inhumanamente asesinado un tal Ordoñez, vecino de Monzon de Campos y dueño de la primera fábrica de harinas que se estableció en Castilla en el último tercio del siglo anterior: era el Ordoñez hombre benéfico y justo y su desastrosa muerte se atribuyó á los que más favores le debian en aquel pueblo: su mala estrella le dirigió á la ciudad en el mismo dia del alzamiento de ésta: al entrar por las puertas llamadas de Monzon, se sospecha que por algunos de sus convecinos se hizo correr la voz entre las masas del pueblo, prontas á creer sin exámen y más en épocas tormentosas todo lo malo, de que era afrancesado, y arrojándose sobre el infeliz le dieron muerte cruel arrastrándole por medio de la calle Mayor, hasta que entre atroces tormentos exhaló el último aliento. En Ciudad-Rodrigo la soldadesca y paisanos asesinaron al gobernador militar, hechura de Godoy, y en Madrigal fueron tambien víctimas de las iras de la rencorosa plebe el corregidor y algunos alguaciles, á quienes vengó el general Cuesta supliciendo [á varios asesinos. Pero el crimen más horrendo que por entónces se cometió fué el cruel asesinato del excelente español D. Miguel Ceballos, director del colegio de Artillería de Segovia, quien huyendo de esta ciudad con su familia al ocuparla los franceses fué detenido en Carbonero, y achacando estúpidamente los vecinos de este pueblo á traicion suya lo ocurrido en aquella ciudad, le condujeron preso á Valladolid, y al pasar por el paseo del Campo Grande se echaron sobre él muchos hombres y mujeres, que delante de su desolada familia empezaron á martirizarle con armas, piedras y palos hasta que, arrastrado á un portal de una casa inmediata, le concluyó un soldado portugués de un bayonetazo : no satisfecho con esto el soez populacho, arrojó al rio su cadáver. ¡Ejemplos tristísimos todos los

referidos de lo que en ciertos momentos suele ser el estúpido pueblo alborotado, del cual hay que huir como de cruel y rabiosa fiera!

De Sevilla. También las provincias andaluzas tomaron muy luego parte, como era de esperar, en el alzamiento nacional. Noticiosas, lo propio que las de Extremadura, de los sucesos del 2 de Mayo por un oficio que hizo circular de pueblo en pueblo el alcalde de Móstoles, villa cercana á Madrid, al momento trataron de pronunciarse contra la dominacion extranjera, y si no lo realizaron las primeras de España, fué porque sus principales ciudades tropezaron con jefes militares, si bien en nada adictos al extranjero, sobradamente prudentes para contener los irreflexivos ímpetus de la imaginacion ardiente de los naturales. Los más inquietos de éstos no cesaban de trabajar para que estallase el movimiento, y entre aquellos distinguíase en Sevilla, poblacion la más importante de Andalucía, el conde de Tilly, hombre inquieto, de relajadas costumbres y gran amigo de novedades: asocióse el de Tilly á otro aventurero, de oficio contrabandista, aunque no de malos sentimientos, llamado Tap y Nuñez, quien, desconocido hasta la fecha en Sevilla, habia logrado en pocos dias tal ascendiente sobre las masas, allí como en toda Andalucía exhuberantes de imaginacion y faltas completamente de juicio, que se creyó el dueño de la ciudad, y en efecto lo era por su audacia y cierta elocuencia tribunicia de que estaba dotado, sucediendo aquí lo que en todos los paises meridionales, que son ciegos instrumentos, casi siempre para el mal, rara vez para el bien, de los habladores. Tap, secundado por Tilly, lanzó sus parciales á la calle para iniciar el movimiento al anochecer del 26 de Mayo, y le fué fácil, porque la tropa no se le opuso, apoderarse de la maestranza de artilleria y de otros edificios públicos extendiéndose aquel por toda la ciudad. En el siguiente dia 27, instalándose al frente de inmenso gentio en la casa de Ayuntamiento, que habian abandonado los concejales para irse á deliberar al Hospital de la Sangre, Tap nombró la Junta soberana designando para ella á los sugetos

que le indicaron Tilly y otros y quedándose él fuera, con cuya torpeza (que nombre de abnegacion no merece) dió lugar á que pasados los primeros momentos de su popularidad y teniéndole ya por un ídolo sin virtud, le aprisionaran por largo tiempo sus mismos favorecidos. La Junta eligió presidente al entendido y virtuoso D. Francisco Saavedra, ministro que habia sido de Cárlos IV con Jovellanos, y desde luego, como si tuviera bajo su dominio todo el imperio español, se intituló con énfasis verdaderamente meridional *Junta Suprema de España e Indias*, con lo que dió lugar más adelante á escenas que perjudicaron la causa nacional con ventaja de la napoleónica. Desplegó la Junta, animada de celo patriótico grandísima actividad; animó á todas las poblaciones andaluzas para que secundasen á Sevilla; allegó extraordinarios recursos voluntarios y forzosos, é hizo un alistamiento general de todos los mozos solteros y viudos sin hijos de 16 á 45 años. Un horrendo crimen manchó el alzamiento de Sevilla: en la tarde del 27, sin que lo pudiesen impedir la Junta ni Tap, fué horriblemente sacrificado por la plebe el honrado conde del Aguila, procurador del Ayuntamiento: al tiempo de ir aquel á donde éste deliberaba, varios desalmados, obedeciendo órdenes impías de algun vil enemigo del conde, empezaron á pedir su cabeza, y la multitud estúpida repitió maquinalmente el grito de aquellos: apercibida al instante la Junta, mandó comisionados que en union de Tap lograron calmar á la plebe diciéndola que el conde iba á ser juzgado y castigado si resultaba culpable; pero conducido en calidad de preso á la torre de la Puerta de Triana y seguido por los hombres desalmados, éstos al subirle á la prision le asesinaron bárbaramente á tiros de fusil, sin que les hiciesen mella ni el llanto ni las protestas, ni las ofertas del inocente caballero.

De Cádiz. No tardó la plaza de Cádiz, dependiente de la capitania general de Andalucía, aunque el capitán general Solano se hallaba entonces dentro de sus muros, en seguir la conducta de Sevilla. Solano, que habia hecho la expedicion de Portugal auxiliando á Junot y

debía á Murat la capitania general, tomó cierta aficion á la causa napoleónica y en todas partes y con notable imprudencia decia que era una insigne temeridad el declarar la guerra á los franceses: así es que cuando la Junta de Sevilla le mandó un comisionado para que secundase el alzamiento, procuró evadir el compromiso en que se le ponia con subterfugios y estudiadas dilaciones: el pueblo gaditano, que le amaba sinceramente por su buen comportamiento en otra época, empezó á mirarle de reojo hasta que el amor se convirtió en implacable ódio. No atreviéndose Solano á declararse en contra de la Junta de Sevilla, ideó un medio que él creyó suficiente para salir de su embarazosa posicion: convocó el dia 28 una reunion de generales, y en ella se acordó á su instancia decir al pueblo por medio de un bando, que era temeraria, militarmente considerada, la resistencia á los franceses; pero que no obstante esto se enviarian comisionados á varias ciudades de Andalucía y sobre todo á Sevilla, y si la opinion general era favorable al movimiento, se someteria á ella con los generales que habian adoptado el acuerdo: las medidas á medias en los momentos supremos y más en países de ardiente imaginacion irritan en vez de calmar: así es que en el instante de publicarse el bando, los numerosos grupos que le oian indignados empezaron á alborotarse recorriendo la ciudad, que pronto se halló en plena insurreccion: dirigieronse muchos á casa de Solano á intimarle que declarase inmediatamente la guerra á Francia y se intimára la rendicion á la escuadra de este país surta en el puerto: condescendió Solano, ofreciendo tener al siguiente dia 29 otra junta de generales para que se cumpliese la voluntad del pueblo: aquietóse éste, pero ya porque la frialdad de Solano no le inspirase confianza, ya porque enemigos de él hicieron correr la voz de que era un traidor, ya, en fin, porque su ayudante tuvo la en aquellos momentos imprudencia de decir en público que la marina opinaba que no se podía atacar la escuadra francesa sin destruir la española, volvió á alborotarse réciamente y los más audaces se encaminaron á la casa de Solano sobre la cual hicieron fuego,

en términos que el oficial de guardia San Martín, que luego fué el célebre guerrillero traidor á la patria en Chile y en el Perú, se vió obligado á cerrar las puertas, que pronto echaron á abajo los amotinados, trayendo para ello un cañon de á 24: huyó Solano por la azotea de su casa á la de un irlandés amigo suyo; pero invadida ésta por multitud de paisanos y soldados fué preso, escarnecido y llevado de mala manera por lo largo de la muralla hasta que al llegar á la plaza de San Juan de Dios una herida de arma blanca le privó de la vida. Sucedió al infeliz Solano en la capitania general el gobernador militar de Cádiz Morla, conocido ya ventajosamente por su contestacion al almirante inglés cuando la invasion del *tifus icteroides*, pero algo más traidor á la causa española que Solano, como más adelante veremos. El pueblo exigió al momento á Morla que se intimase la rendicion á la escuadra francesa, compuesta de cinco navíos y una fragata al mando del almirante Rossilly: Morla procuró entretener al pueblo, pero la actitud resuelta de éste le obligó á intimar al almirante francés la entrega de su escuadra, que en medio de los anteriores sucesos habia logrado llevar del puerto al canal del arsenal de la Carraca: resistiéndose el almirante francés, creyó de su deber el inglés Collingwood ofrecer á Morla su apoyo, el cual no fué admitido: Morla dió las órdenes convenientes al almirante Ruiz de Apodaca para atacar á los franceses, rompiéndose el fuego contra ellos el 9 de Junio con todas las fuerzas navales apoyadas por la artillería del Trocadero: el 14, bastante maltratados los navíos franceses con pérdida de dos pequeños buques españoles, Rossilly se entregó con su escuadra á merced del vencedor, suceso que llenó de orgullo y entusiasmo á los españoles y más por haber tenido lugar sin la ayuda de los ingleses.

De Córdoba y Jaen. Tambien se alzaron contra el francés Córdoba y Jaen á luego de realizarlo Sevilla, sometiéndose á la Junta de esta ciudad. En Córdoba no se manchó con sangre el alzamiento, pero sí en la provincia de Jaen: acusado de sospechoso á la causa nacional el corregidor de esta ciudad, fué trasladado á Val-

depeñas de Jaen, en donde los vecinos alborotados le dieron muerte.

La Junta sevillana siguió organizando cuerpos con la gente alistada y allegando recursos de toda especie, cosa fácil en un país tan rico como Andalucía: dió el mando de todo el ejército al general D. Francisco Javier Castaños, al que llamó del campo de Gibraltar á Sevilla, y haciendo una solemne declaracion de guerra á Napoleon con protesta de no dejar las armas hasta que restituyese á España al adorado Fernando, publicó un importantísimo documento, titulado *Prevenções*, en el cual demostró que habia en su seno, además de Saavedra, hombres que aspiraban á vencer á Napoleon á la vez que á regenerar la patria y hacer que no volviesen sobre ella los vergonzosos tiempos de Godoy. En dicho documento se decia: *se procurará hacer entender y persuadir á la nacion que libres como esperamos de esta cruel guerra á que nos han forzado los franceses, y puestos en tranquilidad y restituido al trono nuestro rey y señor Fernando VII, bajo él y por él se convocarán Córtes, se reformarán los abusos y se establecerán las leyes que el tiempo y la experiencia dicten para el público bien y felicidad, COSAS QUE SABEMOS HACER LOS ESPAÑOLES, QUE LAS HEMOS HECHO CON OTROS PUEBLOS SIN NECESIDAD DE QUE VENGAN LOS... FRANCESES Á ENSEÑÁRNOSLAS: lenguaje digno y levantado, propio solamente entónces de los pocos que tenian estudiada la santa revolucion de los comuneros, y que sabian que no habia necesidad de *afrancesarse* ni *americanizarse* para aprender á ser libres. No nos extraña por otra parte esta declaracion por lo que respecta á la reunion de Córtes, porque, como se deja sentado, el primero que las pidió fué Fernando VII en Bayona al ver en peligro su trono.*

De Granada. No podia permanecer indiferente Granada despues del alzamiento de Sevilla, y así es que el 30 de Mayo, sabedor el pueblo de que procedente de esta ciudad habia llegado un oficial con pliegos para el capitán general, que lo era D. Ventura Escalante, se presentó en la morada de éste, quien aunque á disgusto por causa de su carácter indeciso accedió á la instalacion de una Jun-

ta bajo su presidencia. Desde luego no quiso reconocer la Junta granadina la supremacía de la de Sevilla, y en concepto de independiente no sólo alistó gente, allegó recursos y trabajó porque se alzasen Málaga y otras ciudades, sino que mandó un comisionado á Gibraltar, que lo fué Martínez de la Rosa, en demanda de armas y municiones, las que obtuvo el jóven poeta del gobernador inglés de aquella plaza Sir Dalrimple, aunque con la condicion de que no se suscitasen rivalidades entre las Juntas de Granada y Sevilla. En virtud de tal auxilio de Inglaterra pudo la Junta de Granada contar pronto con un respetable número de batallones armados, al frente de los cuales y del escaso ejército que en el antiguo reino habia, tuvo el acierto de colocar al gobernador que era de Málaga general D. Teodoro Reding, suizo de nacion al servicio de España y militar en extremo valiente y entendido. Por desgracia en Granada y Málaga se manchó la revolucion con algunos crímenes tanto más vituperables cuanto que no se cometieron en los primeros momentos, sino despues y á sangre fria como los cometen los cobardes. En Málaga, ciudad de antiguo morada de gentes de malas costumbres y capaces de atrocísimos hechos, asesinó el feroz populacho en 20 de Junio al vice-cónsul francés monsieur D'Agaut y á un tal Croharé, sacándoles del castillo moruno de Gibralfaro, en donde estaban custodiados, y en Granada perecieron igualmente asesinados D. Pedro Trujillo, antiguo gobernador de Málaga, casado con una hermana de la Tudó, querida de Godoy; D. Bernabé Portillo, hombre útil é inteligente que habia introducido el cultivo del algodón en la costa granadina, y otro sugeto que habia sido corregidor de Velez-Málaga: los dos últimos asesinatos fueron debidos á las instigaciones de un fraile fanático llamado Roldan, al que la Junta mandó á presidio, haciendo tambien que sin forma de proceso se diese garrote en la cárcel y en medio del silencio de la noche á nueve de los asesinos, cuyos cadáveres fueron expuestos en un patibulo al siguiente dia para escarmiento de los malos: tambien se castigaron los dos asesinatos de Málaga llevando al cadalso á tres de los másculpables.

De Extrema-
dura.

Mandaba las dos provincias extremeñas el conde de la Torre del Fresno, militar de salon pero buen hombre, que sólo tenia la desgracia de ser hechura de Godoy. Cuando llegó á Badajoz la noticia del alzamiento de Sevilla, los patriotas extremeños, áun cuando más apáticos que sus vecinos los andaluces, trataron sériamente de levantar pendones por el adorado Fernando y la independendencia nacional, empresa arriesgadísima porque una division de las tropas de Junot se hallaba á cuatro leguas de la frontera. El mismo suceso que dió márgen al alzamiento de la Coruña, precipitó el de Badajoz: no habiéndose hecho salvas ni colocádose la bandera nacional en los sitios acostumbrados el dia de San Fernando, comentábase esta falta con indignacion en varios grupos formados en las calles, cuando una mujer del pueblo se arroja hácia los cañones de la muralla y cogiendo la mecha á un artillero prende fuego á una pieza y anima con esto á otros artilleros á que disparen las suyas: el grito inmenso de *viva Fernando! y ¡muera los franceses!* se dejó oír en el instante, y sin detencion se lanzaron centenares de hombres hácia la casa del gobernador al que, á pesar de sus prudentes razones, apellidaron traidor: en medio del tumulto llegó en mal hora un postillon con pliegos, porque la maliciosa muchedumbre creyó eran de un general francés, y sin pensar en examinarlos, empezó á pedir la cabeza del conde, trepando para tomarla por los balcones de la casa los más desalmados y audaces: al ver el peligro Torre del Fresno escapó por una puerta accesoria, pero la muchedumbre le alcanzó y le condujo á un cuerpo de guardia en donde, armada una disputa entre unos que querian salvarle y asesinarle otros, un infame artillero le hirió y varios paisanos y soldados le acabaron. En Plasencia y en la villa de los Santos se cometieron tambien dos asesinatos, que como el de Torre del Fresno, quedaron impunes. Sacrificada la autoridad militar, se nombró una Junta que al cabo de poco tiempo tuvo la satisfaccion de ver regularmente organizado un ejército de 20.000 hombres, porque se componia no sólo de paisanos sino de los provinciales y

muchos soldados españoles y portugueses que á bandadas acudieron á Badajoz, por no servir á las órdenes de Junot.

De Cartagena y Murcia. Si es cierto que la provincia de Asturias fué, despues de Madrid, la que dió la señal de resistencia al poder de Napoleon, tambien lo es que Cartagena fué la primera ciudad de España que se levantó en armas proclamando la independenciam de la pátria. Asturias empezó su sublevacion á luego de llegar á Oviedo la noticia de los asesinatos del 2 de Mayo, pero no estableció su Junta soberana hasta el 24: Cartagena se pronunció el 22 é hizo pronunciar á Murcia el 24 y sucesivamente á muchas poblaciones del Mediterráneo y hasta las Islas Baleares, á las que envió un barco para que la escuadra á las órdenes del almirante Salcedo, quien en aquel mismo dia habia salido por mandato de Murat en direccion de Mahon para conducirla de allí á Tolon, se pusiese al servicio de la causa nacional. El pueblo de Cartagena, á que se agregó toda la marinería de su magnífico arsenal, destituyó al capitan general del departamento, D. Francisco de Borja, nombró en su lugar al general Cisneros é instaló una Junta de gobierno, de la cual formó parte el sábio marino Ciscar. Murcia nombró tambien su Junta, en la que entró por Villena, donde se hallaba retirado, el respetable octogenario conde Floridablanca. La revolucion de Cartagena, de inmensísima importancia por su departamento marítimo y sus recursos de todo género, se manchó y por desgracia no en los primeros momentos, sino el 10 de Junio, con el asesinato que quedó impune, del citado capitan general Borja; y si bien en Murcia no ocurrió escena alguna sangrienta, en Villena asesinó el populacho alborotado al corregidor y algunos dependientes suyos. ¡Infames y nunca bastante llorados crímenes, negro producto casi todos de personales resentimientos, traducidos en tiempos de revueltas en desahogos patrióticos y medidas supremas del bien público!

De Valencia. Pero donde se habian de cometer maldades que recordáran las escenas más salvajes de la re-

volucion francesa fué en la voluble é insustancial ciudad de Valencia, tan dispuesta en todas épocas á entregarse á los horrores de un feroz fanatismo como á las inmundas orgías de una demagogia repugnante y sin freno. El 2 de Mayo se recibió la *Gaceta de Madrid* del 20, que contenia las renunciaciones de Bayona: leíase dicho periódico todos los dias en la plaza de las Pasas ante un numeroso auditorio, ávido de novedades; al acabarse la lectura de dichas renunciaciones, un hombre gritó lleno de entusiasmo: *¡viva Fernando VII! ¡mueran los traidores!*, á cuya voz se encendieron todos los ánimos, y como impulsados por un mismo resorte se desparramaron los circunstantes por las calles de la ciudad llamándola á gritos á la insurreccion. Formóse un numeroso grupo en la plaza de Santo Domingo, de donde salió la idea de ir á demandar al capitán general conde de la Conquista que declarase la guerra á los franceses, el cual procuró disuadir de su intento aunque en vano á los que le hablaron: acertó á pasar por allí un fraile franciscano llamado Rico, de espíritu sereno y levantado, corazon recto y hablar persuasivo y elocuente; dirigió la palabra á la multitud, y ésta le eligió jefe, cargo que él aceptó no sin exigirla que tuviese subordinacion y no se entregára á excesos de ninguna especie: seguido Rico de la muchedumbre, se presentó ante la Audiencia, que se hallaba deliberando, y la intimó en términos comedidos que abrazase la causa nacional: acobardada la Audiencia lo propio que el conde de la Conquista por la actitud imponente del pueblo, accedieron al mensaje del fraile, nombrando al conde de Cervellon general en jefe de las tropas que habian de guerrear contra los franceses, aunque cometiendo la cobarde accion de escribir á la Junta de Madrid un oficio, que se echó en el correo, diciendo que habian cedido á la violencia y que se mandasen inmediatamente tropas para someter al pueblo alborotado: tan villana accion pudo producir una catástrofe, que evitó la hija de Cervellon con una nobleza sin par y un valor digno de todo elogio: el pueblo, que sospechaba algo malo de la Audiencia, se empeñó en que se leyese la correspondencia de oficio que

hubiese en la balija de Madrid, la cual fué conducida á casa de Cervellon, á donde acudieron los más exaltados: en el instante en que pareció el pliego de la Audiencia y se disponia uno á abrirle y leerle, la hija del conde se le arrancó de las manos y le hizo mil pedazos en medio del asombro de todos los circunstantes, que respetaron en silencio el heróico rasgo de la noble dama. A todo esto la efervescencia popular seguia, porque nadie estaba satisfecho de lo poco que se habia acordado, que no era más que el nombramiento de Cervellon para el mando de las tropas, por lo cual el P. Rico de acuerdo con los hermanos Beltran de Lis y el capitan de Saboya Moreno, que se titulaba *comandante del pueblo soberano*, para ser tiempo andando verdugo de liberales, logró apoderarse de la ciudadela é hizo que el 25 se nombrára una Junta de gobierno de la cual él fué miembro, compuesta de todas las clases sociales, y que se declarase la guerra á Napoleon, levantando tropas para sostenerla, á cuyo fin contaba Valencia con inmensos recursos, fuera de armas, que se hicieron venir de Cartagena. Instalada la Junta empezaron los crímenes en Valencia por el asesinato de uno de sus miembros electos, el baron de Albalat, retirado en Buñol: como éste no se hallaba en la ciudad, la Junta le ofició á Buñol para que se presentase inmediatamente, y él, obedeciendo la órden, se puso en camino; pero como no se hallase presente en los primeros momentos, enemigos cobardes suyos hicieron correr la voz de que habia ido á Madrid á dar parte á Murat del levantamiento valenciano, especie disparatada que el estúpido vulgo acogió como cierta, porque tambien le hicieron ver al propio tiempo que el baron habia querido años atrás someter al reino de Valencia á soportar milicias provinciales como las de Castilla. Venia el de Albalat á Valencia el 29 de Mayo desde Buñol á ocupar su asiento en la Junta cuando á larga distancia de la ciudad varios hombres del pueblo, que esperaban al conductor de la correspondencia de la córte, le vieron junto á éste, y dando crédito á la calumnia de su viaje á conferenciar con Murat, le apresaron y condujeron, en medio de espantoso

griterío pidiendo su cabeza, á casa de su pariente Cerveillon, quien obrando en sentido contrario al de su nobilísima hija, abandonó al furor de las turbas á aquel hombre atribulado é inocente hasta el extremo de no querer verle so pretexto de estar enfermo y tener que irse á la cama: abandonado así el desdichado Albalat se abalanzó al padre Rico, que habia acudido para salvarle, y creyendo éste lograrlo, arengó á la multitud y cuando la vió un poco calmada dispuso que con una buena escolta de tropa fuese trasladado el de Albalat á la ciudadela; pero al tocar los umbrales de ella, un golpe de gente arrolló la escolta y cosió á puñaladas al desventurado baron en los brazos mismos del P. Rico, cubierto de sangre y lleno de horror al ver el desenfreno y ferocidad de aquella plebe vil y asquerosa: la valenciana (y plebe es, no el pueblo trabajador, sino la hez de él holgazana y viciosa, pronta á proclamar igualmente la anarquía que á sostener los privilegios aristocráticos ó las tiranías reales) se hallaba pre-dispuesta á recibir un guía que la condujese á la perpetración de los más espantosos crímenes: ese le encontró, como le encuentran las poblaciones ligeras é insustanciales, en un advenedizo, que ya sabe á donde se dirige, porque los advenedizos no hacen fortuna en los pueblos sérios y un poco pensadores: fué el advenedizo un canónigo de San Isidro de Madrid, llamado Calvo. Llegó este mónstruo consagrado á la ciudad del Turia á los tres días del asesinato de Albalat, y para hacerse partidarios entre la plebe valenciana, hasta no más fanática, empezó á llamar la atencion de ella por una vida casi continua de prácticas religiosas en las iglesias, no descuidando el reclutar en éstas hombres y mujeres que le sirviesen de instrumento ciego á sus espantosos designios. Dueño á los pocos días de muchas voluntades de los que veian en él un santo, les hizo entender que seria una obra gratísima á los ojos de Dios el asesinar á todos los franceses allí establecidos, y para poner en práctica su plan infernal se hizo dueño con unos cuantos desalmados y por un golpe de sorpresa de la ciudadela, que Rico tuvo la torpeza de entregar en custodia á dos docenas de inválidos. En dicha

fortaleza se hallaban para su seguridad unos centenares de franceses industriales y comerciantes establecidos de tiempo atrás en Valencia: el hipócrita Calvo hizo ver á estos infelices que la plebe alborotada y por él dispuesta para la horrenda hecatombe, les quería asesinar, por lo que, para salvarles, había ideado que salieran de la ciudadela por una puerta falsa camino del Grao, en donde se embarcarían para Francia: los pobres franceses empezaron á prepararse para salir cuando el malvado clérigo hizo correr la voz de que querían fugarse, y á una señal dada muchísimos asesinos, animándolos él con el ademán, con atroces palabras y con el cebo de una infame ganancia en la tierra y la bienaventuranza en el cielo, sacrificaron á puñaladas en medio de ayes y lamentos capaces de enternecer á un tigre á unos 250 franceses. Cansados los asesinos materialmente de matar, dijeron que no continuaban en su horrible tarea, y entónces el abominable sacerdote dió orden para que unos 60 infelices, que habían escapado de la matanza, fuesen conducidos para su seguridad á la torre de Cuarte, pero apostados por él nuevos asesinos hácia la Plaza de Toros, sucumbieron al pasar cerca de ella á golpes de puñal y de otras armas los 60 franceses. Calvo llevó con esto un terror espantoso á toda la ciudad, que cobarde y miserable se prosternó á sus plantas, empezando por la Junta y el capitán general: sólo el P. Rico, aunque dudando ya de su ascendiente sobre aquella ciudad voluble, se atrevió á desafiar al mónstruo: éste hizo que se le asociase á la Junta, en la cual tomó asiento el 6 de Junio, día siguiente al de la espantosa matanza: consternados á su vista todos los de la Junta, sólo Rico permaneció sereno y en un discurso valiente, patriótico y adecuado á las circunstancias, pidió á sus compañeros que decretasen la muerte de Calvo si querían salvar la causa nacional. Pero Calvo no había ido á la Junta sin prevenciones, que áun hoy día aterran: cuando empezaba á defenderse de los cargos de Rico llegaron á los oídos de la atribulada Junta fuertes y discordantes gritos: produciálos un gran grupo de asesinos á la devoción de Calvo, quienes conducían ante la

Junta, pidiendo su muerte, á ocho ó diez desdichados franceses, los que, puestos en la misma sala de sesiones, fueron allí impiamente sacrificados, al ver lo cual los individuos de aquella, salpicados sus vestidos de sangre, huyeron llenos de terror en todas direcciones, incluso Rico, que tuvo que esconderse. Avergonzado éste de su momentáneo miedo y ardiendo en deseos de deshacerse del abominable canónigo ó perecer en la demanda, avisó á los más animosos de la Junta, á los que comunicó su valor, y reuniéndose en la misma sala de sesiones á la mañana siguiente (día 7) y viendo que no habia tiempo que perder, decretaron la prision de Calvo, que realizaron cautelosamente con unos pocos soldados y buenos ciudadanos sorprendiendo al feroz asesino en su posada y trasladándole á un buque que en aquel mismo dia le condujo á Mallorca aunque á disposicion de la Junta, la cual le hizo volver á que respondiese de su atroz conducta así que se restableció el orden en la ciudad y los buenos pudieron respirar. El infame canónigo fué condenado por un alcalde de la Sala del crimen á garrote vil, pena que sufrió en el calabozo en que le encerraron, al traerle de Mallorca, en la noche del 3 de Julio, apareciendo su cadáver al público puesto en un patibulo al amanecer del 4 con un letrero que decia: *«por traidor y mandante de asesinos.»* Al suplicio de Calvo siguieron durante un mes las ejecuciones de más de 200 asesinos, con lo cual la justicia quedó satisfecha y vengados los franceses bárbaramente sacrificados. No castigaron así los generales napoleónicos los crímenes de sus soldados cometidos en indefensas ciudades. La Junta valenciana pudo ya dedicarse á organizar un ejército y mandar un cuerpo de 15.000 hombres sobre Almansa á las órdenes de Cervellon y otro de 5.000 á las de Adorno sobre el puerto de las Cabrillas, camino de Cuenca.

De Aragon. No podia permanecer indiferente en medio de la general conmocion el país aragonés, asiento de las libertades de la Edad Media hasta que las ahogó en sangre Felipe II, y en donde al subir un monarca al trono no lo verificaba sin que se le recordase el principio

de la soberanía nacional en aquellas palabras del Justicia: *nosotros que individualmente valemos tanto como vos y todos juntos mucho más que vos, os reconocemos por rey y señor y si no, no*: así es que el 24 de Mayo, al saberse las renunciaciones de Bayona, empezóse á alborotar el pueblo, y grupos numerosos, descollando entre todos el que capitaneaba el tío Jorge, labrador del arrabal, hombre honrado, de recto juicio y corazon valiente, se dirigieron á casa del capitán general Guillelmi y le exigieron que dimitiese su cargo, lo cual verificó aunque con repugnancia, siendo conducido en seguida preso á la Aljafería y encargándose del mando el general Mori, italiano de nacimiento. Mori reunió una junta que por su apatía no fué del agrado del pueblo, y entonces éste en hora venturosa puso sus ojos en D. José Palafox y Melcí, hijo del país, militar jóven, de arrogante y simpática figura, bello trato, alma noble y recto y sereno juicio, y de quien ya dejamos hecha honrosa mencion al tratar de las liviandades de María Luisa: una comision del pueblo fué á sacar á Palafox de una finca sita en los alrededores de Zaragoza, y aun cuando al principio se resistió á hacerse cargo de un mando que sobre no corresponder á su graduacion, creía él superior á sus fuerzas, cedió á las instancias de sus paisanos, aunque con la condicion de que la Audiencia confirmase la voluntad del pueblo: presentóse en Zaragoza el 26 é hizo reunir la Audiencia, á la cual rogó que le librase de la carga que sobre sus hombros queria echar el pueblo; pero ya porque éste gritaba en los alrededores del tribunal que no queria otro caudillo que su paisano Palafox, y ya tambien que cautivase con su presencia y modales á los oidores, éstos le confirieron el cargo de capitán general del reino, que él entonces aceptó gustoso teniendo el acierto de rodearse para su buen desempeño de tres personas de mérito y acrisolado patriotismo como lo eran su preceptor Bogiero, de las Escuelas Pias, D. Lorenzo Calvo de Rozas, que recién llegado de Madrid habia sido nombrado intendente y poseia un corazon naeido para la libertad, y D. Ignacio Lopez, brillante oficial de artillería, como lo demostró en los dos sitios de la ciudad.

Amante Palafox de las ideas liberales como lo era Calvo de Rozas, convocó al momento al reino de Aragon á Córtes, compuestas de los cuatro brazos á saber, nobleza, clero, milicia y pueblo, y asistiendo 34 diputados confirmaron su nombramiento de capitán general, y para dejar á éste mas autoridad á fin de oponerse ventajosamente á los franceses, que ocupaban los inmediatos países vasco-navarros y riojano, se separaron dejando al lado del caudillo de Aragon una comision de seis individuos de su seno. Facultado Palafox por dichas Córtes, dió su primer manifiesto notable por el reconocimiento que en él hacia del derecho correspondiente á la nacion de elegir un monarca, caso de un atentado por parte de Napoleon contra la vida de Fernando, sus hermanos y tio. Palafox se encontró con escasísimos recursos, pero su actividad creadora, secundada por el intendente Calvo de Rozas, logró reunir pronto armas, municiones, dinero y lo más preciso para la defensa de la ciudad, así como tambien para organizar unos 24.000 soldados, cuando al hacerse el cargo del mando no llegaban á 2.000 los que guarnecian á Zaragoza. Consignemos aquí para honra de los aragoneses, que ni en esta ciudad ni en todo su antiguo reino se cometió crimen alguno que afease el alzamiento.

De Cataluña. Ocupada militarmente Barcelona por Duhesme no pudo levantarse, cual deseára, como tampoco gran parte de Cataluña, contra el invasor; pero lo hizo Lérida, que sirvió de apoyo al alzamiento del resto del país catalan y de núcleo importantísimo para sostener despues la guerra en defensa de la independencia de España: imitaron el ejemplo de Lérida muchas y muy ricas poblaciones, entre ellas Manresa, Tortosa y Villafranca del Panadés, pereciendo trágicamente á manos del pueblo los gobernadores militares de estas dos poblaciones.

Pais Vasco-navarro.

En peores condiciones que Cataluña se hallaba todo el país vasco-navarro para alzarse contra el invasor, que le tenia cubierto de tropas y ocupadas sus plazas fuertes: por lo tanto los vasco-navarros tuvieron que limitarse por el pronto á trabajar como

lo hicieron porque los soldados españoles que pisaban en su territorio desertáran y con su ayuda se fuesen á engrosar las filas de los defensores de la pátria.

Castilla la Nueva. Tampoco las provincias de Castilla la Nueva.

Nueva pudieron realizar un alzamiento formal ni constituir una Junta de gobierno teniendo Murat á sus órdenes un ejército de 30.000 hombres dispuesto á castigar á las poblaciones que osáran pronunciarse, siendo todas de no crecida importancia y hallándose situadas en llanuras fáciles de ocupar por el enemigo: no por esto dejó de manifestarse el sentimiento patriótico por do quiera, enviando mozos á alistarse en las banderas de la pátria y ayudando á los soldados que á bandadas desertaban de los cuerpos que aún estaban al lado de los franceses para irse camino de Zaragoza, Valencia, Extremadura ó Castilla la Vieja.

Pronunciamiento de las Islas Baleares. Importante fué el levantamiento de las Baleares, habiendo dado Palma la señal el

29 de Mayo, en que viendo el excelente espíritu de la poblacion y de las tropas el capitán general Vives hizo que se nombrase una Junta de gobierno bajo su presidencia: la escuadra surta en Mahon, noticiosa ya por el buque que mandó Cartagena del alzamiento de esta plaza, y un ejército regular de 10.000 hombres que habia en todas las islas, se adhieron con entusiasmo á la causa nacional. En Palma fueron llevados al castillo de Bellver para su seguridad el sábio astrónomo Arágo y su compañero Biot, que habian venido de Francia con un objeto científico, afortunadamente desempeñado ya, siendo á los pocos dias enviados á Argel para regresar desde allí libres á su país.

De las Canarias. Por último, las islas Canarias, libres á la verdad de una invasion francesa, se

adhirieron al movimiento á luego de saber la instalacion de la Junta de Sevilla, nombrando ellas dos Juntas, una en Santa Cruz de Tenerife y otra en las Palmas de la Gran Canaria.

Portugal. Naturalmente habia de secundar Portugal el levantamiento de España: idénticos eran los agra-

vios de los dos pueblos hermanos, igual su causa y las mismas habian de ser sus aspiraciones. A pesar del inmenso ejército que allí tenia Junot á sus órdenes y apoyado en el cual soñó en ceñirse la corona lusitana, como Murat habia creído colocar sobre sus sienes la española, segun dejamos apuntado, los portugueses, ayudados en gran manera por las tropas de España que habian entrado con las de Junot y se separaban de éste como y cuando podian, dieron el grito de insurreccion, primero en la provincia de Tras los Montes y luego en la de Entre Duero y Miño, instalándose en Oporto una Junta, al frente de la cual se colocó el obispo de la diócesis: el fuego de la insurreccion cundió bien pronto á la provincia de Beira y por último á la de los Algarbes. Junot, que conoció lo crítico de su situacion, hizo desarmar el cuerpo de ejército español que habia en Lisboa y sus cercanías, no pudiendo hacerlo con un regimiento de caballería, que logró fugarse y ganar tierra española, como la ganó otro cuerpo de infantería y caballería, que salió de Setubal y tuvo un choque ventajoso contra los franceses en Os Pegoes. Los españoles desarmados en Lisboa fueron encerrados en inmundos pontones, establecidos en el Tajo. El levantamiento de Portugal, debido al de España, impidió á su vez que Junot invadiese el territorio español, y facilitó grandemente la evasion de casi todas las tropas expedicionarias, realizada segun sus acantonamientos á las provincias de Andalucía baja, Extremadura, Salamanca y Galicia. A este antiguo reino y llamado por su junta llegó procedente de Oporto el general Bellestá al frente de 8.000 hombres perfectamente disciplinados.

Heroismo de los españoles, superior al de los griegos contra el gran rey.

Hemos descrito de propósito con alguna detencion el levantamiento de España, intentando presentar así el cuadro que ofrecia nuestra patria al entrar en la gigan-

tesca lucha contra Napoleon, lucha de que principalmente iba á depender la suerte de la mayor parte del mundo: ese levantamiento implica más heroismo que el de los griegos contra *el gran rey*. Pero antes que choquen las aguerridas

huestes francesas contra las bisoñas y poco disciplinadas españolas, el orden de los sucesos y el interés histórico nos llevan á narrar lo ocurrido en Bayona entre Bonaparte y unos cuantos en general cobardes españoles.

Llegada de José Dueño, á su parecer, Napoleon de Bonaparte á Bayona. España y sus Indias, llamó á Bayona con objeto de regalarle el trono de Carlos V á su hermano José, rey de Nápoles, quien, áun cuando á disgusto, al decir de ciertos historiadores, abandonó la Italia para llegar á aquella ciudad el 7 de Junio, precisamente el dia mismo en que apareció en la *Gaceta* la proclama de la Junta de gobierno, monumento insigne de cobarde traicion de los Ofarril, Piñuela, Caballero y otros 14 ó 16 miserables que la suscribieron con Murat, aconsejando á los españoles que respetasen las renunciaciones de Bayona, tributáran gracias á Napoleon, que se dignaba darles un príncipe de su familia que haria la felicidad del país, y se conformáran anticipadamente con la Constitucion política que se iba á elaborar en Bayona por un Congreso de diputados españoles de las ciudades y provincias y principales cuerpos del Estado, LLAMADOS, decia la proclama, *por el héroe que admira el mundo para con su acuerdo formar leyes fundamentales que aseguren la autoridad del soberano y la felicidad de los VASALLOS.*

Decreto nombrando rey de España á José. Congreso de Bayona. Constitucion. Antes de publicar esta odiosa proclama la Junta, obedeciendo las órdenes de Napoleon, habia enviado emisarios á todas partes para que apaciguasen las ciudades levantadas en armas é hiciesen ir á Bayona á los mal dichos diputados españoles de algunas villas y ciudades y del bajo clero, á fin de que, unidos á los designados por Murat y la misma Junta de entre el alto clero, órdenes monásticas, aristocracia y generales de mar y tierra, aprobasen allí una Constitucion para la España, enredo indigno y á la par estúpido, que bastaria por sí solo para calificar á Bonaparte de *gran comediante*, si ya no le hubiese calificado de tal con propiedad y justicia el papa Pio VII. Como era natural, las provincias no oyeron á los comisionados de la Junta, ni gran parte de los diputados,

elegidos por ella y Murat concurrieron á Bayona á autorizar semejante farsa constitucional, pues que de los 150 pedidos por Bonaparte no concurrieron siquiera 100, habiendo algunos tomado parte en la revolucion contra los franceses, dando otras disculpas más ó ménos decorosas y no faltó quien abiertamente se negase á ir, como lo hizo el obispo de Orense en una extensa carta en que, á vueltas de aparentes adulaciones, que no eran más que una sangrienta ironía hácia el déspota francés, proclamaba el principio de la soberanía nacional, aunque para negarle despues y ser acérrimo defensor del absolutismo. No obstante todo esto, Bonaparte continuó en sus planes: por decreto del día 6 de Junio cedió á su hermano la corona de España con acuerdo, decia, del Consejo de Castilla y la poblacion de Madrid, porque Murat habia hecho que aquel alto cuerpo y la municipalidad de la córte pidiesen á José por rey de los españoles; y despues proporcionó á Bayona una especie de comedia bufa haciendo que felicitasen á su hermano diferentes diputaciones que allí habian acudido desde Madrid de su órden: primeramente lo hizo la de los grandes llevando la voz el duque del Infantado, que pronto abjuró pasándose á la causa nacional; luego la del Consejo de Castilla; en seguida la de la inquisicion y á su cabeza el inquisidor general Ethenar, y por último, la del ejército hablando á su nombre el duque del Parque, que tambien siguió tiempo andando la conducta del duque del Infantado. Todos estos fueron entonces malos españoles, no solo por haberse sometido á la servidumbre de los Bonaparte, sino porque al siguiente dia dieron un manifiesto á la nacion aconsejándola que depusiese las armas y reconociese á José, *que la regeneraria labrando su felicidad y bienandanza*. Mandó despues Napoleon abrir el llamado Congreso de Bayona, acto que tuvo lugar el día 15, dando la presidencia de él á Azanza, quien pronunció un discurso de apertura, modelo de servilismo hácia el emperador francés, como lo demuestran las siguientes palabras de él: «*Tan elevado y grande es el objeto que hoy nos reúne en esta Asamblea, convocada DE ÓRDEN y bajo los auspicios del héroe de nues-*

tro siglo el invicto Napoleon... Gracias y honor inmortal á este hombre extraordinario que nos vuelve una patria que HABÍAMOS PERDIDO, etc.» ¡Oh vergüenza! No tropezó Tiberio con un senador tan abyecto y miserable como el tal Azanza, eso que al mónstruo de Caprea no le inspiraba su Senado más que asco invencible, á causa de su degradante servilismo. En once ó doce sesiones se discutió y aprobó el proyecto de Constitucion que de tiempo atrás tenia confeccionado Napoleon, tomando parte principalmente en los debates, si debates pudieran llamarse, tres frailes que eran los superiores de las órdenes de San Francisco, San Juan de Dios y San Agustin, los cuales pidieron que no se suprimiesen los conventos, aminorando en caso su número; un tal Arribas que sostuvo que debia abolirse la inquisicion, sustentando la opinion contraria, que prevaleció, el inquisidor general Ethenard y los consejeros de Castilla, y un Vilella que pidió se consignase un artículo en la Constitucion para que nadie pudiera ser incomodado por sus opiniones políticas y religiosas, siendo despues á la vuelta de Fernando VII, que le hizo magistrado, el más cruel é implacable perseguidor de liberales. Como se ve, Napoleon no consignó en el proyecto constitucional la abolicion del *Santo Oficio* y lejos de esto se observó que cuando José fué felicitado por el inquisidor general, contestó á éste en términos estudiados, haciéndole entreveer que quedaria en pié el abominable tribunal. El farsante que habia cruzado sus piernas para orar con los mahometanos en las mezquitas del Cairo, ¿cómo no habia de aconsejar á su hermano que conservase la inquisicion aunque no fuera más que como arma política á su servicio?

Concluida la discusion de la mal llamada Constitucion de Bayona, juró José en el local donde se habia discutido y en manos del arzobispo de Búrgos, y despues de la ceremonia se trasladó la Asamblea entera al palacio donde residia Napoleon á cumplimentarle por su obra, en cuyo exámen no perderemos el tiempo, diciendo solamente de ella dos palabras: que no era ni podia ser nunca ni en ningun caso Código político, porque la faltaban las tres.

bases de toda Constiucion: primera, el ser obra del pueblo y no de un déspota y por añadidura extranjero; segunda, la publicidad de las discusiones, y tercera, la libertad de imprenta: era ni más ni ménos que un reglamento hecho por el poder ejecutivo para el gobierno de un gran Consejo de Estado. De ser en su esencia un verdadero Código político, acaso no le analizaríamos tampoco, porque la llamada Constitucion de Bayona ni es ni puede ser considerada, tal cual la redactó Napoleon y fué discutida dentro de su imperio, como española, de la propia manera que no puede ser considerado á los ojos de la historia, de la fria razon y de la sana crítica José Bonaparte, no digamos rey de España, pero ni rey intruso, que no merece siquiera este nombre quien *nunca* ejerció el poder real más que sobre cuatro docenas de miserables á él vendidos por el interés personal, habiendo ellos desertado de las banderas de la pátria, y eso tan solamente en el sitio que pisaban sus plantas, protegido por soldados franceses: no, José no fué ni áun rey intruso; fué un aventurero aspirante por la voluntad de su hermano al trono español, del cual solo podia disponer la nacion, vista la cobardia de sus reyes.

Ministerio de José nombró al instante su ministerio
José. en Bayona, compuesto de Urquijo, ex-ministro de Gracia y Justicia, Azanza, Ceballos, Ofarril, el almirante Mazarredo y Cabarrús, y tambien designó, sin él saberlo, para la cartera del interior á Jovellanos, que se hallaba en Jadraque y la rechazó con patriótica indignacion: nombró tambien José al duque del Infantado coronel de guardias españolas, al príncipe de Castelfranco de valonas, al duque del Parque capitán de guardias de Corps, al de Fernan-Nuñez montero mayor, al de Hijar gran maestro de ceremonias, al marqués de Ariza suriniller de Corps y al conde de Santa Coloma gentil-hombre. ¡Oh indigna aristocracia, que así vendia la causa nacional! Querian algunos cohonestar su felonía con razones fútiles y ofensivas á la pátria traicionada, á la que suponian incapaz de regenerarse, añadiendo que solo Napoleon podia darla prosperidad y cultura. Jamás los déspotas

han ejercido influencias civilizadoras sobre los pueblos: para ejercerlas han tenido que dejar de ser tales despotas.

Lo que fueron los afrancesados. El pueblo dió el dictado de afrancesados á los ministros y demás sujetos arriba mencionados, así como á los firmantes de la Constitución de Bayona y á los pocos que sin ir allá abrazaron el partido del pretendiente José. Bien puede asegurarse que ningun afrancesado lo fué por amor á la libertad y al engrandecimiento de la España: se vendieron al extranjero por medro personal. Los que amaban la libertad y verdaderamente aspiraban á la regeneracion del país y á dotarle de un gobierno que hiciese imposible la vuelta á otro favoritismo funesto como el de Godoy, estaban en Zaragoza, Sevilla, Cartagena, Extremadura y otras ciudades preparándose á la guerra contra el francés al mismo tiempo que á dotar á la pátria, no de una Constitución menguada, regalo de un déspota extranjero, que habia pisoteado las libertades de su país, sino de instituciones libres y adecuadas al estado de la nacion. Sabian unos cuantos esclarecidos varones, que la España podia regenerarse, no con las ideas de la revolucion francesa (que eran las de la americana sin las exajeraciones y delirios de aquella) sino con los principios, máximas y disposiciones de nuestros Códigos municipales y generales y con la enseñanza de la desgraciada revolucion de las Comunidades. Así es que esa minoría, compuesta de unos centenares de hombres, que valian más que los restantes millones de españoles, por ellos dirigidos, se quedaron con la España, con su pátria, su historia, sus grandezas, sus glorias y sus desventuras, mientras que tan solo unos cuantos miserables sin arraigo en el país se fueron con el francés, estos miserables para quienes la historia no debe tener más que desprecio, entre ellos Melendez Valdés, Moratin, Morla, los ministros y los degradados grandes que, como acabamos de ver, besaron en Bayona las plantas del gran comediante galo. Jamás un pueblo debe someterse á un usurpador, y si se pretende cohonestar la traicion de pasarse á él y sufrir volun-

tariamente su yugo con que, arrojado al fin el usurpador, haya salido despues del seno de ese pueblo, como sucedió á España con Fernando, un tirano que obre peor que aquel, esto no pasa de ser un cómodo discurso *à posteriori*, y pensando de esta manera tendríamos que venir á confesar que el pueblo romano debió pedir á los dioses que hubiese vivido muchos años Tiberio por no soportar despues la mayor tiranía de Cayo y que no hubiera penetrado en el corazon de éste el puñal vengador de Querea porque tras de él vinieron Cláudio y Neron.

Felicitaciones No olvidemos el consignar aquí que los de Fernando y primeros y más miserables afrancesados su familia y fueron Fernando VII, su hermano Cárlos y su tío, unidos á los que componian la con razon llamada servidumbre de ellos: á luego de tener noticia Fernando de que José habia sido nombrado rey de España por su hermano, dirigió á éste una carta de felicitacion, fecha 22 de Junio en Valencey, en la cual se leian las siguientes palabras: *doy muy sinceramente en mi nombre, de mi hermano y tío, á V. M. I. la enhorabuena de la satisfaccion de ver instalado á su querido hermano en el trono de España... No podemos ver á la cabeza de ella un monarca más digno ni más propio por sus virtudes.* ¡Oh ciego pueblo español, que al ver tanta bajeza, á su noticia llegada por los periódicos, no pensaste siquiera en una República ordenada ó en buscar un monarca de entre tus hijos ó de entre las familias reinantes, que hubiera sido digno de tu bravura y admirador de tus sacrificios! Pero hizo más Fernando: en el mismo dia que envió á Napoleon esa carta con otra igual para José, obligó á su servidumbre, compuesta del famoso Escoiquiz, del duque de San Cárlos, del marqués de Ayerbe, del de Feria, de D. Antonio Correa y D. Pedro Macanaz, á que dirigiese oficiosamente otra carta á José, que contenia las siguientes frases: *Señor: Todos los españoles que componen la comitiva de SS. AA. RR. los principes Fernando, Cárlos y Antonio NOTICIOSOS POR LOS PAPELES PÚBLICOS de la instalacion de V. M. en el trono de la patria de los exponentes con el consentimiento DE TODA LA NACION... consideran como OBLIGACION SUYA Y MUY UR-*

GENTE la de conformarse con el sistema adoptado por su nacion y rendir COMO ELLA sus más humildes homenajes á V. M. C... JURANDO COMO JURAN obediencia á la nueva Constitucion de su pais y fidelidad al rey de España José I, etc. Para complemento de tanta vergüenza y oprobio tanto consignamos tambien aquí la adhesion del cardenal de Toledo, quien un mes antes que su sobrino Fernando VII escribió á Napoleon reconociéndole como soberano y firmando con estas palabras: *Su más fiel súbdito Luis de Borbon, cardenal de Escala, arzobispo de Toledo.*

Entrada de José en España. Se instala en Madrid.

Abandonemos este asunto, que nos ahorra, para consignar que el 9 de Julio, cuando ya toda España estaba en armas para sostener su independendencia y volver por su ultrajada honra, salió de Bayona José Bonaparte é invadió el territorio español, el cual pisó rodeado solamente de españoles, excepcion hecha del general Saligny, que era francés, pero protegido en todas partes por las tropas de su hermano. Es tiempo de consignar aquí que á estas fechas se hallaba ya en Francia Murat enfermo tal vez por ver ocupado por otro el trono español, habiéndole sucedido en sus cargos el general diplomático Savary. José llegó á Vitoria el 16 y al siguiente dia dió un manifiesto á los españoles, que empezaba con la hipócrita y desautorizada aseveracion *de que la Providencia le habia confiado el gobierno de la nacion*; continuaba con la cantinela obligada de Napoleon de que sólo á las intrigas inglesas, encaminadas á separar de España las Américas, se debia el alzamiento nacional, y concluía con la consiguiente exhortacion de que se uniesen á él, se *ciñesen á su trono*, que así haria su felicidad. Continuó su viaje por Búrgos y Aranda en direccion á Madrid, á donde llegó el 20 de Julio, siendo recibido por el pueblo en medio de un silencio glacial, como lo fué en todos las poblaciones del tránsito, en las cuales sólo vió alguna demostracion afectuosa hácia su persona, pero puramente oficial: el 25 se hizo proclamar rey de España, en cuya ceremonia sólo tomaron parte las autoridades, llevando el pendon como alférez mayor el conde de Campo-Alange.

Carácter de José, hermano mayor de Napoleon, que
José. había ejercido las profesiones de abogado y comerciante en Córcega y Marsella, y al cual los historiadores nos le presentan de agraciado rostro, finos modales, regular instruccion y no crueles sentimientos, fué con justicia desde el momento que se instaló en Madrid objeto de ódio, por no ver en él más que un pérfido invasor, y no ménos de profundo desprecio de parte del pueblo, que le pintaba con los colores más negros, suponiéndole tuerto, ignorante en extremo y hasta beodo, por lo que le dió el despreciativo nombre de *Pepe-botellas*. Todo lo comprendió al momento el pretendiente, y con una franqueza que en verdad le honra así se lo dijo amargamente á su hermano, profetizándole que en la España, en donde su corona no podia ser más que de espinas, él encontraría su ruina. De la correspondencia entre los dos hermanos, publicada á mediados del siglo, resulta que desde Vitoria escribió José una carta á Napoleon en la que le decia: *«que el espíritu de los habitantes le era contrario, en términos que no habia un solo español que se le mostrara adicto.»* Otra le dirigió desde Búrgos en la cual se leen estas palabras: *«nadie os ha dicho la verdad, y yo no debo ocultárosla; al dejar á Nápoles he entregado mi vida á las eventualidades más azarosas; desde que estoy en España me digo todos los dias: mi vida es poca cosa y os la abandono... no me asusta mi posicion, pero es única en la historia; NO TENGO AQUÍ UN SOLO PARTIDARIO.»* Por último le decia en otra carta, fechada en Madrid el 24, la víspera de su proclamacion: *«tengo por enemiga una nacion de doce millones de habitantes bravos y exasperados hasta el extremo... si Francia puso durante su revolucion un millon de soldados sobre las armas, la España podrá poner medio... los hombres honrados no me son aquí más afectos que los picaros; estais en un error; VUESTRA GLORIA SE HUNDIRÁ EN ESPAÑA; mi tumba señalará vuestra impotencia.»*

Escapada de José al Ebro. Proclamado José, le prestaron juramento de fidelidad todas las autoridades, ménos el Consejo de Castilla y Sala de alcaldes de Córte: el pri-

mero invocó para oponerse al juramento el principio de la soberanía nacional, desconocido más tarde por él, diciendo que no podía jurar no reuniéndose antes las Córtes del reino; pero es la verdad que su oposición no nació de patriotismo, sino que fué hija del cálculo, porque en aquellos dias ya se tenían noticias aún cuando confusas de la gran victoria de Bailén, que hizo salir precipitada y vergonzosamente de Madrid á José, verificando su escapada á los ocho ó diez dias de haber entrado en la córte, no considerándose seguro hasta que llegó á Miranda de Ebro, eso que iba custodiado por numerosas fuerzas francesas: acompañaron al fugitivo pretendiente tan sólo cinco ministros: Urquijo, Azanza, Cabarrús, Ofarril y Mazarredo, y se quedaron en Madrid, confiados en la generosidad de la nacion que los perdonaria sus gravísimas culpas, que ellos cohonestaban con el miedo y la fatalidad, Ceballos y Piñuela, así como los duques del Infantado y del Parque y la mayor parte de los que habian contribuido á la insigne farsa política que se representó en Bayona.

Empieza la lucha. Saqueo é incendio de Torquemada.

Dejemos á José en Miranda y volvamos la vista atrás para entrar en la narracion de la lucha contra los franceses, porque lo hasta aquí relacionado no es más que el levantamiento del país protestando contra la presencia del invasor como en Segovia, Logroño y otros puntos. La lucha comenzó antes de entrar José en España y antes tambien de llegar á Bayona viniendo de Nápoles. Torquemada, villa de 700 vecinos, situada á cuatro leguas de Palencia, á la margen derecha del Pisuerga, sobre el que tiene un gran puente para dar paso á la carretera de Valladolid á Búrgos, fué la primera poblacion de España que derramó su sangre por la pátria, oponiéndose temeraria pero heroicamente á las tropas de Bonaparte: animada por un vecino apellidado Zorrilla, padre del poeta José, que luego fué un cruel satélite de la tiranía de Fernando, creyó que era fácil empresa vencer á los franceses, y armada de escopetas, trabucos, instrumentos férreos de labor y de cuanto encontró á mano, se preparó á rechazar al general Lasalle que

venia de Burgos sobre Valladolid con ánimo de castigar á esta ciudad y de batir, unido á las tropas del general Merle, que traian la misma direccion por el camino de Santander, al general Cuesta, puesto al frente del movimiento de la capital de Castilla la Vieja. Al acercarse Lasalle con su division de más de 6.000 hombres el 6 de Junio á Torquemada se encontró con el puente sobre el Pisuerga obstruido con cadenas, carros, trillos y otros útiles de labranza, y con que los vecinos empezaron á disparar en medio de un gran griterío sus armas de fuego, que ningun daño causaron á los franceses, los cuales disparando cuatro cañonazos, que dejaron sin vida á algunos paisanos, no sólo despejaron el puente, sino que dispersaron completamente á los 500 ó 600 incautos, á quienes se habia hecho creer que invocando á Dios y á los santos iban á vencer con hoces y horcas de purrir á los soldados vencedores de la Europa toda: el primero que escapó fué Zorrilla, que los que en todos los movimientos populares gritan más, son tambien los que más y más pronto corren. Lasalle abusó brutalmente de su fácil triunfo, porque avanzando sin obstáculo sobre la poblacion la entró á saco, poniéndola tambien fuego por diferentes puntos, despues de haber asesinado á más de dos docenas de infelices, entre los cuales se contaron niños y mujeres. Encaminóse Lasalle al siguiente dia á Palencia, de donde habian huido los que en ella se pusieron en armas, y á petición del obispo no causó más vejaciones que exigir una fuerte contribucion á la ciudad y en seguida tomó la direccion de Valladolid uniendo sus fuerzas á las del general Merle, que en junto componian ambas once batallones, más de 1.000 caballos y algunas piezas de artillería.

Ataque de Ca- Sabedor Cuesta de que este cuerpo de
bezon. ejército marchaba sobre Valladolid, quiso salir, mejor dicho, le obligaron á salir los gritadores, que de no hacerlo le habrian tratado como traidor en aquellos momentos, á su encuentro, y con las pocas tropas de que disponia y multitud de paisanos y estudiantes mal armados y nada disciplinados se situó el dia 12 de Junio en

Cabezón, pequeña villa asentada sobre la izquierda del Pisuerga á dos leguas de aquella capital: colocó la mayor parte de sus fuerzas del otro lado del puente y el resto á la cabeza de él y en una escarpada cuesta, al pié de la que corre el río con poco caudal de aguas en el verano: á la primera acometida de los franceses la caballería de Cuesta volvió de grupa llevando el desorden á la infantería, y en pocos minutos desapareció aquella reunion informe de estudiantes, soldados y menestrales, ganando unos por las colinas inmediatas el valle de Esgueva, ahogándose otros en el río por encima y bajo del puente, obstruido por hombres y caballos que á un tiempo querían pasarle, y marchándose la parte más numerosa por delante de Cigales y monte de Torozos en direccion de Rioseco, á donde llegó Cuesta el día 14 para perder muy luego la batalla que lleva este nombre y que más adelante narraremos. Los franceses, despues de cañonear y saquear á Cabezón, cuyos habitantes huyeron á los inmediatos montes, entraron en Valladolid el día mismo del ataque.

Ocupacion de Santander. Cuando ocurrió el alzamiento de Valladolid hallábase en marcha para Santander el general Merle, que recibió orden de retroceder para que unido á Lasalle fuese á someter antes la capital de Castilla: realizado esto, tuvo orden de dirigirse hácia Reinosa para caer sobre Santander al propio tiempo que otro cuerpo de ejército, mandado por Ducos, avanzaba en la propia direccion por la parte del Escudo: ambos generales forzaron fácilmente los desfiladeros de la cordillera cantábrica, dispersando Merle en Lantueno al pié de Reinosa las fuerzas colecticias españolas al mando de D. Juan Manuel Velarde y Ducos junto al Escudo las del hijo de aquel, entrando despues sin obstáculo en Santander, de donde huyeron para Astúrias la Junta y los vecinos más comprometidos y á su cabeza el obispo.

Se acercan los franceses á Zaragoza. Igual suerte que los Velardes en la provincia de Santander y Cuesta en Cabezón, sufrieron el marqués de Lazán y su hermano menor Palafox en tres encuentros que tuvieron con escasas tropas

y paisanos mal armados y sin disciplina en Mallen, Gallur y Alagon los dias 12, 13 y 14 de Junio, contra el general Lefebre Desnouettes que marchaba de Pamplona á Zaragoza al frente de 6.000 infantes, 800 caballos y algunos cañones: los Palafox se refugiaron en Zaragoza, en cuyas cercanias se situó Lefebre, preparando lo necesario para el primer sitio de la valerosa ciudad.

Accion del Bruch.

No fueron tan felices los franceses en Cataluña, porque habiendo dispuesto Duhesme que una division de 4.000 hombres á las órdenes del general Schwart saliese para ayudar á Lefebre á someter á Zaragoza, cuando más descuidado caminaba aquel por el fragoso sitio llamado Casa Masana, que es una de las revueltas del Bruch, pueblecito distante 40 kilómetros de Barcelona, se encontró sorprendido el mismo dia del incendio y saqueo de Torquemada (6 de Junio), por un fuego certero y mortifero que le hacia el somaten catalan, así llamado por componerse de todos los vecinos de armas tomar de uno ó de varios pueblos que se reunen al toque de campana con las armas que tienen á mano, segun el antiguo usaje de Barcelona: dirigia el ataque un tambor que venia con la gente de San Pedor, que habia sido militar: el general francés intentó en vano diferentes veces forzar el paso; el fuego del somaten, oculto en espeso pinar, dieztaba sus soldados impunemente, y con grandes pérdidas tuvo que replegarse sobre Barcelona, á donde llegó el 8, no sin haber recibido otro escarmiento casi igual al del Bruch al querer entrar en Esparraguera, villa que se defendió con heroismo incomparable. A los pocos dias (el 14), intentó tambien forzar el paso del Bruch el general Chabran con fuerzas muy superiores á las que mandaba Schwart el 6, pero aquel tuvo la suerte que éste, siendo derrotado por los somatenes, ayudados ya de algunas tropas enviadas de Lérida y de unos cuantos migueletes, así llamados desde que cambiaron su antiguo nombre de almogávares (gente conocedora de la tierra) por el de migueletes en honor de Miguelon de Prads, camarada del famoso César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, y viéndose tambien obligado á volver á

Barcelona con pérdida de 500 hombres, incendiando en su retirada algunas casas de Esparraguera y Martorell. A los catalanes les cabe la gloria de haber sido los primeros que humillaron las águilas francesas: los vecinos del Bruch han elevado un pequeño monumento para perpetuar la memoria de estos hechos, consistente en una lápida puesta á la entrada del pueblo con la siguiente inscripción: «*Viajero, párate, si,—que el francés tambien paró,—y el que por todo pasó—no pudo pasar de aquí.—*» Ardiendo en ira Duhesme por los dos descalabros sufridos determinó salir de Barcelona á mediados de Junio al frente de una division de 6.000 hombres y ocho cañones: en marcha para Gerona desbarató el somaten del Vallés y dió á saco la rica villa de Mataró, que le opuso una pequeña resistencia, consintiendo que sus tropas cometieran muertes y numerosas violaciones propias de salvajes, pero en Gerona fué bien castigado el 20 de Junio rechazando su acometida el paisanaje y unos 300 soldados del regimiento de Ultonia que guarnecian la plaza, por lo que tuvo que retirarse á Barcelona con pérdida de 700 ú 800 hombres.

Acometida á Valencia.

Tampoco fueron afortunados los franceses en su primera acometida á Valencia, eso que la realizaron bajo el mando del mariscal Monecy, uno de los pocos generales franceses que hicieron la guerra con humanidad en España. Salió Monecy de Madrid al frente de 8.000 franceses y varios cuerpos españoles, que se le desertaron en el camino, y forzando con dos pequeños ataques el desfiladero de las Cabrillas, defendido por paisanos y tropas bisoñas, se presentó el 27 de Junio delante de Valencia, intimando la rendicion al capitán general; pero el pueblo, animado por el P. Rico, que se halló en el segundo encuentro de las Cabrillas y lejos de desmayar con el desastre cogió más brio, se preparó entusiasmado á rechazar al mariscal francés, quien el dia 28 rompió un fuego horroroso de cañon y de fusil contra los puntos que consideró más flacos de la muralla: los soldados y el paisanaje, enardecidos por las peroratas del P. Rico, que recorria intrépido los sitios de más pe-

ligro y por la presencia del arzobispo, rechazaron en todas partes los ataques de los franceses, logrando desmontar su artillería á las nueve horas de fuego, por lo cual Moncey se vió obligado á retirarse camino de Madrid, teniendo la suerte de que no le molestase el general en jefe Cervellon, que permaneció inactivo con un cuerpo de 12.000 hombres, por lo cual la Junta le destituyó del mando.

Horrores de Cuenca. La acometida contra Valencia dió ocasion á que se cubriera de oprobio en Cuenca un general francés llamado Caulincourt. Habiéndosele ordenado de Madrid que desde Tarancon marchase sobre Cuenca en observacion de lo que pudiera ocurrir en Valencia, al acercarse á aquella ciudad unos cuantos paisanos exaltados dispararon sobre sus tropas, lo cual fué bastante para que diera orden á éstas que entrasen á sangre y fuego la poblacion: la soldadesca que entró en Cuenca sin resistencia, alentada por su bárbaro general, robó y asesinó sin piedad hombres, mujeres y niños, violó doncellas, matronas y hasta monjas, y no cesó de cometer horrores hasta ver perdidas materialmente sus fuerzas en la más asquerosa lubricidad: esta infame conducta de Caulincourt tenia que producir sus frutos bien amargos para los franceses que cayeran en poder de los españoles, sedientos de justísima venganza.

Item en Córdoba y Jaen. No se portaron mejor que en Cuenca los franceses mandados á sofocar el levantamiento de Andalucía bajo las órdenes del general Dupont, que pasaba por uno de los primeros génios militares del imperio. Despues de un ligero encuentro con el paisanaje cerca del puente de Alcolea, á tres leguas de Córdoba, dió Dupont vista á esta ciudad el 7 de Junio; intimala la rendicion, y cuando las autoridades estaban en tratos para realizarla, unos cuantos imprudentes dispararon sus escopetas de la propia manera que en Cuenca contra los franceses: Dupont, no ménos bárbaro que Caulincourt, mandó derribar en el acto á cañonazos la Puerta Nueva, y sus tropas entraron en la ciudad sin encontrar resistencia llevándolo todo á sangre y fuego; pillaron las casas

particulares que creían ricas y también los templos, inclusa la famosa catedral, antigua y magnífica mezquita de los califas cordobeses, y con barbarie exclusiva de cafres y crueldad de fieras condujeron á dichos sagrados lugares á infinitas mujeres doncellas y casadas para violarlas sacrilegamente despues de haber asesinado á sus padres, hermanos ó esposos; entraron en muchas bodegas y destaparon á tiros y á culatazos las cubas para emborracharse destrozando así una inmensa riqueza, y solamente cesaron en tan horrible bacanal cuando el añejo y espirituoso vino entorpeció sus sentidos ó la asquerosa lujuria los privó materialmente de fuerzas para seguir en sus atrocidades, reconocidas y condenadas con harta extrañeza nuestra por el historiador Thiers, quien asegura que escandalizaron la España y la Europa. No satisfecho aun con esto el bárbaro Dupont, al tener noticia de que se habia asesinado en Jaen á un comandante francés, envió allá una columna que reprodujo las escenas de Córdoba, llegando la crueldad hasta el extremo de asesinar á varios frailes postrados en sus lechos por graves enfermedades. Al saberse tanta maldad en la Mancha, los vecinos de Santa Cruz de Mudela y Valdepeñas ejercieron horribles represalias contra los franceses que encontraron á mano, complaciéndose en dar espantoso martirio á algunos infelices, que pagaban así los crímenes cometidos por sus compatriotas.

Batalla de Rio- Dejemos á Dupont cubriéndose de igno-
seco. minia por sus atrocidades en Andalucía, que el órden cronológico de los sucesos nos lleva por unos momentos á Castilla. Refugiado el veterano general Cuesta en Rioseco despues del ataque de Cabezon, empezó á reorganizar sus fuerzas é instruir las, y más animoso que lo que permitian sus años y ménos cauto que lo que debia ser por su experiencia militar, pidió auxilio á las Juntas de Astúrias y Galicia para presentar batalla á las aguerridas tropas francesas precisamente en los llanos de Campos (*Campi gotorum*), de los cuales debia haber huido, para herir á mansalva al enemigo en las entrañas de las sierras. La junta de Astúrias

le mandó un pequeño contingente y la de Galicia, que por cierto no confiaba en él, le envió casi todo el ejército que habia podido reunir á las órdenes de D. Joaquin Blake, aunque dando á éste instrucciones cavilosas, muy propias del espíritu gallego, de suyo desconfiado, hasta el extremo de decirle *que los que piensan como hombres de bien, cual Blake pensaba, son regularmente los engañados*, máxima detestable que, de seguirse, convertiria á cada hombre en un malvado, concluyendo por consignar á su general la libre y sana teoria *de que España no debia conocer más autoridad suprema que la de las Cortes, y que éstas debian reunirse para establecer la soberanía unida de toda la nacion*. Blake, que salió del reino de Galicia al frente de 20.000 infantes, 28 cañones y solos 150 caballos, dejó una division de 5.000 hombres en Benavente y avanzó con los 15.000 hácia Rioseco, en donde Cuesta contaba con un pequeño ejército de 7.000 infantes, casi todos bisoños, cerca de 2.000 carabineros y unos 200 ginetes entre guardias de corps y carabineros reales. Tomó Cuesta el mando en jefe, que le pertenecia como general más antiguo, é insistiendo en su opinion de dar batalla á los franceses en los llanos de Castilla, Blake, que opinaba por guarecerse en las montañas, tuvo la debilidad de sucumbir á contrario parecer. El 12 de Julio salió el mariscal Besieres de Búrgos, con ánimo de batir á Cuesta, al frente de 16.000 infantes, 1.500 caballos y poderosa artillería, y el 13 con dos marchas forzadas de doce leguas cada una logró llegar á las inmediaciones de Rioseco, habiendo pasado por delante de Palencia y de los montes de Torozos cuando el confiado Cuesta creia que el enemigo debia aparecérsese por el lado de Valladolid. En la grande y árida llanura que se extiende al Nordeste de Rioseco entre esta ciudad y el pequeño pueblo de Palacios, empezó la batalla al amanecer del dia 14, encontrando los franceses dividido en dos cuerpos el ejército español, fuese por torpeza de Cuesta, ó lo que es más probable, por las instrucciones que á Blake le diera en mal hora la Junta de Galicia, de que no dejase nunca de ser él general en jefe de sus tropas. Fácil le fué á Besieres

interponerse entre los dos cuerpos, aunque no sin oponerle fuerte y hasta heróica resistencia los guardias de corps y carabineros que se batieron como leones; pero el cañon francés, muy superior al español, jugando de una manera horrible en términos que se oía desde Palencia (44 kilómetros de distancia), segun testigos presenciales que nos lo han asegurado, desbarató luego los mal disciplinados batallones castellanos, y lanzando en seguida Besieres su caballería, cinco ó seis veces más numerosa que la contraria, hizo una horrible carnicería dejando cubierto de cadáveres el extenso llano. Disperso todo el ejército español, algunos soldados se refugiaron en Rioseco, y al perseguirlos las tropas francesas entraron en la ciudad degollando á cuantos encontraban al paso y cometiendo despues en ella las mismas atrocidades que sus compatriotas en Córdoba, Jaen y Cuenca, idénticos robos y más repugnantes violaciones, porque ejecutaron éstas en infelices monjas sexagenarias y paralíticas. La triste jornada de Rioseco nos costó 6.000 hombres con muertos, heridos y prisioneros, contándose entre los primeros el general conde de Maceda: los franceses tuvieron fuera de combate una quinta parte, muriendo tambien en la batalla varios jefes y el general D'Armagnac, que así pagó su aleve proceder de Pamplona. Cuesta se retiró recogiendo dispersos hácia Leon, de donde, perseguido por Besieres, tuvo que torcer para Salamanca, y Blake tomó la vuelta de Galicia por Astorga, situándose en el escabroso país del Vierzo, desde donde, como bueno y honrado, rechazó con indignacion y desprecio las ofertas que le hizo Besieres para que abandonase las banderas de la pátria.

Nombramiento de Murat para rey de Nápoles. Batalla de Bailen.

Napoleon recibió en Bayona con transportes de júbilo la noticia de la victoria de Rioseco hasta el extremo de decir, *que con ella habia asegurado el trono de su hermano*, en marcha entonces para Madrid, y con fecha 15 de Julio nombró por un decreto, como si se tratase de un prefecto, rey de Nápoles á su cuñado Murat, regresando él inmediatamente á Paris. No contaba Bonaparte con la gran

derrota que inmediatamente iba á sufrir, derrota que sin duda fué la que socavó por los cimientos el edificio de su imperio y le presentó á los ojos del mundo tal cual era, ni invulnerable ni invencible. Dupont, despues de las atrocidades cometidas por sus tropas en Córdoba y Jaen, habia retrocedido á Andújar sobre el alto Guadalquivir para proteger el paso por Sierra-Morena de los refuerzos considerables que le enviaba Savary hasta el punto de reunir un ejército de 22.000 hombres, los 2.000 de á caballo, con 40 piezas de artillería, repartidos en tres divisiones, una á sus inmediatas órdenes que era la más numerosa, otra á las de Vedel, y otra á las de Doufour. El ejército de ambas Andalucías, á las órdenes del general Castaños, inclusas tres partidas volantes que acaudillaban D. Juan de la Cruz, D. Pedro Valdecañas y D. Pedro A. Echevarri, constaba de 25.000 infantes, 2.000 caballos y otras 40 piezas, repartido en cuatro divisiones, ninguna á las órdenes inmediatas de Castaños, y sí la primera á las de D. Teodoro Reding, la segunda á las del marqués de Coupigni, que habia servido en guardias valonas, la tercera á las del general Jones, de nacion irlandés, y la cuarta, que era de reserva, á las del general D. Manuel Peña. En este ejército de 25.000 hombres, casi dos terceras partes eran paisanos recién sacados de sus casas, á los cuales habian dado en pocos dias cierta instruccion militar los generales Castaños y Reding: en el ejército francés por el contrario, todo aguerrido y disciplinado, descollaban los coraceros y dragones, el regimiento infantería de la marina imperial y la llamada primera legion, que habian vencido en mil combates.

La gran batalla que tuvo lugar en diferentes dias y jornadas, comenzó el 16 de Julio, segun el plan acordado por nuestros generales en la villa de Porcuna. El valiente Reding atacó con los suizos españoles y los soldados de Granada al general Liger Belair, encargado de defender con 3.000 hombres el paso del Guadalquivir, cerca de Mengivar, pequeño pueblo situado á 22 kilómetros de Andújar, rio arriba y á la izquierda de éste, viéndose medio sorprendido y envuelto cuando ménos lo pensaba, por

que la gente de Reding, en vez de vadear el rio por donde esperaba el general francés, lo hizo por el sitio llamado del Rincon: el desprevenido Liger Belair no tuvo siquiera tiempo para ordenar sus tropas y desde el primer momento se pronunció en retirada, siendo perseguido hasta cerca de Bailén, villa de 6.000 almas, situada en el camino de Madrid á Sevilla, 28 kilómetros al norte de Andújar y al pié de Sierra Morena: Reding, despues de batir tambien en un nuevo encuentro una fuerza francesa, que salió de Bailén á proteger á Liger Belair, con muerte del general Gobert, retrocedió prudente y cautelosamente y, pasando el rio, se guareció tras de su orilla izquierda. Dufour y Liger, ignorando la direccion de Reding, dejaron á Bailén y se instalaron en las nuevas poblaciones de Sierra Morena á unos 16 kilómetros de distancia: Dupont, á quien no gustó el abandono de Bailén por Dufour y Liger, ordenó que la ocupase Vedel, pero éste, temiendo que fueran atacados aquellos dos generales, abandonó tambien á su vez á Bailén y se reunió con ellos ocupando la Carolina y Santa Elena. Esta gran falta de los generales franceses, que dividia sus fuerzas en dos cuerpos, uno situado en Andújar y otro en la Carolina y Santa Elena á 40 kilómetros de distancia, la aprovechó con gran talento Reding, repasando de nuevo el Guadalquivir en union ya de la segunda division al mando de Coupigni y colocándose el 18 de Junio en Bailén en medio de las dos fuerzas francesas, Reding se halló así en aquella villa al frente de 12.000 hombres, que fueron los que únicamente entraron en fuego de los 25.000 de que contaba el ejército de las Andalucías: la posicion de Reding era magnífica y al escojerla no sólo se acreditó de excelente táctico, sino que se colocó á la altura de los grandes capitanes de la historia en momentos supremos: de un lado contaba con fuerzas para batir á los franceses que se encontraban al Norte al pié de los puertos, y de otro podia lanzarse sobre los que tenia al Sud, sobre el mismo Dupont, que ocupaba Andújar, y él y Castaños coger así al general en jefe enemigo entre dos fuegos. Sabedor Dupont de que Reding se hallaba en Bailen, concibió idéntico pensa-

miento respecto del general español, de cojerle entre dos fuegos, los de Vedel y los suyos, y al efecto, pasando aviso á éste, salió de Andújar en la noche del 18 y al amanecer del 19 se dieron vista en los campos de Bailen las avanzadas suyas y las de Reding, empeñándose con fuerza la accion desde las cuatro de la mañana de aquel día, que iba á alumbrar el sol de Andalucía arrojando sus rayos abrasadores sobre unos y otros combatientes.

□ Dupont, que pensaba batir pronto á Reding para volver contra Castaños, quien al momento ocupó á Andújar, lanza su vanguardia contra el ejército español, que la recibe con nutrido fuego de fusil y de cañon, desmontando cuatro piezas francesas la artillería española, perfectamente dirigida por los coroneles del arma Cruz y Juncar, habiéndose distinguido en estos primeros momentos de la lucha el bravo general Venegas; hace entrar Dupont de seguida en fuego á los suizos al servicio de Francia contra los suizos al de España, que rechazan valerosamente á sus compatriotas, como las guardias valonas y los mal disciplinados batallones granadinos, animados por Reding, que se encuentra digámoslo así en todas partes, rechazan las brillantes cargas de dragones, coraceros y cazadores de á caballo: eran las diez de la mañana, y los franceses no habian ganado ni un palmo de terreno, perdiendo por el certero fuego del cañon español mucha gente. Dupont hace que entre de refresco su retaguardia mandada por el general Pannetier, pero tambien es rechazada, dejando el campo cubierto de cadáveres. Las tropas francesas, víctimas de una sed devoradora, se encontraban ya sin aliento, no sólo por el inesperado heroismo de los españoles, sino tambien por el sol abrasador de aquel día, que éstos mejor que ellas soportaban. Junto á una noria ó pozo dentro del extenso campo de batalla se veian una porcion de cadáveres de soldados de ambas partes, que habian preferido la dulce muerte del plomo á la horrible de la sed. Ya cerca del medio día, determina Dupont hacer un supremo esfuerzo, y colocándose con todos sus generales al frente de las columnas y recordando á los soldados las victorias napoleónicas,

logra que todo su ejército se lance en peso contra los españoles, que rechazan al francés con más serenidad que nunca en medio del legítimo orgullo de Reding.

Cuando más récia se presenta la pelea, los suizos al servicio de Francia se entienden con los de Reding y se pasan á éstos, dejando aterrado á Dupont, quien levemente herido y marchando al acaso de aquí para allá, grita con la mayor desesperacion: *¿dónde está Vedel? ¿qué hace Vedel?* Pero como Vedel no parecia y sus soldados se ahogaban de sed, el tigre que habia ordenado y consentido las atrocidades de Córdoba y Jaen propuso humildemente una tregua á Reding, que éste aceptó en el momento que llegaba la tercera division de orden de Castaños, mandada por el general Peña: 2.000 franceses yacian cadáveres sobre el campo de batalla, entre ellos el general Dupré, y tan sólo 250 españoles: el cuerpo volante de D. Juan de la Cruz contribuyó mucho al éxito de la batalla molestando continuamente por los flancos á las tropas francesas.

Vedel, que se habia internado con Dufour en Sierra-Morena en busca de Reding, glorioso vencedor de Dupont, así que recibió el aviso de éste, tomó precipitadamente el camino de Bailén, de cuya villa distaba 30 kilómetros, dejando la division Dufour con una brigada de coraceros en Guarroman: al llegar al campo de Bailén despues del medio día del 19, antes que con las de Dupont, tropezó con las tropas españolas que estaban descansando en virtud de la tregua estipulada: Reding, en el acto de saber su aproximacion, le envió dos parlamentarios para enterarle de la tregua, pero el irreflexivo y petulante francés les contestó: *decid á vuestro general que yo me cuido poco de eso y que voy á atacarle*, y en efecto lo realizó haciendo que parte de sus tropas acometiesen á los que descansaban tranquilos bajo la fé de lo pactado, y cogiendo fácilmente prisionero á un batallon de Irlanda: en seguida mandó atacar una ermita próxima, pero prevenido el regimiento Ordenes militares, que la ocupaba, rechazó brillantemente la embestida en ocasion de llegar un edecan de Dupont con orden escrita

para Vedel á fin de que suspendiese toda hostilidad, interin se concluía el armisticio que se estaba celebrando. Como preliminar de él pedia Dupont que se le permitiese regresar á Madrid con todas sus tropas: Reding le contestó que remitía su pretension al general en jefe Castaños, y en su virtud Dupont mandó ante éste, que acababa de ocupar á Andújar, al general Chabert con plena autorizacion para firmar el correspondiente convenio. El proceder de Vedel atacando á los españoles despues de la tregua, tenia terriblemente irritados á éstos, en particular al conde de Tilly que como representante de la Junta de Sevilla se hallaba en Andújar al lado de Castaños: esto y la circunstancia de haber acudido á Bailén despues de la gloriosa victoria muchos miles de paisanos armados de los pueblos inmediatos, que no se separaron ni de dia ni de noche de aquellos alrededores, teniendo como en un círculo de hierro á los franceses, hizo que Castaños rechazase las proposiciones de Dupont: abatido éste envió al general Marescot, recién llegado de Madrid, para que viese de sacar el mejor partido: aperciense los franceses de que los españoles no ceden, y surgen en el campamento de Dupont mil planes disparatados: los más audaces proponen atacar de nuevo á Reding, otros clavar la artillería y que la infantería y caballería se abran paso por Despeñaperros, y Vedel con consentimiento de Dupont, ya completamente atolondrado, levanta el campo y se encamina con su division hácia la sierra: saben esto los españoles y en el acto intiman á Dupont que si no hace retroceder á Vedel seria pasada á cuchillo toda su gente, que aun constaba de más de 8.000 hombres: Dupont manda apresuradamente dos oficiales de Estado Mayor á Vedel con orden de que se detenga porque sus tropas se hallaban comprendidas en el convenio que se acababa de celebrar en Andújar (el 22 de Julio), segun el cual las tropas á las inmediatas órdenes de Dupont quedaban prisioneras de guerra y las divisiones de Vedel y Dufour habian de entregar las armas en calidad de depósito hasta que las recibieran al ser embarcadas para Francia en buques españoles. Al siguiente dia

23, las tropas vencidas de Dupont en número de 8.242 hombres desfilaron á presencia de Castaños y precisamente delante de las españolas que no se habian batido: Dupont entregó su espada á Castaños: las tropas de Vedel y Dufour colocaron sus armas en pabellones el 24 en Bailén para que las recibieran los comisarios españoles, que se encargaron tambien de todos los caballos y de 40 piezas de artillería.

Tal fué la famosa batalla de Bailén que la historia registra ya con letras de oro en sus páginas para pasarla á la más remota posteridad: estos fueron los resultados de ella: José escapando de Madrid, protegido por el cuerpo de Moncey á guarecerse cerca de Francia entre 100.000 veteranos galos, y Europa respirando y poniendo toda su confianza en esta tierra de España, en donde creyó que habian resucitado los invencibles tercios castellanos de Gonzalo de Córdoba, Leyva y Farnesio. Tuvo la antigua Grecia muchas estátuas para los héroes de las Termópilas, Platea y Salamina: la España despues de cerca de setenta años no ha tenido siquiera una para Reding, verdadero héroe de la inmortal jornada.

Bonaparte en el acto de recibir la noticia de haberse rendido Dupont, al que tenia por uno de sus mejores generales, rugió de cólera y hasta vertió lágrimas, y si no exclamó con Augusto enloquecido al saber el destrozo de sus tropas en Germania, *¡Varo! ¡Varo! ¡devuélveme mis legiones!* fué porque los españoles no eran como los antiguos germanos y respetaron generosos las vidas de los asesinos, ladrones y violadores en Jaen y en Córdoba. El parcial Thiers dice que Napoleon en el primer ímpetu de su tremenda cólera quiso fusilar á Dupont, Marescôt, Vedel y demás generales que tomaron parte en la capitulación, y el sensato general Foy asegura que derramó lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas, sobre el honor de las armas francesas ultrajadas. El caso no era para ménos, porque como dice el mismo Foy en su *Historia de la guerra de la Península*, en que él se halló, *la España enlazó y confundió los triunfos de Pavia con las palmas de Bailén; la Inglaterra deliró de gozo; la Europa*

oprimida se volvió hacia la España, y todos los pueblos fijaron sus miradas en el punto de donde surgia de una manera tan inesperada un destello de luz, que habia de alumbrar al mundo.

Los prisioneros de la batalla de Bailén sufrieron crueles tratamientos de la plebe enfurecida en todos los pueblos del tránsito de Andújar á Cádiz, teniendo que intervenir muchas veces para salvar sus vidas la fuerza que los custodiaba: en el Puerto de Santa María, el pueblo mató á algunos, exasperado por habersele caído á un oficial de su maleta una patena y la copa de un cáliz de los robados en Jaen ó Córdoba. Dignos de reprobacion son estos excesos, ¿pero no merecen cierta disculpa por ejecutarlos un pueblo indignado en los pilladores de iglesias, destructores de preciosos géneros y violadores infames y cobardes de vírgenes y matronas en los templos de Córdoba, despues de haber asesinado á sus padres, esposos ó hermanos? Más dignos de vituperio y ménos disculpables son los hechos que las tropas de Monecy cometieron en su retirada con José, saqueando y quemando varios pueblos del tránsito, como el Molar, Buitrago, Venturada y otros. Así como reprobamos unos y otros escesos, lo hacemos tambien de la falta infame y cobarde á la capitulacion de Andújar, no por culpa de Castaños, sino por la del gobernador de Cádiz Morla, que profesaba la atrocísima máxima de que no habia obligacion de guardar fé con los autores de tantos sacrilegios y maldades, siendo él causante de que se encerrase en los pontones y fortalezas de dicha plaza á todos los franceses, y en vez de conducirlos á su país fuesen al fin entregados como prisioneros á merced del gobierno inglés: de este modo, uno que habia de ser pronto afrancesado echó un borron innecesario sobre las inmortales glorias de Bailén.

Primer sitio de Zaragoza. Tiempo es ya de narrar lo que á estas fechas habia ocurrido y estaba ocurriendo en Zaragoza. Se halla sentada esta ciudad á la derecha del Ebro, que allí lleva copioso caudal, y cuyos campos bañan además, fertilizándolos, el Gállego, que naciendo en el Pirineo viene á morir á aquel rio 3 kilómetros por

bajo de la ciudad, y el Huerva que, descendiendo por el opuesto lado de las montañas de Teruel confunde sus aguas con las del Ebro á la derecha de la poblacion y cerca de sus muros, consistentes en unas malas tapias, bajas y la mayor parte de tierra: del otro lado del Ebro está el arrabal, que cuenta con una poblacion numerosa, casi toda de labradores, y se comunica con ella por un gran puente de piedra. Fertiliza asimismo los campos de Zaragoza el Canal Imperial, así llamado por haberse construido en tiempo de Carlos V, aunque las principales y verdaderamente útiles obras se hicieron en el siglo XVIII, bajo la direccion del ilustre canónigo Pignatelli. Al noroeste y fuera de murallas está en terreno llano el llamado castillo de la Aljafería, débil fortaleza, que sirvió de palacio á los reyezuelos árabes, que la construyeron y dieron nombre, aunque despues la mejoraron y engrandecieron los reyes reconquistadores y principalmente Fernando é Isabel. Tambien como á un kilómetro y medio de la ciudad se halla el monte Torrero, pequeña colina con varios edificios junto al *Canal Imperial* que corre al Oeste y Sud de la poblacion. Despues de las desgraciadas acciones de Mallen, Gallur y Alagon, de que arriba hemos hablado, se situó el general Lefebre en los alrededores de Zaragoza, dispuesto á acometerla y hacerla suya á la manera que otras tropas francesas se habian hecho dueñas por la misma época de Valladolid, Santander, Cuenca, Córdoba, etc. Contaba Lefebre apoderarse con seguridad de Zaragoza, no sólo por la debilidad de sus muros, sino por carecer verdaderamente de soldados y constar su poblacion entonces de escasas 60.000 almas, mientras que él tenia á sus órdenes un ejército aguerrido y disciplinado con gran tren de batir y esperaba pronto considerables refuerzos; pero no contaba con el valor indomable de los zaragozanos, dispuestos á renovar dentro de sus muros las hazañas de Saguntó y de Numancia. El 14 de Junio propuso á Palafox el francés, apoyado en su pretension por el miserable Vilella y otros dos de los famosos diputados españoles de Bayona, enviados *ad hoc* por Bonaparte, que le abriese las puertas de la ciudad: Palafox no

dió más contestacion que salir al encuentro de los franceses el 15 por la mañana, dejando encomendada la defensa de la poblacion á unos 300 veteranos y al vecindario, de cuya lealtad y bravura estaba firmísimamente convencido, como lo estaba tambien de que durante su corta ausencia, le remplazaria muy bien Calvo de Rozas, espíritu levantado, de magnánimo corazon y capaz de los más altos hechos en pró de la independenciam y libertad de su pátria. Palafox trató con sus bisoñas tropas y multitud de paisanos armados de acometer el campo enemigo, pero viendo á éste en extremo prevenido, se dirigió al pueblo de Longares en direccion de Calatayud, visto lo cual por Lefebre ordenó que sus tropas acometiesen la ciudad, logrando algunos ginetes entrar por várias calles. Deliberaban en esto en la casa de la ciudad el ayuntamiento y autoridades sobre los medios de rechazar al enemigo cuando de improviso, entró un grupo de paisanos armados y rogó á los que en el local estaban que le despejasen para ocupar ellos los balcones á fin de hacer fuego á los franceses: todo el mundo corrió á defender la pátria con las armas que pudiera proporcionarse, pero mientras tanto los ginetes que habian entrado en la poblacion se vieron tan acosados por hombres, mujeres y niños, guiados por el coronel retirado Torres, que los más mordieron el polvo junto á las puertas del Portillo: entonces y como por encanto se notó en toda la poblacion un movimiento extraordinario: al toque de rebato de todas las campanas, pobres y ricos, jóvenes y ancianos, mujeres y niños, grandes y pequeños, curas y frailes se echaron á la calle á desempeñar cada uno su cometido: unos se pusieron á reparar los muros, otros á levantar barricadas, éstos conducian cañones en hombros á los puntos más vulnerables y aquellos traian pólvora y municiones y cuanto hacia falta y pedian los más valientes, colocados en los sitios de peligro para defender con sus vidas la cara ciudad. Lefebre dispuso entonces el ataque simultáneo por tres puntos, las puertas del Portillo, Carmen y Santa Engracia: la columna que avanzó contra las primeras puertas fué rechazada con grandes pérdidas

por el fuego de fusil y cañon del castillo de la Aljafería á cargo del oficial retirado D. Mariano Cerezo: la que se dirigió á las puertas del Cármen sufrió la misma suerte, y la que logró penetrar por las de Santa Engracia pagó bien cara su osadía, porque al querer apoderarse del cuartel inmediato fué hecha pedazos despues de terribles choques en las cuadras y patios del mismo cuartel y calles inmediatas. Tambien fueron bien escarmentados los franceses en el campo llamado de las Eras, en donde el paisanaje, guarecido tras de árboles y tapias hizo una espantosa mortandad, á la que puso término la noche, que separó á los combatientes, habiendo tenido Lefebre 500 muertos y perdido además seis cañones: en esta jornada se distinguieron, animando á los hombres con hechos y palabras, algunas mujeres, entre ellas Estefania Lopez y una cuñada de Cerezo. En aquella noche (la del 15 de Junio) para dar direccion al exhuberante patriotismo y valor de los zaragozanos hubo reunion de autoridades, y de acuerdo con las indicaciones que al salir habia hecho Palafox fué investido con el mando de la ciudad el gran patriota Calvo de Rozas, que hizo poner en ordenado movimiento á todos sus habitantes sin excepcion de sexo, condicion ni estado, y como por encanto apareció al siguiente día Zaragoza en disposicion de rechazar otros ataques más formidables que los pasados.

La salida de Palafox, que obedeció, más que á un buen plan militar, á arranques generosos de su patriotismo, porque con tropas colecticias é indisciplinadas y turbas de paisanos era locura el intentar batir á los franceses, tuvo un resultado funesto. Lefebre, calculando por su derrota del 15 que no podia tomar á Zaragoza sin los grandes refuerzos que esperaba de Pamplona, determinó, dejando bloqueada la plaza con la mitad de su gente, ir con la otra mitad al encuentro de Palafox, al que sorprendió y batió en Epila (villa de tristes recuerdos para Aragon por haber sido destrozado en ella el justicia Lanuza por el general de Felipe II el cruel Vargas) el 23 de Junio, causándole una pérdida de 1.500 hombres entre muertos y heridos y cogiéndole además seis cañones.

Palafox se retiró hácia Calatayud y Lefebre entró el 24 en Epila, en donde sacrificó bárbaramente á un sacerdote y á 36 vecinos más del pueblo, tomando en seguida el camino de la capital de Aragon. Palafox mandó á su hermano el marqués de Lazan, que le acompañaba, volver á Zaragoza, á donde él pensaba tambien regresar con su gente: al siguiente dia de llegar el marqués (26 de Junio) acordó con Calvo de Rozas una ceremonia hasta no más majestuosa; reunidas cuantas tropas habia en la ciudad, aumentadas ya con soldados que desertaban de sitios ocupados por los franceses, en la gran plaza del Cármen y delante de muchedumbre inmensa, se las exigió el siguiente juramento: «*Jurais, valientes y leales soldados de Aragon, defender vuestra santa religion, vuestro rey y vuestra pátria sin consentir jamás el yugo del infame gobierno francés, ni abandonar á vuestros jefes ni esta bandera protegida por la Santisima Virgen del Pilar?* Tropas y pueblo contestaron con un grito unánime y entusiasta: *¡Sí juramos!*

En el mismo dia de esta augusta ceremonia estuvo expuesto Calvo de Rozas á ser víctima de la más cobarde alevosía. Queriendo saber los franceses, un tanto alarmados por el inmenso y entusiasta grito del juramento, la causa que le habia producido, despacharon un comandante con varios ginetes, quienes aproximándose á la ciudad dijeron que querian pasarse al partido de España, pero que para hacerlo tenian precision de hablar con el intendente: salió Calvo como bueno y noble, y al llegar á donde dicho comandante estaba, éste con una villanía sin ejemplo dió órden á sus soldados para que rodeasen al intendente, que en el acto vió una porcion de lanzas sobre su pecho, diciéndole que no pensaba entregarse, que le habia tendido aquella celada para que le dijese lo que ocurría en la ciudad y ésta abriera sus puertas á los franceses, y que si no se prestaba á esto seria en el acto muerto ó prisionero. El vil que ejecutó esta cobarde accion era un polaco; este miserable sin pátria no conocia ni podia conocer en lo mucho que estimaba la suya Calvo de Rozas, quien le contestó con imperturbabilidad, «que él y sus

soldados serian los muertos, pues que á una señal suya el cañon de la Aljafería dispararia sobre ellos.» Acobardado el polaco propuso en buenos términos de parte de su general una conferencia, la cual, aun cuando tuvo lugar en la misma tarde del 26 entre varios españoles y Lefebre y Verdier, que acababa de llegar con grandes refuerzos, no dió resultados de ninguna especie. Entonces se acordó por las autoridades militares derribar todas las casas y tapias de les contornos de la ciudad y limpiarlos de árboles, y era de ver la abnegacion con que muchísimos propietarios de casas de campo, llamadas torres, derribaban por sí ó por medio de sus criados sus propias fincas y echaban por el suelo sus apreciados árboles frutales para que el enemigo no encontrase ninguna clase de abrigo al acercarse á la muralla.

A todo esto Palafox no parecia, porque el descalabro de Epila, dispersándole la gente, le impedía llegar á Zaragoza tan pronto como él deseaba, y en cambio con la llegada de Verdier, quien como general más antiguo que Lefebre tomó el mando de todo el ejército sitiador, se aumentó éste en unos 5.000 hombres, incluidos 800 portugueses que servian de mala gana la causa francesa: además de tal refuerzo trajo Verdier 30 cañones, cuatro morteros y 12 obuses. Verdier ordenó acometer de nuevo la ciudad el 27, día memorable por la espantosa catástrofe de que ésta fué víctima: en medio del horroroso fuego que hacia el cañon enemigo voló con inmenso estrépito el almacen de pólvora que se estaba formando principalmente con la traída de Torrero en el Seminario conciliar, levantando por los aires enormes vigas, piedras, tejas y trozos de cuerpos humanos, rompiendo casi todos los cristales de la ciudad y llevando por el pronto á la imaginacion de todos sus moradores la idea de que el firmamento se caia sobre ellos: un descuido ocasionó el horrendo suceso, que destruyó una porción de casas inmediatas, tanto más de lamentar cuanto que privaba á los sitiados de un artículo tan importante como la pólvora: noticiosos todos de la causa de la catástrofe cobraron ánimo y con más brio que nunca rechazaron las acometi-

das de los franceses, inhumanos hasta no más en redoblarlas al saber la voladura del almacén de pólvora, cuyo espantoso ruido había helado también por de pronto sus corazones.

Continuaron el 28 y 29 las acometidas de los franceses obteniendo igual éxito que las anteriores, pero en el último día se perdió el monte Torrero junto al Canal Imperial, créese que por desaliento del comandante que le tenía á su cargo llamado Falcon, el cual días después fué fusilado por sentencia de un consejo de guerra para que su muerte sirviese de escarmiento no sólo á los que pensasen ser traidores sino á los que no cumpliesen como bravos y buenos con sus deberes.

El 1.º de Julio sufrió la ciudad un ataque general, que fué rechazado en todas partes, cubriéndose de gloria en dicho día una jóven de 22 años, de rostro agraciado, llamada Agustina Zaragoza: yacían muertos al pié de sus piezas todos los artilleros que habían defendido las puertas del Portillo, y como los franceses observáran que no se les hacía fuego de cañón determinaron entrar por dichas puertas: penetróse de ello la jóven, y al acercarse los franceses coje la mecha encendida de un artillero tendido al pié de su cañón y aplicándola á éste hace un destrozo horrible en el enemigo y le obliga á retirarse: acto tan heroico fué premiado luego por Palafox concediendo á Agustina el empleo de alférez y una pensión, de que disfrutó también una hija de la brava zaragozana. Al siguiente día lograron los franceses apoderarse de dos conventos extramuros de la ciudad, no sin pérdidas enormes y luchas terribles en los claustros y patios; pero el sentimiento de esta pérdida fué pasajero, porque le hizo olvidar la entrada de Palafox á la mitad de la tarde, produciendo su presencia un entusiasmo delirante entre tropas y paisanos.

Convencido Verdier de que cuantos ataques se intentasen por el estilo de los frustrados serían inútiles, determinó circunvalar la ciudad, en la idea también de que ésta no recibiese por el Ebro la pólvora que recibía de la cercana fábrica de Villafeliche, que al fin lograron incen-

diar por aquellos días los franceses, sin que tan terrible contratiempo desalentase los corazones de los sitiados: hizo construir un puente de barcas con formidables obras de defensa en sus dos cabezas, pero contra él levantaron los zaragozanos otras obras con baterías en el arrabal, desde las cuales molestaban continuamente á los franceses, distinguiéndose en esto el buen tío Jorge, ya conocido del lector por su noble conducta durante el alzamiento: mandó también Verdier bombardear la ciudad el 1.º de Julio; pero ni esto amilanó á los sitiados, que se dedicaron á hacer blindajes para recorrer con ménos peligro las calles principales y acometieron la grande empresa de torcer el curso del Huerva, haciéndole entrar en la poblacion para apagar con sus aguas los incendios que ocasionáran las bombas. En todos los siguientes días de Julio hubo combates por do quiera, siendo de notar la sorpresa que intentaron realizar los franceses en la noche del 17 acercándose sigilosamente á las puertas de Santa Engracia: los sitiados, que se hallaban prevenidos, dejaron que se aproximasen á los muros los enemigos, y todos éstos quedaron tendidos sin vida en el momento mismo en que creían profanar con su planta el suelo de la ciudad. Fatigados ya los franceses de tan porfiada resistencia determinaron hacer el último esfuerzo para el cual habian recibido recientes refuerzos: colocaron siete baterías frente á la puerta de Santa Engracia, formadas con 60 cañones, obuses y morteros, todas próximas á la débil muralla, algunas á 20 varas de ella, y construyeron un camino cubierto para por él entrar impunemente en la ciudad: las formidables baterías empezaron á lanzar proyectiles en espantoso número, de los cuales cayeron no pocos sobre el Hospital general, donde se guarecian heridos, enfermos, dementes, niños y ancianos, á quienes hubo que trasportar, recogiendo con gran trabajo á los locos, á otro punto más seguro; pero Verdier reservaba para el 4 de Agosto, en que se jactó de entrar en la ciudad, echar el resto de la manera más espantosa y terrible: ordena que la batería más próxima á Santa Engracia, que constaba de 26 piezas de grueso calibre, vomite pro-

yectiles y más proyectiles sobre el convento inmediato á las puertas, y en pocos minutos el edificio se convierte en un monton de ruinas, que aun se ven hoy dia, pereciendo entre ellas todos sus defensores: en este momento hace entrar algunas compañías por el boquete que acaba de abrir la formidable batería, pero en las bocacalles próximas se ven aquellas diezmadas por el paisanaje y soldados, que se baten con valor incomparable, no permitiendo avanzar al enemigo. Verdier, admirado de tanto heroismo y convencido de que antes que llegar al centro de la ciudad perderia la mitad ó más de su gente, reflexiona, toma una pluma y un pedazo de papel y hace que por manos españolas llegue á las de Palafox la siguiente lacónica proposicion : *paz y capitulacion*. Palafox, más valiente y sereno que Leonidas al contestar á Jerjes antes de la pelea, que le pedia las armas junto á las Termópilas, *ven á tomarlas*, le dice á Verdier, en medio del fuego, en otro pequeño papel : *guerra á cuchillo*. En vista de esta contestacion, Verdier anima á los suyos y les lanza hácia la calle del Coso, pero una batería recién levantada, enfilando á Santa Engracia, barre á cuantos franceses se presentan delante, al ver lo cual dirige nuevas tropas sobre el convento de San Francisco y hospital general, que fueron tomados aunque en medio de arroyos de sangre, producidos por mil combates parciales. Dueños los franceses de parte de la calle del Coso y volándose por una imprudencia un pequeño repuesto de pólvora que habia cerca de la batería enfilada á la de Santa Engracia, entró el pánico en muchos defensores, que se precipitaron en desórden en direccion del arrabal; pero allí no era permitido el miedo, que en una ciudad de héroes no podia ménos de considerarse como un crimen, y el miedo es el mayor de los crímenes: los que huian se encontraron con que un oficial valeroso mandó dirigir contra ellos los cañones que habia cerca del puente, y al ver esto y obedeciendo á las exhortaciones de los más bravos, la multitud volvió entusiasmada de nuevo á su puesto de honor. Viendo Palafox lo mucho que se habia perdido en aquel dia salió de la ciudad en busca de auxilios forzan-

do las líneas enemigas al frente de lo más escogido de sus reducidas tropas, no sin exigir palabra formal á sus compatriotas de sostenerse á todo trance hasta su pronto regreso. Mientras tanto los franceses intentaron arrojar al arrabal á los defensores de la ciudad, pero en vez de tomar la importante calle de San Gil, se metieron en la estrecha y tortuosa del Arco de Cineja, de la cual fueron rechazados con inmensas pérdidas, viéndose entónces acometidos por todas partes y desde todas las casas y dando gracias de poder refugiarse en el hospital general y convento de San Francisco. Para obtener este resultado contribuyeron mucho 600 paisanos valerosos que vinieron del arrabal á las órdenes de Calvo de Rozas: tambien coadyuvaron á él varios eclesiásticos y hasta mujeres, distinguiéndose entre estas la condesa de Bureta y una jóven del pueblo llamada Casta Alvarez. Verdier recibió en este dia una herida de poca consideracion. En los dias 5, 6 y 7 continuaron las luchas de calle á calle y de casa á casa por balcones, ventanas y tejados, sin que los franceses pudieran ganar un palmo de terreno y sí perder muchos de los suyos. El 8 en las primeras horas de la mañana regresó Palafox, habiendo reunido á su pequeña tropa algunos refuerzos enviados de Cataluña, y sabiendo que ya estaba cerca una division de 5.000 hombres procedentes de Valencia: Palafox, como buen capitán burló la vigilancia de Lefebre que habia salido á su encuentro con un cuerpo escogido para impedirle la entrada. Los zaragozanos se creyeron ya invencibles, pero cuando más dispuestos estaban para continuar su gloriosa resistencia, vieron que los franceses se retiraban de la ciudad, volando los restos del monasterio de Santa Engracia, los almacenes y puntos fortificados de Torrero y arrojando al canal varios cañones. Acababan de llegar al campo francés las noticias de la batalla de Bailén y la retirada de José con orden de levantar el sitio. La division procedente de Valencia entró en Zaragoza el 13 de Agosto y el 14 salió camino de Navarra á picar la retaguardia de los franceses, *que iban*, segun la expresion de uno de sus historiadores, *con el corazon lacerado y hasta*

no más humillados por haber tenido que retroceder ante soldados que tenían en poco. Palafox creó un distintivo para premiar los hechos más salientes de este memorable sitio con el lema de *recompensa al valor y patriotismo.* Más de 4.000 muertos costó á los franceses este primer sitio de Zaragoza.

A cometida á
Gerona.

Mientras que, como acabamos de ver, se defendía Zaragoza con imponderable heroísmo, Gerona rechazaba también á Duhesme, que segunda vez había ido sobre ella al frente de 12.000 infantes, 600 caballos y gran tren de batir, pronunciando al salir de la ciudad condal el 10 de Julio las siguientes jactanciosas palabras: *el 12 llégo, el 13 la ataco, el 14 la tomo y el 15 la arraso:* llegó, en efecto, el 12 aunque molestado en todo el camino de la marina por los somatenes y una fragata inglesa que le hizo fuego durante largo trecho, pero aun cuando la atacó el 13, no la tomó el 14: los sitiados contestaron con desprecio á su intimacion de rendirse, y el general francés, á pesar de haber recibido órden de retirarse de la plaza con motivo de la batalla de Bailén, quiso probar fortuna y el 14 mandó que sus baterías arrojasen bombas incendiarias contra los principales puntos fortificados y el castillo que lleva el mismo nombre que el de Barcelona (Monjuich). Contestaron los sitiados con su artillería, y viendo Duhesme que sus amenazas no producian efecto y obedeciendo también las órdenes recibidas, dispuso levantar el campo; pero al hacerlo, los regimientos de Ultonia y Barcelona salieron de la plaza y arrojándose sobre las principales baterías enemigas, las inutilizaron, y llevando el espanto y el desórden á las filas francesas, volvieron victoriosos y ufanos á la ciudad. Duhesme regresó á Barcelona mohino y avergonzado, perseguido también de continuo por los somatenes y con exposicion de haber perdido todo su ejército á manos de las tropas que días antes habían desembarcado en Tarragona, procedentes de las Baleares, al mando del marqués del Palacio, á quien la Junta del Principado, que de Lérida se trasladó á Tarragona, confirió el cargo de capitán general de Cataluña en el momento de su llegada.

Portugal. Vamos á dar fin á este libro, con una ligera narracion de lo que por este tiempo ocurría en Portugal, sometido al duro yugo de Junot, que alentaba á hombres crueles y perversos como el general Loison, que se cubrió de oprobio cometiendo los hechos más atroces en Evora y otros puntos. El levantamiento de España produjo, como hemos visto, el de Portugal, si no tan unánime ni entusiasta como aquel, sin disputa tan patriótico y noble: ayudáronle materialmente cuerpos españoles mandados desde Galicia á las provincias de Tras los Montes y Entre Duero y Miño, y la Inglaterra le favoreció con más recursos que al español, lo cual se concibe por venir adherida la nacion lusitana á la política inglesa de mucho tiempo atrás. Así es que en el momento de comenzar la revolucion portuguesa mandó la Inglaterra una escuadra con 10.000 hombres de desembarco, que tomaron tierra junto á la embocadura del rio Mondego (no en Mondego como han dicho Toreno y otros historiadores, no existiendo poblacion de aquel nombre), en la poca abrigada cala de Figueira: mandábalos Sir Arturo Wellesley, tiempo andando lord Wellington, irlandés de nacimiento é inglés de corazon, ya célebre por sus guerras en la India. Sir Arturo supo á poco de desembarcar en Figueira que se habia de reunir en Portugal un ejército inglés de 30.000 hombres con numerosa artillería y que él no habia de mandarle, sino que el general en jefe lo seria el gobernador de Gibraltar Sir Dalrimple, teniendo á Sir Burrad por segundo y quedando él de tercero como general más jóven. Picado en su amor propio y ardiendo en deseos de habérselas con los franceses antes que llegasen Dalrimple y Burrad, púsose Sir Arturo en camino de Lisboa el 11 de Agosto con sus 10.000 hombres y una pequeña division que desde Gibraltar habia enviado delante de sí Sir Dalrimple al mando del general Spencer, y uniéndosele en su marcha el general portugués Freire con una division de 6.000 infantes y 700 caballos llegó hasta Caldas de la Reina á 70 kilómetros de la córte portuguesa: allí cerca, junto al sitio llamado de la Roliza derrotó al general francés Delabor-

de, que mandaba una division de 5.000 hombres. Siguió avanzando Sir Arturo lentamente porque cerca de Torres Vedras le esperaba Junot no poco desalentado por la derrota de Delaborde y más que por esto por ser ya sabedor de la batalla de Bailén y retirada de José al Ebro. Tenia Junot á sus órdenes más de 10.000 infantes y cerca de 2.000 caballos: los ingleses contaban con doble número de infantes inclusa la division portuguesa, pero con sólo 500 caballos, mitad suyos y mitad del país: por lo mismo no quiso Wellesley separarse del terreno montuoso de Torres Vedras, porque en el llano á algunos kilómetros de la costa le hubiera tal vez batido la caballería francesa. Junot hizo de su ejército tres divisiones, una que puso á las órdenes de Loison, otra á las de Kellerman y la tercera á las de Delaborde. Estaba ya muy próximo el momento de venir á las manos ingleses y franceses cuando Sir Arturo recibió la noticia de que acababa de desembarcar allí cerca Sir Burrad y celebrando los dos una ligera conferencia, fué éste de opinion que se rehuyese todo encuentro con el enemigo hasta que llegára la division que se esperaba á las órdenes del general Moore. Disponíase Wellesley á seguir la opinion de su superior Burrad, cuando por fortuna de aquel, el general Delaborde, viniendo de Torres Vedras, rompió el fuego contra los ingleses el 21 de Agosto junto á la pequeña aldea de Vimeiro cerca de la embocadura del Maceira en el Océano, siguiéndole al instante Loison y Kellerman: los ingleses no tuvieron más remedio que defenderse, y entonces se empeñó la batalla, que fué reñida y sangrienta, animando á los suyos con serenidad inalterable Wellesley y á los franceses Junot con la viveza propia de los hombres de su nacion: á las cinco ó seis horas de lucha los franceses tenian fuera de combate 1.800 hombres y tres piezas de artillería perdidas, contándose entre los muertos el general Solignac y entre los heridos Foy, que entonces era coronel de artillería y tiempo andando llegó á ser ornamento de la Francia como general y orador y tambien (cosa rara entre los de su nacion) como historiador imparcial y juicioso. Junot se creyó en esto completamente perdido, pero

vino en su ayuda Burrad, quién presentándose en el campo de la victoria arrebató el mando á Wellesley é hizo que se siguiese su opinion de no combatir á los franceses hasta la llegada del general Moore, determinacion que se atribuyó á ruin envidia contra Sir Arturo. Asi pudo Junot, aunque muy quebrantado, tomar la vuelta de Lisboa; pero sabiendo que habian llegado más refuerzos al campo inglés y con ellos el general en jefe Sir Dalrimple; que todo Portugal se levantaba en masa contra él, y hasta que la poblacion de Lisboa se encontraba en una gran efervescencia contra la guarnicion francesa que la oprimia, determinó depuesto su orgullo de aspirante á tronos y despues de un consejo de generales abrir negociaciones para un armisticio comisionando al efecto al general Kellerman: presentose éste ante Dalrimple que le encaminó á Wellesley: despues de varias conferencias acordaron Sir Arturo y Kellerman las siguientes bases del armisticio: 1.^a Que el ejército francés evacuaria á Portugal, siendo trasportado á Francia con su artillería y demás armas y bagajes: 2.^a Que á los franceses establecidos en Portugal no se les molestaria por su conducta política, pudiendo retirarse á su país los que quisieran dentro de un plazo dado, y 3.^a Que la escuadra rusa (perteneciente á una nacion entonces aliada de la Francia) permaneceria en el puerto de Lisboa como neutral, y que cuando quisiera darse á la vela, no se la perseguiria sino trascurrido el término fijado por las leyes marítimas. Despues de convenidas estas bases surgieron dificultades principalmente por lo que se referia á la escuadra rusa, pero al fin, habiéndose puesto de acuerdo por separado el almirante ruso Siniavin y el inglés Cotton, recibiendo éste la escuadra de aquel como en depósito, se firmó en Lisboa el 30 de Agosto el convenio dicho de Cintra, á causa de hallarse en este punto Sir Dalrimple cuando le ratificó, pues que los que le acordaron fueron Wellesley y Kellerman. Segun dicho convenio todo el ejército de Junot deponia su actitud de guerra y se entregaba á los ingleses, no como prisionero, sino para que éstos le trasportasen á los puertos occidentales.

de Francia, y los españoles, que malamente tenían como prisioneros los franceses, debían ser conducidos, bien armados y equipados, como lo fueron, á un puerto de Cataluña. Los portugueses recibieron mal y con razón el convenio de Cintra, porque no se contó con ellos para celebrarle, y los generales ingleses, continuando en su desprecio hácia la nacion lusitana, restablecieron con acuerdo de su gobierno la regencia que al partir para el Brasil habia nombrado el príncipe D. Juan y disolvieron todas las juntas populares inclusa la de Oporto, que habia prestado inmensos servicios. Veían ya los portugueses fuera de su suelo un invasor, y en el acto eran víctimas de un semi-conquistador. Pero lo extraño es que la opinion pública se pronunciára casi unánime en Inglaterra contra el citado convenio de Cintra: hubo periódicos que dieron al público grabados representando á los tres generales ingleses pendientes de tres horcas, y hasta el ayuntamiento de Lóndres protestó enérgicamente, por todo lo cual se trató de residenciar á aquellos militares, declarando al fin la junta nombrada al efecto que no habia mérito para formarlos causa, y en verdad que no le habia más que para colmarlos de alabanzas por el gran servicio que acababan de prestar haciendo que el francés evacuase Portugal despues de vencido y humillado. Por donde se ve que algunas veces se equivoca la opinion pública, ya porque la extravía como aquí el desmedido orgullo nacional, ó ya porque tuercen su curso natural los que más bullen, gritan é intrigan, movidos por la envidia, la ruin ambicion y demás bajas pasiones. Lo cierto es que la evacuacion de Portugal y la retirada de José al Ebro por la batalla de Bailén, unido al levantamiento del sitio de Zaragoza, ha hecho escribir á un historiador francés las siguientes importantísimas palabras: *En un instante perdimos nuestro renombre de LEALTAD y el prestigio de INVENCIBLES que habíamos adquirido.*

HISTORIAS.

LIBRO VI.

(DESDE AGOSTO DE 1808 HASTA FEBRERO DE 1809.)

Sumario.

Cuadro que ofrecia la España á la raiz de la victoria de Bailén.—
Entran en Madrid los principales caudillos españoles.—Retirada del ejército de la Romana del continente é islas de Dinamarca.—Levantamiento desgraciado de Bilbao.—Ofrecimiento de varios personajes á la causa española.—Instalacion de la Junta central.—Ruin proceder del Consejo de Castilla.—Desacertadas medidas de la Central.—Ocupa Blake á Bilbao.—Accion de Lerin.—Entrada de Napoleon en España.—Acciones de Zornoza y Valmaseda.—Batalla de Espinosa de los Monteros.—Accion de Búrgos.—Batalla de Tudela.—Pasa Napoleon el puerto de Somosierra.—Asesinato del marqués de Perales.—Intimacion á Madrid. Capitulacion.—Bonaparte legislando en España.—Asesinato infame del general San Juan.—Fusilamiento del teniente coronel de artillería Santiago.—Llega la Central á Sevilla.—Sale Napoleon de Madrid.—Retirada del ejército de Moore.—Batalla de la Coruña.—Napoleon en Valladolid.—Sale para París.—Batalla de Uclés. Horrores.—Sucede Cartoajal á Infantado.—Cataluña.—Toma de Rosas.—Batalla de Llinás de Cardedeu.—Batalla de Molins de Rey.—Segundo sitio de Zaragoza. Capitulacion.—Revolucion en Constantinopla.

Cuadro que ofrecia la España. ¡Qué cuadro el que se presenta ante nuestra vista! Podemos enorgullecernos de ser españoles. ¡Ah! ¿Por qué nuestros abuelos en medio de su heroismo y para que éste apareciese más resplandeciente y magnífico no abrieron sus ojos á la torpe y envilecida conducta de Fernando VII para olvidarle y coronar con otra solucion que la suya la obra de la independencia y libertad de la pátria? Pero así y todo jamás ofreció el mundo un cuadro igual al que presentaba el pueblo español despues de los triunfos de Bailén, Gerona

y Zaragoza, más animado que nunca á desafiar las iras del dominador de la Europa, que allá en su orgullo humillado determinó lanzarla en peso sobre este rincón, albergue de alentados pechos y bravos corazones. Grecia, la aguda mentirosa como la llama Juvenal, ha llenado al mundo con sus victorias rechazando la invasión de los persas. ¡Cuánta más justicia asiste á España para llenarle con las suyas contra Napoleon! Sobre la Grecia vinieron pueblos cobardes, degradados, nacidos para la servidumbre; sobre España vinieron legiones disciplinadas, en mil combates vencedoras y provistas de todos los medios que contribuyen poco ménos que el génio y el valor á la victoria, de franceses, batavos, alemanes, italianos, belgas, polacos, daneses y suizos, que de toda la Europa era Bonaparte árbitro y señor, excepción hecha de la Inglaterra, que ayudaba á los españoles, y de la Suecia que para ellos no tenia más que sus estériles simpatías.

Entrada en Madrid de los principales caudillos españoles.

Humillado Bonaparte y rugiendo de ira con motivo de la evacuacion de Portugal y retirada de su hermano José, no pensó en otra cosa que en mil encontrados y á cual más terribles proyectos de venganza; pero mientras ponía estos en ejecución, los españoles se preparaban para rechazarlos con increíble ánimo. Huérfano Madrid de todo gobierno con la marcha de José, el Consejo de Castilla, cuerpo entonces de interesado cálculo más que de patriotismo, como lo demostraba el haber mandado una comision de su seno á Bayona y luego el haber reconocido al pretendiente en Madrid, aún cuando por la razon arriba expuesta no le jurára, creyó que podia ahora abrogarse el poder soberano y ejercerle sobre toda España á nombre de Fernando VII, y en tal sentido expidió sus provisiones y circulares á las autoridades y juntas provinciales para que le reconociesen y obedecieran sus mandatos, concluyendo por dar un manifiesto á la nacion, encaminado á sincerarse ante ésta de su anterior conducta; pero las juntas que habia creado el alzamiento nacional y en su mayoría caminaban tras un gobierno que regenerase el país dotándole de

Las instituciones libres, despreciaron como se merecía á dicho cuerpo, representante genuino y fiel del desastroso absolutismo pasado y cómplice de todas las torpezas que en el anterior reinado colocaron á la España al borde del abismo. Las Juntas de Galicia y Sevilla, al desobedecer al Consejo, le echaron en cara su falaz y doble conducta acusándole hasta de traidor, y Palafox le dijo con desprecio, *que no habia llenado sus deberes*: solamente la junta de Valencia le ofreció su apoyo para negársele á los pocos dias, acreditando así la ingénita y en este caso disculpable volubilidad valenciana. A un lado el Consejo, que siguió trabajando aunque en vano por apoderarse del todo ó parte de la soberanía, prevaleció por doquiera la idea de un gobierno nacional; y como para crearle por Córtes faltase lo más necesario al efecto, que era una ley electoral con sus disposiciones sobre el voto, número de diputados que se habian de nombrar segun censo de poblacion, etc., ó al ménos, costumbres, que supliesen la ley, se vino á un acuerdo comun á propuesta del bailio D. Antonio Valdés, presidente de las juntas de Leon, Castilla y Galicia, que contra el parecer de Cuesta se habian reunido en Lugo despues de la derrota de Rioseco, de nombrar una Junta central, compuesta de dos individuos designados por cada provincial, que fijando su residencia en Madrid ú otro punto céntrico, ejerciese el poder soberano, el cual no podia ménos de ser obedecido, por significar la espresion más fiel y tambien la única entonces posible de manifestarse, de la voluntad de toda la nacion. De esa Junta central habia de salir, como salió bien pronto, el proyecto de convocar Córtes, más que por nadie sostenido por Jovellanos. Pero antes de que se instalase la Junta central en Aranjuez, pueblo á la sazón de gratos recuerdos por la caída de Godoy, tenemos que consignar, que los principales caudillos españoles, libre la córte del yugo extranjero, acudieron á ella como á punto céntrico y más conveniente, algunos con sus respectivos cuerpos de ejército: el primero que llegó á Madrid, siendo recibido del pueblo con grande alegría, fué el general Llamas, sucesor de Cervellon en el mando del ejér-

cito de Valencia y Murcia, fuerte de 8.000 hombres, que entró el 13 de Agosto, y el 23 lo verificó el general Castaños con las reservas de Andalucía, escitando un entusiasmo delirante por entrar con los gloriosos trofeos cogidos al francés en la batalla de Bailén: llegaron tambien luego los generales Cuesta y Peña, habiendo apoderado Blake al duque del Infantado y Palafox á otro jefe militar para que los seis acordasen el plan más conveniente á fin de lanzar al invasor del suelo de la patria. El viejo general Cuesta, que ofrece al observador la estraña particularidad, no ofrecida por otro general en el mundo, de presentarse más orgulloso y exigente á manera que sufría más derrotas, en lo que ménos pensaba al presentarse en Madrid era en la adopcion de un plan militar que produjera la liberacion del país, pues su principal mision consistia en desbaratar el proyecto, á la sazón maduro, de que se reuniese la Junta central, que él, partidario del antiguo régimen y de natural despótico, miraba como un elemento reformista: al efecto trató de atraerse á Castaños, y halagando su vanidad le propuso dividir la soberanía en dos partes, la referente á lo militar, que manejarían los dos con el duque del Infantado, y la perteneciente á lo civil, que se encomendaria al Consejo de Castilla.

Castaños no cayó en el lazo, y Cuesta en su terquedad propuso al consejo de generales que nombrase para los asuntos de la guerra un jefe con atribuciones de semi-dictador, en lo cual fué tambien desairado. Despues de acordar con sus compañeros el plan, que no pudo ser más desacertado, porque consistió en mandar la flor de los ejércitos sobre el Ebro desde el nacimiento de este rio á operar en una línea de 400 ó más kilómetros y á largas distancias unos cuerpos de otros, Cuesta salió de Madrid para Castilla en donde quiso vengar los desdenes recibidos prendiendo á los dos diputados que designó para la Central la Junta de Leon, el respetable bailio Valdés y el vizconde de Quintanilla, á los que mandó arrestados al alcázar de Segovia, del que no salieron hasta que les dió libertad la Junta central.

Retirada del ejército de la Romana. Por este tiempo con la ayuda del gobierno de la Gran Bretaña tuvo lugar la retirada de las tropas del marqués de la Romana, que el historiador Toreno compara con exajerado aunque laudable patriotismo á la de los *diez mil* al mando de Jenofonte: hallábase el marqués en Dinamarca al frente del ejército español, puesto el año anterior al servicio de Bonaparte por el funesto Godoy, cuando celebró el tratado de Fontainebleau soñando ceñir á sus sienes la corona del famoso reino algárbico: la empresa era de difícil ejecución porque en guerra la España con Bonaparte, aquel ejército, que habia dado pruebas de su bravura en el sitio de la ciudad sueca (hoy prusiana) de Stralsund, se hallaba diseminado en las islas dinamarquesas y península de Jutlandia (1) y muy vigilado por el mariscal Bernardote, príncipe de Pontecorvo, que mandaba numerosas fuerzas francesas, estacionadas en las dos orillas del Elba y sobre los mares del Norte y Báltico. Sabian las tropas españolas aunque de una manera confusa las grandes novedades ocurridas en la amada pátria, tanto más querida cuánto más distante la miraban, como que por orden del afrancesado Urquijo se las habia obligado á que prestasen juramento de fidelidad á José en los últimos días de Junio, distinguiéndose el marqués de la Romana por su oficiosidad en favor de la causa napoleónica, á cuyo efecto escribió una carta muy lisonjera á Bernardote, lo cual no era de estrañar en el citado marqués, buen español, como luego lo demostró, pero de no grande inteligencia, falto de carácter y presa de continuo de encontradas influencias, que, ya le hacian aparecer terco, ya arrebatado y no pocas veces tornadizo. Los comisionados que la junta de Sevilla habia mandado á Lóndres acordaron con el gobierno inglés sacar de Dinamarca el ejército de la Romana y embarcándole en buques ingle-

(1) El historiador Lafuente dice que tambien en la Finlandia ignorando sin duda la situacion de esta gran provincia de la Rusia, que antes fué de Suecia, muy al Norte, y por encima de San Petersburgo, formando los golfos de Botnia y de su nombre en el Báltico.

ses, que recorrian los mares del Norte y Báltico, trasportarle á España, en donde tanta falta hacia por constar de unos 14.000 veteranos. Mandóse en un buque inglés al oficial de marina Lobo, quien arribó á las islas dinamarquesas, sitas entre el Cattegat y el Báltico, uniéndose á varios buques británicos que por allí navegaban, á los cuales llevó la orden de recibir las tropas españolas: tuvo Lobo la suerte de que un arrojado oficial de voluntarios catalanes llamado Fábregues, que en comision del servicio iba por aquellas aguas en un barco pescador, divisando la escuadra inglesa y venciendo por medio de un héroe arranque la obstinacion de los dos patrones del bote, se acercase á aquella: Lobo le vió con trasportes de júbilo, y ámbos acordaron con el almirante inglés el medio de salvar el ejército: Fábregues abandonando su comision de ir á Copenhague, capital de la isla de Zelandia y de todo el reino de Dinamarca, voló al momento á Langeland, pequella isla de 50 kilómetros de larga y de uno á doce de anchura, cercana á la citada de Zelandia y tambien á la de Fionia, que es la que forma los dos célebres estrechos llamados *grande y pequeño Bell*, que la separan respectivamente de la tierra continental de la Jutlandia y de la isla de Zelandia; comunicó el proyecto de evasion al jefe de las fuerzas allí estacionadas, que era el suyo, el cual no sólo aprobó el plan, sino que comisionó á Fábregues para que partiese inmediatamente á la isla de Fionia, donde estaba la Romana con el grueso de las tropas: fluctuó á la vista de lo arriesgado de la empresa el general en jefe, á causa de su carácter indeciso, pero le convencieron todos los jefes y oficiales que opinaron unánimes por la evasion: en su consecuencia y tomando las debidas precauciones no sólo se pasaron avisos á los diferentes cuerpos acantonados en las islas y tierra firme para que acudiesen á Langeland, punto de embarque para todas las tropas, sino que el mismo la Romana se trasladó sin perder tiempo con los soldados que estaban á sus inmediatas órdenes. El regimiento de Zamora, delatado por el general Kindelan, segundo de la Romana, tuvo que recorrer más de cien y

kilómetros en un día por la tierra firme de Dinamarca para poder embarcarse frente á la isla de Langeland, como sucedió con los regimientos de caballería del Rey y del Infante que tambien lograron salvarse, aunque abandonando los caballos que á propósito soltaron por los campos dinamarqueses llevando á ellos la sorpresa y el espanto. Reunidos al fin en Langeland 9.000 hombres de 14.000 de que constaba la division del Norte (pues los 5.000 no pudieron evadirse y desarmados por tropas francesas y danesas quedaron como prisioneros de guerra), ofrecieron al mundo un espectáculo conmovedor y tan sublime que igual no nos lo presenta la historia. Formados los 9.000 hombres en un gran círculo, puestos todos de rodillas, y clavadas las banderas en el suelo, allí á 600 leguas de España, delante del mar y á la vista del *grande y pequeño Belt*, de la Jutlandia, las islas de Fionia y Zelandia y de los buques británicos que les esperaban rodeados de centenares de botes, y poniendo á Dios por testigo de su heroismo, juraron aquellos veteranos en medio de lágrimas, que bañaban abundantemente sus tostados rostros, no abandonar la causa de la pátria é ir inmediatamente á ella para sacrificarse en su defensa. No tiene corazon el que no se entusiasma con este espectáculo hasta no más asombroso y magnífico. El 13 de Agosto se embarcaron los 9.000 hombres tomando el rumbo de la próxima ciudad de Gottemburgo y el 9 de Octubre arribaron á Santander, donde fueron recibidos con universal alegría, aunque no tan ardiente como la que ellos experimentaron al pisar el sagrado suelo de la pátria. El valiente capitan de artillería D. José Guerrero, que tuvo ocasion de ver delante de Bernadotte á Kinde-
lan llamó á este traidor, y lejos de castigarle el mariscal francés le facilitó la fuga para España, proporcionándole además dinero por estraña mano y dando así lugar á que todos los franceses mirasen con el desprecio que se merecia á aquel miserable.

Levantamiento Mientras la expedicion española del
desgraciado de Norte llevaba á efecto el acto sublime que
Bilbao. acabamos de relatar, la opulenta villa de Bilbao, sin

temor á las numerosas fuerzas enemigas que tan próximas tenia José, se levantó en armas; pero saliendo de Vitoria el general francés Merlin con una respetable division batió el 16 de Agosto á los bilbainos que le esperaban á una legua de la villa haciendo una espantosa carnicería, que continuó al ocupar la poblacion, en pacíficos é indefensos ciudadanos de un modo tan horrible que José se jactó *de haber sofocado la insurreccion de Bilbao con la sangre de 1.200 hombres*, frase bárbara y en él más criminal que en otro, puesto que estaba convencido de no contar entre los españoles *con un solo partidario*.

Ofrecimiento de varios personajes á la causa española.

El ruido de nuestras victorias, colocando el nombre español á incommensurable altura, hizo que se ofrecieran á pelear en nuestros ejércitos varios personajes extranjeros enemigos de Bonaparte: entre los que ofrecieron sus espadas á la causa española, merecen mencion el célebre Dumouriez, que salvó la Convencion en Jemapes para luego escapar al campo enemigo con su edecan, que tiempo andando fué Luis Felipe, y el conde de Artois, antecesor á dicho Luis Felipe en el trono de Francia con el nombre de Carlos X. Al mismo tiempo el rey Borbon de Sicilia, que se creia con derechos á la corona de España, mandó á un hijo suyo de 18 años, el cual desembarcó en Gibraltar entablando desde allí la pretension ridícula de que se le nombrase regente del reino, cosa que promovió en todos una sonrisa de desdén, como sucedió con otra candidatura á la regencia echada á volar por el revoltoso conde del Montijo, compuesta de dicho príncipe siciliano, del cardenal Borbon y del mismo conde, que no tenia otros méritos que los contraídos en el motin de Aranjuez disfrazado de *tio Pedro*.

Instalacion de la Junta central.

Vino á concluir con todas estas ambiciones la instalacion de la Junta central que, como arriba se dijo, tuvo lugar en Aranjuez el 25 de Setiembre (1), habiendo elegido por su presidente al

(1) Por no ser muchos los nombres los damos aquí señalando las

octogenario conde de Florida Blanca quien, partidario ardiente ahora del régimen absoluto, se llevaba por su respetabilidad y gloriosa historia (que muchas veces la gloria sirve para hacer mal) por el camino que se trazó á la mayoría de la Junta, del mismo modo que la minoría secundaba las aspiraciones reformistas de Jovellanos: fué nombrado secretario de la Junta D. Martín Garay, uno de sus miembros, y gran partidario de Jovellanos, y dividiéndose despues la Junta en cinco secciones, que era el número de los ministerios, creó una secretaria general para todas ellas y puso á su frente al jóven poeta y elegante escritor D. Manuel Quintana.

Ruin proceder del Consejo de Castilla. Tropezó la Junta desde el primer momento con la enemiga del Consejo de Castilla, y así es que cuando aquella le exigió que la prestase juramento de obediencia é hiciese circular por todo el reino las órdenes correspondientes para que las autoridades la obedeciesen, el Consejo, prestando el juramento, se preparó á oficiar á la Junta recomendándola la adopcion de las tres medidas siguientes: primera, que se redujese el número de vocales de la Central por ser contrario el existente á la ley 3.^a título XV de la Partida 2.^a, que dispone que en las minoridades de los reyes sean uno, tres ó cinco los guardadores ó tutores *é non más*; segunda, que se disolviesen las juntas provinciales, y

provincias ó antiguos reinos que representaban: por Aragon Calvo de Rozas y D. Francisco Palafox, hermano del caudillo aragonés; por Astúrias, Jovellanos y el marqués de Campo-Sagrado; por Castilla la Vieja, D. Lorenzo B. Quintano; por Cataluña, los marqueses de Vilhel y Sabasona; por Córdoba, D. J. Rabé y el marqués de la Puebla; por Extremadura, D. Martín Garay y don Félix Ovalle; por Granada, D. Rodrigo Riquelme y D. Luis Funes y Salido; por Jaen, D. Sebastian Jócana y D. Francisco Castanedo; por Mallorca, D. José Zanglada y D. Tomás Veri; por Múrcia, el conde de Florida-Blanca y el marqués del Villar; por Sevilla, el arzobispo de Laodicea y el conde de Tilly; por Toledo, D. Pedro Rivero y D. José García de la Torre, y por Valencia, el conde de Contamina. No concurrieron á la instalacion los representantes de Leon, Valdés y Quintanilla, por haberlos preso el general Cuesta, pero lo verificaron luego, así como por Madrid, el marqués de Astorga y el Patriarca de las Indias; por Castilla la Vieja, D. Francisco J. Caro; por Galicia, el conde de Gimonde y D. Antonio Avalles; por Valencia, el príncipe Pio, al que sucedió la Romana, y por Navarra, D. Miguel Balanzá y D. Carlos Amatria.

tercera, que se convocasen las Córtes conforme al decreto expedido en Bayona por Fernando uno ó dos dias antes de abdicar. No podia estar más patente la mala fé del Consejo en las tres exigencias: hacia la primera en el supuesto falso de que estaba vigente y en uso la ley de Partida sobre el nombramiento de tutores y curadores del rey menor: entre otros ejemplos, la historia nos enseña que siendo menor de edad el que luego fué buen rey Enrique III, se reunieron las Córtes de Castilla el año de 1390 en Madrid, y en ellas se acordó en medio de otras medidas soberanas y muy liberales nombrar al rey menor los siguientes tutores, que lo serian hasta que aquel cumpliera 16 años, teniendo once á la sazón: el duque de Benavente, cuatro grandes, dos arzobispos y los procuradores de los pueblos, á saber: por los de Castilla, Garcí-Ruiz y Sancho García Medina; por los de Toledo, Pedro Alfán Rivera y Juan Gaston; por los de Leon, Alfonso Fernandez y Juan A. de Maldonado; por los de Andalucía, Fernando Gonzalez y Lope Rodriguez; por los de Múrcia y Jaen, Juan Sanchez de Ayala y Juan Pelaez, y por los de Extremadura, Alfonso Gonzalez y Fernando Sanchez Belvis, acordándose que la tutoría la ejerciesen por mitad y turnando de seis en seis meses: la segunda medida implicaba una insigne ingratitud hácia las juntas provinciales que tanto habían hecho por la causa de la pátria, y que si no convenian ya armadas del poder soberano, eran necesarias y utilisimas para ayudar á la Central en la lucha contra el extranjero; y la tercera la proponia el Consejo solamente en odio á la Central, nunca por amor á las Córtes, cuya reunion, como más tarde se vió, no era de su agrado ni entraba en los principios que profesaban sus miembros, adversos en su inmensa mayoría si no todos á un régimen liberal. Bueno es consignar esta opinion última del Consejo para que luego registremos una de las muchas apostasías cometidas al regreso de Fernando *el deseado*. La Junta siguió su camino sin tomar en cuenta para bien ni para mal las observaciones del Consejo, en lo que cometió un error gravisimo, porque ellas debieron servirla de fundamento para haberle

disuelto (como más adelante hizo Napoleon), quitándose así de en medio un estorbo y un enemigo terrible.

Desacertadas medidas de la Central. Se echó de ver bien pronto el espíritu mezquino y reaccionario que á la Central habia llevado el conde de Florida-Blanca, demostrándose aquel en las primeras medidas, que llenaron de amargo desconsuelo á los amantes de las reformas: acordó ante todo la Junta que se la diese tratamiento de Majestad, de Alteza al presidente y de Excelencia á los vocales, señalándose un sueldo de 30.000 pesetas á cada uno de éstos; reprodujo las disposiciones antiguas contra la libre emision del pensamiento, cuando más se necesitaba ilustrar y enardecer el espíritu público; decretó ¡siendo presidente Florida-Blanca, que tanto trabajó con el papa Ganganelli para aprobar su expulsion!, que los jesuitas pudiesen volver á España en clase de particulares; nombró inquisidor general en reemplazo de Etenard, y confirmó el decreto de Fernando en Aranjuez para que no se vendiesen los bienes de manos muertas, cuya desamortizacion habia logrado Godoy de la curia romana. Parece mentira que Jovellanos, que tanto habia predicado la liberacion de la propiedad territorial, consintiese que adoptara la Central la última providencia: la contradiccion en Moñino es disculpable siquiera por sus 80 años, no así en Jovellanos, cuyo espíritu se hallaba entero en su edad de 64. Como no podia ménos de suceder, la gente ilustrada murmuró de la mala gestion de los intereses públicos, y la Central, queriendo sincerarse ante el país, dió un manifiesto el 10 de Noviembre, que llevaba la fecha de quince dias atrás, en que ofrecia mejorar tiempo andando las instituciones políticas de España, y anunciaba que iba á levantar y sostener un ejército de medio millon de infantes y 50.000 caballos para librar el territorio, suprema necesidad, es cierto, de la España en aquella época, pero que la Junta no supo ni con mucho satisfacer. Hizo, sí, la distribucion de los ejércitos, siguiendo próximamente el desacertado plan que acordaron los generales en Madrid durante los primeros dias de Setiembre y en virtud

de ella hubo cuatro grandes cuerpos: primero el de la izquierda, que debía componerse de las tropas de Galicia, Asturias, las venidas del Norte y las de Cantabria ó provincia de Santander; segundo el de la derecha ó Cataluña, compuesta de las tropas del Principado, de las desembarcadas de Mallorca y Portugal y de algunas procedentes de Valencia, Murcia y la parte oriental del reino de Granada; tercero el del centro, que debía comprender las tropas victoriosas de Andalucía, las de Castilla y Extremadura y los 8.000 hombres que de Valencia y Murcia habian entrado en Madrid con el general Llamas, y cuarto el de reserva, que debía constar de todas las tropas de Aragon y de las que de otros puntos habian acudido al sitio de Zaragoza. Pero antes de hacer esta distribucion, que jamás tuvo debido efecto, el general Llamas habia marchado á situarse en Tudela con sus 8.000 hombres para luego dejar el mando al general Roca; O'Neil y Saint-March se situaron en Sangüesa y Egea con 13.000 hombres del ejército de Aragon; Blake con el ejército de Galicia que sin contar los asturianos y cántabros constaba de 23.000 infantes y 500 caballos, debía avanzar hácia el nacimiento del Ebro y comarcas próximas: Cuesta, que debía ir sobre Soria con 10.000 castellanos, no lo verificó porque le llamó la Central á dar cuenta de su atropello contra Valdés y Quintanilla, pero lo hizo su segundo el general Eguía, á quien luego sucedió en el mando Pignatelli: el ejército de Extremadura, que debía ir á las órdenes de Galluzo hácia Búrgos, lo fué á las del jóven general conde de Velveder, y por último, aunque un poco más tarde, salió Castaños con algunas tropas en direccion de Navarra, desde donde se dirigió á Zaragoza á celebrar una conferencia con Palafox, regresando en seguida á Tudela, en cuyo punto como general en jefe estableció su cuartel general. El número de hombres de estos ejércitos, sin contar el de la derecha ó Cataluña, se aproximaba á 70.000, que bien situados y regularmente dirigidos hubieran sido más que suficientes para haber batido á José, que no contó por el pronto ni con dos terceras partes de fuerza disponible para luchar, pero que

por su mala distribucion, no sólo no proporcionaron aquellos el resultado apetecido, sino que fueron batidos en todas partes, dando lugar á que Napoleon, que se disponia á entrar en España, encontrase luego espedito el camino para Madrid, cosa que no podia ménos de suceder ocupando nuestros ejércitos una línea de más de 70 leguas y hallándose reconcentrado el de José, á las órdenes de Ney, recién venido de Francia, y de Besieres, Moncey y Jourdan, hácia Vitoria y Miranda, para caer allí donde la necesidad lo exigiese casi seguro de la victoria.

Ocupa Blake á Bilbao.

El primero que se empeñó en la lucha fué Blake, quien marchando de Astorga por la falda meridional de la cordillera cantábrica en las provincias de Leon, Palencia, Santander y Búrgos, despues de crear en Reinosa un parque de artillería, estableció su cuartel general en Villarcayo á mediados de Setiembre. Sin contar con las de Asturias, que aún no se le habian agregado ni con las tropas del Norte, que desembarcaron un poco más tarde, hizo Blake de su ejército cuatro divisiones, encomendando una de ellas al marqués del Portago, á quien dió el encargo de caer sobre Bilbao, como lo realizó ocupando la villa, de la cual escaparon los 1.000 franceses que la guarnecian; pero viniendo sobre ella el mariscal Ney con fuerzas muy superiores, tuvo que abandonarla Portago retirándose á Valmaseda, para luego tomarla Blake en persona el 11 de Octubre haciendo retirar al general Merlin. En el mismo dia en que Blake entró en Bilbao llegó al teatro de la guerra la division asturiana, fuerte de 8.000 hombres, mandada por el valiente y entendido general D. Vicente María Acevedo, que llevaba por segundos á D. Cayetano Valdés y D. Gregorio Quirós: con esto el ejército de Blake ascendió á más de 30.000 hombres, y puede decirse que á 40.000, porque dos dias antes de ocupar á Bilbao desembarcaron en Santander los 9.000 veteranos del Norte, cuya mayor parte habia de operar luego por aquellas montañas.

Accion de Merlin.

Castaños, segun lo acordado en su conferencia con Palafox, dió orden de tomar la

ofensiva trasladándose desde Tudela á Logroño: la division segunda de Andalucía al mando del general Grimarest, pasando el Ebro, se situó en varios pueblos de Navarra y mandó al coronel D. Juan de la Cruz que ocupase á Lerin con unos 1.000 hombres, mientras que el general O'Neil con 8.000 del ejército de Aragon salió de Sangüesa camino de Pamplona. El 26 de Octubre tuvo lugar la accion de Lerin: acometido Cruz por fuerzas francesas ocho veces superiores á las suyas, se resistió con heroismo durante todo el dia en el palacio del pueblo, pero no viniendo Grimarest en su socorro á pesar de habérselo ofrecido al darle órden de resistir al enemigo, tuvo que capitular, concediéndole salir como á todos sus soldados con los honores de la guerra, aunque quedando prisioneros para ser luego cangeados. El general O'Neil, que entre Sangüesa y Pamplona tropezó con respetables fuerzas francesas, las hizo retirar á la última plaza. Mientras tanto habíase presentado el mariscal Ney el 25 de Octubre delante de Logroño, haciendo fuego á la ciudad desde las alturas próximas á la izquierda del Ebro, y Castaños, dando órden á Pignatelli de conservar á Logroño con las tropas castellanas, se volvió á Calahorra; pero Pignatelli abandonó dicha ciudad al mariscal francés, marchando en criminal desórden hácia la inmediata sierra de Cameros y dejando por el camino sus cañones, eso que nadie le perseguia, por lo que Castaños le quitó ignominiosamente el mando, encomendando la mayor parte de la division castellana al conde de Cartoajal.

Entrada de Napoleon en España. En medio de este poco lisonjero estado, dueño Blake de Bilbao y con la mayor parte de su ejército entre esta villa y la de Zornoza, y Castaños refugiado á la derecha del Ebro en Calahorra, Cintruénigo y otros pueblos, pero sin plan fijo ni concierto alguno, diseminadas sus tropas en una superficie inmensa con dos divisiones en tristísima desorganizacion, puede decirse que nada más que por la sola presencia del enemigo (la segunda de Andalucía y la de Castilla), fué cuando Napoleon vino á España, saliendo de Paris el 29 de Octubre y atravesando la frontera el 8 de

Noviembre. Con su actividad acostumbrada, y mientras que de su órden venian sobre nuestro suelo vários cuerpos de soldados de todos los puntos de Europa, en especial los del *Gran ejército*, que fueron obsequiados en París por el ayuntamiento y alcaldes con convites, bailes y espléndidos regalos durante los últimos cuatro días de Setiembre, habia salido él de la capital de Francia para la ciudad alemana de Erfurt á celebrar una conferencia con el emperador ruso Alejandro y varios principes alemanes, la cual tuvo lugar el 27 de dicho mes, acordando todos reconocer á José como rey y condenar la santa causa de los españoles, declarándolos rebeldes hácia un odioso y odiado pretendiente: acordaron tambien dirigirse al gobierno inglés para que siguiese su conducta, pero lord Canning contestó, «que S. M. B. Jorge III estaba resuelto á no abandonar la causa española.» Contando Bonaparte con esta respuesta y sin aguardarla, confiando en el apoyo del déspota ruso, único pensamiento que le habia impulsado á ir á Erfurt, hizo reunir el 25 de Octubre, á los seis días de su regreso á París, el cuerpo legislativo, especie de Senado tiberiano, que servilmente obedecia sus indicaciones como imperativos mandatos, para decirle despues de haberle enterado de las renunciaciones de Bayona y de la guerra de España, «que habia resuelto ponerse dentro de breves dias al frente de sus tropas, coronar con la ayuda de Dios (frase blasfema de todos los tiranos) al rey de España en Madrid y plantar sus águilas sobre las fortalezas de Lisboa,» arrogantes palabras, idénticas á las que habia pronunciado con éxito al ir sobre Viena y Berlin, pero que, tratándose de España, implicaban inmensa pedantería.

Dividió Bonaparte sus tropas en ocho grandes cuerpos, poniendo al frente de cada uno á los generales de más nota de su imperio. En vez de llamarse estos Parmenion, Casandro, Ptolomeo, Efestion, Perdicas, Filipo, Nicanor y Calas, se llamaban Ney, Mortier, Víctor, Junót, Lannes, etc.: no hay más diferencia sino que, al partir Alejandro para el Asia, se puso al frente de solos 32.000 hombres, entre ellos 3.000 ginetes, sin vituallas ni lo más.

preciso para batir al enemigo, y con un llamado tesoro de 360.000 pesetas (ménos de la décima parte del sueldo anual que exigia á la Francia Napoleon) mientras que éste, al entrar en España, lo hizo con un ejército de 200.000 infantes y 50.000 caballos, con un tesoro de miles de millones de francos, provisiones de todos géneros en abundancia y una administracion militar la más perfecta de Europa. Napoleon dejó tambien su Antípato en Francia en la persona de su esposa Josefina. Los ocho cuerpos de ejército en que dividió sus tropas fueron: 1.º á las órdenes del mariscal Víctor, duque de Bellune; 2.º, á las del mariscal Besieres, duque de Istria; 3.º á las del mariscal Moncey, duque de Conagliano, rechazado de Valencia; 4.º, á las del mariscal Lefebre (no el Lefebre del sitio de Zaragoza) duque de Dantzich; 5.º á las del mariscal Mortier, duque de Treviso; 6.º á las del mariscal Ney, duque de Elchingen; 7.º á las del general Saint Cyr; y 8.º á las del mariscal Junot, el vencido en Portugal, nombrado, sin embargo, por su amo duque de Abrantes. Acompañaban además á Bonaparte, los mariscales Soult y Lannes, hechos respectivamente duques de Dalmacia y Montebello, y Berthier, príncipe de Neufchatell y mayor general del ejército francés: solo faltaba Masena, al que el valor español haria venir luego á la Península. El 8 de Noviembre llegó Bonaparte á Vitoria, donde se detuvo con su hermano, empeñado ya por medio de sus generales con el español Blake, tan inteligente como desgraciado en las jornadas de que vamos á hacer mencion.

Acciones de Estando Blake en la primera de estas dos Zornoza y Val- villas supo que el mariscal Lefebre iba á maseda. atacarle al frente de 26.000 hombres, y como él no tenia en Zornoza más que unos 16.000, la mitad de su ejército, porque el resto se hallaba en Bilbao y otros pueblos de Vizcaya, celebró un consejo de generales para saber á qué atenerse; pero cuando aun no se habia tomado acuerdo se vió atacado el 31 de Octubre por el mariscal francés, y batido en todos los puntos por la indisculpable falta de no contar con espionaje y la más grande de haberse que-

dado sin artillería, que mandó camino de Bilbao, tuvo que retirarse con pocas pérdidas, aunque tuvieron ménos los franceses: Blake llegó á la capital de Vizcaya en buen órden, pero sin detenerse más que el tiempo preciso para acopiar vituallas y recoger la fuerza que guarnecía la villa, se encaminó á Valmaseda. Lefebre ocupó á Bilbao, y esto dió lugar á que el mariscal Victor saliese de Vitoria con otros 26.000 hombres á fin de aniquilar al general español entre él y Lefebre, que ya reunian 52.000 veteranos. Viénesenos aquí á la imaginacion una idea, y es la de hacer resaltar la indiferencia que por aquel tiempo mostraba el país vasco en general respecto del pérfido invasor, cuando tanto entusiasmo y tanto valor ha demostrado despues en contra de la regeneracion y la libertad de la pátria. Es tiempo de decir aquí dos palabras sobre la modestia y abnegacion de Blake: empeñado éste de la manera que acabamos de ver con los franceses recibió un oficio de la Junta central, en que se le participaba que en el momento que se presentase, debia entregar su ejército al marqués de la Romana, que era el designado para sucederle: Blake recibió con respeto como buen militar y ciudadano este mandato y llevó su abnegacion hasta el mayor extremo, siguiendo hasta que la Romana llegase al frente del ejército, eso que tenia el triste convencimiento de que iba á ser derrotado por contar el enemigo con más que doble número de soldados que él, estar éstos bien disciplinados y abastecidos de todo, mientras que los suyos carecian de lo más preciso, como eran ropas y zapatos en un país montuoso y frio en que el invierno puede decirse que comienza siempre á principios de Noviembre. Hallándose Blake el 3 de este mes en el pueblecito de la Nava á 11 kilómetros de Valmaseda se le incorporó la mayor parte de la infantería del ejército del Norte, la cual iba á las órdenes del conde de San Roman por haber ido á desembarcar sólo la Romana en la Coruña; se le unió tambien una de las divisiones de Asturias; pero no las que estaban bajo el inmediato mando de los generales Acebedo y Martinengo, que no se hallaron en la accion de Zornoza y seguian observando los movimientos del

enemigo desde los pueblos que hay entre Orduña y Valmaseda: á estas dos divisiones las dió vista la francesa al mando del general Villate: Martinengo y Acevedo, batiéndose en retirada, dieron lugar á que Blake se reuniese á ellos, y acometiendo todos junto á aquella villa al francés, le hicieron retroceder con pérdida de una pieza de artillería, algunos muertos y prisioneros y muchos carros de equipaje.

Desgraciada batalla de Espinosa de los Monteros. 10 y 11 de Noviembre. Despues de ligeros encuentros, en que algunos pequeños cuerpos del ejército de Blake se vieron obligados á refugiarse en las montañas de Santander, y sabiendo este general que los dos mariscales Lefebre y Víctor iban con sus formidables fuerzas reunidas en persecucion suya, dejó á Valmaseda y por entre malísimos caminos y ásperas montañas llegó el 9 de Noviembre á Espinosa de los Monteros, villa de la provincia de Búrgos, sita en los lindes de las de Santander y Vizcaya, en terreno montuoso y á unos 32 kilómetros de Valmaseda, con el dolor de ver sus tropas descalzas, sin abrigo en medio de un temporal cruel de lluvia y viento y tan hambrientas que hasta los jefes y oficiales se vieron precisados á comer panochas de maiz y frutas de malísima calidad, que son las únicas que produce aquella comarca montuosa, fria y pobre. Ningun principio del arte ó ciencia militar, ni el lastimoso estado de sus tropas, que eran por otra parte muy inferiores á las del enemigo, ni el país en donde se hallaba, que veia con reprehensible indiferencia la lucha nacional en términos de no quedar en Espinosa ni uno sólo de sus habitantes al saber que se iba á dar allí una batalla, podian inclinar á Blake á hacer frente á los franceses: su mision debió limitarse entonces á hacer la guerra de emboscadas y sorpresas, en las que nunca hubiera perdido; pero la fatalidad le llevó á esperar al enemigo con ánimo resuelto, colocando sus gentes el dia 10 de madrugada del otro lado de Espinosa camino de Valmaseda: colocó á su izquierda á los generales Acevedo, Quirós y Valdés con sus asturianos en una grande altura y á continuacion hasta el llano la primera division y la reserva al mando

de los generales Figueroa y Mahy; á la derecha la division del Norte mandada por San Roman y la de Martiengo; en el fondo del valle la tercera division gobernada por el general Riquelme; más adelante en una pequeña altura la vanguardia al mando del general Mendizabal, con seis piezas de artillería dirigidas por el entendido capitán D. Antonio Roselló. Dispuesto así todo el ejército de Blake, que sólo constaba de 22.000 hombres sin tener caballería, se decidió éste á esperar, en la idea de rechazarle, el empuje de los dos mariscales franceses con sus 52.000 hombres y terrible artillería: afortunadamente sólo se presentó Víctor con sus 26.000, pues que Lefebre tomó con acuerdo de aquel el camino de Villarcayo, villa distante 17 kilómetros de Espinosa, para envolver en caso al general español. En esta situación atacaron los franceses la derecha española, y los bravos veteranos del Norte resistieron ventajosamente la embestida durante dos horas, sostenidos por los certeros tiros de los seis cañones que manejaba Roselló; pero acudiendo numerosas fuerzas enemigas, los veteranos se vieron obligados á pronunciarse en retirada: ordenó Blake que les sostuviese la division Riquelme, como lo verificó, perdiendo poco terreno los nuestros aunque con la irreparable desgracia de caer mortalmente heridos al anochecer los dos generales San Roman y Riquelme. La noche, que hizo suspender el combate, convidaba á Blake á una honrosa y prudente retirada, pero no quiso levantar el campo, confiando en que se le uniría Malaspina con 400 caballos y 4 batallones, cosa que éste no pudo realizar por perseguirle Lefebre, y á la mañana siguiente empezó de nuevo la batalla, acometiendo furiosamente los tiradores franceses á las tropas asturianas: tenían orden dichos tiradores, adiestrados en el disparo del fusil, de apuntar con preferencia á los jefes, y así es que á poco de comenzar el combate fueron gravemente heridos Acevedo y Valdés y muerto Quirós, que montaba un caballo blanco y recorría las filas animando á los suyos como bravo, viendo lo cual los asturianos abandonaron su puesto y en triste desorden ganaron el inmediato y montuoso valle de Pas: esto sirvió de señal á una re-

tirada, que no pudiendo impedir ya Blake, porque se le dispersaron los soldados á bandadas, procuró de que fuese lo más ordenada posible, protegiéndola el general Mahy con su reserva, aunque perdiendo mucha gente. Al cruzar el riachuelo Trueba, que corre por la misma villa de Espinosa, se perdieron las seis piezas de artillería. Blake dió la órden de reunirse en Reinosa, distante de allí unos 40 kilómetros, pero de terreno quebradísimo y sin caminos, las que no eran ya sino reliquias de su ejército: en esta villa, en donde se hallaba el parque de artillería, se encontró con sólo 12.000 hombres: ni siquiera pudo recoger en ella todos sus dispersos ni dar descanso á su gente, porque al momento supo que iba en su persecucion el mariscal Soult mandado desde Búrgos por Napoleon, y dió órden de que la artillería marchase con los heridos á Leon por bajo las montañas de Aguilar de Campóo y Cervera de Pisuerga, y él se metió con sus 12.000 hombres por entre elevadissimas montañas, precipicios horribles y abismos insondables en el valle de Cabuérniga con la idea de dar la vuelta por la Liébana y caer á Leon por el valle de Valdeburon. Unos coraceros del ejército de Soult dieron vista entre Aguilar y Saldaña á la artillería, que pudo salvarse corriendo precipitadamente, pero los enfermos y heridos cayeron en poder de aquellos soldados, que fueron tan bárbaros (horroriza decirlo), que dieron muerte cruel al valiente general Acevedo apesar de los ruegos del entonces ayudante suyo D. Rafael del Riego, al que se llevaron prisionero. Hallándose Blake en la Liébana se le presentó el marqués de la Romana, y como éste viera el ejército en malísimo estado, no quiso entonces encargarse de él y dijo á Blake que tomara su mando en Leon, aunque marchando él en su compañía, á lo cual accedió este general, siempre patriota, siempre modesto y siempre noble. Ambos generales entraron, después de penosísima marcha, el 24 de Noviembre en Leon, en donde Blake hizo entrega formal á Romana del ejército, que ya constaba de mas de 16.000 hombres por la presentacion de muchos dispersos. No encontrando Soult en Reinosa á Blake, avanzó á Santander, y desde allí, atravesando la Liéba-

na, y batiendo á su paso á algunos dispersos del ejército de este general, en vez de seguir el camino de Leon, descendió por cerca de Cervera y Saldaña á los llanos de Castilla.

Accion de Búrgos. Mientras que tenian lugar los anteriores sucesos, Napoleon salió de Vitoria el 9 de Noviembre en direccion de Búrgos con el segundo cuerpo al mando de Sault, la caballería de la guardia imperial al de Besieres y la reserva. Ocupaba á Búrgos desde un dia antes el ejército de Estremadura, fuerte de 14.000 hombres á las órdenes del conde de Velveder, jóven inesperto y presuntuoso, quien creyó con sus bisoños soldados vencer al mismo Napoleon, al frente de 40.000 veteranos los mas aguerridos de Europa. A esperar á Bonaparte hizo salir el atolondrado Velveder á Gamonal, cuatro kilómetros de Búrgos, camino de Francia, á la primera division de sus tropas, colocando el resto de éstas con 16 cañones en la llanura que hay entre la ciudad, el Arlanzon y aquel pueblecito. No hicieron mas que acometer unos cuantos batallones de infantería francesa apoyados por la caballería, cuando la infantería española echó toda á correr: intentó resistir nuestra caballería al mando del valiente general Hinestrosa, pero en vano: la dispersion fué instantánea y general, en términos, que vencedores y vencidos entraron revueltos en Búrgos, escapando casi solo Velveder, que no paró hasta Lerma, desde donde tomando una division suya, que no habia pasado de esta villa, se trasladó á la de Aranda y luego á Segovia, en cuya ciudad fué relevado del mando. Napoleon, atribuyendo á vecinos de Búrgos algunos disparos que hicieron los fugitivos en las calles, entregó la ciudad con increíble barbarie al pillaje, y sus soldados prendieron fuego á varios edificios públicos, siendo aquel tampoco escrupuloso que se apoderó de 2.000 sacas de lana pertenecientes á particulares mandándolas á Bayona, escandaloso robo que un historiador francés cuenta como la cosa más natural del mundo diciendo: «el emperador entró en Búrgos y hallando en esta ciudad almacenes de lana, cuyo valor ascendia á 120 millones de reales, la hizo llevar á

Bayona.» Dueño Bonaparte de Búrgos de la facilísima manera que acabamos de ver, fué cuando envió al mariscal Soult en persecucion de Blake. En dicha ciudad fué tambien donde convertido en proscriptor sin derecho alguno para ello, porque la condicion de conquistador no se le daba, expidió el sanguinario decreto con el irónico nombre de amnistia para todos los españoles que reconociesen á su hermano, pues que exceptuaba de ella al duque del Infantado por quebrantador de su fidelidad de Bayona, á los de Medinaceli, Híjar y Osuna, al ministro Ceballos, al obispo de Santander y á varios títulos de Castilla, á los que condenaba á muerte desde luego con la bárbara pena de confiscacion de bienes, pasando antes por el inútil trámite de un consejo de guerra, porque condenados á perder la vida por decreto, no habia necesidad de comisiones militares, sino que bastaba asesinarles allí donde pudieran ser habidos.

Batalla de Tudela el 23 de Noviembre. Tambien desde Búrgos, despues de diversos planes sobre atacar á los ingleses que de Portugal y de órden de su gobierno habian avanzado á Salamanca bajo el mando de Sir Juan Moore, dispuso Bonaparte que los mariscales Lannes y Moncey atacasen el ejército del Centro, regido por Castaños, en cuya obra y con la mitad proximamente del ejército vencedor en Búrgos le secundaria Ney, quien marchó por la parte de Soria para envolver á Castaños entre los tres mariscales, que llevaban á la lucha más de 50.000 infantes, 8.000 caballos y al pié de 100 cañones. El ejército de Castaños, contando con la gente que se le agregó de Aragón, no pasaba de 40.000 hombres. La Central, dió oidos á necias murmuraciones sobre que Castaños era parsimonioso en atacar al enemigo y mandó como comisionados para aguijonearle á D. Francisco Palafox, al general Coupigni y al conde de Montijo, el primero y el último nada aparentes para el caso y el segundo un tanto enemistado con Castaños por lo de Bailén, en que tan brillantemente se portó el marqués: los comisionados exigieron de Castaños que se batiese á orillas del Ebro, mientras que el general en jefe más previsor opinaba por trasladar su

ejército á las provincias meridionales: con esto hubo piques y desazones hasta el extremo de intervenir con su presencia el capitán general de Aragón, y la Central, sin mandar á Castaños que hiciese entrega del mando, le dió por sucesor á la Romana, que no podía venir desde León á hacerse cargo del ejército del Centro. Singular manera de llevar los asuntos de la guerra unos hombres civiles, que quitaban y ponían generales sin fundado motivo en medio ó en vísperas de una batalla. Envueltos en las indicadas y otras parecidas miserias se hallaban los nuestros, cuando Castaños supo que Lannes y Moncey avanzaban por diferentes caminos hasta juntarse en Lodosa, y él, abandonando á Calahorra y Cintruénigo, retrocedió á Tudela colocando sus tropas entre esta ciudad y la de Tarazona, distante 21 kilómetros. Aun insistía Castaños la noche del 22 de Noviembre en trasladar el teatro de la guerra al Sud de España cuando en la mañana del 23, como le aconteció á Blake en Zornoza, apareció el enemigo por la parte de Alfaro, y no hubo otro remedio que aceptar la batalla. Esta fué tenaz y sangrienta, pero en todas partes tuvieron que cejar los nuestros ante la superioridad de la caballería francesa, mandada por Lefebvre, Desnoutes y Lagrange: tal desorden hubo durante la pelea que se dieron dos batallas en aquel día, una en Tudela y otra en Cascante á 12 kilómetros de distancia, y lo que es peor, no tomaron parte en ellas varios cuerpos de Andalucía al mando de Grimarest, que se estuvo inactivo del lado de Tarazona, como cuando la acción de Lerín. Perdieron los españoles en las jornadas conocidas bajo el nombre de batalla de Tudela cerca de 1.000 muertos, más de 2.000 prisioneros, toda la artillería de la derecha y centro del ejército y los almacenes establecidos en aquella ciudad. Después de la derrota las divisiones aragonesa y valenciana, sin hacer caso del general en jefe, se dirigieron á Zaragoza, y Castaños emprendió su retirada por Tarazona á Calatayud con el quebrantado ejército de Andalucía: en esta ciudad recibió el orden de presentarse en Aranjuez, pero dando antes las oportunas disposiciones para que su ejército avanzase hácia Somosierra

con el fin de impedir á Napoleon que franquease este puerto: sosteniendo la retirada el general Venegas con un cuerpo de 5.000 hombres, logró llegar Castaños con el grueso del ejército á Sigüenza, en donde entregó el mando al designado interinamente para sucederle, que fué el general Peña.

Pasa Napoleon el puerto de Somosierra. Napoleon, despues de permanecer en Búrgos doce dias y cuatro en Aranda, sabiendo ya la derrota del ejército del Centro y dando órdenes á Ney para que continuase en su persecucion, á Moncey para que fuese sobre Zaragoza y á Soult para que observára á los ingleses por la tierra de Palencia, Valladolid y Zamora, salió en direccion de Madrid, y sabiendo que tenia que forzar el paso de Somosierra, sentó el 29 de Noviembre su cuartel general en el pequeño pueblo de Boceguillas, 18 kilómetros al pié del puerto, el cual quiso atravesar á todo trance el 30. El general Peña no pudo mover su ejército hácia Somosierra, en cuyas asperezas se habia apostado el general San Juan con unos 12.000 hombres del ejército destrozado en Búrgos y de otros cuerpos que se encontraron á mano. No era ni con mucho suficiente el ejército de San Juan para cubrir los pasos de la sierra, ni eran al efecto bastantes los 16 cañones con que contaba ni tampoco las pocas obras de trinchera que precipitadamente habia mandado ejecutar en algunos puntos para impedir el paso á más de 30.000 hombres aguerridos, que contaban con numerosa artillería; así es que aun cuando los nuestros rechazaron bravamente las primeras acometidas de la infantería enemiga, pudieron los franceses enviar grandes masas á derecha é izquierda de las posiciones de San Juan para flanquearlas: contra todas las tropas enemigas batiéronse ventajosamente las de San Juan hasta que noticioso Bonaparte de la tenaz resistencia, que no esperaba, se presentó al pié de la sierra y animando á los lanceros polacos de la guardia imperial al mando del general Montbrun, les hizo subir por la montaña en medio de un horrible fuego de cañon y fusilería que quintaba sus escuadrones, y no se hubieran apoderado los polacos de la artillería á no venir en su

ayuda numerosas fuerzas de infantería, que por derecha é izquierda envolvieron á los nuestros: entónces fué cuando éstos empezaron á correr á la desbandada por toda la sierra, logrando San Juan abrirse paso entre los lanceros polacos, que le causaron una ligera herida, y por breñas y precipicios logró con gran trabajo llegar á Segovia: el vencedor se hizo dueño de toda la artillería, los bagajes, 10 banderas y unos 600 prisioneros entre ellos algunos oficiales de graduacion. Bonaparte pasó el puerto el 1.º de Diciembre, pernoctando en San Agustin, y el 2 instaló su cuartel general en Chamartin. La derrota de San Juan hizo que la Junta Central abandonase precipitadamente á Aranjuez, dirigiéndose sus miembros en diversos grupos á Talavera de la Reina y dejó desamparada la capital, que sólo contaba con unos 1.500 soldados de guarnicion, pero cuyos moradores, recordando las atrocidades del 2 de Mayo, se decidieron á oponer al conquistador una resistencia desesperada, armándose unos 40.000 aunque de mala manera y fortificando de peor si cabe el Retiro y otros puntos que creyeron vulnerables, sin olvidarse de hacer zanjas y levantar barricadas en las calles principales: el entusiasmo era inmenso, el ódio al extranjero mayor, habiéndose éste significado dias antes con quemar en la plaza pública por mano del verdugo unas cartas de los ministros de José dirigidas á varios centrales para que se pasasen al bando francés. El 1.º de Diciembre se organizó una Junta de defensa, á cuya cabeza se puso el duque del Infantado, formando parte de ella el capitán general marqués de Castelar, el gobernador militar, varios concejales y miembros del Consejo de Castilla y el general Morla, que habia venido de Cádiz. La Junta encargó exclusivamente á Morla, por considerarle más inteligente y bravo que lo que en realidad era, la defensa de la plaza.

Asesinato del marqués de Pe- En ese dia de efervescencia extraordinaria, de vértigo y pasiones desencadenadas por saberse la aproximacion de Bonaparte, fué cuando se cometió uno de los crímenes más atroces é injustificados que pueden ofrecer las discordias de los pueblos: era re-

gidor del ayuntamiento el marqués de Perales, de trato llano, no por estudio, sino por nobleza de alma, de carácter bondadoso y corazón hasta no más caritativo y noble, por lo cual le adoraba el pueblo, con el que por sus costumbres, inclinaciones y hasta modo de vestir estaba puede decirse que confundido. En su terrible exaltación contra el francés se hallaba predispuesta la plebe madrileña á creer en los mayores absurdos y tomar por verdades las más extravagantes calumnias: una mujer, hija de un carnicero, despechada por haber dejado el marqués los amoríos que con ella tuviera, inventó la grosera calumnia de que su antiguo amante había hecho en su calidad de regidor que en vez de pólvora se echase arena en los cartuchos para que no se causara daño á los soldados de Bonaparte, al cual le acusó de estar vendido: corrió la calumnia en aquellos terribles momentos con la rapidez del rayo entre la plebe, azuzada por la vil mujer, y sin examinar si había ó no tales cartuchos, invadió ciega y furiosa la casa del marqués en la calle de la Magdalena, y no encontrándole en ella le buscó en un pequeño cuerpo de guardia que había en la inmediata de Lavapiés, de donde confiado en su inocencia se presentó á los amotinados contra el parecer del jefe militar: aquellos le recibieron con improperios sin escucharle, y arrojándose á él le cosieron á puñaladas y le arrastraron por las calles sobre una estera, concluyendo por despedazarle: negro y espantoso crimen que nos dice muy alto de lo que es capaz en circunstancias dadas el estúpido vulgo, que no mira, como aquí sucedió, que el infamemente calumniado era un ciudadano pacífico, que ni ejercía ni había ejercido autoridad y que por otra parte había derramado á manos llenas sus favores, tal vez sobre los mismos que clavaron en su pecho el aleve puñal.

Intimación á la plaza. Capitulación. Napoleon, mandando sobre las mismas puertas de Madrid del lado del Norte los dragones de los generales Latour Maubourg y Housaye, hizo intimar por medio del mariscal Besieres la rendición de la plaza en la tarde del 2, aniversario de la batalla de Austerlitz y de su coronación; pero había tal furor contra

los franceses que se despreció su mensaje y aún corrió riesgo de perder la vida el mensajero. Bonaparte colocó casi todas sus tropas en la madrugada del 3 hácia el Retiro, Norte y Nordeste de la poblacion, y en este estado, envió Berthier uno de los jefes prisioneros en Somosierra con segunda intimacion, que fué tambien despreciada. Napoleon ordenó el ataque instalándose él junto á la Fuente Castellana, de donde tuvo que alejarse por el fuego de unos cañones colocados á la Puerta de Recoletos, que ya no existe, diciendo al ver algunos proyectiles á su lado: *estamos muy cerca*. Su poderosa artillería vomitaba metralla contra Madrid, que se creia poco ménos que inconquistable segun el entusiasmo que do quiera reinaba; pero habiendo abierto con 30 piezas un gran boquete en el Retiro el general Senarmont entró con un batallon de tiradores y tras de él la division Villate, huyendo los nuestros, quienes del Retiro bajaron al Prado ahuyentando á su vez á los defensores de las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha para colocarse tras de las barricadas de las calles que desembocan en el Prado. Napoleon, que queria entrar en Madrid sin gran derramamiento de sangre, para que no se dijese en Europa que habia sido el autor de otro 2 de Mayo, ordenó á Berthier que hiciese tercera intimacion, y entónces, con acuerdo del capitán general Castelar, la Junta de defensa, cuyo presidente Infantado habia salido de madrugada en busca del ejército del Centro, comisionó á Morla y al concejal Iriarte para verse con aquel mariscal, quien presentó á ambos á Napoleon, cuya sóla presencia intimidó tanto á Morla, á pesar de su fiera figura, que no pudo manifestarle los deseos del pueblo, que no eran otros que los de continuar la lucha. Bonaparte, sin hacer caso del aturdimiento de Morla, le dirigió una verdadera lluvia de insultos, que le hizo temblar como un azogado, diciendo entre algunas cosas ciertas las más insignes falsedades: le dijo «que en la campaña del Rosellon del 1793, en que se halló Morla, robaron los soldados españoles todas las mujeres del pais para repartirlas como botin entre ellos,» lo cual es una atroz calumnia, porque el valiente y enten-

dido general Ricardos, único de los de Europa que hizo temblar á la Convencion, siempre tuvo á su ejército en la más perfecta disciplina; le echó en cara y con justicia el haber faltado á la capitulacion de Bailén, *que hizo* (fueron sus nécias palabras) *la cobardia acompañada de la impericia de un general* (Dupont); le añadió con extraña petulancia que, teniendo una escuadra en Cádiz, habia mandado hacer fuego sobre ella, siendo así que entónces era la Francia aliada de España, lo cual es falso, porque la guerra ya estaba declarada desde la instalacion de la Junta de Sevilla; díjole despues con mayor petulancia que él habia tenido en su poder un ejército (el de la Romana) y le habia dejado embarcar, cuando sabia mejor que nadie que la mayor parte de ese ejército se habia retirado de Dinamarca corriendo inmensos riesgos, que supo vencer con su heróica constancia y ardiente patriotismo, y concluyó diciéndole: *volved á Madrid; os concedo de término hasta las seis de la mañana; volved entónces, pero á decir que el pueblo está sumiso, y si así no fuese, vos y vuestros soldados sereis arcabuceados.* Tan aturdido salió Morla de la presencia de Bonaparte, que llegando ante la Junta y empezando á darla cuenta de su cometido no acertó á continuar y tuvo que hacerlo en su nombre el regidor Iriarte. La Junta, despues de una larga discusion, acordó entregar la plaza, y no queriendo presenciirla Castelar, salió con las pocas tropas que tenia á sus órdenes camino de Extremadura. Al siguiente dia 4 de Diciembre Morla y el gobernador militar Vera y Pantoja firmaron con Alejandro Berthier, príncipe de Neufchatel, la capitulacion casi al pié de la letra de como la habia redactado la Junta, consignándose en sus principales artículos la *libertad y seguridad* de las vidas y propiedades de todos los vecinos y residentes en Madrid, incluso los militares; la no persecucion contra persona alguna por sus opiniones y escritos anteriores; la promesa de no exigir más contribuciones que las que se habian pagado hasta el presente; la conservacion de la religion católica y de las leyes españolas; la conservacion de los empleos á los generales que se quedasen en la capital, y

la libre salida á los militares y paisanos que quisieran irse. Morla se pasó luego al bando francés, pero malquisto de todos murió años adelante ciego y arrinconado. A las diez de la mañana del 4 el general Belliard tomó el mando de la villa en medio del silencio de todos sus habitantes, porque unos cuantos paisanos que se refugiaron en el cuartel de Guardias de corps con ánimo de resistirse en él le abandonaron por las exhortaciones del corregidor. La defensa de Madrid no produjo otro resultado que la frase gráfica del capellan mayor de Napoleon: *que José habia sido echado de Madrid á puntapiés cuando lo de Bailén y ahora habia sido recibido á cañonazos.*

Bonaparte le-
gislando en Es-
paña.

Napoleon se volvió á Chamartín, pues solamente pisó una vez las calles de Madrid para visitar el real palacio, que por cierto no le pareció bien en su orden arquitectónico, y olvidando en aquel pueblecito á su hermano para no acordarse más que de ser un conquistador, aunque aquí lo era sin tierras ni pueblos conquistados, expidió una proclama ampulosa á los españoles, de que ninguno hizo aprecio, y varios decretos, algunos para faltar desvergonzadamente á la capitulación: disolvió el Consejo de Castilla calificando justamente á sus miembros de *cobardes é indignos de ser magistrados de una nacion brava y generosa*; abolió (y en esto fué más cuerdo y previsor que la Junta central, aunque ya se vió que no lo quiso hacer en Bayona) el tribunal de la inquisicion; suprimió las dos terceras partes de los conventos, aplicando las rentas de los suprimidos á dotar mejor á los párrocos; anuló los derechos feudales, suprimió toda jurisdiccion de señorío y abolió las aduanas de provincia á provincia, medidas todas beneficiosas, reclamadas muchos lustros hacia por nuestros estadistas, que no tenian más desventaja que la de que se estampaban en el papel no sólo para que nadie las ejecutase, sino tambien para que nadie las leyese. Al lado de las anteriores medidas, adoptó otras inhumanas y bárbaras, que en su mayor parte ejecutó, cuales fueron el llevar presos á Francia á Arias Mon, decano del Consejo y á varios miembros de éste: el príncipe de Castelfranco, el conde de Alta-

mira y otros aristócratas, comprendidos en el decreto de proscripción de Búrgos, fueron tambien conducidos á Francia, conmutándoseles en encierro la pena capital fulminada contra ellos.

Situacion de Jo- Legislando Napoleon sobre los puntos
sé Bonaparte. capitales de que acabamos de hablar, su hermano José, que llegó á Chamartin detrás de las tropas francesas y al verse friamente recibido se habia trasladado al Pardo con su ministerio, le escribió la siguiente carta de renuncia: *Urquijo me comunica las medidas legislativas tomadas por V. M. La vergüenza cubre mi frente delante de mis pretendidos súbditos. Suplico á V. M. que admita mi renuncia á todos los derechos que me habia dado al trono de España... Vuelvo, pues, á ser vuestro súbdito y espero vuestras órdenes para irme donde sea de vuestro agrado.* Al recibir esta carta Bonaparte conoció que su hermano tenia razon, y cambiando de conducta dió los convenientes pasos para que el ayuntamiento de Madrid pidiese de nuevo á José por rey: presentósele al efecto el corregidor á nombre de la municipalidad, y Bonaparte, maestro en ejecutar esta clase de comedias, le dijo *que consentia en que su hermano fuese rey de los españoles siempre que se le prestase juramento de fidelidad, no con la boca, sino con el corazon y sin restricciones jesuiticas.* ¡Y se llamaba grande al hombre que esto pretendia, despues de saber por su propio hermano *que no tenia en toda España UN SÓLO PARTIDARIO ni entre los hombres de bien ni entre los bribones!* Al efecto hizo ir á Chamartin una procesion de 1.000 y pico de hombres del pueblo, clérigos y nobles, á la cual, despues de una nécia arenga sobre que la Inglaterra queria apoderarse de España con ayuda de su instrumento el duque del Infantado, dijo *que haria merced del rey con la condicion de ser jurado en las iglesias y defendido desde el confesionario y el púlpito.*

Despues de esto, no se cuidó por el pronto Napoleon de reponer á José, pues sobre preocuparle no poco ciertas intrigas que se desarrollaban en París y contra las cuales hizo que se publicase en el *Monitor* del 15 de Diciembre

un meditado artículo, tenía fija su vista en el ejército inglés situado en Salamanca, al cual quería derrotar antes de su regreso á Francia, concluyendo también con los restos de nuestros ejércitos, sin contar con que, cual la cabeza de la fabulosa hidra, tenía que brotar el suelo español otros ejércitos que reemplazasen á los por el plomo y hierro enemigos mermados ó deshechos. Contaba Bonaparte con un inmenso ejército en Madrid y unos 80 kilómetros á su alrededor: además de las tropas que con él vinieron llegó el duque de Dantzich (Lefebre) con su cuerpo el día 8; el mariscal Besieres ocupaba parte de las provincias de Toledo y Cuenca, en cuya serranía se refugiaron los restos del ejército del Centro; Ney ocupaba Guadalajara y sus cercanías, y las dos grandes divisiones de caballería de Lasalle y Milhaud marchaban camino de Talavera, en donde más que al valor de los franceses había de ser favorable al invasor la desmoralización é indisciplina de algunos cuerpos españoles.

Asesinato infame del general San Juan. Fusilamiento del teniente coronel Santiago.

Hallábase en la última ciudad el general San Juan procedente de Segovia con los dispersos del ejército que se batió en Somosierra, muchos de los cuales, desobedeciendo á oficiales y generales, se entregaron en los pueblos del tránsito á lamentables escenas, abandonando no pocos sus banderas. Quiso el valiente San Juan castigar en los que le habían seguido á Talavera semejantes crímenes y devolver su vigor á la disciplina militar, pero acusado infamemente de traidor por lo más soez de lo soldadesca y del paisanaje, á cuyo frente se puso un fraile malvado, fué acometido el buen general cuando más tranquilo estaba en su alojamiento del convento á que dicho fraile pertenecía: valiente y fiero como un león se defendió San Juan con la espada contra sus asesinos, pero oprimido por el número se arrojó por una ventana y al caer al suelo recibió una porción de balazos que le dejaron sin vida, arrastrando y mutilando los viles asesinos su cadáver que al fin colgaron de un árbol; horrendo crimen que más adelante castigó el general Cuesta. Parecidos síntomas de desmoralización se manifestaron al pro-

pio tiempo en el ejército del Centro y (cosa extraña) el causante de ellos y rebelde contra sus jefes fué nada ménos que el teniente coronel del arma de artillería don José Santiago, quien si al pronto y por debilidad del conde de Villariezo no fué castigado en Tarancon, en donde se manifestaron con mayor fuerza los alborotos promovidos por él al frente del enemigo, pagó al fin con la vida sus delitos siendo arcabuceado en Cuenca el 12 de Enero de 1809. Dicho ejército del Centro, que no pudo acudir ni á Somosierra ni á Madrid, fué á parar al fin, mermado hasta contar con sólo 8.000 hombres hambrientos y desnudos, á la provincia de Cuenca, con objeto de reponerse al abrigo de sus escarpadas sierras, y hallándose en la capital se le agregó una parte de la division del conde de Cartaojal, que al mando del de Alacha hizo una retirada gloriosa siempre á la vista del enemigo desde el mismo corazon de la Rioja. El general Peña, sucesor de Castaños en el mando de este ejército, al verle trabajado por la rebelion del jefe de artillería y disminuido por las deserciones, pues muchos soldados, impulsados por el hambre y el frío, se refugiaron atravesando la Mancha en las asperezas de Sierra-Morena, no quiso continuar á su frente, y una junta de generales, ante la que resignó el mando, se le confió al duque del Infantado quien, como dejamos dicho, habia salido en busca de este ejército cuando el sitio de Madrid: la Junta central aprobó el nombramiento del duque, sin embargo de carecer de las condiciones más indispensables para mandar un ejército, como luego lo demostró. Por do quiera no ofrecia en este tiempo la España más que espectáculos tristes y desconsoladores: desatábanse en monton sobre ella toda clase de contrariedades y de males: además de la desmoralizacion de esos dos ejércitos, mejor dicho, de sus reliquias, y de la derrota del de la izquierda, perdimos por aquellos dias la plaza de Rosas, nuestras tropas de Cataluña fueron quebrantadas por el enemigo, se comenzó el segundo sitio de Zaragoza, y para que el cuadro presentase un tinte sombrío y repugnante, se cometieron en la Mancha varios asesinatos en sugetos que se llevaban presos á

Andalucía y perdieron la vida sólo por haber sido partidarios de Godoy, entre ellos el ex-ministro de Hacienda Soler, y en Extremadura tuvieron lugar otras muertes violentas contra personas inocentes y hasta contra dos prisioneros franceses.

Llega la Junta Central á Sevilla. Mientras tanto la Junta Central, que desde Talavera se había encaminado á Trujillo,

no considerándose aquí segura y creyendo que tampoco lo estaría en Badajoz, determinó dirigirse por Mérida á Sevilla á donde llegó el 17 de Diciembre con gran contentamiento de la población y de toda Andalucía. En Mérida, aunque á disgusto, nombró jefe del ejército extremeño, que lo era en el nombre, en reemplazo de Galluzo, al veterano Cuesta, al que llevaba consigo en calidad de arrestado por su atropello contra los diputados de Leon: al hacerlo, sucumbió á las exigencias de la Junta de Badajoz y primeras autoridades de Extremadura. A poco de llegar la Central á Sevilla, 28 de Diciembre, murió D. José Moñino, conde de Floridablanca, con lo cual ganaron mucho las ideas liberales por no tener ya Jovellanos un contrario que inutilizara sus esfuerzos, no con el talento y la justicia, sino con una gran respetabilidad adquirida en medio siglo de eminentes servicios hechos á la patria y á la causa de la civilización.

Salen Bonaparte de Madrid y atraviesa el Guadarrama. Para Bonaparte ya no quedaba otro ejército respetable que destruir en España que el inglés á las órdenes de sir Juan

Moore, quien desde Salamanca envió una división de 6.000 hombres mandada por el general Baird hácia la parte de Astorga para que se pusiese en inmediato contacto con la Romana, y hasta cierto punto tenía razón el emperador francés, porque aniquilados ó poco menos los ejércitos de la izquierda, centro y Extremadura, solamente se hallaba en pie el de Cataluña, y éste quebrantado por efecto de algunos encuentros; pero no contaba el francés con el invencible general *No importa* de los españoles ni con el inmenso y también invencible ejército que en aquellos momentos se levantaba contra él, sin que ninguna autoridad le crease, y como si por artes mila-

grosas le brotara la tierra de su seno, por medio de cientos de guerrilleros intrépidos que habian de causarle muchísimo más daño que todos los ejércitos regulares. Sabedor Bonaparte á mediados de Diciembre que el ejército inglés se movía en direccion de Valladolid determinó salir en persona á su encuentro. El 19 de Diciembre, estacionado el mariscal Victor con su cuerpo de ejército en Toledo y despues de haber hecho salir de Madrid al mariscal Lefebre en direccion de Extremadura para que con su cuerpo de 22.000 infantes y 3.000 caballos se opusiese al inglés caso que éste se viera precisado á volver á Portugal, pasó revista á las puertas de la capital á 70.000 hombres de sus mejores tropas, dejando 10.000 á su hermano con el título de lugar-teniente general suyo, y salió el 22 en direccion del puerto de Guadarrama al frente de 54.000 infantes, 6.000 ginetes y más de 100 piezas de artillería. Estas fuerzas unidas á las que tenia Soult en los confines de las provincias de Leon y Palencia, formaban un total de 80.000 veteranos, encargados de batir á ménos de 40.000 con que contaban los ingleses y la Romana. Acompañaban á Napoleon el general Savary y los mariscales Besieres y Ney, al último de los cuales mandó que se adelantase con dos divisiones para observar el movimiento de Moore. Napoleon pasó á pié el puerto de Guadarrama sobre una gran capa de nieve en medio de horribles ventiscas y con un frio de nueve grados bajo cero, apoyándose de vez en cuando sobre Savary, y el 26 llegó venciendo mil dificultades por causa de las lluvias que tenian intransitables los caminos á la villa de Tordesillas. Moore, que habia salido de Salamanca el 12 de Diciembre en direccion de Valladolid, tomó desde Alaejos hácia Toro y Benavente, porque se enteró por unos pliegos que Napoleon mandaba á Soult y fueron interceptados en Valdestillas, de los planes del emperador francés para que pudiera batirle el duque de Dalmacia. Moore, como si presintiese su próximo fin, no ponía cara á habérselas con el francés, y desde Salamanca, y aún despues, pensó retirarse á Portugal ó sino á Vigo, para embarcarse: no producía esto la falta de valor é inteli-

gencia, que ésta era grande en Moore y aquel extraordinario, pero contemplaba destruidos los ejércitos españoles que habian de ayudarle, y esto le desanimó en extremo; llegó á su noticia la rendicion de Madrid, y ya vió con negros colores la causa española; sus tropas no tenían los suficientes víveres, y culpaba de ello á las autoridades y al país entero, no haciéndose cargo de que nuestros soldados se hallaban por carencia de gobierno y tambien por apatía de generales como la Romana, sin vestidos, sin vituallas y presa por efecto del frio y pésima alimentacion de fiebres malignas.

Retirada del ejército inglés y su desmoralizacion. Saliendo Moore de Alaejos llegó el 20 de Diciembre á Mayorga, en donde se le unió Baird, juntando así un cuerpo de 23.000 infantes y cerca de 3.000 caballos. Moore pensó entónces en batir á Soult, y al efecto avisó á la Romana, quien accediendo al ruego del inglés salió de Leon con 8.000 hombres, únicos que podian llamarse soldados de los 16.000 que había reunido en esta ciudad así que le entregó Blake el mando, y se dirigió á Cea, villa de 300 vecinos sobre el riachuelo de su nombre: entónces Moore avanzó á Sahagun, villa más rica y poblada á 12 kilómetros de distancia y aquí estableció su cuartel general el dia 21; pero Soult que andaba por aquella tierra, temiendo la superioridad de las fuerzas anglo-españolas, se bajó á Carrion de los Condes esperando que se aproximase más Napoleon: Moore supo que éste avanzaba por Castilla con sus 60.000 hombres y volvió á su primera idea de retroceder á Portugal ó embarcarse, y en su consecuencia el 24 dió órden de retirada hácia Vigo, donde se hallaba una grande escuadra inglesa, haciendo de su ejército dos divisiones, una que debia dirigirse por Valencia de Don Juan y otra por Castro-Gonzalo cerca de Benavente, encargando á la Romana que defendiese el puente de Mansilla de las Mulas y luego le cortase; peregrino encargo que no tenia otro objeto que el de proteger á costa de sangre española su retirada: la Romana no trató de cortar el puente, pero se dejó sorprender por una pequeña division francesa en el mismo Mansilla, que le causó unos

200 muertos, y le hizo 1.000 prisioneros y le obligó á escapar precipitadamente á Leon y refugiarse de seguida en Astorga, á donde llegó tambien Moore con todo su ejército el 30 de Diciembre, despues de haber sostenido parte de sus tropas con la caballería del general Lefebre Desnouetes al pasar el Esla cerca de Benavente un récio ataque, en el cual cayó prisionero del lord Paget, que mandaba un regimiento de húsares, dicho general francés con 70 de los suyos (1). No se detuvo mucho en Astorga Moore, pues sabiendo que le iba á los alcances Napoleon, salió el 31 de esta ciudad, en la cual entró el emperador el 2 de Enero de 1809. El ejército de la Romana, al que pudo dar descanso y reponer con seguridad en Astúrias, á donde no quiso dirigirse, á pesar de los ruegos de muchos jefes y de los consejos de Moore, tomando el camino del áspero puerto de Fuencebaddon para entrar en Galicia, ofrecia un espectáculo lastimoso segun estaba de hambriento, desnudo y falto de todo; pero sufría y callaba: el de Moore, que tomó la carretera del puerto de Manzanal, lleno de temor por la proximidad de Bonaparte, empezó á desorganizarse de una manera horrible, cometiendo en los pueblos por donde pasaba los mayores excesos; y aun cuando Moore fusiló á algunos soldados, no pudo cortar el virus de la indisciplina, que cundía á manera que el enemigo se le acercaba: así sucedió en Villafranca del Bierzo, en donde la soldadesca ejecutó con el infeliz paisanaje actos atroces, yendo casi desbandada por un golpe que sufrió en Cacabelos de la vanguardia de Soult. Mientras que Moore entraba en Villafranca el 2 de Enero, mermada su ciega gente por la persecucion del enemigo y por habersele separado con una division de 3.000 hombres el general Crawford, que tomó el camino de Vigo para embarcarse, la Romana llegó por ásperos caminos llenos de nieve á la Puebla de Trives, de donde, perseguido por una columna francesa, se refugió en la

(1) Lafuente, sin acordarse de que el mariscal Lefebre, duque de Dantzych se hallaba en Extremadura, dice que éste fué el prisionero, no habiendo sido otro que el general Lefebre Desnouetes, el del sitio de Zaragoza.

raya de Portugal, limítrofe á la provincia de Orense, con lo que no se podia llamar ejército, pues que no quedaron en pié más que 6.000 hombres todos haraposos y muchísimos de ellos enfermizos. Moore, deteniéndose muy poco en Villafranca, avanzó á Lugo en medio de un desórden tal que sin compasion se abandonaban en las ventas y hasta en la carretera los enfermos y los heridos, que ponian el grito en el cielo: deteniéndose un dia en Lugo y otro en Betanzos dió vista el 11 de Enero á la Coruña, en donde se encontró sin escuadra que recibiese sus tropas, por lo que no tuvo más remedio que hacer cara al francés, que le habia seguido en su desastrosa retirada. Era éste Soutl, al que dió tal cometido Bonaparte en Astorga, desde donde, juzgando que el cuerpo de su mariscal bastaba para concluir con los desorganizados ingleses, y aguijoneado para volver á París por las malas noticias que allí recibiera sobre la siniestra actitud del Austria, retrocedió camino de Valladolid, á donde llegó el 6 de Enero con la mitad del ejército que sacó de Madrid, pues que dejó á Ney con su cuerpo para que operase en Galicia y Asturias en tanto que Soutl debia internarse con el suyo en Portugal.

Batalla de la Coruña. Como Moore no encontró en la Coruña la escuadra que, procedente de Vigo, habia de recibir sus tropas, porque, detenida por contrarios vientos hácia el cabo de Finisterre, no pudo arribar á la capital gallega hasta el dia 14 por la tarde, cuando ya Soutl se hallaba á la vista de la plaza desde el 12, quiso arriesgar el éxito de una batalla: Soutl contaba con más de 20.000 hombres aguerridos y disciplinados; Moore con 16.000 desmoralizados, que ya no pensaban más que en embarcarse: á ser otro el estado de las tropas inglesas, apoyadas por la plaza, hubieran hecho trizas las de Soutl; pero la disciplina es el alma de los ejércitos, y el que no la tiene, deja de ser ejército para convertirse en una informe reunion de cobardes ó malvados: algo mejor de lo que era de esperar se portó en esta ocasion el ejército inglés. Ocupaba Moore en los alrededores de la Coruña los mejores puntos, y como buen general, tomó medidas

estratégicas é hizo tres divisiones de su ejército, una á las órdenes de Biard, otra á las de Juan Hope y otra á las de Fraser, dejando la reserva al lord Paget: éste se situó cerca del pueblecito de Eirys, Fraser más próximo que ningun otro á la Coruña, y Biard y Hope en las alturas del monte Mero y á orillas de la ria del mismo nombre. El 14 empezaron los franceses á molestar al ejército de Moore, precisamente cuando se divisó la escuadra que habia de recibirle: aprovechando Moore la presencia de los barcos de su nacion, hizo llevar á ellos los enfermos y los heridos, 50 cañones y la caballería desmontada, y él se decidió á esperar á pié firme el ataque de Soult: el 16 por la tarde, como Soult no le acometiese con fuerza, pensó Moore embarcar sus tropas; pero aquel se le anticipó haciéndole un fuego horroroso de cañon al medio dia desde la altura dicha de Peñasquedo, que habia coronado con 11 piezas de grueso calibre. Moore aceptó sereno el ataque: protegidos por dicha artillería avanzaron los franceses, y oponiéndoseles los ingleses se hizo general la batalla en toda la linea: á las dos horas de combate cayó herido de gravedad Biard y mortalmente Moore de una bala de cañon que le trituró el hombro izquierdo: incorporóse éste en el acto de caer, y moribundo vió con serena satisfaccion que sus tropas se batian como bravas: retirado en seguida á la ciudad, espiró á las pocas horas. Lord Paget dió una brillante acometida á los dragones franceses, haciéndoles retroceder con grandes pérdidas; pero vino la noche y no se pudo continuar la batalla, en la que cada ejército tuvo una baja de 800 hombres entre muertos y heridos. Sir Juan Hope, que tomó el mando en jefe, ordenó el embarque del ejército en aquella noche, lo cual tuvo efecto ayudándole con toda diligencia y amor los coruñeses, que no entregaron su ciudad hasta ver embarcado el último inglés. El 19 capituló la Coruña, careciendo de tropas con que defenderse, y la Audiencia y demás autoridades civiles, militares y eclesiásticas prestaron obediencia al pretendiente José. La Junta del reino de Galicia se dispersó, saliendo de la capital. El 26 capituló el Ferrol, con lo cual Galicia quedó por de pronto

aterrada, pero para levantarse luego amenazadora, potente y afortunada contra el invasor.

Napoleon en Valladolid.

Saliendo Napoleon el 4 de Diciembre de Astorga, llegó á Valladolid el 6, y en el acto hizo ir ante su presencia á las autoridades y á los superiores de los conventos: recibió á todo el mundo de mal talante, y al ayuntamiento le trató de la manera más dura y hasta grosera, amenazándole terriblemente, ya por haber cuidado de varios militares extraviados cuando la accion de Búrgos, ya por haberse cometido en la ciudad unos asesinatos de franceses, entre ellos dos cuyos cadáveres parecieron en un pozo del precioso convento de San Pablo, sito frente á su alojamiento. Despedido bruscamente por Bonaparte marchaba el ayuntamiento con el corazon oprimido, cuando á los pocos pasos se le acercaron unos cuantos soldados franceses de caballería y le intimaron que les siguiese en calidad de preso á la casa de la ciudad, á donde luego se presentó un emisario del emperador á decirle, «que si á las doce de la noche no daba la lista de los que habian asesinado á los franceses, haria ahorcar á cinco de sus individuos,» órden bárbara que ponía á los pobres concejales en la tremenda alternativa de ser unos viles delatores ó perecer en un patíbulo. Vino á sacarles del apuro un miserable, llamado Chamochin, de oficio procurador, que se hizo afrancesado porque le nombrasen corregidor, el cual delató á un adobador de pieles, que fué preso con dos criados suyos, todos tres inocentes por más que hubo contra ellos un fuerte indicio: los dos pobres criados fueron á la horca, y el que en caso podia ser el mayor culpable obtuvo perdón á ruegos de su bellissima esposa y de algunos frailes benedictinos: mandó ahorcar además á otros siete, y suprimió el convento de San Pablo con motivo de haberse hallado en el pozo los dos cadáveres.

Hallándose en Valladolid fué cuando Bonaparte hizo que acudieran los diputados de Madrid ante él llevando los libros en que, con supercherías ó sin ellas, aparecia haber jurado á José en la iglesia de San Isidro con el Sacramento de manifiesto 28.500 hombres cabezas de familia,

y tambien desde Valladolid escribió á su hermano lo siguiente: «*Es indispensable mandar ahorcar unos cuantos bribones: mañana (13 de Diciembre) lo serán aquí siete de órden mia. Es forzoso hacer otro tanto en Madrid. No deshaciéndose de un centenar de bribones y alborotadores, es como si nada hubiésemos hecho. De estos 100 mandad ahorcar ó fusilar 12 ó 15, y envid los demás á los presidios de Francia. Yo no he tenido tranquilidad en mi imperio hasta que mandé arrestar á 200 vocingleros y conducirlos á las colonias. Desde entónces el espíritu de la capital cambió como cambian los telones de un teatro al sonido de un silbato.*» El anterior lenguaje encerraba un gran fondo de verdad, aplicable á casi todas las situaciones de libertad, que aquí en España sobre todo se convierte al instante en asquerosa licencia; pero, ¿con qué derecho le usaba el invasor pérfido y brutal sobre un pueblo que no le habia reconocido y en el cual, segun su hermano, *no tenían ambos un sólo partidario ni entre los hombres de bien ni entre los bribones?*

Sale para París. El 17 de Enero por la noche salió Bonaparte de Valladolid en direccion de París á donde llegó caminando con gran celeridad el 23: este grande hombre, al que los historiadores de su nacion presentan como superior á Alejandro y á César, en su expedicion á España realizó personalmente dos hazañas que en su vanidad compararia él á las de Epaminondas en Leuctres y Mantinea: la toma con 70.000 hombres y 150 cañones de la villa de Madrid, defendida por paisanos armados la víspera y por una guarnicion que no llegaba á 2.000 soldados, y hacer retirar á los 34.000 hombres de Moore y la Romana con 80.000 veteranos de Ney, Besieres y Sault y más de 100 piezas de artillería. Pero realizó otra tercera hazaña: faltó villanamente á la capitulacion de Madrid, lo cual tenia que significar bien poco para quien más villana y cobardemente se habia apoderado de las plazas de Pamplona, Figueras, Barcelona y San Sebastian. José se trasladó á Madrid desde el Pardo el 22 de Enero, en union de su ministerio, aumentado ya con otros traidores, el conde de Campo-Alange y Arribas, y nombró ca-

pitán de sus guardias al duque de Cotadilla, gran chambelan al marqués de Valdecarzana, mayordomo mayor al duque de Frias, descendiente de los antiguos condestables de Castilla, y gran maestro de ceremonias al príncipe de Maserano.

Batalla de Uclés. Volvamos ahora la vista al Centro, Cataluña y Zaragoza. Los restos del ejército Herrores. del centro, refugiados en Cuenca y puestos en las ineptas manos del duque del Infantado, algo aumentados ya con la presentación de varios dispersos y la pequeña división que salvó el conde de Alacha, ascendían á unos 15.000 hombres, entre ellos 2.000 caballos, con 20 piezas de artillería : en lo que ménos debió pensar Infantado fué en provocar al enemigo, pero era aquel un general de salón de obtuso entendimiento y además voluble, que lo mismo formaba planes que los abandonaba, á la manera que abrazaba una causa para alejarse luego de ella. Así es que, en vez de estar á la defensiva y reponer su ejército, dejó lo áspero de la serranía y se bajó al llano de Carrascosa, Saelices y Torrejoncillo, formando de su ejército tres divisiones de á 5.000 hombres, encomendando una al general Venegas, otra al brigadier Senra y otra que quedó á sus inmediatas órdenes. El mariscal Víctor, que delante de José acababa de pasar revista en Aranjuez á un cuerpo de ejército fuerte de 14.000 infantes y 3.000 caballos, situó unos 800 dragones en Tarancon para observar los movimientos de Infantado, quien ordenó á Venegas que les atacase, lo cual realizó éste aunque contra su voluntad en la Noche-Buena de 1808, frustrándose la operación: esto dió lugar á que Víctor avanzase con todas sus tropas, sabiendo lo cual Venegas se fué á Uclés, villa de 400 vecinos, situada en terreno quebrado á 12 kilómetros de Tarancon y célebre por ser cabeza de la orden de Santiago, que tantos servicios prestó en las guerras contra el moro : allí se le reunió Senra, teniendo entre ambos unos 9.000 infantes y 1.000 caballos : Venegas tomó posiciones y ocupó el magnífico convento ó palacio de la orden, sito en la cúspide de una escarpada altura, al pié de la cual se halla la villa sobre la orilla izquierda del

riachuelo Bedija, y avisando á Infantado su determinacion para que viniese en su ayuda ó le ordenase levantar el campo; pero Infantado ni vino ni hizo caso del aviso. Víctor, que andaba en acecho de los nuestros desde la frustrada sorpresa de Tarancon, avanzó á Uclés el 12 de Enero de madrugada lanzando su vanguardia, al mando de Villate, que arrolló fácilmente la española, regida por Senra, haciendo en ella gran destrozo: acudió Venegas, que lo observaba desde la casa de Santiago, á contener á Villate, pero fué tambien arrollado y envuelto por otra division francesa: contuso y con fiebre logró escapar con su caballo, teniendo que rendirse casi toda su infantería: la mayor parte de la caballería, mandada por el marqués de Albudeite, despues de hacer prodigios de valor, se rindió tambien, pero reducida á la mitad, y gracias al general Giron pudo salvarse la tercera parte del ejército huyendo á Carrascosa, 11 kilómetros de Uclés, en donde se hallaba Infantado oyendo el ruido de la batalla: á los que huían les dijo con criminal estupidez, *que iba ya en su socorro*. El desastre de Uclés no pudo ser más terrible: de los 10.000 españoles que pelearon perecieron unos 800 y fueron hechos prisioneros al pié de 6.000. Venegas é Infantado se acusaron recíprocamente de la catástrofe, pero el único responsable de ella fué el último. Los franceses entraron en Uclés, y so pretexto de que algunos vecinos habian ayudado desde la casa de Santiago á las tropas de Venegas, cometieron los más espantosos crímenes: pillaron la villa y la casa de la órden; atormentaron á todos los moradores para que les diesen las alhajas que tenian y las que su codicia inventaba; quemaron muebles y otros efectos, haciendo cargar con ellos á sus dueños y á los conventuales, á algunos de los cuales pusieron albardas para llevarlos al sitio donde hicieron una inmensa hoguera, y cogiendo á 69 personas de las más principales del pueblo, entre ellas sacerdotes y ancianos inofensivos, las llevaron á la carnicería y allí las degollaron como si fueran reses vacunas ó lanares!... Hicieron más aquellos mónstruos: reunieron en el inmenso patio y soportales de la casa de Santiago á unas 300 mujeres jóvenes, viejas

y de edad mediana, entre ellas algunas monjas del convento de dominicas que allí habia, y en medio de ayes y lamentos capaces de ablandar las piedras aquellos bandidos abusaron torpemente de ellas! La pluma se resiste á escribir tantas maldades: la naturaleza se subleva contra tamaña atrocidad: ni las tribus feroces de cannibales hubieran cometido tantos y tan horrendos crímenes como cometieron estos soldados del gran comediante, cuyos compatriotas todos dicen aún hoy dia (y lo peor es que á éstos hacen coro nuestros infelices admiradores de la revolucion francesa) á voz en grito, que sus águilas llevaron la civilizacion por toda Europa. ¿Castigó el mariscal Victor estos abominables crímenes como castigaron los españoles las matanzas ménos horribles de Valencia? No. ¿Qué habian de hacer nuestros guerrilleros con los franceses que cayeran en su poder? ¿No daban derecho estos actos atrocísimos á que todo español se deshiciera de un enemigo tan cruel y bárbaro, de un invasor pérfido y brutal para el vencido, con el puñal ó con lo que pudiera herir ó matar?

Sucede Cartoa- El duque del Infantado con la division
jal á Infantado. á sus inmediatas órdenes y los tristes restos de la batalla de Uclés tomó precipitadamente el camino de Valencia, perseguido por la caballeria de Latour Maubourg, que le hizo perder la artillería; torció despues hácia Múrcia, y por último, se amparó de Sierra-Morena, situándose en Santa Cruz de Mudela, en donde la Central le mandó por sucesor al conde de Cartaojal, encargado á la sazón del pequeño ejército que se estaba formando del otro lado de Despeñaperros.

Cataluña. No marchaba mejor la causa de la pátria en Cataluña que en el Centro, Norte y Noroeste de la Península. Retirado en Barcelona Duhesme despues del escarmiento que recibió en su segunda acometida á Girona, se vió bloqueado por el capitan general marqués del Palacio, quien rechazándole en todas las salidas que hizo para levantar el bloqueo, le obligó á encerrarse en Barcelona hasta la llegada del 7.º cuerpo de ejército de los mandados por Bonaparte á España á las órdenes del

general Gouvion Saint Cyr. Entró éste en Figueras el 6 de Noviembre de 1808 al frente de 28.000 hombres, los 2.000 de caballería, con 25 piezas de grueso calibre. Unos dias antes por exigencias de la Junta catalana, que desde Tarragona se trasladó á Villafranca del Panadés y queria que Palacio hubiera hecho el milagro de tomar á Barcelona, le habia relevado del mando la Central para dársele al capitán general de las Baleares D. J. Miguel Vives, cometiendo al propio tiempo la injusticia y torpeza insignificante de poner á las órdenes de éste al héroe más esclarecido de Bailén, á D. Teodoro Reding, al que ordenó pasar al país catalán con la division de Granada: no registra la historia una ingratitud más atroz. Reding como buen militar y patriota obedeció poniéndose con sus queridos soldados á las órdenes de Vives. Tambien fué otro refuerzo á los catalanes de parte de Aragon, consistente en una division de 4.000 hombres al mando de Palafox el mayor, marqués de Lazan. Así reunió Vives un ejército de 20.000 infantes y 800 caballos con 17 piezas, y con él, ayudado por varios tratos que entabló con gentes de la plaza, pensó apoderarse de ella: entre otras sobresale la tentativa que realizó con dicho objeto el 8 de Noviembre, pero apercibido Duhesme la frustró aprisionando á varios vecinos sospechosos y desarmando el segundo batallón de guardias valonas, que se suponía de acuerdo con Vives. Este, sin embargo de la notoria esterilidad de sus esfuerzos para entrar en Barcelona, continuó en los alrededores de ella, sin tener fuerzas bastantes para un bloqueo riguroso ni ménos para tomarla por asalto: con esto dió lugar á que se perdiese la plaza de Rosas y á que despues viniese sobre él el general Saint-Cyr.

Toma de Rosas. Heróica fué la resistencia que opuso la desde 1795 desmantelada plaza de Rosas, asentada al pié del Pirineo, unos 16 kilómetros de Figueras, 12 del cabo de Creux y 25 de Francia, y sobre el golfo de su nombre, en el cual tiene un pequeño pero abrigado puerto: su poblacion constaba entónces de 300 vecinos y guarnecian sus muros, su pequeña ciudadela y un fortín en forma de estrella, llamado de la Trinidad, unos 3.000 veteranos,

auxiliados por un buque de guerra inglés y dos bombarderas: en las fortalezas y baluartes habia unos 60 cañones: era su gobernador D. Pedro Odaly. Saint-Cyr, desobedeciendo las órdenes de Napoleon para que sin pérdida de tiempo marchase sobre Barcelona, se dirigió á sitiar á Rosas con su cuerpo de ejército el 7 de Noviembre, pero no hizo jugar la artillería contra la plaza hasta el 16. Despues de diferentes salidas de los nuestros y de varias acometidas de los franceses, éstos penetraron en la villa el 29 de Noviembre perdiendo más de 1.000 hombres, y pereciendo 300 de los 500 defensores que habia en ella: todavía resistieron la ciudadela y el fortin de la Trinidad, defendiéndose éste con solos 80 hombres, entre ellos el lord Cockrane, quien fué del buque inglés para rechazar un asalto de los franceses; pero el 5 de Diciembre, despues de 29 dias de asedio, se rindieron la ciudadela y el fortin, salvándose dicho lord y quedando prisioneros sus heróicos defensores.

Batalla de Llinás de Cardedeu.

Saint-Cyr tomó inmediatamente el camino de Barcelona con 15.000 infantes y 1.500 caballos, dejando toda la artillería en Figueras. Vives, por su loco empeño de enseñorearse de Barcelona, desaprovechó la coyuntura de salir al encuentro de Saint-Cyr, como propuso el general conde de Caldagues, en uno de los mil sitios ventajosos que el camino le ofrecia: al fin, sabiendo que el general francés se acercaba á la capital del Principado, dejó en los alrededores de ésta casi la mitad de sus fuerzas é hizo salir á Reding al encuentro de aquel, saliendo él tambien luego y apostándose junto al rio Cardedeu entre los pueblos de Villalba y Llinás, con 8.000 hombres y siete cañones: varios somatenes, dirigidos por el bravo coronel Milans, que prestó inmensos servicios en toda la guerra, debian ayudar al ejército. Saint-Cyr, á pesar de no tener artillería, al dar vista al ejército de Vives el 16 de Diciembre ordenó que le atacase su vanguardia, mandada por el italiano Pino, la que fué maltratada por la infantería española y las siete piezas haciéndola 200 prisioneros, pero Saint-Cyr logró con sus acertadas medidas que el resto de sus

tropas envolviere á casi todo el ejército nuestro, que presa de un pánico vituperable, echó á correr á la desbandada, salvándose Reding por la velocidad de su caballo y Vives á pié y por sendas extraviadas hasta que entró solo en Mataró, en donde se embarcó para Tarragona. La batalla de Cardedeu ó Llinás costó al ejército español 500 muertos y más de 1.000 heridos y prisioneros, y lo que es peor, llevó la desorganizacion á todas las tropas de Cataluña y el desaliento á todo el país. Saint-Cyr llegó á Barcelona el 17 de Diciembre y los nuestros, así los que huyeron de junto á Cardedeu como los que bloqueaban á aquella ciudad, acamparon del otro lado del Llobregat, situándose en Molins de Rey, villa de unos 400 vecinos, sobre la izquierda de dicho rio, 18 kilómetros de la embocadura de éste en el Mediterráneo y 12 de Barcelona.

Batalla de Molins de Rey. Saint-Cyr, despues de dar tres dias de descanso á su gente, salió con algunos refuerzos que tomó en Barcelona á perseguir nuestro ejército que, por no haber llegado Vives, mandaba Reding, y se componia de 10.000 infantes, 1.000 caballos y varios cañones, por más que Thiers con evidente falsedad haya dicho que constaba de *treinta y tantos mil* hombres, siendo así que nunca hubo ni con mucho tantos soldados en toda Cataluña; Saint-Cyr sí que contaba con más de 20.000 hombres y numerosa artillería, tomada en Barcelona: al divisar á las tropas españolas en Molins el 21 de Diciembre de madrugada, mandó atacar con ímpetu nuestra derecha, que era la que ménos pensaba ser atacada: envolviéronla al momento las superiores fuerzas de Saint-Cyr, y arrojándola sobre el centro y cayendo derecha y centro en desórden horrible sobre la izquierda, surgió en el acto la más espantosa dispersion, tirando cada soldado por donde pudo sin dar casi nadie cara al enemigo: perdióse toda la artillería, hubo muchos muertos y algunos prisioneros, contándose entre éstos el conde de Caldagues y varios jefes de cuerpos. Despues de esta desgraciada jornada, á la que llegó Vives cuando comenzaba la dispersion, que no pudo contener, Saint-Cyr

se retiró á Barcelona y la Junta de Cataluña retrocedió á Tortosa. En Tarragona, á donde iban acudiendo todos los dispersos, se procuró reorganizar el ejército, á cuyo frente, por aclamacion del pueblo, que miraba de reojo á Vives no creyéndole competente, se puso á Reding, más popular y á propósito para el caso.

Segundo sitio de Zaragoza. El segundo sitio de Zaragoza elevó hasta los cielos el ya altísimo nombre de esta ciudad, verdadera Numancia de los tiempos modernos. Nada ménos que cuatro mariscales del imperio asistieron á este segundo sitio: Moncey, Mortier, Junot y Lannes. El mando en jefe estaba encomendado á este célebre militar, que habia hecho las campañas de Italia, Egipto y Alemania; pero detenido por enfermedad en Tudela despues de la batalla que lleva éste nombre, el primero que le ejerció fué Moncey, el segundo Junot y el tercero Lannes. Moncey, despues de la derrota de los nuestros en Tudela, avanzó con su ejército por el occidente de Aragon y se situó en la villa de Alagon, á 24 kilómetros de Zaragoza junto á la embocadura del fecundante rio Jalon en el Ebro: aguardó allí al mariscal Mortier, que mandaba el 5.º cuerpo, y llegando éste el 19 de Diciembre, el 20 se situaron los dos delante de Zaragoza, uno sobre la izquierda y otro sobre la derecha del Ebro: contaban ambos con 35.000 hombres aguerridos y además seis compañías de artilleros, ocho de zapadores y tres de minadores con 60 piezas de grueso calibre y todos los útiles necesarios para el sitio. En Zaragoza, donde Palafox seguia ejerciendo el supremo mando, teniendo por segundo á Saint-March, habia unos 30.000 soldados, entre ellos 1.400 ginetes, con 60 piezas casi todas sacadas del Canal imperial á donde las arrojaron los franceses al levantar el primer sitio: mandaba la artilleria el brigadier Villalba, la caballería el general Butron y los ingenieros San Genis, que se habia distinguido por su inteligencia y bravura en el primer sitio. Durante los tres meses transcurridos de un sitio á otro, sin hacer de Zaragoza una plaza fuerte, por ser esto imposible, se habian mejorado sus obras de defensa en el monte Torrero, en la Aljefe-

ría, en sus débiles muros, en el Arrabal, en varios conventos y en las dos orillas del Ebro y Huerva: se hicieron barricadas en muchas calles y tapiaron los pisos bajos, abriéndose comunicacion de unas casas á otras: habíanse hecho grandes acopios de municiones y vituallas, y muchas casas particulares y los conventos tenían almacenados comestibles de todas especies. Los víveres existentes en Zaragoza no bastaban, sin embargo, para mantener á sus moradores y tropa arriba de un mes, porque entre todos y contando con mucha gente de la tierra que se habia metido en la ciudad pasaban de 100.000 habitantes: no tenia el valor de éstos que fijarse en si la ciudad era defendible ó no, ni en si habia mantenimientos para mientras durase el sitio, porque su única y suprema aspiracion se encerraba en el siguiente cantar que corria por boca de hombres, mujeres y niños: *La Virgen del Pilar dice—que no quiere ser francesa,—que quiere ser capitana—de la tropa aragonesa.* Esta piadosa copla explica la resolucion invariable de los zaragozanos de vencer ó sepultarse entre las ruinas de su cara ciudad, de la que nombraron generalísima á la Virgen.

El 21 por la mañana atacaron los franceses las obras exteriores, y Saint-March tuvo la desgracia de perder á las pocas horas el monte Torrero con sus 5.000 hombres, retirándose á la ciudad, en donde hubiera sufrido la triste suerte que el comandante Falcon á no protegerle decididamente Palafox. Por fortuna fueron bien escarmentados los franceses en la tarde de dicho dia, pues que acometiendo una division á las baterías del Arrabal, hábilmente dirigidas por el coronel Velasco, fué rechazada dejando sobre el campo más de 500 muertos, visto lo cual por Moncey, que no era amigo del inútil derramamiento de sangre, propuso al siguiente dia 22 á Palafox entrar en negociaciones: Palafox le contestó con estas dignas palabras: *Esta ciudad no sabe rendirse... Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor... El señor mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con la opresion y que el que quiere ser libre lo es.* En virtud de esto los franceses

estrecharon más el bloqueo de la ciudad y la cañonearon vigorosamente, logrando abrir un poco de trinchera en la noche del 29 de Diciembre, visto lo cual por los sitiados acordaron una salida con parte de la caballería á las órdenes del general Butron, quien dando una brillante carga al enemigo le hizo 200 prisioneros. El 1.º de Enero sucedió á Moncey en el mando en jefe el mariscal Junot, quien dispuso que saliese Mortier con una division hácia Calatayud á observar á algunas partidas de los nuestros que recorrían el país interceptando convoyes y correos. No por esto se paralizaron los trabajos del sitio. El 6 de Enero de 1809 la segunda paralela llegaba á unas 100 varas del convento de San José extramuros, antiguo y débil edificio por ser casi todas sus paredes de tierra, y contra el cual y el reducto junto al puente del Huerva colocaron los franceses 30 piezas: el 10 empezó el bombardeo, y al oscurecer del 11 atacó el enemigo el convento á cargo del comandante Renovales, que le defendió como un bravo, abandonándole cuando ya no era más que un monton de escombros: tambien cayó el dia 15 el reducto en poder de los franceses: distinguióse en la defensa del convento una jóven de 20 años llamada Manuela Sancho. Dueños los franceses de estos dos importantes puntos, ya no quedaba á los zaragozanos más que el recinto de la ciudad, la Aljaferia y el Arrabal, pero no por esto desmayaron un sólo instante: la poblacion inútil se retiró á los barrios más céntricos y seguros, y para librarse de las bombas vivia en los sótanos, con cuyo motivo se vició el aire vital y empezó á desarrollarse una horrorosa epidemia que causó infinitamente más estragos que el fuego enemigo: á esta causa fisica se unian las morales con las noticias, que no podian ménos de correr, de la muerte del hermano, ó del esposo, del padre, ó del hijo queridos. El bombardeo y los trabajos para el asalto continuaban sin cesar, y sin cesar tambien los sitiados respondian al fuego enemigo con otro fuego si cabe mayor y haciendo salidas que, aun cuando rechazadas, ocasionaban la muerte á muchos franceses. Tambien el paisanaje aragonés y algunas partidas de soldados, en la

idea de separar tropas del sitio, recorrían la tierra y atacaban á los franceses que podían, como sucedió en los alrededores de Alcañiz, en donde sufrió una derrota el general Vatiez, que procedente de Cataluña, había venido con 1.000 infantes y 600 caballos al Bajo Aragon para recoger víveres. En la misma idea de alejar enemigos de los muros de Zaragoza salió de ésta con unos 5.000 soldados bisoños D. Felipe Perena, pero yendo en su busca el general Gazan con una pequeña division logró dispersarle luego y volver al sitio. Ya en esto había tomado el mando en jefe el mariscal Lannes, quien para dar mayor impulso á las operaciones del sitio llamó de Calatayud á Mortier. Desde el momento en que llegó Lannes (22 de Enero) arreció el bombardeo y toda la artillería francesa jugó con horrenda insistencia, logrando abrir tres grandes brechas el 27, una frente al convento de San José, otra un poco más á la derecha y la tercera en el convento de Santa Engracia, y Lannes dio la órden de entrar al asalto. La campana de la Torre Nueva, célebre á causa de su grande inclinacion por el estilo de la de Pisa, avisó del peligro á los sitiados, y toda la gente de armas tomar se lanzó hácia las brechas: entónces fué cuando se vieron escenas de incomparable heroísmo; peleábase con el fusil, con el hierro y alguna vez con el instrumento ofensivo que se tuviera á mano fuese el que quisiese; además del fuego y el hierro causaban estragos en unos y otros combatientes minas y hornillos que reventaban haciendo volar por los aires miembros de cuerpos humanos: en los conventos de capuchinos y descalzos hubo luchas tremendas, tomándolos, perdiéndolos luego y volviéndolos á tomar los franceses, que en los alrededores eran acibillados á balazos y aun á pedradas desde las ventanas y tejados de todas las casas: en estos combates tuvieron los franceses más de 800 muertos y los españoles unos 600, entre ellos San Genis, que fué una gran pérdida por ser hombre de mucha inteligencia y extraordinario valor. Lannes, verdaderamente aterrado á la vista de una resistencia tan heróica, quiso entrar en tratos con los sitiados, á los que mandó un parlamentario diciéndoles las des-

gracias de nuestro ejército en Cataluña y la retirada del inglés: la contestacion de Palafox se reasume en aquella célebre frase digna de un héroe de la antigüedad: *Defenderé hasta la última tapia*. Aquel mariscal escribia á Napoleon acerca del heroismo de los zaragozanos lo siguiente: *Jamás he presenciado un encarnizamiento igual al que muestran los enemigos en la defensa de esta plaza: he visto á las mujeres dejarse matar delante de la brecha: cada casa requiere un asalto... El sitio de Zaragoza en nada se parece á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos vemos precisados á hacer uso del asalto ó de la mina... Esta es una guerra que horroriza*. En efecto; hubo casas que costaron á los franceses tres combates sangrientos para posesionarse de ellas, uno en el piso bajo, otro en el último y otro de habitacion á habitacion, al ver lo cual Lannes ordenó que se minasen las casas para volarlas con sus defensores: para llegar de tal manera al Coso, necesitaron los franceses doce ó trece dias (del 27 de Enero al 7 de Febrero) perdiendo 1.500 hombres, entre ellos muchos jefes y los generales Rostoland y Lacorte: esto dió margen á abiertas murmuraciones en las tropas sitiadoras, que decian sin rebozo, *que se las habia llevado allí para encontrar un sepulcro entre las ruinas de la ciudad*. Lannes las animaba á hacer el último esfuerzo, y creyendo que la posesion del Arrabal produciria en ellas saludable reaccion, dió órden al general Gazan para que le acometiese al frente de una gran columna y con 20 piezas de artilleria: abrió con éstas en el convento de los frailes de Jesús una ancha brecha por la cual entraron los suyos aunque perdiendo muchísima gente: acometió despues Gazan el de San Lázaro, del que fué rechazado, pero reforzada su artilleria logró tomarle, pereciendo casi todos sus defensores, cuyos cadáveres revueltos con mayor número de muertos franceses se veian por la escalera y tránsito: con esto Gazan se hizo dueño del Arrabal, cortando la retirada á los nuestros, que al querer atravesar el puente para ir á la ciudad y no pudiendo lograrlo tuvieron muchos muertos y prisioneros: la pérdida de los franceses entre muertos y

heridos en la toma del Arrabal no bajó de 2.000. Seguía entre tanto en el centro de la ciudad la espantosa lucha, en la cual tomaban parte mujeres y eclesiásticos así regulares como seculares: el convento de San Francisco ofreció una resistencia terrible, y convencidos los franceses de que no podían tomarle ni con el fusil ni con el cañon, hicieron en él una mina que cargaron con 3.000 libras de pólvora y el convento voló por los aires con casi todos sus defensores: todavía los pocos que no fueron víctimas de la voladura tuvieron el valor, ¡valor heroico y jamás visto! de subirse al campanario de la iglesia y desde allí hacer estragos en el enemigo con el fusil, granadas de mano y otros cuerpos arrojados.

Los franceses seguían minando el Coso para destruir las casas de uno y otro lado de la ancha y hermosa calle, que aún les hubiera costado miles de víctimas; pero en esto la epidemia se había desarrollado por toda la ciudad de una manera terrible, haciendo al día de 300 á 400 muertes, y Palafox, que se había portado con tanto arrojo y serenidad como en el primer sitio, acudiendo á todas partes y entusiasmando con su voz y con su ejemplo á todo el mundo, fué atacado á su vez de la enfermedad reinante, teniendo que hacer cama el 18 de Febrero. Lannes se cubrió de ignominia atacando una ciudad víctima de la peste, cuando los deberes más sencillos de la humanidad le ordenaban socorrerla en su infortunio; pero Lannes no era el almirante Keith delante de Cádiz en el año 1800, y se cebó como un tigre en la afligida población. Nombróse para ejercer el mando en nombre de Palafox enfermo una junta bajo la presidencia de D. Pedro María Ric, regente de la Audiencia. Era entónces lamentabilísimo el aspecto que ofrecía la ciudad: multitud de cadáveres se veían hacinados é insepultos á las puertas de varias iglesias, mientras que los vivos, pálidos y macilentos y sin esperanzas de buena alimentación, porque los víveres escaseaban y los pocos existentes adquirieron un precio fabuloso, como que demandaban con sus ademanes y aspecto que se les llevase con los muertos á la

fosa comun. Los franceses, sin tener en cuenta la epidemia, que en otro enemigo civilizado habria hecho profunda mella, continuaban su obra de destruccion por medio de voladuras: cargando una mina abierta en la Universidad con 1.500 libras de pólvora, voló el edificio en medio de un inmenso estrépito, y esto hizo que se posesionasen de varias casas del Coso, aunque no sin costarles arroyos de sangre.

La Junta, despues de enviar un parlamentario á Lannes con condiciones de entrega, que éste rechazó, propuso por el pronto suspension de hostilidades, que el general francés aceptó á calidad de tratar de la capitulacion inmediatamente. El presidente Ric fué nombrado con cuatro vocales para ir ante Lannes: éste los recibió con petulante altanería, debiendo haberse inclinado ante aquellos venerables patriotas, que llevaban impreso en sus rostros escuálidos y descoloridos el sello del heroismo: despues de arengarlos en el tono de un conquistador bárbaro, y oír las razones que prudentemente le expusieron los comisionados, les dijo con mucha gravedad: *Está bien: se respetarán las mujeres y los niños. con lo cual queda concluido el asunto.*—; *Cómo concluido!* exclamó intrépidamente Ric, *ni aun empezado: eso seria entregarnos á merced del enemigo, y en tal caso continuaré Zaragoza defendiéndose, pues aún tiene armas, municiones y sobre todo, puños.* Al oír Lannes tan altiva respuesta conoció que no tenia otro remedio qqe hacer una capitulacion con condiciones razonables: él fué quien la dictó oyendo á los comisionados, que lograron alterar para mejorarlos algunos artículos: Ric procuró que en uno de éstos se consignase el derecho de Palafox para ir á donde le acomodase, y Lannes le dijo que un individuo no podia ser objeto de una capitulacion, pero que *empeñaba su palabra de honor* de dejar en completa libertad á aquel caudillo lo mismo que á todos los que quisiesen abandonar á Zaragoza. La capitulacion se firmó el 20 de Febrero debiendo las tropas españolas dejar las armas á 100 pasos de las puertas del Portillo y prestar jefes, oficiales y soldados juramento de fidelidad á José, y obli-

gándose Lannes á que las tropas vencedoras respetasen las personas y las propiedades.

Lannes faltó villanamente á lo pactado: cuando los franceses se apoderaron de aquel inmenso monton de ruinas saquearon y pillaron varias casas, despojaron á muchos prisioneros, maltrataron á más y asesinaron á algunos: hizo más aquel miserable mariscal: bajo el pretexto falso y de todos modos criminal *de que era un regalo de la Junta* consintió que se robase el rico joyero de la Virgen del Pilar, del cual se sacaron 12 preciosísimas alhajas, que valian cerca de tres millones de reales, y fueron repartidas entre los principales jefes napoleónicos, ménos Mortier, que rehusó indignado la que le presentaron: claro es que Lannes se apoderó de la mejor. Pero lo que éste hizo con Palafox no tiene nombre: medio moribundo le hizo sacar del lecho para conducirle á Francia: viendo los que le llevaban que peligraba su vida, le volvieron á la ciudad para que se repusiese, y convaleciente aún le condujeron á París y de aquí á Vincennes, en donde sufrió cruel encierro hasta el año de 1814. Hizo más Lannes: tres días despues de la capitulacion y á altas horas de la noche ordenó que se arrancase de su habitacion inmediata á la que ocupaba Palafox moribundo, á su virtuoso maestro el P. Bogiero, que le cuidaba, y puesto en la calle se encontró con un capitan y unos cuantos granaderos, acompañados de un alcalde mayor llamado Solanillas: allí presentaron tambien otros soldados franceses al presbítero D. Santiago Sas, que se habia distinguido en los dos sitios: despidiendo el capitan á Solanillas echó á andar con los dos presos en direccion del puente que comunica con el Arrabal, y así que llegaron á aquél, ¡oh cobarde y abominable crimen! fueron Sas y Bogiero asesinados á bayonetazos, arrojando al Ebro sus cadáveres. Toreno asegura que el mismo capitan ejecutor de estos asesinatos contó tiempo andando que Lannes en persona le dió la órden de llevarlos á cabo, añadiéndole que *matá-ra á los dos presos SIN HACER RUIDO*. Lafuente, que en su condicion de *ilustrar á todo el mundo*, llama ilustre al general Lefebre Desnoutes (suponiéndole el mariscal Le-

febre) al caer prisionero de Moore, y nada ménos que *insigne* á Lannes, se olvidó de que éste fué un insigne bandido faltando villana, cobarde é infamemente á la capitulacion y robando las alhajas del Pilar como un miserable ratero. En Morla habia una sombra de disculpa para quebrantar la capitulacion de Bailén: en Lannes no hubo más que traicion y villanía para quebrantar la de Zaragoza, dictada por él.

Duró el segundo sitio de Zaragoza 62 días, y hubiera durado muchos más á no haber venido la epidemia á concluir con la mitad de sus vecinos y de la gente que acudió á defenderla: los franceses tuvieron en él más de 8.000 muertos: los españoles más de 50.000, de enfermedad la mayor parte. Casi todos los edificios públicos y privados padecieron, y lo más doloroso fué que se perdieron por completo las dos bibliotecas de la Universidad y del convento de San Ildefonso, que eran riquísimas.

El segundo sitio de Zaragoza inmortalizó el nombre de esta ciudad: los rusos le invocaban en 1812 en sus guerras contra Napoleon, y ¡cosa extraña! cuando los prusianos sitiaron á París en 1870 las autoridades francesas invocaban tambien el nombre de Zaragoza para animar á sus subordinados á defender su ciudad: los mismos enemigos hicieron justicia á Zaragoza como se la hará la historia. El general Rogniat, que se halló en el sitio y escribió la relacion de él, dice: *La alteza de ánimo que mostraron aquellos moradores fué uno de los más admirables espectáculos que ofrecen los anales de las naciones despues de los sitios de Numancia y Sagunto.* Thiers, el parcial Thiers, dice: *Ningun otro sitio puede presentar la historia moderna que se parezca al cerco de Zaragoza, y para encontrar en la antigua escenas semejantes á las que allí ocurrieron es preciso remontarse á tres ejemplos: Numancia, Sagunto y Jerusalem.*

Reuerdo yo que hallándome emigrado en París en 1867, visité el gran cuartel de Inválidos y tropecé en él con dos veteranos estropeados que se hallaron en el segundo sitio de Zaragoza, los cuales me hablaron con

entusiasmo del heroísmo incomparable de los sitiados.

Revolucion en Constantinopla. Vamos á concluir este libro consignando que en el año de 1808, fuera de las aquí referidas, no hubo otras novedades en Europa que la conquista que los rusos hicieron de la inmensa y casi despoblada provincia de Finlandia, arrebatándosela á la Suecia, en guerra entónces con Francia, de la cual era aliado el autócrata, y la revolucion ocurrida en Constantinopla con motivo de querer el antiguo gran visir Barayctar restaurar en el trono de los osmanlinos á Selim III, depuesto en el año anterior por los genizaros, dueños como los antiguos pretorianos de la suerte del imperio: Barayctar levantó el estandarte de la insurreccion contra el sultan Mustafá IV, sucesor de Selim, y proclamó á éste, que se hallaba preso en el Serrallo; pero cuando esperaba verle salir de su encierro para ceñirse la corona, le presentaron su cuerpo con la cabeza separada del tronco. Barayctar depuso á Mustafá y proclamó á Mahamud II, primo de Selim, dedicándose entónces á reformar el cuerpo de genizaros; pero éstos, que no querian perder su predominio, se alzaron contra Barayctar quien, viéndose perdido, hizo matar á Mustafá y colocándose junto á un gran repuesto de pólvora, mandó que le aplicaran fuego y así se privó de una vida que con ánsia deseaba quitarle aquella milicia indisciplinada y feroz, con la cual concluyó al fin en su largo y reformador reinado dicho sultan Mahamud II, que tanto trabajó para hacer entrar á la Turquía por medio de paulatinas y bien meditadas disposiciones en el concierto de los pueblos cultos.

HISTORIAS.

LIBRO VII.

(DESDE ENERO DE 1809 HASTA DICIEMBRE SIGUIENTE.)

Sumario.

Increible ánimo de los españoles.—Comparacion de ambos ejércitos.—Tratado de Lóndres.—Gobierno de José.—Junta central.—Actitud de las Américas.—Los ingleses quieren ocupar á Cádiz. Alboroto.—Accion de Ciudad-Real.—Batalla de Medellín.—Tentativas del francés ante la Central y Jovellanos.—Revolucion de Suecia.—Guerra con el Austria.—Prision de Pio VII.—Cataluña.—Batalla de Valls y muerte de Reding.—Guerrillas y guerrilleros célebres.—Astúrias y Galicia.—Nueva invasion de Portugal.—La Romana en Astúrias.—Accion del puente de San Payo.—Ney y Soult tienen que evacuar la Galicia.—Aragon.—Quietismo del país vasco.—La Central acuerda la convocacion de Córtes.—Batalla de Talavera.—Ataque del Puente del Arzobispo.—Horrible asesinato del obispo de Coria.—Batalla de Almonacid.—Medidas de José en Madrid.—Tercer sitio de Gerona. Ríndese la plaza. Cobarde asesinato de su heróico defensor Alvarez de Castro.

Increible ánimo de los españoles. — Nos hallamos en principios de 1809. Napoleon está de vuelta en París, como su hermano José en Madrid. Ya no hay en España ni un sólo soldado inglés, y cuando los españoles parece que deberian verse más abatidos por la derrota de sus ejércitos y la pérdida de Zaragoza, entónces se manifiesta imponente el espíritu nacional, y la Central se muestra más activa, y los ejércitos se aumentan y organizan, y brotan de todas partes las guerrillas, que son el alma del país entero, luchando á la luz ó en las tinieblas, de cara ó por la espalda, con arte ó con astucia y valiéndose para

todo de armas buenas ó malas, pero aquí todas permitidas hasta exterminar al invasor, ó lanzarle debilitado y casi exánime del suelo de la patria, para que así pueda la Europa aniquilarle y (lo que es peor) burlarse en seguida de nuestro heroísmo, traduciéndole todo en propio provecho.

Comparacion de los dos ejércitos.

Necesitamos consignar aquí para que se vea la gran parcialidad de los historiadores franceses al atribuir glorias en España á Bonaparte, que el ejército que éste tenia á la sazón en nuestra patria era tan formidable que llegaba á 300.000 hombres con 2.580 piezas de artillería, y en todo el año de 1809 le aumentó hasta 400.000 soldados: su distribucion, que hizo el mismo Bonaparte desde París, era la siguiente: primer cuerpo, del mariscal Víctor, de 25.000 hombres, en Castilla la Nueva; 2.º, de Soult, de 24.000, en Galicia; 3.º, de Junot, de 18.000, en Aragon, así como el 5.º, de Mortier, de 18.500; 4.º, de Jourdan, de 15.400, en Madrid; 6.º, de Ney, de 25.000, en Astúrias y Galicia; 7.º, de Saint-Cyr, de 44.000, en Cataluña; reserva de caballería de 11.000 á las órdenes de varios generales, y comandancia del mariscal Bessieres de 15.000 en Castilla la Vieja y país vasco. Estas tropas, que sumaban 200.000 hombres, eran las destinadas á los movimientos de la campaña, que con las guarniciones de Pamplona, Barcelona, Figueras y otras plazas de la frontera, enfermos, etc., ascendian á los 300.000 soldados arriba dichos.

La España tenia en cambio cuatro cuerpos todos derrotados por la superioridad de los franceses, y que despues de sus derrotas no sumaban la cuarta parte de hombres que los de Napoleon, porque el de la Romana constaba de 9 á 10.000; el del Centro con el de Andalucía que se le agregó al mando de Cartaojal, de 23.000; el de Extremadura, al mando de Cuesta, de 14.000, y el de Cataluña, al mando de Reding, de 25.000: total, 71.000 hombres, puede decirse que desorganizados á causa de los reveses sufridos.

Tratado de Lóndres.

TOMO I

Cierto que se contaba con la ayuda de la Gran Bretaña, la que celebró con la Jun-

ta central el tratado de Lóndres, fecha 9 de Enero de 1809, segun el cual se comprometió aquella potencia á ayudar á España con todo su poder, reconociendo por rey á Fernando, y la Central, que con una torpeza desconocida en la historia estipuló lo último más á gusto que lo primero, se obligó á su vez á no ceder á Francia ni un palmo de terreno en Europa ni en parte alguna del mundo, sin que pudieran las dos partes contratantes hacer paces con el francés á no ser de comun acuerdo. En virtud de este tratado la Inglaterra se preparó á mandar un ejército á Portugal con orden de que avanzase despues á España, lo cual no tuvo lugar hasta el mes de Julio, y empezó desde luego á socorrer con auxilios pecuniarios a la Central, á la que facilitó durante su existencia veinte y un millones y seiscientos mil reales, despues de haber dado á las tres Juntas de Galicia, Astúrias y Sevilla otros veinte millones. Algo más crecidos fueron los subsidios que mandaron las colonias, como adelante veremos.

Felicitaciones á José y su gobierno. Instalado José de nuevo en Madrid, el miedo y el cálculo impulsaron á algunos,

pocos en verdad, á felicitar al pretendiente y ofrecerle sus servicios, siendo lo más extraño que observasen esta abominable conducta varios obispos, contra los que la Central fulminó un justo decreto, fechado en Sevilla el 12 de Abril, por el cual se les declaró traidores con embargo de todas sus rentas y beneficios y orden de entregarlos, caso de ser habidos, al tribunal de seguridad pública para imponerles la pena correspondiente, que deberia ejecutarse prévia su degradacion canónica. José y su gobierno, que sabian el escaso valor de estas felicitaciones, intentaron seducir á algunos centrales, pero sus trabajos no dieron resultado, así como los de los comisionados que fueron á algunas provincias en busca de simpatias, inútilmente pedidas á un país sediento de justísima venganza. Entónces el pretendiente, aconsejado por sus ministros y en particular por Pablo Arribas, encargado del departamento de policía, y por el intendente Francisco Amorós, entró en un período triste de tiranía, que le hizo más odioso. Publicó un decreto digno de Tiberio ó de

Calígula, verdadera ley de sospechosos, y éstos eran todos los españoles ménos unas cuantas docenas de miserables á él vendidos y que sólo se consideraban seguros entre las guarniciones francesas. Se estableció una *Junta criminal extraordinaria* para perseguir á los patriotas y castigar con pena de horca los delitos que el usurpador llamaba de infidencia, como si los españoles pudieran cometerle contra él; se prohibió la entrada en Madrid por todas sus puertas ménos por cinco, en donde se montaron oficinas de suspicaz y vejatoria policia; se obligó á todo el que venia á la córte á presentarse ante el comisario del barrio á dar razon de su estado, oficio y negocios que á ella le traian, para en su vista darles ó negarles cédula de residencia temporal, y se ordenó que nadie anduviera por las calles sin luz media hora despues de anochecido, con facultad en los agentes de policia de detener al que no llevase la luz y encarcelarle. La junta criminal, dirigida por Amorós y Arribas, cometió infinitos atropellos, hizo confundir de propósito en las prisiones á honrados patriotas con asesinos y ladrones, mandó ahorcar á algunos inocentes, entre ellos al abogado Escalera por haberle secuestrado una carta de su hijo, que estaba en el ejército, y desterró á Francia á varias personas notables, siendo una de éstas el poeta Cienfuegos, cantor del menestral laborioso y honrado. Intentó tambien el pretendiente crear cuerpos de ejército de españoles, y si bien hubo algunos individuos que se alistaron, en el momento que se vieron vestidos y armados se fueron en busca de los ejércitos de la Mancha y Extremadura, los más próximos á la capital. Tambien y en la idea de captarse voluntades entre los amigos de las reformas se expidieron algunos decretos sobre administracion, cobranza de tributos, prohibicion de exigir contribuciones extraordinarias y otras medidas que sólo quedaron consignadas en la *Gaceta* y los reformistas liberales recibieron con profundo desden, porque las esperaban mejores y en mayor número del gobierno nacional.

La Junta cen-
tral.

Por su parte ésta, más animada á mane-
ra que llovian más desgracias sobre el país,

se dedicó á aumentar y reorganizar el ejército, á reunir fondos y á trabajar para que el país tuviese una buena Constitucion política. Tambien y como contestando al reto bárbaro del pretendiente nombró una junta criminal con el nombre de *Tribunal de seguridad pública* para castigar los delitos de infidencia, la cual llevó al patíbulo, como la junta de afrancesados habia llevado á Escalera en Madrid, á un guardia de corps y á otros dos, á quienes se encontraron cartas de Fernando *el deseado* PARA QUE LAS AMÉRICAS RECONOCIESEN Á JOSÉ; mandó comisionados especiales de su seno á algunas provincias para sostener el espíritu público; dictó reglas para la organizacion de las guerrillas y ascensos de los guerrilleros, á fin de que se asemejasen en lo posible á las tropas de línea, y reduciendo las juntas provinciales, hasta allí soberanas, á auxiliares suyas, las privó de las facultades con que pudieran comprometer la unidad nacional y el éxito de la guerra, dejándolas con las necesarias para que auxiliasen al poder supremo, por ellas creado, en todo lo tocante á tributos, alojamientos y otros puntos de administracion, cambiando su título por el de *juntas provinciales de observacion y defensa*. Disgustó y mucho á varias juntas, especialmente á la de Sevilla, que la Central atacase en uno de los artículos sobre su reforma la emision del pensamiento, ataque que por fortuna no se llevó á cabo, pero que dió una triste idea de la mayoría de los centrales, que tan mal comprendian su mision: en esto parece que guiaba á la Junta el génio siniestro de la inquisicion, como al no desprenderse de Fernando diríase que influia sobre ella la negra sombra de Felipe II.

Proceder de las Américas y Filipinas y su premio. Lo que más animó á la Junta central y contribuyó á sostener por entonces el espíritu público fué la actitud en que se colocaron todas las vastísimas y lejanas colonias que poseiamos en el globo. En todo el inmenso continente que se extiende desde la alta California al estrecho de Magallanes, en las islas del golfo mejicano y hasta en las Filipinas y Marianas se recibió con indignacion profunda la invasion pérfida de Bonaparte, y todo el mundo se ofreció en-

tusiasmado á ayudar á la madre pátria en su gloriosa lucha, traduciendo al instante en hechos el ofrecimiento, pues que de donativos de particulares, más aún que de ordinarios tributos, se mandó en poco tiempo á la central la suma de doscientos millones de reales, que en todo el año de 1809 subió hasta doscientos ochenta y cuatro. La Central llevó su agradecimiento hasta un extremo que no convenia á la pátria y ménos á las colonias, porque él encerraba el gérmen de la rebelion que luego habia de traducirse en dolorosísimos hechos. Obedeciendo á los impulsos del corazón agradecido, quiso la Central equiparar á las colonias con la metrópoli para intervenir en el gobierno de ésta, y por decreto de Enero de 1809 mandó que enviasen, para ingresar en su seno, un diputado ó representante los vireinatos de Méjico, Perú, Buenos-Aires y Nueva-Granada, y las capitanías generales de Guatemala, Venezuela, Chile y Filipinas. De aquí nació despues como natural consecuencia el envio por las colonias de los diputados á Córtes, casi todos traidores á la pátria. El gobierno colonial nunca puede ser confundido con el de la metrópoli; ménos podia serlo en la España de 1809, teniendo las colonias esclavitud y hallándose en un estado atrasadísimo de civilizacion. Puede y debe darse á las colonias un gobierno libre y justo; pero el equiparar razas refractarias á la civilizacion con las que forman pueblos cultos, solamente pueden quererlo y patrocinarlo espíritus irreflexivos, superficiales ó enemigos de la madre pátria. Cuando en los últimos tiempos se ha dado parte á las colonias en la representacion nacional, si el gobierno ha sido de progreso, el espíritu público en aquellas se ha manifestado por la independenciam, y si el gobierno ha sido represivo, ese espíritu ha desaparecido sometiéndose todos servilmente al capricho del gobernador general. No es posible que un país lejano, que depende de otro, tenga un gobierno y unas instituciones iguales á éste: la larga distancia ha de romper la similitud que quiera establecerse, á la manera que la larga ausencia rompe ó debilita los vínculos del amor.

Los ingleses Surgió por este tiempo una cuestion
tratan de ocu- que á poco da fin con la alianza inglesa.
par á Cádiz. Al- Quiso el gobierno británico guarnecer á
boroto.

Cádiz con tropas de su nacion, que presentó en una es-
cuadra sobre las aguas de aquella ciudad, á lo cual se
opusieron la Central, las autoridades y el pueblo: me-
diaron sobre esto varias contestaciones, y gracias á la
prudente conducta del ministro inglés mister Frere, al
que hizo mella una nota de la Junta, terminó el conflicto
marchando á Lisboa las tropas británicas sin salir de sus
navios; pero exaltados como estaban los ánimos con la
irritante pretension del gobierno inglés, faltó poco para
que Cádiz presenciase escenas horribles, habiendo corri-
do inminente peligro de perder la vida en un alboroto el
comisionado de la Central marqués de Villeda, quien, hasta
no más imprudente, en vez de calmar, aumentó la agita-
cion con medidas ridículas sobre diversiones públicas,
modo de vestir las mujeres y persecucion insensata de las
que eran ó á él le parecian de mala fama. Salvó á Vil'el
el guardian de capuchinos, muy respetado del pueblo,
pero perdió su vida un tal Heredia, comandante del res-
guardo, al que asesinaron cruelmente unos contraban-
distas, traduciendo en hecho patriótico el ódio que le te-
nian por su honrado celo en defender contra ellos los
intereses del Estado: así se han cometido en medio de
nuestros disturbios durante el siglo muchísimos crímenes
en Andalucía, sobre todo en Málaga, poniendo por de-
lante el bien público los que no tenian á la vista otro que
el particular por medio del fraude.

Accion de Ciu- Encomendado el ejército del Centro
dad-Real. despues de la separacion del inepto Infan-
tado al conde de Cartaojal, éste logró con la gente que
trajo del otro lado de Sierra-Morrena, reunir unos 20.000
infantes y 3.000 ginetes, á los que se dió el nombre de
ejército de la Mancha. Era segundo de Cartaojal el du-
que de Alburquerque, jóven de inteligencia y de intrepí-
dez suma, pero que no se llevaba bien con aquel. A gusto
de ambos adelantóse Alburquerque con la mitad del ejér-
cito al centro de la Mancha, y tropezando en Mora de

Toledo con 600 dragones al mando del general Dijon el 18 de Febrero, le dió una brillante acometida causándole varios muertos y cogiéndole 80 prisioneros y muchos equipajes, después de lo cual se retiró á Consuegra y de aquí á Manzanares al ver que venian sobre él fuerzas muy superiores á las suyas. Entónces Cartaojal, que deseaba alejar de sí á Albuquerque, le dió orden de ir á Extremadura para reforzar con unos 4.000 hombres el ejército de Cuesta, que se veia acosado por el mariscal Víctor. Libre Cartaojal de Albuquerque, quiso hacer frente junto á Ciudad-Real al 4.º cuerpo, mandado por Sebastiani, sucesor del mariscal Lefebre. Llevaba Sebastiani unos 12.000 infantes y 2.000 caballos, con numerosa artilleria: el 27 de Marzo acometió á Cartaojal, quien sin tomar disposiciones para resistir vió en pocos momentos sus tropas dispersas y escapando por todos lados á guarecerse en las entrañas de Sierra-Morena. Cogieron los franceses cerca de 2.000 prisioneros y casi toda la artilleria. Cartaojal no paró hasta Santa Elena, á donde fueron llegando los dispersos, y Sebastiani se instaló en Santa Cruz de Mudela, de este lado del puerto, en observacion de lo que ocurriese en Extremadura. Cartaojal fué separado del mando, reemplazándole el general Venegas.

Batalla de Medellín. El general Cuesta, que castigando con rigor el asesinato de San Juan habia aterrado á sus tropas, haciéndolas entrar en la más severa disciplina, creyó con esto, unido á su natural inclinacion á dar batallas, poder salir al encuentro de los franceses: aproximóse á Almaráz, pequeña pero célebre villa por su magnífico puente sobre el Tajo, construido por Pedro Uría, en tiempo de Carlos V, á costa de la ciudad de Plasencia, de sólos dos ojos, de 150 piés de luz cada uno en su longitud de 550 por 25 de anchura y 134 de elevacion: en Almaráz varió Cuesta de pensamiento y retrocedió del Tajo á la cuenca del Guadiana, mandando destruir sin necesidad uno de los ojos de dicho puente, que por ser tan soberbio no se atrevieron á hacer de nuevo durante treinta y más años nuestros ingenieros y arquitectos, hasta que con universal asombro y gloria suya le

construyó en 1845 Joaquín Ibañez, lego ex-jesuita, natural de Támara, en la provincia de Palencia. Tan innecesariamente destruyó Cuesta dicha obra maestra, que el mariscal Víctor, después de lijeros tropiezos, pasó el Tajo unos 40 kilómetros más arriba por Puente del Arzobispo. Cuesta, retirándose lentamente, llegó á Medellín, villa de unos 300 vecinos situada en terreno llano á la izquierda del Guadiana, sobre el que tiene un largo puente, el 22 de Marzo, y el 27, trasladándose á Villanueva de la Serena, unió sus fuerzas á la division que procedente de la Mancha guiaba el duque de Albuquerque. En la mañana del 28 volvió Cuesta á Medellín y situó su ejército, fuerte de 20.000 infantes y 2 000 caballos, de tan mala manera, que formaba una endeble línea curva de cinco kilómetros entre la villa y el pueblecito de Mengabril, cometiendo además la insigne torpeza de no hacer division de reserva: la izquierda estaba encomendada á los generales duque del Parque é Hinestrosa, el centro al general Trias y la derecha, donde se hallaba la division de Albuquerque, á D. Francisco Eguía. Pasó Víctor el puente sobre el Guadiana sin que se le opusiese Cuesta, como debia, al frente de 18.000 infantes y 3.000 caballos: destacó contra los nuestros dos regimientos de los dragones de Latour Maubourg que rechazó serena nuestra infantería: ésta avanzó por todas partes haciendo horrible estrago en los franceses, que hubieran tenido otro Bailén en Medellín á contar con un cuerpo de reserva, que acudiese de refresco donde la necesidad lo exigiera; pero cuando nuestros infantes creian segura la victoria, cansados por varias horas de combate y necesitando refuerzos en particular de caballería, que hiciesen frente á los franceses, vieron que dos regimientos de á caballo, en vez de atacar al enemigo, volvieron grupas atropellándolo todo, á pesar de las voces del valiente oficial Zayas para que cumpliesen con su deber. La cobardía de los dos regimientos produjo tal desorden, que ya nadie pensó sino en la huida, y en ésta fué donde la caballería francesa acuchilló sin piedad causando muchísimas muertes. Cuesta, que á pesar de sus años era todo un valiente, se

fué hácia los que huían para volverlos al combate; pero atropellándole unos caballos cayó del suyo, y aunque pasaron cerca de él algunos franceses no le conocieron; levantóse como pudo el pobre anciano, y montando en su caballo se libró casi milagrosamente de caer prisionero: alcanzando los restos de su ejército los condujo á Monasterio, villa situada en la montaña que separa la Extremadura de la Andalucía. La batalla de Medellin nos costó unos 8.000 muertos y 2.000 prisioneros: la mayor parte de aquellos los hizo la caballería enemiga en nuestra brava infantería, abandonada cobardemente por los ginetes: sólo se portaron bien los de Albuquerque. La pérdida de los franceses fué muy inferior á la nuestra. El espantoso número de cadáveres que quedó sobre los campos de Medellin no pudo ser enterrado en mucho tiempo, y sus huesos insepultos blanqueaban á lo lejos al cabo de muchos meses. La Central, para dar á entender que no habia hecho mella en su ánimo la espantosa derrota, en vez de castigarle, premió a Cuesta con el empleo de capitán general, extraño proceder, no usado por ninguna nacion del mundo antiguo ni moderno, que no puede ménos de merecer la censura del historiador imparcial, porque él encierra la negacion de la justicia, á la cual va siempre unido el público interés. Debemos consignar aquí que Víctor procedió tan ruinmente despues de su victoria, que consintió que sus tropas quemasen en Medellin la casa donde habia nacido el conquistador de Méjico Hernan-Cortés.

Tentativas ante la Central y Jovellanos.

La derrota de Medellin y dispersion del ejército de la Mancha alentaron á José y su gente á entablar tratos de avenencia con la Central, que ésta despreció con patriótica altivez, y Sebastiani por su parte escribió á los miembros más influyentes de la Junta, siendo de notar los siguientes párrafos de la carta que dirigió á Jovellanos: «*La reputacion de que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la pátria y el deseo de verla feliz deben haceros abandonar un partido que sólo combate por la inquisicion, las preocupaciones y el interés de algunos grandes de España*

y de la Inglaterra... La libertad constitucional bajo un gobierno monárquico, el libre ejercicio de vuestra religion, la destruccion de los obstáculos que varios siglos hace se oponen á la regeneracion de esta bella nacion, serán el resultado de la Constitucion que os ha dado el génio vasto y sublime del emperador... Os presento una gloriosa carrera y no dudo que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey José y á vuestros conciudadanos. Conoceis la fuerza de nuestros ejércitos; sabeis que el partido en que os hallais no ha obtenido la menor vislumbre de suceso; HUBIERAIS LLORADO UN DIA SI LAS VICTORIAS LE HUBIERAN CORONADO; pero Dios en su infinita misericordia os ha librado de esta desgracia. Estoy pronto á entablar comunicacion con vos y daros pruebas de mi alta consideracion.—HORACIO SEBASTIANI.» Este tenia razon al decir á Jovellanos que hubiera llorado el triunfo de los suyos: no le lloró porque la muerte le arrebató en 1811, pero lloraron por él todos los libres. Sin embargo, por horrible que haya sido la ingratitud de Fernando, creemos que no hizo tanto daño á la España como ésta le hubiera recibido á ser presa de los Bonaparte: sobre todo, Jovellanos cumplia con defender su pátria y procurar dotarla de la libertad que no la habia de dar el extranjero pérfido y brutal. Así obró el noble asturiano contestando á Sebastiani en una larga epístola de 24 de Abril en la cual le decia: «Yo no sigo un partido; sigo la santa causa que sigue mi pátria... No lidiamos, como pretendéis por la inquisicion, ni por soñadas preocupaciones, ni por interés de los grandes de España, que lidiamos POR LOS PRECIOSOS DERECHOS DE NUESTRO REY (¡siempre el adorado Fernando!), nuestra religion, nuestra Constitucion y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de conservarlos está distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; antes por el contrario y para usar de vuestra frase, EL DESEO Y PROPÓSITO DE REGENERAR LA ESPAÑA y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algun dia, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones.»

Revolucion de Suecia. Por este tiempo ocurrieron en Europa dos importantísimos acontecimientos: la

revolucion admirable de Suecia y la guerra que el Austria declaró á Napoleon. Los grandes y el pueblo de Suecia venian observando que su rey Gustavo Adolfo IV, verdadero Quijote del siglo XIX, labraba desde mucho tiempo hacia la ruina de la nacion, sosteniendo contra Bonaparte una insensata guerra sin elementos para ello ni más razon que la del ódio personal al trastornador de la Europa, en verdad bien merecido, pero no para llevarle hasta el extremo de comprometer y arruinar sin provecho el Estado. Despues de haber perdido por su política personal el adementado monarca las dos provincias de Pomerania y Finlandia, le significaron sus súbditos que cambiase de rumbo y se colocára en la actitud neutral que convenia al país; pero no accediendo Gustavo á los deseos de la nacion, pusieron de acuerdo los principales jefes del ejército, y seguros de la actitud del pueblo le depusieron en su propio palacio. Convencido el monarca de que ningun sueco seguia su causa abdicó, *con el fin, decia, de dedicarse el resto de su vida á la gloria de Dios.* Reunida en Mayo la Dieta del país, á la cual se leyó la abdicacion del rey, poniendo en planta el principio de la soberanía nacional, la aceptó con la declaracion de que todos sus miembros á nombre del pueblo sueco *abjuraban toda fidelidad y obediencia al rey Gustavo Adolfo IV, declarándole, así como á sus hijos nacidos y de por nacer, privados para siempre de la corona y gobierno de Suecia.* Así se hizo esta revolucion sin derramar una sóla gota de sangre. ¡Qué ejemplo más provechoso para imitarle nuestros centrales respecto de Fernando con inmensa más razon que la que tuvieron los suecos para deponer á Gustavo y excluir á sus hijos del trono! Pero aquellos estaban ciegos, y Dios no abre á la fuerza los ojos al que no los quiere abrir: defendian la libertad al propio tiempo que á un tirano, y claro es que éste habia de concluir con aquella.

Guerra con Austria. La guerra la declaró ahora esta potencia de acuerdo con la Rusia y la Prusia, creyendo todas vencer á Bonaparte al verle empeñado en la tremenda lucha de nuestro país. El príncipe Cárlos, el

mejor general del Austria, pasó el Inn, rio que separa la Baviera del archiducado de Austria, en principios de Abril, contando con un ejército, incluso los soldados de Italia, de más de 300.000 hombres. Bonaparte salió de Paris el 12 y el 16 se hallaba ya en Baviera: contaba con otro ejército de 280.000 hombres, casi la mitad alemanes, todo bajo su direccion, pero dividido en cuerpos á las inmediatas órdenes del polaco Poniatoski, de los mariscales, que hizo ir de España, Lannes, Bessieres, Lefebre y Berthier, de su hermano Jerónimo, de los mariscales Masenna, Macdonald, Bernadotte y Davoust y de varios generales de nota como Marmont y Oudinot. Bonaparte, renovando sus hazañas de general de la República y del Consulado, gana la batalla de Thann, la sangrienta de Abensberg y la más sangrienta de Ecmulb, que le abrieron las puertas de Viena, á cuyos campos llegó el 10 de Mayo, y de la cual se apoderó despues de una lijera resistencia parecida á la que cinco meses antes encontró en Madrid. En Viena publicó un decreto agregando el Estado Pontificio al imperio francés, y Pio VII se defendió con una excomunion, que excitó la risa del llamado por él *gran comediante*, quien hizo que se llevase á Savona entre guardias al Pontífice como si fuera un criminal. Rendida Viena, no desistió de la guerra el archiduque Carlos, quien de nuevo fué derrotado en Esling despues de una tremenda lucha de dos dias (el 21 y 22 de Mayo) en la cual pereció el mariscal Lannes, llevándole una bala de cañon las dos piernas, y más adelante en la gran batalla de Wagram, pequeña ciudad á 22 kilómetros de Viena, lo cual produjo la paz llamada de esta capital, porque se celebró en ella con fecha 14 de Octubre, perdiendo el Austria muchos territorios y abonando por gastos de guerra 340 millones de reales. La Junta central se indignó de un modo terrible y público contra el Austria, achacándola deslealtad é ingratitude, por haber hecho la paz con Bonaparte precisamente á poco de recibir de ella inmensas cantidades en dinero para sostener la guerra y además 60 millones de reales que el gobierno austriaco negoció en letras en Inglaterra contra nues-

tras cajas de América. De lo que debió quejarse la Central fué de su necedad é imperdonable despilfarro en dar al Austria un dinero que necesitaba la España para sostener su lucha y traer mejor vestidos y alimentados á sus heroicos guerreros. Por lo demás, el Austria sucumbió á la dura ley de la guerra, siempre favorable al déspota francés cuando tenia que luchar con ejércitos y no con pueblos; y de quien además debió quejarse la Central fué de Fernando, empezando á presentarle á los ojos del pueblo y de la Europa tal cual era y concluyendo por destronarle solemnemente. Hecha la paz, Napoleon volvió á Paris en los últimos dias de Octubre, y así pudo dedicarse ya por entero á la guerra de esta pobre España, que en vano daba á la Europa ejemplo insigne de energía y heroismo; pero que bastaba sóla, apoyada á intervalos, es cierto, por un pequeño ejército inglés, para amenguar las glorias de Bonaparte y labrar su ruina. Bonaparte recorria la Europa en triunfo: la España estaba encargada de hundir al desvanecido triunfador en provecho de aquella y para propia desventura.

Cataluña. Bata- Retirado Reding en Tarragona despues
lla de Valls y de la derrota de Molins de Rey, reorganizó
muerte de Re- su ejército, aumentándole con gente que
ding. le fué enviada de Granada y Mallorca, de manera que á mediados de Febrero de 1809 contaba ya con unos 24.000 hombres entre ellos 2.000 ginetes, y mientras tanto los somatenes catalanes y migueletes, lejos de desanimarse por las derrotas sufridas, no consentian que los franceses fueran dueños más que de las plazas fuertes que ocupaban y del terreno donde ponian su planta, aconteciendo á éstos comunmente que entraban en un pueblo y se encontraban con que todos sus vecinos habian huido de sus casas por no querer ni la vista de los invasores. Los somatenes y migueletes, á la manera que los guerrilleros en todo lo demás de España, deshacian las pequeñas columnas enemigas, mermaban las grandes, y de tal modo tenian incomunicados á los franceses, que el general Saint Cyr no recibió noticia alguna de Francia en cuatro ó cinco meses. En medio de este hermoso cuadro que

ofrecia el patriotismo catalan fué de lamentar el alboroto ocurrido en los primeros días de Enero en Lérida, en donde lo más abyecto y cobarde de la poblacion se dirigió al castillo dando gritos de muerte contra un oidor de Barcelona y su esposa y otros cuatro ó cinco sugetos tachados de traidores y allí presos por esto: penetró la enfurecida plebe en la fortaleza y dió muerte cruel á dichas personas, propasándose además á asesinar cobardemente á algunos prisioneros franceses: más adelante pagaron su delito con la vida los principales asesinos.

Saint-Cyr, despues de su victoria de Molins de Rey, se habia establecido en el Panadés, fértil comarca marítima correspondiente á las provincias de Barcelona y Tarragona. Reding, obedeciendo á su instinto guerrero, de acuerdo tambien con la opinion pública que creía fácil una victoria sobre el cuerpo de Saint-Cyr, salió de Tarragona, y despues de varios movimientos de avance y retroceso llegó á encontrarse con el enemigo el 25 de Febrero en el accidentado campo de Valls, importante villa de más de 2.000 vecinos, sita cerca del riachuelo Francolí, á 16 kilómetros de Tarragona entre los caminos que directamente conducen á Lérida y Barcelona. Reding encargó la derecha de su ejército al general Castro y la izquierda y centro al general Martí, quien por cierto no opinaba por batallas campales contra un enemigo más disciplinado y aguerrido que lo estaba el soldado español. Reding, cuyo valor llegaba hasta la temeridad, mandó sus tropas lijeras contra el francés, que se le opuso saliendo de la villa y sufriendo grandes pérdidas en el primer empuje de los nuestros durante dos horas de combate; pero Saint-Cyr, rehaciendo su ejército y formando de él cuatro columnas las lanzó sobre la fuerza más numerosa de Reding: resistieron con bravura los soldados de éste, pero envueltos por las hábiles maniobras del general francés, empezaron á desordenarse y tras de esto á correr en todas direcciones: el valeroso Reding hizo frente con algunos oficiales á varios soldados franceses, recibiendo cinco heridas de sable, pero tuvo que ceder al número y con dificultad logró escapar hácia Tarragona'

en donde entró despues de anohecido. La batalla de Valls, que nos costó más de 2 000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, fué una gran desgracia, pero ella nos proporcionó otra mayor: la muerte de Reding, el primer héroe de Bailén, que sucumbió el 23 de Abril en Tarragona á consecuencia de sus heridas, que no acertaron á curar los médicos, eso que desde el primer momento las calificaron de leves. Suizo de nacion, ningun español ganó á Reding en amor y entusiasmo por España: ésta se ha manifestado ingrata para con él: su memoria, á causa de la gloriosa jornada de Bailén, vivirá mientras el mundo exista y se hable de guerras y de guerreros. A Reding sucedió en el mando Coupigni, otro de los héroes de Bailén.

La desgracia de Valls dió ocasion á que la ciudad de Reus adulase al jefe francés, quien viendo que no podia intentar nada contra Tarragona, se dirigió á Barcelona, donde en vano procuró que jurasen fidelidad á José las autoridades españolas, á las que desterró á Francia. A mediados de Abril salió Saint-Cyr de Barcelona con ánimo de poner sitio á Gerona, estableciéndose por el pronto en Vich, abandonada por sus moradores al ver que á ella se acercaba el invasor, en términos de no encontrarse éste más que con el obispo, unos cuantos ancianos y los enfermos é impedidos. Pero mientras Saint-Cyr se prepara para el sitio de Gerona, no ménos célebre que los dos de Zaragoza, siempre perseguido y á menudo sangrado por los somatenes del país, especialmente por los que iban á las órdenes de los intrépidos jefes Milans y Clarós, digamos algo, pues ya es tiempo, de los principales guerrilleros de Castilla y otras provincias.

Guerrillas y Mal juzgados los guerrilleros por los
guerrilleros cé- franceses, que les dieron el nombre de
lebres. *brigants* (bandidos) que ellos sólos merecian, y (lo que parece más extraño) por algunos españoles, cuya lijereza, mal humor ó poco amor pátrio merecen desprecio, ellos fueron los que principalmente sostuvieron la guerra de la independecia y libertad de la pátria, no porque el ejército no cumpliese con sus obligaciones de una mane-

ra en general brillante, sino porque éste ni por su número ni por su organizacion podia competir con las agueridas huestes de Bonaparte, acostumbradas á vencer en toda Europa, Asia y Egipto. Sin nuestros guerrilleros, Napoleon hubiera paseado sus águilas por España como las paseó en triunfo por toda Europa, haciendo de aquella una prefectura de la Francia. Los guerrilleros, que nunca eran vencidos, por más que fuesen varias veces dispersados, constituian un inmenso ejército, desparramado por toda España, pronto á socorrer y guiar á las tropas, listo para sorprender al enemigo, siempre vigilante para armarle celadas, desorientarle, destruir sus planes, interceptar sus correos, apoderarse de sus convoyes, diezmarle cuándo y cómo podia, que razon y derecho le sobraban para ello, como le sobran á todo dueño de casa para rechazar de ella á balazos ó como pueda al que trata de invadirsela á la fuerza y con perfidias para despojarle y deshonorarle. Nacieron los guerrilleros porque no podian ménos de nacer: les crearon las felonías de los franceses, sus perfidias, sus crueldades, sus violaciones, sus robos, y sus crímenes atroces y de todos géneros: eran aquellos los vengadores de sus agravios y de los de la patria, y si algunos se propasaron y fueron crueles hasta la ferocidad, jamás pudieron igualarse á los cobardes asesinos, violadores, ladrones y perjuros de Cuenca, Córdoba, Rioseco, Uclés y Zaragoza. El quebrado terreno de España se prestaba á la creacion y sostenimiento de esta clase de guerreros, que hallaban en sus valles y montañas un refugio seguro cuando de él necesitaban y en todos los habitantes que no podian tomar las armas unos hermanos cariñosos, ya para servirles de espías contra el enemigo, ya para ocultarles en la desgracia, ya para curar sus heridas, ya, en fin, para animarles por todos los estilos á defender la patria. La guerrilla era vanguardia, cuerpo y reserva de ejército: casi siempre atacaba impunemente para vencer: la sorpresa era su principal oficio, la columna débil su presa, el rezagado su víctima. Los franceses ejercieron con los guerrilleros crueldades inauditas, y ellos á su vez contestaron á las

atrocidades del invasor con otras que verdaderamente horrorizan, pero que tenian un fondo innegable de justicia. Culpan algunos á los guerrilleros de haber hecho daño á los naturales: cierto que hubo guerrilleros que maltrataron á alguna poblacion, pero nosotros oimos á algunos de ellos, siendo niños, y esta es la verdad, que no fué culpa suya, sino de la miseria en que el invasor tenia sumido al pais, la cual hacia muy dificil en ocasiones que el paisanage diese al guerrillero el sustento que necesitaba, y como éste no habia de someterse á morir de hambre, compelia á aquel violentamente á que le diese lo que el derecho á la vida exigia, haciéndolo con el fuero que sobre el desarmado da al soldado el arma que lleva. La Junta central, á la mira de dar cierta organizacion á las partidas que ya recorrian ciertas comarcas y á las que en lo sucesivo pudieran nacer, espidió un reglamento con fecha 8 de Diciembre de 1808, que aun cuando no fué observado de todo punto, sirvió para someter á los guerrilleros á la mayor parte de las reglas del ejército de linea.

Porlier y Amor. Uno de los primeros y tambien más célebres guerrilleros fué D. Juan Diaz Porlier, llamado el *marquesito* por su simpática figura, elegancia y finos modales, no por suponérsele pariente del mallorquin marqués de la Romana, siendo él de las playas de Alicante, aunque algunos le suponen natural de Venezuela, como diferentes veces oimos al general D. Bartolomé Amor. Porlier, oficial del ejército de Extremadura derrotado en la accion de Búrgos en Noviembre de 1808, se dirigió á la provincia de Palencia á recoger dispersos, é instalándose en Diciembre en San Cebrian de Campos, villa distante cuatro leguas de Palencia, reunió unos cuarenta hombres entre soldados y paisanos, y mejor que volver al ejército quiso ser jefe de partida, en la cual nombró su segundo á dicho Amor, estudiante de teología, natural de Revenga de Campos, mozo arrogante que reunia á una intrepidez extraordinaria unas fuerzas hercúleas. Sorprendidos despues de algunos gloriosos enuentros con toda su gente en Saldaña por fuerzas del mariscal Soult, Porlier y Amor escaparon milagrosamente, saliendo á caballo de

su alojamiento y disparando sus trabucos contra los franceses que estaban á la puerta, pero todos los de su partida fueron hechos prisioneros y arcabuceados, colgando despues sus cadáveres de árboles junto al camino de Saldaña á Carrion. Porlier se fué á la Valdavia, comarca de la parte septentrional de la provincia de Palencia, donde logró reunir una fuerza de unos 3.000 hombres, de la que se declaró general, dando á su division el título de Cantábrica; en la cual contaba con un regimiento de húsares, y despues de rendir á la guarnicion francesa de Aguilar de Campóo, compuesta de 400 hombres con dos piezas de artillería, y de ejecutar otras hazañas se fué á Astúrias, en donde como en Santander y en otras partes prestó importantísimos servicios hasta la conclusion de la guerra. Amor se marchó á la Rioja, en donde fué el terror de los franceses, haciendo prodigios con su fuerte brazo, porque no pocas veces se le vió derribar sobre los hombros la cabeza de un enemigo de un solo sablazo, ó dividiéndosela en dos partes.

Marquinez. Adquirió tambien inmensa gloria en la provincia de Palencia, eso que con ingratitud marcada no hacen mencion de él algunos historiadores, D. Benito Marquinez, natural de Aragon y disperso del regimiento caballería de Borbon, de que era sargento: por la misma época en que Porlier se levantaba con su partida en San Cebrian, escondido Marquinez á una legua de distancia en la inmensa y rica alameda que á orillas del rio Carrion junto á Amusco poseía la órden de premostratenses, logró reunir unos cuantos paisanos y desertores, que en ménos de un año se aumentaron hasta contar el jefe con una partida de 800 á 1.000 infantes y 300 ginetes, llevando todos el nombre de voluntarios de Castilla: seguía á Marquinez una mujer llamada la *Colegiala*, porque lo habia sido de un colegio á cargo de unas monjas: varonil hasta el mayor extremo, la *Colegiala* siempre desempeñó, vestida de hombre, el cargo de oficial de caballería. Era tal la intrepidez de Marquinez, siempre vencedor aun de fuerzas muy superiores á las suyas, que se le vió muchas veces acercarse á los muros de Palencia á provocar á la guarni-

cion enemiga, que no osaba salir a su encuentro, y llegó á ser de tal modo el terror de los franceses, que acordaron deshacerse de él apelando á la más infame traicion: hicieron que uno de los suyos se fingiese desertor y amigo de la causa española por sus creencias católicas, pasándose á la partida de Marquinez: el noble guerrillero no sólo creyó al fingido desertor, sino que le dió toda su confianza haciéndole asistente suyo, y este malvado, hallándose en 1812 una columna francesa junto á la villa de Torre de Mormojon, se aprovechó del momento de estar Marquinez observando á los franceses y por la espalda le tiró un pistoletazo, escapando á uña de caballo á guarecerse entre los suyos y jactarse de su cobarde asesinato. Marquinez fué recogido moribundo por los suyos, que le condujeron á Paredes de Nava. en donde espiró, trasladándose su cadáver á Carrion de los Condes, que es donde yace.

Tapia. Dió tambien la provincia de Palencia otro importante guerrillero en la persona de D. Juan Tapia, clérigo de Astudillo, que logró formar un batallon de infantería, que tituló granaderos de Castilla, con el cual se corrió al Norte y Noroeste de la provincia de Búrgos y á Vizcaya, en cuyos puntos se distinguió por sus repetidos y heroicos hechos.

Padilla. Por último, de la provincia de Palencia salió tambien otro guerrillero, llamado D. Santos Padilla, que formó en ella una gran partida de infantes y ginetes con el nombre de cazadores de Castilla: fueron teatro de sus hazañas los límites de las provincias de Búrgos y Palencia, y él fué quien quemó por afrancesada la villa de Sasamon, distante 27 kilómetros de Búrgos y 17 de Castrojeriz.

Echevarri. Levantóse tambien por la misma época en los confines de Santander y Vizcaya con una partida un tal Echevarri, que tuvo la desgracia de caer prisionero junto á Bilbao, en donde un consejo de guerra francés le mandó arcabucear.

Mina el mozo. En Navarra se hizo célebre por el mismo tiempo Mina el mozo, ejecutando con su partida infinitas

hazañas, teniendo de continuo en jaque, no sólo la guarnición de Pamplona, sino columnas respetables de enemigos que sorprendió y diezmó.

Cuevillas y otros en Rioja. En la Rioja, además de Amor, adquirieron celebridad por sus eminentes servicios

Cuevillas, un capitán de navío llamado Narron y Fernandez de Castro, hijo del marqués de Barrio-Lucio.

Merino. En la parte oriental y meridional de la provincia de Burgos y en la de Soria se hizo célebre don Jerónimo Merino, cura de Villoviado cerca de Salas de los Infantes, infatigable en perseguir á los franceses y feliz en sorprenderlos, para lo cual le sirvió siempre de mucho la récia condicion de su cuerpo, su frugalidad y lo poco que necesitaba del sueño, bastándole generalmente dos horas al dia para dedicarse con ventaja las veinte y dos restantes al ejercicio de su nueva profesion.

El Empecinado y Albuín. Más célebre que todos los referidos se hizo con su guerrilla Juan Martin, conocido con el nombre del *Empecinado*, apodo que se da por los de la tierra á los vecinos de Castrillo de Duero, pueblo de su naturaleza, entre Peñafiel y Roa. Hallábase carboneando en los montes inmediatos cuando estalló la guerra contra los franceses, y dejando el hacha y la azada cogió la espada y el trabuco para defender la pátria y la libertad. Las hazañas de este guerrillero, cuya fuerza era prodigiosa, no tienen nombre. Los franceses prendieron á su madre para ver si deponia las armas, pero él siguió intrépido su carrera amenazando con tremendas represalias *como se tocase á un cabello de la autora de sus dias*: él era dueño de parte de la provincia de Soria, de la de Segovia y de la de Guadalajara, en cuya capital tuvo casi siempre encerrado al general Hugo, padre del poeta Víctor Hugo, que tan injusto ha sido en sus juicios para con la España, habitada por él en aquella época acompañando á su padre, en recompensa sin duda de las muchas alabanzas que, superiores á las merecidas, le han prodigado no pocos españoles que, no conociendo la historia pátria, casi todo lo ven malo en ella y en sus hijos

y bueno y aun excelentísimo en los franceses, que nos deprimen y vilipendian. Con el Empecinado hizo su carrera el manco Albuin, distinguiéndose por su bravura é inteligencia, que luego manchó con la más vil de las traiciones.

Renovales y Perena. En Aragon se distinguieron con justicia Renovales y Perena, conocidos ambos durante los dos sitios de Zaragoza: los dos llegaron á ser generales en fuerza de sus brillantes servicios.

Atalayuelas. En Cuenca organizó una partida y prestó buenos servicios en ella el jóven marqués de las Atalayuelas.

Palaréa. Se hizo célebre en la provincia de Toledo el médico D. Juan Palaréa, que llegó á ser general: de él dijo Belliard, gobernador de Madrid por José, *que era tan humano como buen general.*

Mir y otros. En la Mancha levantaron tambien partidas el escribano Mir, el llamado Francisquete, que se levantó á vengar la muerte de un hermano suyo ahorcado por los franceses, el cura de Quero, un tal Ayesteran y otros, que ayudaron grandemente en la vanguardia del general Cuesta para conseguir la victoria de Talavera.

Saornil y el Capuchino. En Zamora se distinguieron D. Jerónimo Saornil y el capuchino fray Julian de Délica, que hizo prisioneros, portándose humanamente con ellos, al general Franceschi y á un edecan de Kellerman.

D. Julian Sanchez. En Salamanca y tierras inmediatas de Ciudad-Rodrigo y Portugal, llegó á adquirir eterno renombre el valeroso D. Julian Sanchez, de arrogante figura y hercúleas fuerzas, el cual logró reunir 300 lanceros, con los que fué el terror de los franceses hasta al extremo de compeler al general Kellerman á dar la órden bárbara de sacar el ojo izquierdo é inutilizar así á todos los caballos del país, que él no recogiese para su servicio. Sanchez ejecutó mil proezas, para lo cual le alentaban los infames asesinatos hechos por los franceses en sus padres y una hermana, crímenes que vengó con

justicia en algunos prisioneros, pero más en buena y sangrienta lid con su brazo de hierro, pues según oímos tiempo andando [á un capitán de su partida, no bajarían de sesenta los enemigos que sucumbieron al bote de su lanza, arrojándolos al suelo sin sacarla de sus cuerpos, ya les diese el golpe de cara, ya de espalda.

Hagamos constar aquí, contra la opinión de los escritores franceses, que pintan á casi todos los guerrilleros como defensores ciegos de la inquisición, que la mayoría de ellos y sobre todo los más meritorios, profesaban ideas liberales, y frente al fanatismo del cura Merino, de Cuevillas y otros de escasa importancia, la historia registra los nombres de Porlier, segundo mártir de la libertad, la del Empecinado, proto-mártir de ella en 1824, de Amor, Julian Sanchez, Palarea, los dos Minas y otros, que en los más altos puestos de la milicia consagraron hasta sus últimos años á tan santa causa en la guerra civil de 1833 á 1840. No se hundió la libertad en España por los guerrilleros: se hundió por no querer ni los centrales, ni la regencia, ni las Cortes aplastar la víbora que había de picarla mortalmente: esa víbora se llamaba Fernando de Borbon.

Asturias y Galicia. Nueva invasión de Portugal. 1809.

Dejamos al mariscal Soult dueño de la Coruña después del embarque del ejército del desgraciado Moore: con orden de Napoleon, que creyó cosa facilísima el que sus tropas se hicieran en pocos días dueñas de Lisboa, salió de aquella plaza en dirección de Portugal al frente de 25.000 infantes y 4.000 caballos, dejando á Ney en Lugo con otros 15.000 hombres para tener á raya á gallegos y asturianos: pero ni Soult, ni Ney, ni Bonaparte contaban con el nuevo ejército que preparaba la Gran Bretaña contra ellos, ni con que el entusiasmo de los astures había de hacer prodigios de valor, ni con que Galicia entera tenía que pulular pronto de guerrillas tan activas y arrojadas como las de Castilla, que se encargaron nada menos que de destrozarse los ejércitos de los dos mariscales y lanzarlos de su suelo impotentes y humillados. Dirigióse Soult el 1.º de Febrero desde la Coruña á la embocadura del Miño para pasar

en barcas sus tropas, pero impidiéndoselo la marea, que dispersó las pequeñas embarcaciones, sufriendo por otra parte el nutrido fuego que una pequeña division portuguesa les hacia desde la opuesta orilla, tuvo que retroceder hácia Orense con ánimo de pasar la frontera por la parte de Chaves, lo cual verificó en principios de Marzo, pero habiendo sufrido considerables bajas en su ejército porque casi toda la provincia de Orense, á manera que él avanzaba por ella, se iba levantando en guerrillas, muchas de ellas mandadas por los abades ó curas de sus villas, entre los que se distinguieron los hermanos Quirogas, uno de los cuales era abad de Cayoso, los jueces de Cancelada y Maride, el abad de Couto y otros. Al pasar Soult cerca de Verin dispersó la retaguardia de la Romana, y el 17 de Marzo se apoderó de Chaves en la provincia de *Tras los montes* abandonándole la plaza, que no podia defenderse, el general Silveira; de ella pasó á Braga, cuya ciudad tomó despues de un simulacro de batalla y de asesinar los paisanos al general Freire, y el 28 se presentó á las puertas de Oporto intimando la rendición á la ciudad, que no se dignó oír á los parlamentarios quedándose con uno de ellos, el general Foy, cuya vida corrió grandísimo riesgo; pero los portuenses no pertenecian á la raza aragonesa ó castellana. Soult dió órden de acometer la ciudad, la cual fué tomada en pocas horas al siguiente dia 29, haciendo la caballeria francesa muchas victimas en las calles, pero no tantas como ocasionó el hundimiento del puente de barcas sobre el Duero, que tuvo lugar hallándose lleno de inmensa muchedumbre que huía del furor del enemigo: tan solo hubo un poco de resistencia en la catedral, en la que se refugiaron 200 soldados que dieron su vida por la pátria. El hundimiento del puente, unido al fuego de fusil que hacian los franceses sobre los atropellados fugitivos, ocasionó de 3 á 4.000 victimas entre hombres, mujeres y niños. Despues de esta catástrofe hicieron más triste la situacion de la rica ciudad los excesos de las tropas de Soult, que éste procuró cortar desde los primeros momentos, en la idea de granjearse las voluntades de los naturales que quedaron en ella, hacién-

dolo por miras de loca ambicion puesto que, imitando á Junot, hizo ó consintió que algunos vecinos de Oporto y Braga dirigiesen una súplica á Bonaparte para que éste, resucitando el tratado de Fontainebleau, se dignase sentarle en el trono de la Lusitania Septentrional. ¡A tantas y tantas cabezas habia adementado el trastornador de Europa! Pero en vez de una corona, le deparó á Soult la suerte una gran vergüenza. Ignorando el paradero del mariscal Victor, que estaba encargado de apoyar su invasion por la parte de Extremadura, no se movió de Oporto, donde su ejército se vió muy trabajado por la sociedad secreta llamada de los filadelfos, que tenia ramificaciones en todos los cuerpos franceses que habia en España y aspiraba á destronar á Napoleon, proclamando en Francia la república, y desde donde tuvo que contemplar con funesta inaccion el levantamiento del paisanaje en las dos provincias de Tras los montes y entre Duero y Miño los golpes que sufrieron varios destacamentos suyos, los movimientos de los pocos ingleses que al mando del general Beresfort dejó Moore en Lisboa al venir sobre Salamanca y sobre todo el desembarco del nuevo ejército británico á las órdenes de Sir Arturo Wellesley, el vencedor de Vimeiro, que desembarcó en la capital lusitana el 22 de Abril, poniéndose de seguida en marcha al frente de 20.000 ingleses y 8.000 portugueses: Sir Arturo llegó á Coimbra, capital de la Beira, el 2 de Mayo; y Soult, sin tomar disposicion alguna, permaneció en Oporto, que por hallarse situada á la derecha del Duero junto á su embocadura, creyó sin duda inaccesible á los ingleses; pero el 12 se encontró con la novedad de que el enemigo se hallaba sobre la derecha de dicho rio, que habia atravesado en barcas unos 25 kilómetros arriba de la ciudad: esta inconcebible sorpresa de Soult mereció amargas censuras de todos los generales amigos y enemigos, y el mariscal francés, que no creia en ella momentos antes de soportar sus consecuencias, tuvo que salir precipitadamente de Oporto, y sosteniendo en sus cercanías un récio choque con parte de las fuerzas inglesas, logró avanzar en retirada hácia Braga

y Chaves, pero en tan fatal estado y por tan impracticables caminos y siempre molestado por el paisanaje portugués y algunos cuerpos volantes, que tuvo que abandonar su artillería arrojándola en los horribles abismos junto á los cuales marchaba en medio de penosísimos trabajos: de este modo y perdiendo mucha gente llegó el 18 de Mayo á tierra de España, el 19 entró en Orense y el 23 en Lugo, en peor estado que meses antes hizo él llegar á la Coruña á Moore. Este fin tuvo la segunda invasion de Portugal, de la que Soult salió si cabe peor que Junot de la primera: ambos quedaron iguales en su loca ambicion de ascender al trono lusitano.

La Romana en Astúrias. Mientras que Soult se hallaba en Portugal, el marqués de la Romana se decidió á pasar á Astúrias, á donde debió irse segun consejo de Moore al emprender éste su retirada para la Coruña. Protegido aquel general por los guerrilleros y huyendo de los puntos ocupados por los franceses, emprendió la marcha en los primeros dias de Marzo con su gente haraposa y demacrada, á causa de los malos y escasos mantenimientos, por el país más montuoso de la provincia de Orense y sin tropiezo llegó á Ponferrada del Vierzo, habiendo encontrado en una ermita cercana á la villa un cañon de grueso calibre que abandonaron las tropas de Moore: con tal hallazgo y enterándose de que unos 1.000 franceses guarnecian la inmediata villa de Villafranca, determinó sorprenderlos, como en efecto se verificó de su órden por el general Mendizábal el dia 17 haciéndolos prisioneros de guerra. Verificado este hecho de armas y dejando en la próxima provincia de Lugo la division Mahy, prosiguió su viaje á Astúrias por entre montañas escarpadísimas, que á cada paso ofrecian peligrosos precipicios, y logró entrar en Oviedo á los cuatro dias, bien en mal hora por cierto, porque creyéndose dueño absoluto del antiguo Principado á causa de la ridícula vanidad de que estaba henchido por su retirada del Norte, sin tener en cuenta que en España no habia tenido más que fracasos y derrotas, llevó allí una perturbacion horrible, disolviendo la Junta que tantos servicios habia prestado

y nombrando otra á su capricho ó al de los pocos que le adulaban, menospreciando á los mejores patriotas, amenazando á otros y produciendo por do quiera la irritacion de los ánimos, cosas todas que llenaron de amargura el alma noble de Jovellanos.

La sorpresa de Villafranca por un lado, y por otro el desórden y disgustos introducidos por la Romana en Asturias, que llegaron á noticia de Ney, impulsaron á éste á dejar por el momento á Galicia y lanzarse sobre el Principado, como lo realizó á mediados de Mayo al frente de 6.000 hombres, pero en combinacion con los franceses que habia en Santander y con Kellerman, que de Castilla fué tambien sobre Oviedo por la carretera del Puerto de Pajares. Ney entró en Oviedo, sin tener la Romana noticia de su aparicion hasta hallarse cerca de sus puertas el 19 de Mayo, y el general español apenas tuvo tiempo para escapar camino de Gijon, en donde se embarcó para luego desembarcar en Rívadeo, primera poblacion de Galicia. Ballesteros (D. Francisco), que de órden de la Junta, al que de simple capitán habia nombrado mariscal de campo, se hallaba en la parte oriental de Asturias delante de Llanes con su division de 9.000 hombres incluso los 3.000 que Porlier le habia llevado de Castilla, al acercarse el general francés Bonet, procedente de Santander, se guareció en las montañas de Covadonga, y el general Worster, al que la misma Junta asturiana encomendára la defensa de la parte occidental de la provincia y poco tiempo antes habia ido á la ciudad de Mondoñedo, en donde sorprendió á los franceses que la guarnecian para ser inmediatamente sorprendido y derrotado por ellos, á causa de su descuido é impericia, logró rehacer su cuerpo y llevarle por las montañas hasta cerca de Oviedo, merced á los auxilios que le prestó Acebedo, hermano del general asesinado por los franceses en la provincia de Palencia despues de la batalla de Espinosa. El mariscal Ney, que encontró casi desierta la ciudad de Oviedo, consintió que sus tropas la saqueasen, y al cabo de cuatro dias tomó por la costa la vuelta de Galicia, á donde le llamaban imperiosamente el levantamiento casi

unánime del país, la triste situación de Soult y la actitud de la división Mahy, con el que logró reunirse la Romana en Mondoñedo el 24 de Mayo, despues que aquel general batió el 18 al pié de los muros de Lugo al francés Fournier, quien salió de la ciudad á atacarle y tuvo que entrar en ella envuelto entre soldados españoles, que luego buscaron sus banderas descolgándose por la muralla.

El 21 de Mayo se juntaron en Lugo Soult y Ney, y disimulando el ódio que se profesaban por viejas envidias, acordaron que el primero perseguiría al marqués de la Romana y el segundo iría á sofocar el levantamiento de la Galicia occidental, que habia ya tomado gigantescas proporciones y se hallaba dirigido por varios militares puestos de órden de la Junta central al frente de las guerrillas, entre ellos el teniente coronel Garcia del Barrio, el alférez D. Pablo Morillo y el capitán Gonzalez Cachamuiña. A estas fechas los abades de Couto y Valladares, ayudados por los referidos militares, habian tomado la ciudad de Vigo (28 de Marzo) haciendo prisionera la guarnición francesa fuerte de 1.300 hombres, y hecho evacuar la de Tuy (16 de Abril), dando con esto lugar á que se formase la división llamada del Miño, que pronto constó de 12 á 13.000 hombres, todos entusiasmados aunque recién salidos de sus casas. Entonces fué cuando, queriendo dar verdadera organización militar á esta división, se puso al frente de ella á gusto de los guerrilleros y del valiente Garcia del Barrio, el brigadier D. Martín de la Carrera, que habia ido allí con otra pequeña división de tropa, reorganizada por él con dispersos y voluntarios en la Puebla de Sanabria, y tan acertada fué la elección de Carrera, que á los pocos días de encargarse del mando marchó sobre Santiago y saliéndole al encuentro 4.000 franceses, les derrotó en el campo llamado de la Estrella, ocupando despues de su victoria la antigua capital de Galicia. Poco tiempo despues de esta victoria entregó Carreras el mando de la división del Miño, que ya ascendia á 16.000 infantes y 500 caballos con nueve piezas de artillería, al conde de Noroña, nombrado segundo cabo de la capitania general de Galicia.

La Romana, sin embargo de haberse unido ya á Mahy, creyó prudente esquivar todo encuentro con los dos mariscales franceses despues del plan que éstos acordaron en Lugo, y así es que en los últimos dias de Mayo y primeros de Junio empezó tal série de marchas y contramarchas, que fatigando al soldado, le hacia decir en tono festivo, *que no era su general el marqués de la Romana, sino el marqués de las Romerías*; pero éste siguió en su plan, y por esto no tuvo parte alguna directa en la expulsion de los dos mariscales franceses del territorio gallego.

Accion del puente de San Payo.—Ney y Soult tienen que evacuar la Galicia.

Dirigióse Ney á la provincia de Pontevedra al frente de 10.000 hombres, de ellos 1.500 ginetes, con ánimo de batir á la division del Miño, que, segun los planes de Carrera, García del Barrio y Morillo, habia de esperarle junto á la ria de Vigo y sobre el Puente de San Payo, que el último habia cortado: apareció Ney el 7 de Junio de este lado de la ria, esperándole del otro la division del Miño, al mando de Noroña: trabóse el combate, que duró seis horas, sin que Ney pudiera adelantar un paso: al siguiente dia 8 redobló sus esfuerzos el francés para pasar la ria, y los nuestros se lo impidieron tambien causándole inmensas pérdidas; visto lo cual por Ney y convencido de su impotencia, levantó el campo lleno de vergüenza, encaminándose á la provincia de Lugo sin que ya volviese á pelear en Galicia.

Por su parte Soult tampoco adelantó nada en su persecucion contra la Romana, que no queria batirse, y disgustado de la clase de guerra que le hacia el paisanaje de la provincia de Orense, en la cual perdía su gente sin gloria, determinó pasar á Castilla; y como encontrase cortados todos los puentes sobre el Sil, principal afluente del Miño, tuvo que verificarlo, dando larguísimos rodeos, por el monte Furado ó perforado, así dicho por constituir un puente extraordinario, informe y acaso único en su clase en todo el globo, corriendo debajo de él las aguas de aquel rio, obra gigantesca hecha por los romanos entre la Puebla de Tribes y el valle de Valdeorras, tala-

drando la montaña en una longitud de 376 metros con 15 en su mayor anchura y 10 de elevacion. Soult, siempre molestado por las guerrillas de los hermanos Quirogas y despues de quemar varios pueblos de las riberas del Sil, salió de Galicia llegando abatido y en lamentabilísimo estado á la Puebla de Sanabria el 23 de Junio y de allí á unos dias hácia Ciudad-Rodrigo, pasando por Zamora y Salamanca. En esta retirada fué cuando el capuchino Délica hizo prisionero cerca de Toro al general Franceschi, á quien Soult mandaba con pliegos para José.

Ney, despues de la derrota del Puente de San Payo, se encaminó al centro de la provincia de Lugo, y al saber la retirada de Soult emprendió él la suya para Castilla por la carretera de Astorga, á cuya ciudad llegó el mismo dia que Soult á la de Zamora, tolerando á sus tropas infinitos desmanes contra el pobre paisano. Asi salieron de Galicia vencidos y hasta no más humillados estos dos célebres mariscales del imperio napoleónico: entraron con 52.000 hombres y salieron con ménos de 25.000, y éstos abatidos y avergonzados: los laureles que jefes y soldados habian adquirido en toda Europa se les marchitaron principalmente unos cuantos miles de paisanos, de condicion apacible y dulce, pero en su mayoría obedientes á la voz de sus curas, porque les hablaban en el sagrado nombre de la pátria, tan vilmente invadida como cruelmente tratada por el francés. Evacuada Galicia, el primero que entró en la Coruña fué Noroña al frente de su division del Miño, y la Romana, que de la provincia de Lugo habia pasado á la de Orense huyendo todo encuentro con Soult, así que supo la retirada de éste, avanzó tambien hácia aquella plaza, en donde entró para observar la misma desatentada conducta, mezclándose en todo y perturbándolo todo, que habia observado en Oviedo, creyéndose, él que nada habia hecho por librar á Galicia, dueño absoluto de ella. Por fortuna y para que su lijereza y extravagantes medidas no produjesen tan desastroso efecto como en Oviedo, dejando á Noroña al frente de Galicia y á Mahy el gobierno militar de Asturias, abandonada ya por Kellerman, con órden de que

Ballesteros pasase á su disposicion á Castilla, salió de la Coruña camino del Vierzo.

Es tiempo de decir aquí que Ballesteros, saliendo de los riscos de Covadonga, en que le dejamos al entrar Ney en Oviedo, pasó los puertos y bajando al valle de Valdeburon, donde se le agregó la division levantada por Porlier, hizo una marcha atrevida con direccion á Santander, cuya ciudad ocupó arrojando la escasa guarnicion enemiga que en ella habia; pero revolviendo ésta reforzada á las pocas horas contra Ballesteros, éste vió dispersada casi toda su gente, teniendo él que salvarse en una lancha, en la que llevaba por remeros dos soldados y por remos sus fusiles. El valiente Porlier salvó una gran parte de la division abriéndose paso por en medio de los enemigos. La Romana dejó á mediados de Agosto el mando de su ejército al duque del Parque, para ir á ocupar en la Central la plaza que por Valencia desempeñaba el Principe Pio, que falleció por aquel tiempo. El del Parque, atravesando la Castilla, fué á situarse en Ciudad-Rodrigo.

Aragon. En la primavera de 1809 y despues de la rendicion de Zaragoza, habian ocurrido en Aragon algunos sucesos dignos de contarse. Tomada la ciudad, los franceses quisieron ocupar todas las plazas fuertes de Aragon. Jaca les abrió sus puertas merced á los manejos de un indigno fraile agustino, llamado para mayor dolor de la pátria Consolacion: lo propio hizo Monzon abandonándola su gobernador por la escasa fuerza que tenia para sostenerse en ella; pero no sucedió lo mismo en Mequinenza, que rechazó al mariscal Mortier las tres veces que intentó tomarla. A la sazón mandaba en Cataluña, por muerte del heróico Reding y sucediendo á Coupigny en su cargo de jefe interino el noble y modesto general Blake: deseaba éste habérselas con los franceses, y al efecto salió de Tortosa el 7 de Mayo al frente de 6.000 soldados y con otros 6.000 que recogió en Morella se dirigió á Alcañiz, cuya ciudad evacuó el general Laval; pero viniendo en auxilio de este Suchet, á ambos presentó batalla Blake derrotándolos el 23 con pérdida de 1.000 hom-

bres y obligándolos á retirarse en gran desórden á Zaragoza. Animado Blake con el triunfo de Alcañiz y aumentando sus fuerzas con algunas partidas y tropa que se le envió de Valencia hasta reunir 17.000 combatientes, tomó animoso el camino de Zaragoza en la idea de recuperarla, presentándose el 15 de Junio en el pueblecito de María, distante 16 kilómetros de la ciudad. Suchet, que habia recibido refuerzos de Navarra, salió al encuentro de Blake, quien á su vez fué derrotado por el francés, que le hizo algunos prisioneros y le cogió casi toda la artillería, la cual no pudo jugar en la acción, porque por un imperdonable descuido se atascó en unos barrizales. Blake, recogiendo en el inmediato pueblo de Botorrita una de sus divisiones, que no tomó parte en la acción de María, se retiró hácia Belchite, en donde Suchet le alcanzó á los tres días desordenando en seguida sus acobardadas tropas, que echaron á correr á la desbandada con poca pérdida de muertos y prisioneros, porque verdaderamente no hubo pelea. Blake logró reunir su gente cerca de Alcañiz mientras que Suchet se retiró á Zaragoza: aquel se volvió á Cataluña, á donde le llamaba el tercer sitio de Gerona, dejando los batallones valencianos en Morella y San Mateo. Durante la excursión de Blake por Aragón tuvo lugar una conspiración de algunos patriotas de Barcelona, para entregar la plaza á los nuestros; pero descubierta por las autoridades francesas, fueron castigados con pena de horca los principales conspiradores, entre ellos el doctor Pou y un comerciante llamado Marana, hombre de valor extraordinario.

Quietismo del país vasco. A todo esto, el país vasco, sin embargo de no haber en él ya tantos franceses como al principio de la guerra, hacia muy escasos esfuerzos, notándose que de sus valles y montañas, las más á propósito para contener y derrotar al enemigo, que incesantemente en grandes y pequeñas masas venía de Francia, no salían guerrilleros en proporción de los que daba el resto de España á defender la independencia de la patria. Dormía en profundo sueño el fanatismo religioso que tiempos andando habia de inundar de sangre aquel mon-

tuoso país, eso que Napoleon habia de darle muy luego el espectáculo de arrebatar violentamente de su palacio del Quirinal al Papa Pio VII y llevarle entre guardias á Savona para darle allí trato tan duro como inmerecido. Las tres provincias hermanas guardaban su bravura y odiosos privilegios para combatir más adelante contra la libertad y ventura de toda España. Cierto que en la parte de Bilbao habia salido Echevarri, como luego salió el Pastorcito en Guipúzcoa, pero lo desgraciado de la empresa de aquel y lo escaso y tardío de la de éste prueban que el país vasco no correspondia al general entusiasmo de la nacion ni á los gigantescos esfuerzos que todas las provincias hacian para sacudir el ominoso yugo extranjero.

La Junta Central acuerda la convocatoria de Córtes.

Despues de la desgraciada batalla de Medinilla se esparcieron voces de que la Central trataba de abandonar la Península é irse á América, y para aquietar los ánimos alterados con la falsa noticia, no solo publicó la Junta un manifiesto asegurando en él, *que estaba resuelta á no cambiar su residencia no viéndose en peligro el lugar de ella*, sino que á propuesta de Calvo de Rozas, publicó con fecha 22 de Mayo el famoso decreto acordando *el restablecimiento de la representacion legal y conocida de la monarquia en sus antiguas córtes, convocando LAS PRIMERAS en el año próximo de 1810 ó antes si las circunstancias lo permitiesen*. Adolecia el decreto de un gran defecto, el de no señalarse dia para la reunion de la representacion nacional: fué, sin embargo, bien recibido, y él es la primera piedra del edificio y como el fundamento de la regeneracion de la España. Habian apoyado este decreto, además de su autor, Jovellanos, Garay, el baylió Valdés, que le queria más liberal aun, el marqués de Campo-Sagrado y el entonces presidente marqués de Astorga, es decir, la ilustracion, el patriotismo y la aristocracia, y le combatieron un abogado (Garcia de la Torre), dos magistrados (Jócamo y Riquelme) y un catedrático de Salamanca (Caro), es decir, las medianias plebeyas, que en todos tiempos y paises siempre se manifestaron partidarias de las rutinas

é inveterados abusos. El voto del marqués de Astorga produjo beneficiosísimo efecto por ser el presidente uno de los próceres más ilustres de España. Disponía uno de los artículos del decreto, que una comisión compuesta de cinco individuos de su seno preparara los trabajos necesarios para la convocatoria y formación de las primeras Cortes, y en ella, dando una prueba de tolerancia, entraron dos enemigos de las reformas, Caro y Riquelme. Publicó después la Junta otro decreto refundiendo los Consejos en uno sólo, que llevaría el nombre de Consejo Real y Supremo de Castilla, no comprendiéndose cómo Jovellanos y los de su partido sucumbieron á la reorganización de un cuerpo envilecido, que tanta y tan innoble guerra había hecho y tenía que hacer á la Central, como resulta de las Memorias de aquel repúblico: con razón recibieron todos los reformistas la reaparición del citado Consejo en medio de un marcadísimo disgusto.

Sin adoptar medidas, diariamente reclamadas por los liberales, que favoreciesen la libre emisión del pensamiento, la Central no sólo toleró sino que vió con gusto por aquel tiempo la reaparición en Sevilla del *Semanario Patriótico*, periódico de ideas avanzadas que fundara el poeta Quintana en Madrid y que ahora se puso á cargo del ilustrado geógrafo Antillon y D. J. Blanco.

La Central, como todos los poderes públicos, tenía sus enemigos, unos por no querer la política que en ella dominaba y otros por querer ocupar su puesto: esta en general innoble ambición se manifiesta más fuertemente en los países meridionales que en los del Norte; en éstos hay más calma, más juicio, y el patriotismo sabe aguardar; pero en aquellos la paciencia es una virtud rarísima y todo el mundo procede con la misma precipitación que si hubiera de acabársele la vida al siguiente día. Manifestaban su descontento públicamente contra la Junta el famoso tío Pedro de Aranjuez, ó sea el intrigante y despreciable conde del Montijo; el duque del Infantado, que era quien más tenía por qué callar á causa de su torpe conducta en Bayona y su funesta ineptitud en el mando

del ejército del Centro, y D. Francisco Palafox, que, siendo miembro de ella, pretendía néciamente, nada más que por ser hermano del defensor de Zaragoza, descollar como la primera figura de España: los dos últimos no acudieron en su descontento á las vias de hecho, pero sí el primero, quien dejándose llevar de su carácter arrebatado, se fué á Granada, y allí con objeto de destituir á la Central promovió un alboroto, el cual fué pronto reprimido, y si no se castigó al delincuente como merecía, debióse á las gestiones de su amigo el general inglés Doyle, al que atendieron la Central y las autoridades de Granada, destinando á San Lúcar de Barrameda al sedicioso conde, que no renunció por esto á sus enredos y malas artes.

Batalla de Talavera. Julio de 1809.

Medio deshechos por la tropa y paisanaje gallego, como arriba vimos, los cuerpos de ejército de Ney y Soult, Napoleon nombró general en jefe de los mismos y tambien del 5.º (el de Mortier), al duque de Dalmacia, á quien se sometió Ney con repugnancia. Soult ocupaba la provincia de Salamanca y parte de la de Zamora, de cuyos países queria, reorganizando sus tropas, hacer por de pronto el teatro de la guerra. Frustrada la invasion de Portugal, y mermaidas, abatidas y medio desmoralizadas las tropas de Soult y Ney, pensó sériamente José en conjurar el peligro que venia sobre Madrid con tres ejércitos numerosos y alentados, el de la Mancha que, puesto á las órdenes de Venegas despues de la rota de Ciudad-Real, ascendia con los refuerzos de Andalucía á 20.000 infantes y 3.000 caballos; el del Cuesta que, repuesto del desastre de Medellin, se componia con la division de Alburquerque de 26.000 peones y 6.000 ginetes, y el de sir Arturo Wellesley que, despues de lanzar á Soult de Portugal y dar descanso á sus tropas en Abrantes, penetró en territorio español instalándose á primeros de Julio en Plasencia para ponerse de acuerdo con Cuesta: constaba el ejército inglés de 20.000 infantes, incluso 4.000 portugueses y 3.000 caballos. Ya antes de esto, al ver Lapisse que no podia entrar en Portugal como se le ordenára, para apoyar la invasion

de Soult, se habia bajado de tierra de Ciudad-Rodrigo al centro de Extremadura para unirse con Victor, quien sin necesidad hizo que un destacamento suyo volase el magnifico puente de Alcántara sobre el Tajo, obra monumental del tiempo de Trajano, poniendo por pretexto el contener al ejército inglés. Tambien habia ocurrido la correría por la Mancha del ejército de Venegas, cuya vanguardia mandada por el valeroso general D. Luis Lacy, escarmentó en Torralva á un gran destacamento de Sebastiani, obligando á José á salir de Madrid con respetables fuerzas que hicieron que Venegas se retirase á la sierra, volviéndose el pretendiente á la córte, de la cual salió de nuevo con el mariscal Jourdan por los movimientos de Cuesta, que habia avanzado imprudentemente sin contar con los ingleses á la parte de Toledo: Victor, que seguia los movimientos de Cuesta, se unió con José el 25 de Julio en el pueblo de Vargas, 15 kilómetros de Toledo, y Sebastiani hizo lo mismo, dando lugar á que Venegas se moviese tambien, mandando la division Lacy para que picára su retaguardia, y llegando él con el resto de su ejército hasta el mismo Aranjuez para caer, si la suerte le era propicia, sobre Madrid. Habia se unido Wellesley el 21 de Julio á Cuesta en la villa de Oropesa, y aunque propuso á éste el inglés que atacase el 23 al cuerpo de Victor cerca de Torrijos, no lo quiso hacer el general español, dando lugar á que luego los franceses le acometiesen obligándole á refugiarse en desórden, que contuvo Alburquerque con su caballería, junto al ejército británico estacionado ya en el pueblecito de Cazalegas, 11 kilómetros de la parte acá de Talavera en la carretera de Madrid: José y su gente avanzaron contra Cuesta y Wellesley, que repasaron el Alberche, afluente del Tajo, al cual se junta en término de Talavera á su parte oriental, esperando que les atacase el francés con sus 52.000 hombres, número á que ascendian el cuerpo de Victor con la division Lapisse, el que mandaba Sebastiani y los soldados que sacó el pretendiente de la guarnicion de Madrid, porque Soult, á pesar de haber sido llamado por José, no pareció: el ejército aliado, compuesto solamente de las

tropas de Cuesta y Wellesley, ascendia á 55.000: los soldados franceses eran veteranos; los del ejército aliado, noveles casi todos en la guerra: nada faltaba al ejército francés, sucediendo lo contrario al español, que carecia hasta de subsistencias: por motivo de éstas no faltó mucho para que se retirara Sir Arturo despues de ágrías contestaciones con Cuesta, quien dijo y con razon, que los ingleses se quejaban de vicio y nada más que por vicio cometian mil actos de indisciplina y de brutalidad contra el pobre paisano, que no podia satisfacer su glotoneria. Llegó por fin el momento de la gran batalla, teniendo ambos ejércitos las posiciones siguientes: el anglo-hispano, colocado á la derecha del Alberche entre Talavera y un elevado cerro llamado Medellin, ocupaba una línea de frente de más de cuatro kilómetros: Cuesta hizo de sus infantes cinco divisiones y dos de sus ginetes: mandaban éstos los bravos Hinestrosa y Albuquerque, y aquellos los generales marqués de Zayas, del Portago, Iglesias, Manglano y Basecourt. Wellesley hizo de sus tropas cuatro divisiones, mandadas por los generales Makenzie, Campbell, Hill y Serbrooke: á la derecha y más cerca de Talavera estaban los españoles. Ya al caer la tarde del 27, Víctor pasó el Alberche protegido por la artillería y arremetió furioso contra la division Makenzie, la que obligó á retirarse con exposicion de caer prisionero el mismo Wellesley: sin embargo de ser ya de noche, Víctor avanzó é hizo retroceder en gran desorden á algunos batallones españoles é ingleses, pero le contuvo el certero fuego de la artillería española, que desempeñó un gran papel en toda esta batalla. Ambos ejércitos aguardaban en sus posiciones la venida del dia 28. Al amanecer de éste Víctor volvió á atacar vigorosamente con las divisiones Lapisse, Villate y Rufini: encargada la primera de ocupar el cerro de Medellin, principalmente defendido por nuestra artillería, pagó bien cara su temeridad, porque, sin lograr su objeto, dejó tendidos en la subida de aquella cuesta 1.500 hombres, pertenecientes á tres regimientos. Al ver esta horrible mortandad, consultó José con Jourdan y Víctor si convendria ó no

suspender la batalla. Jourdan opinó por la afirmativa y Víctor por la negativa: éste confiaba en su cuerpo de ejército y aquel quería que se aguardase á Soult, al que suponía cercano: habiéndose recibido aviso de él de que no podía estar en Plasencia hasta el 3 ó 4 de Agosto, se decidió, no obstante, el pretendiente por la opinion guerrera de Víctor despues de una tácita suspension de hostilidades durante tres horas, en que los soldados de ambos bandos iban sin ofenderse á apagar su sed devoradora á un arroyo que habia entre los dos campos llamado de la Portiña. Al medio dia, con un sol abrasador, que recordaba el de Bailén del año anterior, volvió Víctor al ataque, en el cual entro el primero Sebastiani, haciéndose luego general contra ingleses y españoles; pero despues de diversos lances fué tambien rechazado, no sólo del cerro de Medellin, sino de todos los puntos á donde dirigió su gente: nuestra artillería, sita en tres distintos puntos contando con el cerro y mandada por los bravos jefes Uclés, Piñeiro y Entrena, fué la que causó más estragos en los franceses, siendo grandemente ayudada por la caballería, en especial por la que mandaba Alburquerque: tambien se portó con heroismo la caballería inglesa, al mando del general Cótton. Pronunciados en derrota los franceses, volvieron á sus antiguas posiciones, protegidos por la artillería. Tal fué la batalla de Talavera, en que no hubo prisioneros: perdieron los ingleses entre muertos y heridos 6.200 hombres, los españoles 1.200 y los franceses 7.200, con más 17 cañones: murieron en ella el general inglés Makenzie y el francés Lapisse. El ejército anglo-hispano, por más que no destrozase al francés, fué el vencedor, y como tal permaneció en Talavera: el francés repasó el Alberche el 29 camino de Madrid, echándose en cara Jourdan y Víctor la culpa de la retirada por decir éste, negándolo aquel, *que se habia hecho sin orden de José, que era el jefe de todo el ejército, y hasta contra su voluntad*. Cuesta fué tan bárbaro, que en el momento de instalarse en Talavera ordenó que se diezmasen los batallones que se desordenaron en la noche del 27 al empuje de las tropas de Víctor; fusiló despiadadamente á 50,

y hubiera fusilado más á no afeár su cruel y espantoso proceder el general inglés, que no castigó á los batallones suyos que se hallaban en el mismo caso. Al regimiento de caballería de Borbon le impuso Cuesta una pena afrentosa, por haber vuelto la cara al enemigo: condenó á todos sus individuos á andar durante seis meses con medio bigote y una sola bota de montar, pena que cumplieron mientras él fué general en jefe, ofreciendo por do quiera un espectáculo que á los pocos dias degeneró en risa para el mismo soldado y para el que lo veía. Wellesley fué objeto de grandes recompensas por parte de los gobiernos español y británico: la Junta central le nombró capitán general de ejército y el gabinete de Lóndres le dió el título de lord Wellington, con el cual será en adelante conocido. Tambien la Central premió á varios jefes del ejército español y concedió á Cuesta la gran cruz de Cárlos III.

Ataque de Despues de la batalla de Talavera José
Puente del se separó de Víctor, situandose este con su
Arzobispo. cuerpo el 1.º de Agosto en Maqueda y Santa Cruz del Retamar, y aquel en Illescas para observar los movimientos de Venegas, que lo mismo podia caer sobre Toledo que sobre Madrid. Mientras tanto Soult, forzando el puerto de Baños cerca de Bejar, en donde le opuso una ligera resistencia el marqués del Reino con cuatro batallones que tenia á sus órdenes, bajó al país llamado la Vera y se instaló en Plasencia, su capital, dicho dia 1.º de Agosto. Los tres cuerpos con que llegó Soult á Plasencia, que eran el suyo, el de Ney y el de Mortier, ascendian á cerca de 50.000 hombres: tan respetables fuerzas unidas á las que habian tomado parte en la batalla de Talavera, pusieron en grande y natural cuidado á los aliados, y aun cuando acordaron sus generales que el ejército inglés saliese á buscar el de Soult y Cuesta se quedára en aquella villa, ni Wellington fué al encuentro de Soult, ni Cuesta permaneció en Talavera por temor á una acometida de Víctor y José, cruzando el inglés el Tajo por Puente del Arzobispo, 27 kilómetros rio abajo de Talavera, para establecer el 7 de Agosto en Deleitosa su cuartel general, y haciendo lo

mismo Cuesta y por idéntico punto el 15. El general español dejó para guardar el puente de Puente del Arzobispo la quinta division á cargo de Basecourt y los 3.000 caballos al de Alburquerque: tuvo este un descuido imperdonable no guardando los vados del Tajo: cuando el mariscal Mortier, enviado por Soult desde Plasencia, acometió el 18 dicho puente, defendido con valor y acierto por nuestra artillería y 300 húsares, Alburquerque tenia sus ginetes descansando con los caballos sin ensillar, y no vió que 800 caballos enemigos vadearon el rio y acometieron á los nuestros por la espalda: acudió con su gente Alburquerque, pero llevándola ya tarde y en desórden, cuando otros ginetes enemigos habian vadeado tambien el rio: infantes y ginetes nuestros echaron á correr precipitadamente, unos en direccion de la sierra de Guadalupe y otros en la de Valdelacasa con pérdida de algunos muertos y todos los cañones y equipajes. Entonces fué cuando el general Cuesta, disgustado por las exigencias de Wellington, hizo dimision de su cargo, en el cual le sucedió el general D. Francisco Eguía. Lord Wellington, despues de ágrias contestaciones y exigencias irritantes sobre su tema favorito de grandes subsistencias para sus tropas, se retiró por la izquierda del Tajo á la raya de Portugal, no sin que Calvo de Rozas, enviado por la Central para satisfacer sus quejas, dejára de decirle amargas verdades por su proceder, debido á su fluctuacion en seguir ó no la lucha contra los franceses, por haber llegado entonces las nuevas de la paz de Viena y el éxito desgraciado de la expedicion marítima inglesa á las bocas del Escalda para tomar á Amberes, Flesinga y otras plazas de Holanda y Bélgica, y tambien á que, creyéndose el necesario, esperaba que el gobierno español le nombrase general en jefe de los ejércitos aliados.

Asesinato del obispo de Coria. En vista de la retirada del ejército inglés cambiaron de plan los franceses, y creyendo suficientes los cuerpos de Mortier y Víctor con las tropas de que inmediatamente disponia José para aniquilar á Venegas y tener á raya á Eguía, acordaron que Soult permaneciese en tierra de Plasencia, Mortier en la de Ta-

lavera y que Ney regresase á Castilla. Un crimen horrible y tanto que no tiene ejemplo en la historia, manchó la ya infame vida de Soult durante su estancia en Placencia: en un dia nefasto, que la pequeña ciudad de Coria recordará siempre con ira y horror, unos soldados de aquel jefe francés sacaron de su lecho al venerable obispo don Julian Alvarez Castro, anciano de 85 años y ¡la pluma se resistió á escribir tan atroz maldad! ¡sin motivo ni formalidad de proceso le fusilaron despiadadamente!... ¿Y tienen aun valor los historiadores franceses para hablar de la crueldad de nuestros guerrilleros?

Batalla de Almonacid. Dijimos arriba que José, despues de la

batalla de Talavera, se habia instalado cerca de Toledo á la mira de impedir que Venegas, que ocupaba á Aranjuez, acometiese la capital: Venegas, que no pasó de Aranjuez y debió retirarse así que supo que los ingleses y el ejército de Cuesta no podian ya auxiliarle rechazó en aquella villa á los franceses que intentaron pasar el Tajo por sus puentes; pero ya que no lo pudieron realizar por Aranjuez lo verificaron por Toledo y los vados de Añover de Tajo el 9 de Agosto, lo que obligó á Venegas á retroceder hasta Almonacid, pequeña villa á 16 kilómetros de Toledo y 11 de Orgáz. Habia hecho Venegas de su ejército cinco divisiones, mandadas por Lacy, Vigodet, Giron, Castejon y Zarain, rigiendo la caballeria el marqués de Galo: sobre la torpeza de esperar á los franceses cuando el ejército anglo-hispano se alejaba en retirada, cometió otra Venegas decidiéndose á luchar en la creencia de que aquellos no eran más de 14.000, siendo así que su número pasaba de 30.000, de ellos 4.000 ginetes entre el 4.º cuerpo regido por Sebastiani y la guardia de José. Sebastiani acometió el 11 de madrugada la izquierda de los nuestros, que le rechazó con bravura, pero llegando José á luego de empeñada la accion y lanzando todas sus tropas contra las nuestras, estas empezaron á cejar, y aunque Venegas vió rasgos de verdadero valor en algunos cuerpos, convencido tardiamente de la superioridad del enemigo, mandó tocar retirada, que se hizo en bastante desórden con direccion á Manzanares,

á donde por falsas nuevas de que se aproximaba Sebastiani empezaron á correr los soldados á la desbandada para juntarse y rehacerse algunos dias despues en Sierra Morena. La batalla de Almonacid nos costó 4.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, además de 16 cañones y algunas banderas: los franceses tuvieron en ella unos 300 muertos y 1.600 heridos.

Medidas de José, lleno de orgullo por el no muy im-
José en Madrid. portante triunfo, regresó á Madrid el 15 de Agosto, mandando á Victor que se instalase en Daimiel y á Sebastiani á orillas del Tajo entre Aranjuez y Toledo. Creyéndose de veras rey, por ser inseperable en más ó en ménos la farsantería de la familia de Bonaparte, eso que sabia que no era suyo más que el suelo que pisaban los soldados de su hermano, adoptó una porcion de providencias, que como las que anteriormente habia tomado, no tuvieron ejecucion fuera de las relativas á perseguir el patriotismo y la lealtad, que estas sí que tuvieron efecto, como las encaminadas á despojar de ciertas propiedades á sus dueños. Abolió todos los Consejos y creó el de Estado; suprimió los títulos de Castilla y grandezas, no reconociendo más títulos nobiliarios que los que él crease; dispuso que todos los documentos de la deuda pública en poder de particulares se presentasen á los intendentes dentro del término de un mes bajo la pena de ser extinguidos, caso contrario, en favor del Estado; decretó la confiscacion de bienes contra los emigrados, aplicando sus productos á la extincion de la deuda; abolió el llamado *voto de Santiago*, socaliña clerical que costaba mucho á los pueblos; suprimió todas las órdenes religiosas concediendo una pensión á todos los exclaustrados que gozarian en los pueblos de su naturaleza; creó cédulas hipotecarias por valor de 100 millones de reales para atender á los gastos de la guerra y de la gobernacion; mandó recojer la plata y varias alhajas de las iglesias; despojó brutalmente á muchos particulares de los objetos de dicho metal para convertirlo todo en moneda, y por fin procuró reformar la enseñanza al estilo francés. No merecen estas medidas, algunas de ellas muy buenas, dete-

nido exámen, porque se daban por poder incompetente y para un pueblo que tenia que reirse completamente de ellas, caso que llegasen á su conocimiento.

Tercer sitio de Gerona. Ríndese la plaza. Cobarde asesinato de Alvarez de Castro.

• Dejemos á José en la estéril tarea de legislar para el pueblo español, que en masa le odiaba y no le obedecía, y pasemos á la narracion de los hechos admirables y gloriosos que constituyen el tercer sitio de Gerona, algunos de los cuales, por lo levantados y terribles, parecerán fabulosos á las venideras generaciones. Siéntase la ciudad de Gerona al pié de dos montañas, ocupando lo último de su falda, y á orillas de dos rios, el Ter, que es algo considerable, y el Oña, que separa la ciudad del arrabal llamado Mercadal para unirse al Ter á un kilómetro de la poblacion: antes ha recibido ya el Oña dos riachuelos ó torrentes llamados Galligans y Güells: dista Gerona unos 100 kilómetros de Barcelona, 55 de la frontera de Francia, 38 de Figueras y 32 de la costa del Mediterráneo hácia donde desemboca el Ter. Tiene cerca de sí á la distancia de 12 á 24 kilómetros los pueblos importantes, de Bañolas, La Bisbal y San Feliu de Guixols. Plaza fuerte, pero ni con mucho de primer órden, circundaba á la ciudad una muralla de seis piés de espesor y de 25 á 35 de altura, y en ella habia tres torres, dos baluartes y una especie de plataforma llamada de Sarracinas. El barrio de Mercadal, situado en llano, tenia tambien un recinto con torreones ménos por la parte de la ciudad, de que la separa el Oña. Tambien tenia extramuros las siguientes fortificaciones: el castillo de Monjuich, sito en la cúspide de la montaña más septentrional de la ciudad de unas 200 varas en cuadro; el reducto de Bornouville, á unas 170 varas de la muralla entre el Ter y el Oña; la torre ó castillo de San Juan, que defendia el camino de Francia; los fuertes del Condestable, Capuchinos y Reina Ana, y las torres de San Narciso, San Daniel y de San Luis, rodeando á Monjuich. Habia para todas estas fortificaciones, que necesitaban un regular ejército, una guarnicion de 6.000 hombres escasos y la poblacion de la ciudad no pasaba de 14.000 almas; pero era gobernador

de la ciudad el insigne y nunca bien ponderado D. Mariano Alvarez de Castro, nacido en Granada, de padres castellanos, quien al acercarse los franceses publicó el siguiente bando: *Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó de rendirse.* Con tal gobernador todos los gobernados tenían que convertirse en héroes y así sucedió. Todos los hombres de armas tomar, incluso clérigos seculares y regulares, se alistaron para defender sus hogares, y las mujeres formaron una compañía bajo el título de *Santa Bárbara*, que prestó eminentes servicios, celebrados por lord Byron en su *Childe-Harolds*, diciendo entre otras cosas: *La virgen española miraba con sangre fria el brillo de los sables y la selva movediza de las bayonetas, y penetraba con paso de Minerva en sitios en que Marte mismo no osaria presentarse.* Así como en Zaragoza se nombró generalísima á la Virgen del Pilar, en Gerona se designó por generalísimo á su patrono San Narciso: hijo este nombramiento del fanatismo religioso, el historiador debe respetarle, porque él no sólo sirvió para agrupar todas las voluntades, sino para producir héroes en las naturalezas más débiles y tranquilas: deben combatirse las preocupaciones de todas clases; pero es una insensatez el hacerlo en momentos dados, porque producen efecto contrario al que se proponen los que se consideran despreocupados: no se siega el trigo sin llegar á su sazón ni se coge la fruta del árbol sin alcanzar la debida madurez.

Presentáronse los franceses por tercera vez delante de Gerona en Mayo de 1809 bajo el mando de Verdier, el que asistió al primer sitio de Zaragoza, y en los primeros dias de Junio la circunvalaron con 18.000 hombres y numerosa artillería: el 8 resolvieron el ataque, pero antes de romper el fuego envió Verdier para intimar la rendición un parlamentario, al que respondió Alvarez con fiereza, *que no queriendo trato de ninguna especie con los enemigos de su pátria, recibiria en adelante á metrallazos á todo emisario que le enviasen.* Verdier mandó ejecutar obras de fortificación contra Monjuich y las torres que le rodeaban, y en la noche del 13 al 14 empezó un horroroso

bombardeo contra la ciudad, que lejos de intimidar á sus moradores les alentó á la pelea, dando las primeras el ejemplo las matronas y doncellas de la compañía de Santa Bárbara: en aquella noche quedó reducido á cenizas el Hospital general. En los seis dias siguientes cañonearon y maltrataron de tal suerte las tres torres cercanas á Monjuich, que los soldados que las guarnecian tuvieron que abandonarlas retirándose al fuerte. Saint-Cyr, al ver la resistencia de Gerona, quiso venir sobre ella, y despues de apoderarse en el camino de San Feliu de Guixols, que le opuso una terrible resistencia, se acercó á la plaza en los últimos dias de Junio con grandes refuerzos, ascendiendo así el ejército sitiador á 30.000 hombres, una tercera parte más de combatientes que de seres vivientes encerraba la plaza sitiada contando niños y mujeres. Dió orden Saint-Cyr en el momento de llegar de embestir á Monjuich, contra el cual vomitaron metralla más de 80 cañones, entre ellos 20 de grueso calibre y dos obuses, abriendo en la parte Norte ancha brecha, que los sitiados enmendaron como pudieron para resistir la acometida: una bala de cañon arrojó al foso la bandera española, al ver lo cual un oficial llamado Montero se lanzó tras de ella y subiendo por la brecha la tremoló de nuevo en la altura. El 4 de Julio numerosas fuerzas emprendieron el asalto, pero fueron rechazadas con enormes pérdidas. Volvieron á él los enemigos una, dos, tres y cuatro veces el dia 8, mientras que la artillería no dejó de tener en el aire constantemente siete bombas sin perjuicio de otros fuegos, más siempre fueron rechazados, causándoles en ese dia la enorme pérdida de 2.000 hombres. Distinguióse en la defensa de la brecha el comandante D. Miguel Pierson, que en ella recibió una muerte gloriosa. Perdimos en dicho dia 8 la torre de San Juan, volada por la artillería enemiga: los pocos que la guarnecian y lograron salvarse, lo debieron al arrojó del intendente D. Carlos Beramendi, tan buen hacendista como valeroso soldado. Viendo Saint-Cyr tan heróica resistencia, concibió la idea de tomar la plaza bloqueándola, persuadido de que ya escaseaban las subsistencias; pero tuvo orden en con-

trario, y los trabajos del sitio continuaron con más actividad. Mientras tanto las autoridades de Cataluña procuraron enviar socorros de todas clases: intentó el primero introducirlos un coronel irlandés, de nombre Marshall, que había venido á España á tomar parte voluntariamente en la lucha; pero sorprendido el convoy que llevaba cerca ya de Gerona, escapó con unos cuantos, logrando entrar solo en la plaza. Era venido el mes de Agosto, y el enemigo, despues de hacer grandes trabajos y montar nuevas y enormes baterias contra Monjuich, trató de apoderarse por medio de una brusca acometida de su rebelin del Norte en la noche del 3 al 4: cara le costó al francés la empresa, pero al siguiente dia, redoblando sus esfuerzos y dejando tendidos sobre el campo algunos cientos de cadáveres, logró apoderarse de dicho rebelin, retirándose al fuerte sus pocos defensores, que tuvieron 50 muertos. Tomada por el enemigo aquella obra avanzada, ya no fué posible sostener el fuerte: no obstante, sus defensores no quisieron abandonarle sin hacer una salida el dia 10, despues de la cual y convencido su gobernador D. Guillermo Nash de que no podia sostenerle por más tiempo, á causa de que de los 900 hombres que le dieron para su defensa habian perecido ya 530 y los restantes estaban heridos, se retiró á la plaza, cuyo acto aprobó Alvarez aunque con disgusto: los franceses se posesionaron del castillo cuando no era más que un monton de escombros, juzgando, bien equivocadamente por cierto. que ya la ciudad no podia resistir arriba de diez dias, Dueño el francés de Monjuich estrechó más la plaza, pero Alvarez redobló su actividad haciendo reparar la parte flaca de la muralla y colocando hasta en lo más alto de la catedral una pieza de artillería: ordenó tambien algunas salidas para molestar al francés, y era tal su serenidad y entereza que, preguntándole el jefe de una pequeña fuerza destinada á acometer al enemigo que á donde se acogeria, caso de retirada, le contestó secamente: *al cementerio.*

En la plaza iban escaseando cada dia más, como era natural, los mantenimientos, y los defensores: esto lo te-

nian muy en cuenta el capitán general Blake y demás autoridades del Principado, ante quienes había mandado Alvarez al coronel D. Enrique O'Donnell, que prestó buenos servicios en este sitio y en toda la guerra. Blake marchó sobre Vich, donde estableció su cuartel general, y desde allí tomó sus disposiciones para llamar la atención de los franceses por distintos lados, á fin de introducir un convoy conducido por 2.000 acémilas, el cual despues de vencidas mil dificultades, penetró en la plaza el 1.º de Setiembre con el general Garcia Conde al frente de 4.000 infantes y 2.000 caballos despues de derrotar en un encuentro una division enemiga: los sitiados respiraron, pero como los bastimentos no bastaban para ellos y los nuevos huéspedes, dispuso Alvarez que Garcia Conde saliese de la plaza con 3.000 y pico de hombres, como lo verificó llegando felizmente á Hostalrich, mientras que Blake, que había protegido el convoy, se retiró á Olot. Como los franceses no cesaban de hacer fuego y levantar nuevas trincheras, dispuso Alvarez hacer una salida contra ellos el 15 de Setiembre, la que no dió el resultado apetecido, visto lo cual por Saint-Cyr y creyendo que el gobernador habría mudado de parecer, le envió dos parlamentarios que, segun la promesa de este, fueron recibidos á cañonazos. Esto irritó en gran manera á los franceses y les decidió á entrar inmediatamente al asalto. El 19, observándose los movimientos del enemigo, al toque de generala y de las campanas de la ciudad, los habitantes de ella de todas clases y condiciones, sexos y edades se lanzaron á la brecha con increíble arrojo, y era de ver entre tantos héroes la gran figura (no por su estatura, pues que no pasaba de mediana, siendo además enjuto de carnes, sino por sus hechos) de Alvarez de Castro que grave, intrépido y tan tranquilo como si se tratase de una verdadera fiesta, daba disposiciones, lo prevenia y enmendaba todo, comunicando hasta á las mujeres y los niños, cual si para ello fuese poseedor de una inmensa virtud mágica, el valor de su gran corazon y el heroismo incomparable de su alma. Cuatro columnas de á 2.000 hombres cada una se abalanzaron á la plaza, protegidas

por multitud de bocas de fuego: la que acometió la brecha de Santa Lucía fué rechazada bravamente, cayendo herido de muerte su defensor el irlandés Marshall, quien dijo al espirar, *que moria contento por tal causa y tan brava nacion*; otras dos columnas ocometieron las brechas de Alemanes y San Cristóbal, y una lluvia de fuego las hizo retirar, como sucedió á la cuarta, que se acercó á la torre de la Gironella: cuando á algun sitiado le faltaba munición para cargar su arma, echaba mano de piedras de las brechas y las arrojaba furioso sobre el enemigo. Perdió este en el asalto al pié de 2.000 hombres y nosotros tuvimos 400, contándose entre estos algunas mujeres de la compañía de Santa Bárbara.

Saint-Cyr se convenció de que no era posible tomar la plaza por asalto y puso en planta su primera idea sometiéndola al bloqueo para obligarla á capitular por hambre. Blake intentó aprovisionarla y preparando un grande y nuevo convoy en Hostalrich tomó con fuerzas respetables el camino de Gerona, mandando de vanguardia al intrépido O'Donnell, custodiando el convoy en el centro el general Winfen y yendo él á la retaguardia. Sabedor Saint-Cyr de la marcha del convoy salió con mucha gente al encuentro de él, y aunque para protegerle salieron tambien de la plaza 409 hombres al mando del coronel Haro, quien luego escribió la historia de este memorable sitio, el francés se apoderó despues de un rudo combate, en que destrozó dicha vanguardia, de la mayor parte de las acémilas, logrando salvarse muy pocas con O'Donnell y Haro, que entraron en la plaza.

En esta la terrible palabra de *hambre* corria de boca en boca, y para no hacer más amarga su situacion el intrépido D'Donnell tuvo que volverse al ejército burlando la vigilancia de los franceses, y ejecutando una marcha atrevida logró reunirse á Blake en la noche del 12 de Octubre.

Precisamente en este dia llegó al pié de los muros de Gerona el mariscal Augereau, tan gran demagogo del 92 al 94 como gran adulator de Bonaparte despues. Saint-Cyr, que habia resignado el mando unos dias antes, mar-

chó á Francia. Con Augereau llegaron importantes re- fuerzos que sirvieron para estrechar más y más el bloqueo en términos que, aun cuando lo intentaron O'Donnell y Blake, ya no fué posible auxiliar la plaza. No por esto decayó el ánimo de Alvarez. Sucumbian en las calles muertos de hambre no pocos individuos, mientras que los que sobrevivian, más que séres humanos vivos, se parecían á cadáveres ambulantes: los pocos víveres que la prudencia ó la codicia habian guardado tomaron un precio fabuloso, ven liéndose una libra de carne de caba- llo ó mulo en cinco reales, otra de chocolate en 64, una gallina en 360, un gato en 30, un raton en 5, un gorrion en 4, y así todos los artículos de comer: el combustible escaseaba hasta para lo más preciso cuando ya el frio se sentia con cierta intensidad en aquel clima no templado: los animales de labor y caballos se morian de hambre y sin tener ya más que la piel y los huesos, y llegaron á faltar hasta los medicamentos más principales para los enfermos y los heridos: todo presentaba un cuadro es- pantoso y capaz de conmover el pecho más endurecido: no por esto decayó el ánimo del gobernador, que logró primero con su ejemplo y luego con su carácter de hierro contener en sus deberes á los que pensasen salir de la plaza para vencer ó morir como á los que soñáran en una capitulacion, para él, cualquiera que fuese, bochornosa: á uno que se atrevió á decir la palabra *capitular*, apoyán- dola en el hambre, le dijo con fiereza: *¡Cómo! ¿Solo V. es aquí cobarde? Cuando no haya víveres, nos comeremos á V. y á los de su ralea, y despues resolveremos lo que con- venga.* Para apoyar este tremendo lenguaje publicó el siguiente bando: *Sean las tropas que guarnezen los pri- meros puestos, que los que ocupan los segundos tienen órden de hacer fuego, caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace más daño con su ejemplo que el enemigo mismo.* Con semejante hombre no habia más remedio que vencer ó morir en su puesto, pero aquí todas las probabi- lidades estaban por lo último. El heroismo de Alvarez acaso no tenga ejemplo en la historia, y heroismo y no

otra cosa era la resolucion del gobernador de Gerona, que se resistia esperando refuerzos de sus compatriotas.

Otras calamidades consiguientes á todos los largos asedios vinieron á aumentar los horrores que pesaban sobre Gerona: como las bombas habian destruido casi todos los tejados, la mayor parte de las casas no podian habitarse, porque el lluvioso otoño las tenia inundadas y algunos séres desdichados murieron de frio: la atmósfera se corrompió por los cadáveres insepultos y putrefactos que habia entre los escombros, y se declaró la peste, succumbiendo de ella en el mes de Noviembre al pié de 1.400 soldados y más de doble número de paisanos: muchas madres por escasez de alimentacion no tenian leche para sus pequeñuelos, algunos de los cuales murieron de inanicion en su regazo, y luego ellas les seguian á la tumba, si tumba las pudieron dar sus infelices deudos ó compatriotas. Como el sitio fué de tan larga duracion, se observó que las mujeres no quedaron en cinta, procediendo de contrario modo á como, segun nos cuenta Tucídides, procedieron las mujeres atenienses cuando la célebre peste de Atenas, 429 años antes de Cristo, las cuales se entregaron á todos los excesos del deleite y de la impudicia, porque en medio de aquella calamidad, que podia arrebatargas la vida de un momento á otro, *no tenían vergüenza de hacer públicamente lo que de antes quisieran que fuese secreto, pues se lo tuvieran por vicio y deleite... les parecia que valia más, pues la cosa pasaba así, de emplear aquel poco tiempo que tenían de vivir en pasatiempos, y placeres y vicios* (1).

En medio de este cuadro verdaderamente horrible, Augereau, por adular á Bonaparte, dispuso el 2 de Diciembre, aniversario de la coronacion de su amo, una embestida general contra la plaza, que le hizo dueño del arrabal del Càrmen, donde situó formidables baterías: continuó hostigando más la plaza en los dias siguientes y el 7 se apoderó del principal reducto de la ciudad y de unas casas dichas de la Gironella; el 8, perdidos ya los fuertes exteriores, tenia la plaza siete brechas abiertas y

(1) Historia de la guerra del Peloponeso, libro 2.º

solamente 1.100 hombres de guarnicion, porque los restantes, incluso el mismo Alvarez, ó habian perecido, ó estaban en el lecho batallando contra la enfermedad, el hambre y la falta de medicamentos: el 9, en un intervalo lúcido de su enfermedad, dejó Alvarez el mando en manos del teniente de rey D. Julian Bolivar, hallándose en tan peligro de muerte que hubo que sacramentarle y administrarle la extrema-uncion.

Bolívar reunió una junta de autoridades la que, convencida de que no podian venir los esperados socorros, acordó capitular, mandando al efecto al campo de Augereau al brigadier D. Blas de Furnas quien bien recibido por el francés, celebró el 10 de Diciembre despues de siete meses de asedio, la siguiente honrosa capitulacion: Artículo 1.º *La guarnicion saldrá con los honores de la guerra y entrará en Francia como prisionera de guerra.* 2.º *Todos los habitantes serán respetados.* 3.º *La religion católica continuará en ser observada por los habitantes y será protegida.* 4.º *Mañana á las ocho y media de ella la puerta del Socorro y la del Areny serán entregadas á las tropas francesas así como las de los fuertes.* 5.º *Mañana 11 de Diciembre á las ocho y media de ella la guarnicion saldrá de la plaza y desfilará por la puerta del Areny. Los soldados pondrán sus armas sobre el glasis.* 6.º *Un oficial de artilleria, otro de ingenieros y un comisario de guerra entrarán al momento en que se tomará posesion de las puertas de la ciudad para recibir la entrega de los almacenes, mapas, planos, etc. Fecho en Gerona á las siete de la noche del 10 de Diciembre de 1809.»*

La guarnicion prisionera de guerra que pasó á Francia no llegaba á 1.000 hombres que, más que tales, parecian espectros. Gerona no era más que un monton de ruinas cubiertas de cadáveres: los franceses habian arrojado sobre ella 60.000 balas de cañon y 20.000 bombas y granadas. Durante el sitio perecieron 10.000 y pico personas, algunas más de tropa que del vecindario.

Augereau, como Sault y como Lannes y como casi todos los generales napoleónicos se convirtió en un miserable asesino, sin que pueda disculparle la órden que

recibió del más miserable que él, Bonaparte, para que asesinasen. Alvarez, este héroe, digno de los mejores tiempos de Grecia y Roma, restablecido casi milagrosamente de su enfermedad, fué llevado á Francia el 23 de Diciembre; pero á los pocos dias se le condujo de Perpiñan al castillo de Figueras encerrándole en un calabozo sin dejar que con él entrasen sus ayudantes y criados, y al siguiente apareció su cadáver expuesto en el mismo castillo en unas parihuelas con indubitables señales de haber sufrido el inclito defensor de Gerona muerte violenta y atroz de horca ó garrote: ¡maldad inaudita en que uno no sabe si admirar más lo cobarde que lo execrable! Castaños, hallándose de capitán general de Cataluña en 1815, colocó una lápida en el calabozo en que fué encerrado Alvarez. Antes la Junta Central, despues las Córtes de la nación y por último los gobiernos constitucionales tributaron merecidos honores á la memoria de Alvarez y premiaron algo de su incomparable heroísmo en sus parientes colaterales, que hoy llevan el apellido de Castro (1).

(1) El infame asesinato de Alvarez está bien claro en el siguiente documento de Beramendi al marqués de las Hormazas:—«Ex e-
lentísimo señor: Por el oficio de V. E. de 26 de Febrero próximo pasado, que acabo de recibir, veo ha hecho V. E. presente al Supremo Consejo de Regencia de España é Indias el contenido de mi papel de 4 del mismo relativo al fallecimiento del Excmo. señor D. Mariano Alvarez de Castro, digno gobernador de la plaza de Gerona, y que en su vista se ha servido S. M. resolver procure apurar cuanto me sea posible la certeza de la muerte de dicho general, avisando á V. E. lo que adelante, á cuya orden daré el debido cumplimiento, tomando las más eficaces disposiciones para descubrir el pormenor y la verdad de un hecho tan horroroso, pudiendo asegurar entre tanto á V. E. por declaracion de testigos oculares que la efectiva muerte de este héroe en la plaza de Figueras, á donde fué trasladado desde Perpiñan, donde entró sin grave daño en su salud y compareció cadáver tendido en una parihuela al siguiente dia, cubierto con una sábana, la que destapada por la curiosidad de varios vecinos y del que me dió el parte de todo, puso de manifiesto su semblante cárdeno é hinchado, denotando que su muerte habia sido obra de pocos momentos, á que se agrega que el mismo informante encontró poco antes en una de las calles de Figueras á un llamado Rovireta y por apodo *el fraile de San Francisco*, y ahora canónigo dignidad de Gerona, nombrado por nuestros enemigos, quien marchaba apresuradamente hácia el castillo, á donde dijo *iba corriendo á confesar al Sr. Alvarez, porque debia en breve morir*. Todo lo que pongo en noticia de V. E. para que haga de ello el uso que estime más conveniente. Dios guarde á V. E. muchos años. Tortosa 31 de Marzo de 1810.—Cárlos de Beramendi.—Excmo. señor marqués de las Hormazas.»

HISTORIAS.

LIBRO VIII.

(DESDE OCTUBRE DE 1809 Á JUNIO DE 1810.)

Sumario.

Astorga. Batalla de Tamames.—Batalla de Ocaña.—Acciones de Medina del Campo y Alba de Tormes.—Situacion de la Central.—Decreto de la comision ejecutiva convocando Córtes.—Fernando en Valencey.—Nuevos refuerzos. Divorcio de Napoleon.—Vil conducta de Fernando.—Aventura del baron de Kolly.—Invasion de Andalucía.—La Central resigna el mando en una regencia.—Junta de Cádiz.—Medidas de la regencia.—José en Andalucía. Su regreso.—La guerra en el resto de España.—Sitio de Tortosa.—Tercera invasion de los franceses en Portugal. Masenna. Líneas de Torres-Vedras. Desastrosa retirada. Muerte de la Romana.—Estado de Andalucía. Murcia.—Accion de Baza.—Convocatoria á Córtes.

Astorga. Bata- En el mes de Octubre en que se hizo la
lla de Tamames. paz entre Austria y Bonaparte, retirada ya
1809. la division inglesa á Portugal, la España, lejos de decaer de ánimo al verse sola, dió nuevas pruebas de valor indomable y heróico. El mariscal Ney habia partido para Francia y mandaban la hueste francesa de Castilla el general Marchand, que ocupaba á Salamanca, y Kellerman, que estaba en Valladolid. Cara costó á éste la tentativa de querer apoderarse de Astorga, á cuya empresa mandó con 3.000 hombres al general Carrier, porque los 1.000 soldados que guarnecian la ciudad, ayudados por el paisanaje; rechazaron el 9 de Diciembre á los franceses con

grandes pérdidas. Tanto ó más desgraciado que Carrier en Astorga lo fué Marchand en Tamames, pequeña villa de la provincia de Salamanca, sita en la falda de la sierra que se estiende de Béjar á Sequeros y con otras divide la Castilla de Extremadura. Esperábale en dicha villa, distante 50 kilómetros de Salamanca, el duque del Parque, que mandaba unos 10.000 infantes, 1.800 ginetes y 15 cañones: tenia por su segundo al general Mendizabal, mandando la primera division D. Francisco Losada, la segunda el conde de Belveder el de la batalla de Búrgos contra Napoleon y la vanguardia D. Martin de la Carrera: en Tamames y para la defensa de la villa habia dejado el del Parque como de reserva 1.500 hombres. Marchand al frente de 10.000 infantes y 1.200 caballos con 14 piezas acometió bravamente á los nuestros que le esperaban en batalla el 18 de Octubre: Carrera le recibió dignamente con su vanguardia, pero cuando esperaba que vendria á ayudarle la caballeria, esta hizo un movimiento inoportuno y dió lugar á que la enemiga, mandada por el general Maucune avanzase con impunidad llevando el desórden á los nuestros y apoderándose de algunos cañones: el duque del Parque se lanzó entonces en medio de la pelea animando á los suyos, Mendizabal le secundó apeándose de su caballo y conteniendo el desórden, y por último Belveder, como queriendo borrar su conducta de Búrgos, decidió la lucha acometiendo con su division y la caballeria que mandaba el príncipe de Anglona y dando lugar á que, repuesta la vanguardia y recuperados sus cañones, todo nuestro ejército hiciese pronunciar en retirada al francés, en cuya situacion le causó grandes extragos la gente de reserva que hasta allí habia estado apostada en la villa. Marchand, favorecido por la noche, logró escapar de entre los nuestros y refugiarse en Salamanca, en donde solo pudo permanecer cinco dias, porque el del Parque, aumentando su ejército con la division de 6.000 hombres que Ballesteros trajo de Santander dejando allá á Porlier, entró en aquella ciudad el 25 de Octubre. La batalla de Tamames costó á los franceses más de 1.500 hombres y ménos de la mitad á los nuestros, en

cuyo poder quedaron algunos prisioneros, muchos fusiles, un cañon, una águila y varios carros de municiones.

Batalla de Ocaña. Una de las más tremendas catástrofes que sufrió la España en la guerra de la independencia, fué la batalla de Ocaña, perdida misérrimamente por la ineptitud del general Areizaga, que se habia acreditado como bravo en varios puntos, sobre todo en la batalla de Alcañiz. Como ya dejamos consignado, mandaba el ejército de Extremadura el general Eguía, á quien la Central dió orden de dejar en la provincia 12.000 hombres y con el resto ir á la Mancha y ponerse al frente de todas las fuerzas allí reunidas, que, con las suyas, ascendieron á 52.000 soldados, entre ellos cerca de 6.000 ginetes. Eguía, que estableció su cuartel general en Daimiel, no sólo pecaba de inactivo, sino que queria, á imitacion de los ingleses, que la Junta central tuviese provisto de todo á su ejército, como si los tiempos no fueran de escasez y de penuria forzosas: descontenta por esto la Central con él, y soñando con volver á Madrid, á pesar del abandono en que acababa de dejarla el ejército inglés, le dió por sucesor á Areizaga, creyendo que el valor personal de éste y no las dotes de general lograria instalarla en la córte, á donde tenia tal confianza de ir, que desde luego nombró corregidor de ella á un tal Ibarnavarro, amigo del general. Puesto éste al frente del ejército en Daimiel, dió orden de avanzar sobre Madrid el 3 de Noviembre: hizo de sus tropas dos grandes masas, dando orden de que una marchase por la parte de Manzanares y otra por la de Valdepeñas despues de haberlas organizado en siete divisiones, sin contar la caballería que mandaba el general Freire, quien iba á la vanguardia al frente de 2.000 ginetes. Tenia que habérselas Areizaga por el pronto con los cuerpos de ejército de Víctor y Sebastiani, fuertes ambos de 24.000 hombres, á los cuales le hubiera sido fácil derrotar teniendo un poco de serenidad é inteligencia; pero como Areizaga carecia de ésta y aquella le era agena en su calidad de general, dió lugar con sus marchas y contramarchas en todas direcciones á que viniese Soult á Madrid y encargándose del

puesto de mayor general de los ejércitos franceses, reforzase á Victor con el cuerpo de Mortier, la guardia de José y la reserva al mando de Desolles, ascendiendo así ya el ejército enemigo á 50.000 veteranos, dirigidos por inteligentes generales. Soult hizo que todas estas fuerzas se reconcentrasen entre Aranjuez y Ontígola, abandonando á Ocaña, que tenían ocupada, y poniéndose él con José á su frente, se preparó á aniquilar allí ó en sus inmediaciones el ejército de Areizaga. Antes del 19 de Noviembre, día de la funesta batalla, habían sostenido los nuestros dos lijeros encuentros cerca de Ocaña, uno en Dos-Barrios, en donde el general Freire se portó como bravo, y otro en Ontígola, en donde nuestra caballería fué rechazada por el enemigo, que perdió al general Paris, quedando de los nuestros como muerto y abandonado en el campo D. Angel Saavedra, que luego fué duque de Rivas y adquirió justo renombre como poeta. Llegó el fatal día 19, y Areizaga esperó al enemigo en Ocaña, villa rica de más de 4.000 almas, sentada sobre la meseta que lleva su nombre, á once kilómetros de Aranjuez en la carretera de Andalucía: aturdido completamente Areizaga por no caberle en su pobre cerebro el mando de un ejército tan numeroso como el que tenía bajo sus órdenes, ni concibió plan alguno ni dió disposiciones al frente del enemigo, y si dió alguna fué para revocarla en seguida sin saber lo que antes había mandado. Todo nuestro ejército ocupaba la villa y sus alrededores: al aproximarse los franceses por la parte de Aranjuez, Areizaga, presa del más criminal atolondramiento, se subió al campanario de la iglesia de San Pedro Apostol, cuya torre es la más elevada de las muchas que tiene la villa, para observar los movimientos del enemigo y de sus tropas, entregadas verdaderamente al azar por la imbecilidad del caudillo. La acción comenzó atacando nuestra derecha el general Leval con las divisiones alemana de la confederación del Rin y polaca de Varsovia: rechazáronle con valor los generales Zayas y Lacy, y éste, valiente como siempre, mientras que Zayas se retiraba, por orden, según se asegura, de Areizaga, avanzó

intrépido contra los enemigos arrollándolo todo con la bandera del regimiento de Búrgos en la mano: jugaba en este tiempo nuestra artillería sin cesar, causando estragos en las filas francesas: para contener á Lacy mandó Soult á Mortier con su quinto cuerpo, y aquel valiente, no viéndose sostenido por Zayas ni por otra division, tuvo que retroceder con grandes pérdidas. Mientras tanto Areizaga, efecto de su punible aturdimiento, no daba orden alguna desde el campanario á donde se habia encaramado, y veia cómo le arrollaban sus batallones y escuadrones, contentándose con proferir frases estúpidas, impropias del guerrero y hasta del hombre: cítase como una verdad histórica que cuando sus ayudantes le hicieron observar que Mortier aparecia al frente de su numeroso cuerpo para rechazar á Lacy, se contentó con decir en tono de insigne imbecilidad: *¡en buena zambra nos hemos metido!* Rechazado Lacy lo propio que la artillería que le apoyaba, avanzaron los franceses hasta penetrar en Ocaña, poniendo fuego á varias casas de la plaza: entonces Areizaga bajó del campanario para huir, porque tambien, y casi sin pelear, la guardia de José y la reserva de Desolles habian desbaratado nuestra izquierda, que á la desbandada y en pelotones echó á correr, lo propio que el resto del ejército, que pudo escapar por las llanuras de la Mancha, perseguido por la caballería lijera francesa. La jornada de Ocaña nos costó más de 4.000 muertos y heridos y 20.000 prisioneros con 40 piezas de artillería: los franceses solamente tuvieron entre muertos y heridos 2.000 hombres. Areizaga logró ganar á Daimiel, desde donde puso una comunicacion á la Central desfigurando el inmenso desastre, que llevó el desaliento á todos nuestros ejércitos, hizo levantar el campo al inglés, que se retiró de tierra de Badajoz al Norte del Tajo en Portugal y allanó al enemigo el camino de Andalucía cuando la Central esperaba que la abriese á ella las puertas de Madrid. Al cabo de dos meses, de los 52.000 hombres que se hallaron en Ocaña no se reunieron arriba de 25.000 en las asperezas de Sierra-Morena. Areizaga no sólo no sufrió el castigo que merecia su torpeza, sino que siguió por algun